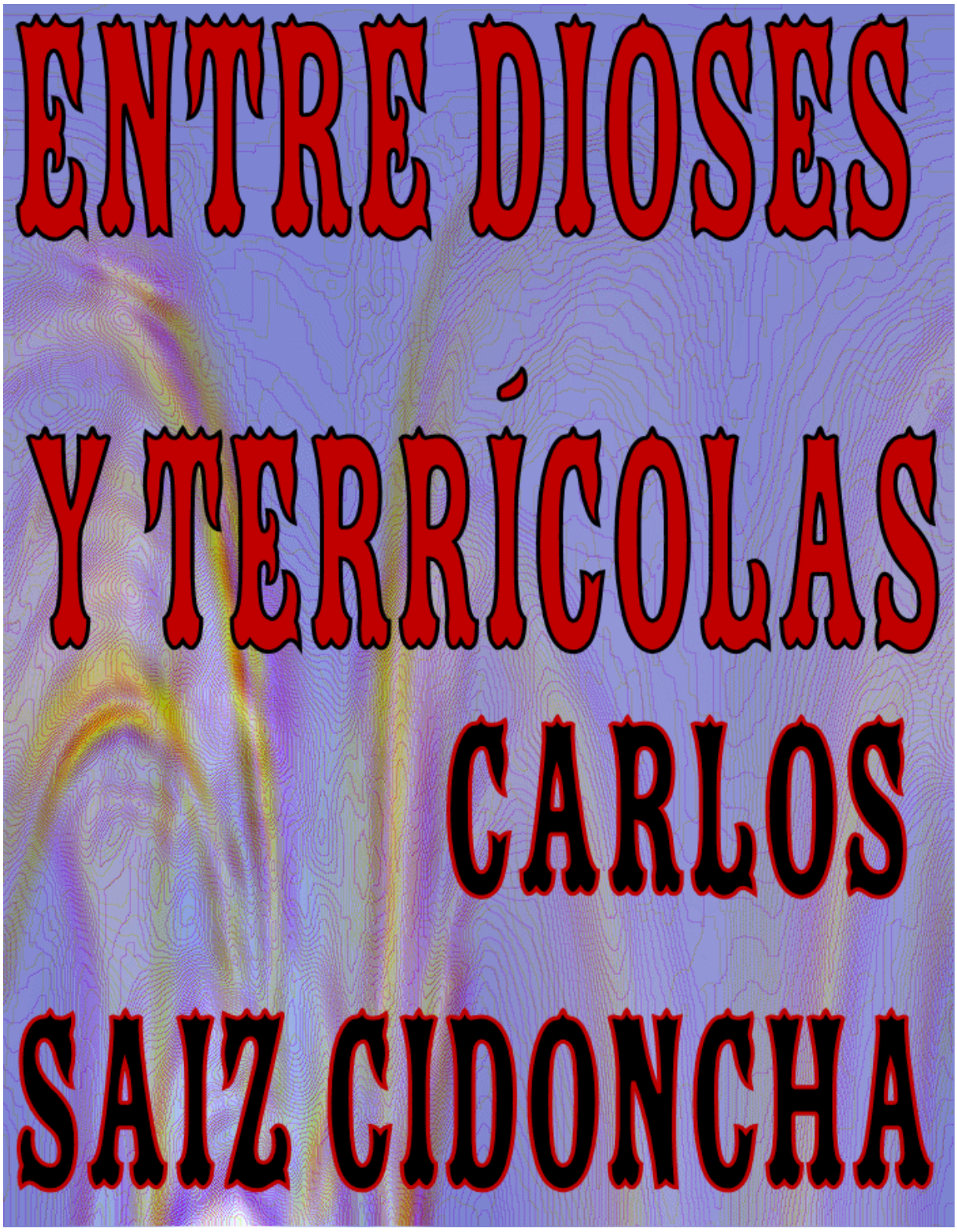
ENTRE DIOSES Y TERRÍCOLAS
Carlos Saiz Cidoncha



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTA INTRODUCTORIA

El documento conocido con el nombre de Manuscrito Katrame fue descubierto en una oscura biblioteca de Saif III por el erudito historiador terrestre profesor Serguei Thorson, quién desde el primer momento evaluó la gran importancia de su hallazgo.

Narra el viaje de un aristócrata chirg, realizado, al parecer, en el año 763 del Dominio, cuando este estado se hallaba en su apogeo, y su descubrimiento de nuestra propia raza terrestre en la época inmediatamente posterior a la caída de la Confederación Estelar. Pero la mayor importancia del relato estriba en la versión que su autor da de uno de los más intrigantes enigmas históricos de dicho período.

Sabido es que al disgregarse la Confederación, las llamadas Compañías Francas de aventureros que se habían formado en sus fronteras y que habían sido en gran parte causantes del hecho, iniciaron por su cuenta una guerra implacable contra los estados no humanos existentes más allá del antiguo sector de Polaris. De esta contienda, victoriosa para los humanos merced a su gran superioridad de armamento y técnica militar, no nos queda otra documentación que las denominadas Sagas, escritas por los propios aventureros y en general no demasiado dignas de crédito.

La expansión de las Compañías quedó, no obstante, cortada en seco por un acontecimiento ignorado que las hizo desaparecer materialmente de su escenario de actuación, y que en algunas raras Sagas posteriores al mismo, se nombra vagamente como el Gran Desastre, mencionándose en alguna de ellas la existencia de un misterioso planeta descrito como La Fuente de Todo Mal, y que sería el origen de la misteriosa catástrofe. En tiempos posteriores, dada la probada inexistencia de una potencia militar extraña capaz de haber causado la derrota de las Compañías, la teoría más aceptada explica su desaparición como fruto de una guerra civil entre ellas.

Sin embargo el extraterrestre felinoide Alipherat Katrame, autor del documento citado, y cuya personalidad real dentro del Dominio Chirg de la época ha sido comprobada, pretende no solamente conocer la verdadera naturaleza del Gran Desastre, sino también haber sido testigo del mismo. Su versión, no obstante, resulta tan fantástica e inquietante, que no es de extrañar que muchos duden de su veracidad, y aún denuncien como apócrifo el documento entero.

Doctor Pahlevi Gontrán.
Academia Imperial de Historia.
Urbis, Vieja Tierra.

Capítulo I - De porqué emprendí el viaje a las estrellas desconocidas.

Yo, Alipherath Katrame, de la Noble Katrame, hijo de la Vieja Raza Dorada de Zakteh, tomo mi pluma aquí, en la muy grande Naolán, capital del planeta Abgroï y del Dominio Chirg, bajo el benevolente reinado de Maungyar el Sabio, a quién la Esencia guarde en vida, para instruir a nuestra civilización sobre las maravillas y peligros que existen más allá de nuestras fronteras. De la amenidad Y estilo de mi escrito hago juez a quién lo lea, pero de su veracidad, yo mismo respondo con mi honor.

En el año 763 ostentaba yo el cargo de Coordinador en el planeta Centia, más por méritos de mi familia y clan que por los de mi inexperta juventud, bien que en todo momento luché por mostrárame digno del honor y confianza que el cargo presuponía. Aún así, pronto hube de quedar hastiado de los mil y un problemas incesantemente presentados por los habitantes de aquel mundo, en especial por sus turbulentas hembras. Por ello me alegré cuando me llegó la llamada de Abgroï, junto con el relevo del puesto que ocupaba. Pensaba

que en planeta capital me sería proporcionado un cargo político más agradable, y en principio he de decir que mi idea no era equivocada.

Dejaré para otros la descripción de los sentimentos que un desterrado puede tener ante la vista de Naolán, de sus bellas torres y umbríos jardines, de sus escalinatas y rampas de mármol, de las hermosas estatuas que la adornan y de las bulliciosas multitudes de todas las etnias de nuestro pueblo que pueblan sus plazas y avenidas, verdaderos regalos de amistad para quién ha vivido años en un bárbaro planeta colonial rodeado de salvajes.

Me esperaban en el astropuerto numerosos amigos y conocidos, pero sólo un miembro de mi familia; mi hermano Zaruldar, pues era entonces el único que permanecía en el planeta, Y luego comprobé que para mi daño. Su acogida fue, no obstante, todo lo alegre y afectiva que de él entonces podía esperar.

-¡Creo que esta vez has dado en el blanco, Aliph! -me dijo tras los olfateos preliminares-. Es el propio Dominante quién se ha interesado por ti, y ha manifestado su satisfacción por lo que has hecho en Centia.

La noticia me vino de nuevas, e incluso creo que me ericé un tanto mientras todos me daban la enhorabuena por mi llegada y por el venturoso porvenir que se me presentaba.

-¿Pero estás seguro, Zarul? -me dirigí a mi hermano-. ¿Quieres decir que el Dominante... Maungyar el Sabio en persona... se ha interesado por mi?

Mi hermano bufó y rió, del modo que yo siempre le había recordado.

-Maungyar el Sabio en persona te ha concedido audiencia, Aliph -dijo-. Y ya puedes empezar a prepararte, hermano, pues no es persona a la que se pueda hacer esperar.

De tal forma, entre risas y bromas, me condujeron a la vieja casa familiar, de la que ahora mi hermano era señor. Percibí los antiguos olores, y mi espíritu se expandió cuando recorrí las añoradas estancias donde se desarrollaran mi infancia Y adolescencia, y que no veía desde el día en que nuestro padre se unió a la Esencia. Pero creí advertir en la casa un cierto desorden y dejadez, y pensé que mi hermano seguía siendo el mismo juerguista y corredor de hembras de siempre, y que quizá hubiera descuidado su responsabilidad como señor de una de las más nobles mansiones de todo Naolán.

Pero tiempo habría para discusiones más serias, pues otras cosas más importantes había que hacer. Dejé que los criados, a muchos de los cuales conocía desde mi infancia, retiraran mis vestiduras de viaje y me ataviaran de gala, preparándome para la entrevista que nunca me hubiera atrevido a soñar, con el propio Dominante de Chirg.

Ya había mi hermano, sin duda, dado cuenta de mi llegada a los lares de Katrame, pues apenas terminado mi atavío, un magnífico volador plateado se detuvo en la terraza y dos engalanados chambelanes de mi propia raza me presentaron sus respetos, invitándome a acompañarles ante el soberano.

-¡Ve y recibe los honores, hermano! -me gritó alegremente Zaruldar-. ¡Luego lo celebraremos cenando con los amigos, y no faltarán enceladas para todos!

Algo me sobresaltó lo rudo de sus palabras, pero la ocasión no era para tomárselas en cuenta. Seguí a los chambelanes y me instalé en el volador, que no tardó en soltar la sirena y emprender el vuelo.

Nadie más contento y orgulloso que yo mientras sobrevolaba la maravillosa capital, viendo como todos los aparatos voladores se apartaban respetuosamente de nuestro camino, y oliendo el puro aire de las alturas. Quizás blasfemé en pensamiento sintiéndome elegido por la Esencia, y quizá por ello fui luego castigado.

Como en un sueño sentí aterrizar el volador en la terraza del gran palacio, y vi a la formidable guardia Uarnass, de blanco pelaje, presentar armas ante mi llegada, pues el Dominante me había llamado a su presencia. Recorrí luego salón tras salón, cada uno de ellos más lujoso que el anterior, y en la última puerta se hizo cargo de mí un personaje que sin duda debía ser el Introductor del Dominante. Más allá estaba la Sala de Oro, el Trono y el Dominante.

Contemplé a Maungyar el Sabio mientras el Introductor anunciaba mi nombre y categoría. Me pareció, en contra de lo que esperaba, más joven que en los retratos y medallas. Era grande y robusto, y su dorado pelaje se mantenía espeso, bien que cuidadosamente atusado. Sus ojos brillaban como estrellas, fijos en mí, pero su expresión era amable y condescendiente.

Avancé unos pasos, con miedo a tropezar, y él tomó con gesto elegante, su propia cola suntuosa y me tendió el extremo para que olfateara la borla. Olía a almizcle y otras especias, y no pude evitar erizarme un poco.

-Te sirvo y te amo, Dominante -musité.

-Te amo, Alipherat Katrame -respondió él.

Sentí un repeluzno en toda mi espina dorsal.

-Bien, amigo mío -rió entonces Maungyar el Sabio- Siéntate junto a mí, y hablemos. Un gran futuro se te abre.

Obedecí, aún no muy seguro de mí mismo. La majestad del Dominante me impresionaba, aunque repetíame a mí mismo una y otra vez que yo, como hijo de Zakteh, era en realidad uno de sus pares, y su superioridad sobre mí era de cargo y no de naturaleza. Pero no podía evitar sentirme intimidado.

-Quizá no te sorprenda saber que tu Coordinación de Centia no ha sido otra cosa que una prueba.

Pues sí, me sorprendió el saberlo.

-Desempeñé el cargo con todo mi interés, en la medida de mi saber y de mis fuerzas repliqué.

-Lo sé. En reaunad mis ojos han estado sobre ti mientras te desenvolvías en uno de los planetas más difíciles del Dominio. Te has mostrado digno hijo de quién te dio vida.

Acepté el elogio, sin duda el mejor que hubiera podido hacerme, con un sordo rebufo.

-Desde siempre la noble casa de Katrame ha servido al Dominio en la administración de las colonias y protectorados, y lo ha hecho bien. Hoy quiero ofrecerte a ti, Alipherat Katrame, la asesoría de todo lo relacionado con los mundos poblados por chirgui. Comerás en mi mesa.

Sentí que mis ojos se dilataban, casi sin creer en lo que había oído. ¡Miembro del Consejo Asesor y Comensal del Dominante! Aquello superaba todos mis sueños, y por un instante quedé sin habla y casi sin respiración.

-¿Qué dices? -me preguntó con suavidad Maungyar el Sabio- Sé que has estudiado a fondo los problemas coloniales, y que en Centia has seguido perfeccionando tus estudios, además de ganar experiencia. ¿Aceptas el cargo?

¿Aceptar el cargo?

-Empeño mi honor y mi vida -dije ritualmente.

El Dominante rió.

-Y también tu saber, tu honradez y tu experiencia -replicó- La asesoría es tuya, Alipherat Katrame. Pero dentro de unos días comienzan los carnavales de Naolán, y tú eres joven. Diviértete y conoce todo lo bueno de la civilización a la que has de servir. Una vez pasadas las fiestas se efectuará la ceremonia de nombramiento. Centia ha sido dura para ti, Alipherat Katrame; disfruta ahora de Abgroï.

Eran palabras de despedida, y como tales las tomé. Respiré de nuevo el almizcle y las especias, Y luego fui conducido de vuelta a la mansión Katrame.

Mi alegría no conocía límites y fue casi incoherentemente, a causa de ella, como relaté a mi hermano lo ocurrido. Pero a mitad del relato sentí un cierto dolor por él, pues también Zaruldar era de raza dorada y miembro de mi misma casa, y sin embargo el Dominante le ignoraba en mi favor. Desde siempre habíame yo dedicado al estudio, mientras él prefería gozar de los placeres de la vida con las facilidades que su condición le daban, pero pensé que de todas formas podía sentirse dolido.

Me equivocaba sin embargo, o acaso Zaruldar era maestro en el disimulo. Rió conmigo y me golpeó el costado una y otra vez.

-¡Mi hermano estudioso e inteligente! -exclamó- ¡De nuevo nuestra casa está presente en el palacio!

Su gozo parecía sincero.

-¿Y dices que Maungyar el Sabio te ordenó divertirte? -preguntó. ¡Bien, las palabras del Dominante son órdenes para su pueblo! La tarde está cayendo, y cenaremos como nunca has debido soñado en la aburrida Centia. Después de eso... seguirá la noche.

Reí yo también, conociéndole. Después de todo yo también era joven, y de ninguna manera inmune al atractivo de los placeres sagrados, aunque fueran ilegítimos. Habían sido años duros, en efecto, los de Centia, y el propio Dominante me había ofrecido como compensación a ellos los fastos de Naolán. Cenaríamos pues y luego... seguiría la noche.

Tras de que me cambiara de nuevo, Zaruldar me presentó a sus compañeros de diversiones. Varios de ellos eran hijos de Zakteh, de nuestra misma Raza Dorada, pero también había Kardess y Nimmress, Y un Damuz de claro pelaje. Todos eran, desde luego, vástagos de casas nobles, que habían elegido la ociosidad Y el placer antes que el servicio al Dominio. Me felicitaron todos ellos y yo reí a su lado, puesto que aquella noche me prometía ser su igual. Para mí los carnavales habían empezado ya. Y ni por un momento pude adivinar lo que aquella noche había de traer consigo.

El restaurante donde hicimos la primera parada fue para mí una sorpresa, pues se trataba de una casa de aspecto modesto, lejos del centro de la ciudad, frecuentada tanto por aristócratas de las nobles casas como por simples mordedores.

Zaruldar advirtió mi confusión y me golpeó de nuevo el costado, riendo.

-¡Que no te engañen las apariencias, Aliph! -dijo-. Aquí disfrutarás de la comida más sofisticada de todo el Dominio. Mucho mejor que en esas pretenciosas casas del Rampa del Sol Vencedor, y sin tener que soportar a los pelmazos que las frecuentan. ¡Zhungar, sírvenos!

Un robusto mordedor hizo su aparición, portando un carrito con diversas viandas y bebidas. Un instante más tarde estuve de acuerdo con mi hermano, pues comida como aquella no la había gustado en mi vida. El picante y el aliño estaban por completo en su punto, y las carnes y pescados se presentaban suaves y sabrosos. Igualmente las bebidas alcohólicas y los pomos de olor estaban a la altura de lo demás, y no tardamos en caer todos en un estado de dulce bienestar. Uno de los Kardess, quizá más afectado que el resto de nosotros, empezó a perorar desvergonzadamente sobre los placeres que nos esperaban una vez terminada aquella cena.

-No creo que hayas conocido en Centia nada que se parezca a la Casa del Celo de Meritha -decía, dirigiéndose a mí-. Hembras como las que te presentan allí, sólo puedes soñarlas, no describirlas. Bay...

Siguió hablando, mientras que yo luchaba entre la repugnancia y la complacencia por lo que decía. El alcohol y el perfume habían entrado en mí, y me sentía dispuesto a llegar hasta el fondo de todo, de gozar todo lo que pudiera, sin límite ni tabú alguno.

Y de pronto el Kardess dejó de hablar, como si su cháchara hubiera sido cortada con un afilado cuchillo. Llegó el silencio, y trajo consigo una terrible frialdad, tal como si un acontecimiento irremediablemente hostil se hubiera producido en aquel mismo segundo.

Seguí con la vista las miradas de todos mis compañeros, que se habían fijado en la puerta. Una joven pareja Damuz acababa de entrar, él apuesto y fuerte, y ella poseedora de un encanto especial al que desde el primer momento fui sensible.

-¿Qué ocurre? -pregunté en voz baja al Kardess que había junto a mí.

No obtuve respuesta en aquel momento. Miré de nuevo a los recién llegados, y vi cómo el varón contemplaba a su vez nuestro grupo y vacilaba. Por un instante pareció a punto de dar media vuelta y abandonar el local. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

Pero el orgullo triunfó sobre la prudencia. El joven apretó los dientes, dejó de mirar hacia nosotros, y condujo a su bella compañera hasta una distante mesa. Aquello hubiera debido, pensé yo, aliviar la tensión, pero no lo hizo. Olí la rabia y la cólera, y no tuve que volver la vista para saber que aquel tufo venía de mi hermano Zaruldar.

-Es Thikán Zheratt -dijo entonces en un susurro el Kardess, tan sólo para mis oídos-. Y su compañera es la Dama Varkhiss. Procura... procura sacar de aquí a tu hermano.

En un instante comprendí, y me sentí avergonzado. Las uniones entre las distintas razas del pueblo chirg son cosa consentida, aunque no muy bien vista en la aristocracia. Pero que un Katrame mostrara tan abiertamente sus celos ante una hembra acompañada... aquello era indigno.

Quizás hubiera encontrado un pretexto, una palabra o un gesto para descargar la tensión. Pero antes de que pudiera intentarlo, la voz de mi hermano retumbó en toda la sala.

-¡Zhungarr! Trae otro plato de carne, y procura que esté caliente. Yo no soy como otros... -hizo un gesto leve pero inequívoco en dirección a la pareja recién llegada- que gustan de hincar diente en la carne cuando está fría1.

Ahora sí que los vapores del alcohol y del perfume abandonaron de golpe mi cuerpo y mi mente, pues nunca hubiera supuesto a mi hermano, pese a su fama, capaz de lanzar tan tremenda obscenidad.

Pero mi estupor y disgusto duró tan sólo un instante antes de ser sustituido por el pánico. Pues retumbó un rugido, mezclado con el estrépito de una mesa al rodar por el suelo, y el gran Damuz ofendido se lanzó hacia nuestro grupo como un ciclón. Oí vagamente gritar a su compañera, pero en el segundo siguiente Thikán Zheratt estuvo ante nosotros, con las garras al aire Y los ojos centelleantes. El olor de la violencia nos golpeó casi físicamente, aplastándonos contra la pared. Tal era la expresión del Damuz, que llegué a temer que entrara de repente en ky'rial, lo que hubiera significado seguramente la muerte para todos nosotros.

Durante una larga eternidad estuvo Zheratt encarándonos, con las uñas clavadas en la madera de nuestra mesa, mientras que nosotros le contemplábamos tan paralizados como pajarillos ante una serpiente. Personalmente podía notar mi propio olor de miedo, pues no soy hombre de violencia y nada podía hacer frente al furor que me amenazaba.

Luego el Damuz resopló y arañó con furia la mesa, dejando en ella la cuádruple raya de sus fuertes garras. Sus ojos de fuego taladraron a mi hermano, que estaba tan paralizado y espantado como todo el resto de nuestro grupo.

-Dime, Zaruldar Katrame -dijo, ocultando la violencia bajo una peligrosa apariencia de suavidad-. ¿Qué has querido decir cuando hablabas de la carne fría?

Mi hermano produjo un ronquido y sus ojos se volvieron a un lado y otro, como buscando una ayuda que de ninguna parte podría llegarle.

-Me refería... -vaciló-. Me refería exclusivamente a la comida de Zhungarr.

-¿Exclusivamente a la comida? -exigió más que preguntó el Damuz.

De nuevo Zaruldar hizo una desesperada pausa, mientras los ojos del otro se entrecerraban.

-Exclusivamente a la comida -musitó al fin-. Ya te lo he dicho. Por un momento más continuó fija la escena, mezclados los hedores del miedo y de la furia. Luego, Thikán Zheratt lanzó un gañido despectivo y escupió en la mesa, ante mi hermano. No pude evitar cerrar los ojos un instante, y cuando los abrí de nuevo, ya el Damuz regresaba a su mesa. Algo dijo a su compañera, y ambos abandonaron el local sin una palabra más.

Silenciosos habíamos quedado también nosotros, mientras lentamente íbamos saliendo de la impresión. Nadie parecía encontrar nada que decir después de lo ocurrido. Por mi parte, una vez pasado el miedo, sentí como la vergüenza y la rabia me atenazaban. Me puse en pie de un brinco y, tras pasear la mirada por el grupo, lo abandoné, dirigiéndome a la misma puerta por la que había salido el Damuz. Oí levantarse a alguien tras de mí, pero no volví la cabeza. Tan sólo fuera del edificio fui alcanzado por mi hermano.

[1] El sentido de esta frase resulta un tanto oscuro para los poco familiarizados con la psicología chirg. Esta raza felina humanoide considera sagrado todo lo relacionado con la función reproductora, como creadora de la vida, y se muestra extraordinariamente pudorosa al referirse al tema. Zaruldar da a entender con su frase que su rival había tenido relaciones sexuales con Dama Varkhiss sin estar ella en estado de celo, lo que para los chirgui constituye una aberración terriblemente degradante. (P.G.)

-Aliph... Aliph... hermano... -jadeaba-. ¿Adonde vas?

-Vuelvo a casa, Zaruldar -repliqué, sin volver la cabeza.

Mi hermano pareció vacilar, sensible a que no hubiera yo usado el diminutivo cariñoso de Zarul.

-¡Escucha! -rogó de nuevo- ¡No ha pasado nada! Ese Damuz es un bárbaro, un salvaje... ¡Sus ofensas no pueden alcanzar a unos hijos de Zakteh como somos nosotros!

Me volví entonces, y vi a mi hermano retroceder ante mi mirada.

-Zaruldar -insistí en el nombre completo-. Has cometido más de un error. Has ofendido estúpidamente a ese Damuz. No él a ti, sino tú a él, con esa frase imbécil. Y luego no te has atenido a las consecuencias y te has rendido, te has humillado, manchando el nombre de la estirpe.

Zakteh ante todos tus amigos. Has sido un cobarde, Zaruldar.

-He... he sido... -balbuceó mi hermano.

Pero yo aún no había acabado.

-Y además -proseguí- me has puesto en evidencia a mí, a un Comensal del Dominante, poniendo en peligro mi vida, y luego me has manchado con tu humillación, como hermano tuyo que soy y como presente que me hallaba. Ésto no puede ser olvidado.

Mi hermano retrocedió otro paso, caídas las orejas por la vergüenza y desorbitados los ojos por la desesperación.

-Vuelvo a mi casa, Zaruldar -dije, recalcando el posesivo-. Tomo posesión de ella y de su gobierno, como me corresponde. Tus habitaciones serán aisladas y se abrirá una puerta independiente...

-¡No hace falta! -interrumpió él, con un ramalazo de orgullo-. No me verás más por tu casa, Alipherat Katrame. Yo no mendigo.

Asentí con una cabezada y luego, dándole la espalda, me alejé de él. ¡Ojalá pudiera hoy olvidar mis palabras y las suyas!

La herida abierta aquella noche apenas si había comenzado a cerrarse cuando se inició el Carnaval. Había mi hermano enviado a buscar todo cuando estimaba que le pertenecía, sin que yo me negara a ninguna de sus elecciones. Por otra parte la toma de gobierno de la casa de Katrame había absorbido toda mi actividad, y cuando las fiestas comenzaron aún estaba yo inseguro y luchando por no admitir que echaba de menos al atolondrado y alegre Zarul.

Llegaron las fiestas a Naolán, pero no pensé que pudieran traer para mí ni consuelo ni gozo, y sin embargo, cuando el alegre clamor de los festejantes se abrió paso hasta mí a través de las paredes de la sala en la que casi me había recluido, cuando el rumor de los desfiles y procesiones, el estallido de los fuegos artificiales y el son de las músicas llegaron a mis oídos, no pude desoír la llamada Y salí para mezclarme con la multitud.

Todo Naolán estaba en ebullición a mi alrededor. Riadas humanas subían o bajaban por las rampas, cantando y bailando, luciendo mil atavíos y disfrazados con mil máscaras. Estallaban los fuegos de artificio sobre las blancas torres, y las músicas de las orquestas y charangas se mezclaban en excitante algarabía. Pero aún más enloquecedora era la confusión de olores, los pomos perfumados, los pebeteros donde ardían inciensos, almizcles y esencias; el aroma de las hembras en celo y el bronco husmo del deseo masculino. Todo Naolán olía a placer, a alegría, a amor. En aquellos días mágicos, por todos los rincones de la urbe, como de todo el planeta Y el resto de los mundos poblados por nuestra raza, se cantaba, se reía, se amaba, se bebía y se gritaba.

En mitad de la Rampa de la Luna Creciente me encontré sumergido en una procesión de antorchas, y el acre aroma de las resinas nobles me emborrachó. Alguien tomó mi brazo, y me di cuenta de que yo también gritaba y cantaba con quienes me rodeaban, olvidando mi tragedia familiar, confundida en mis oídos la voz propia con las de mis enloquecidos vecinos, mezclados en la noche del Carnaval los hijos de las más nobles casas con los simples mordedores, hembras y varones, pelajes dorados y de plata, blancos y negros, como en la confusión de un sueño. Alguien me pasó un pomo de perfume, y algún otro me obsequió con

un pellejo de ardiente vino de Jarasán. Aspiré y bebí, hasta que mi cabeza estalló en llamas coloreadas, semejantes a los fuegos de artificio que reventaban sobre Naolán.

Y luego fue el tacto de una pelambre suave, la caricia de una cola sinuosa entrelazada con la mía, y el olor irresistible del celo. Llevaba ella una máscara de azul y plata, pero aunque así no hubiera sido, sus facciones nada me habrían dicho. Miré a mi alrededor, y allí había un jardín donde ni siquiera recordaba haber entrado. Ella y yo estábamos en él, e ignoro si alguien más. La sentí gemir bajo mi cuerpo, y sus afilados dientes taladraron la piel de mi hombro. Nos amamos en mitad de la música, en mitad del color y en mitad del perfume, enloquecidos el uno del otro, hasta quedar exhaustos. Y luego el vino, el aroma y el amor tuvieron razón de mí, y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, era aún noche cerrada, y ella se había ido o había sido llevada lejos de mí. El jardín estaba desierto, a no ser por un Nimmress borracho que roncaba bajo un árbol. No estallaban ya los fuegos artificiales en el firmamento nocturno, y faltaba el clamor de las alegres multitudes en el exterior. Debía ser muy tarde.

Moví la cabeza, vagamente avergonzado, procurando librarme de la mezcla de embotamiento y excitación que aún notaba. ¿Dónde estaba exactamente?

Salí a la rampa, desierta en la noche, y pude ver a mi derecha el blanco fulgor de las Torres Gemelas, luciendo bajo las estrellas. En los soportales inferiores de la rampa dormitaban varios noctámbulos, y en la distancia se oía aún algún canto solitario. Busqué orientarme para regresar a casa.

Y entonces lo escuché. Desde algún lugar de las Altas Rampas, quizá en las cercanías del mismo Palacio, el terrible rugido del ky'rial llegó a mis oídos. Lejano, pero bastó para erizar cada pelo de mi cuerpo, y hacer correr un escalofrío por todo él, desde la nuca a la borla de la cola.

Porque en los carnavales también se mataba y se moría, y la exaltación general podía cristalizar de pronto en locura asesina, sembrando la muerte y la destrucción.

Rápidamente busqué orientarme para escapar de allí, pues no ignoraba lo contagioso que podía llegar a ser aquel horror. En efecto, el alarido que llegaba de las Altas Rampas era ya colectivo, y la sola idea de que pudiera aproximarse me hacía temblar como una hoja bajo el viento. Sólo la Esencia sabía lo que allá arriba estaba sucediendo.

Corrí descendiendo por la rampa, crucé una plazuela desierta, y de pronto me encontré en terreno familiar. Ascendí Y descendí, empavorecido, mientras atisbaba algunas confusas siluetas que corrían también, huyendo del sonido y de lo que significaba. Doblé una esquina y me encontré ante la fachada de la mansión de Katrame.

No me detuve, sin embargo, hasta poner la mayor cantidad posible de muros y tabiques entre mi persona y aquel pavoroso clamor de muerte. Ordené cerrar las puertas, y sólo entonces razonablemente seguro, respiré profundamente y me dispuse a descansar, a desintoxicarme del éxtasis Y del terror.

Miré la hora. Pronto amanecería. Había sido una mala noche, aquella primera de mis carnavales en Naolán.

Aún no podía entonces saber hasta que punto.

Lucía ya alto el sol en el cielo cuando desperté, creyéndome libre de todos los horrores de la noche. Pero apenas hube saltado del lecho, cuando oí voces en los pasillos y las escaleras, rumor de pasos hasta mi cámara y finalmente llamar a la puerta. Y los horrores de la noche volvieron a mí.

Fue su mensajero aquel joven de estirpe Kardess que había conocido en el malhadado restaurante de Zhungarr. En un principio me ericé malhumorado ante su presencia, pero pronto percibí en él el olor de la ansiedad, y ello me hizo retener mis primeras palabras que quizá hubieran sido bruscas.

-¿Dónde está tu hermano? -me preguntó, tras un apresurado saludo- ¿Está aquí?

-Mi hermano no está en casa -respondí- ¿Qué ocurre?

-¡Thikán Zheratt ha sido asesinado!

Comprendí lo que quería decir y lo que daba a entender. Todo mi cuerpo se tensó.

-¿Qué ha ocurrido? -pregunté de nuevo- ¿Cómo ha sido?

Y el joven Kardess me relató la historia sangrienta cuyos ecos había yo escuchado la noche anterior sin saber su significado.

El ky'rial había estallado súbitamente en un lugar de las Altas Rampas, muy cerca de la mansión del rival de Zaruldar. Como yo había temido, la terrible descarga glandular había expandido la locura, atenazando muy pronto a un gran grupo de mordedores, que se habían metamorfoseado en otros tantos demonios. La horda había caído sobre la casa como un infierno desencadenado, destruyendo y matando cuando había en ella. La escena había debido estar más allá de todo espanto y toda imaginación.

El gran Thikán Zheratt, hijo de la plateada Damuz, se había batido como podía esperarse de él, y aún había matado dos mordedores antes de que le hicieran materialmente pedazos. La Dama Varkhiss, sorprendida en el lecho, había muerto también, y aquellos diablos habían devorado parte de su cuerpo...

-¿Pero Zaruldar...? -interrumpí violentamente aquel relato de horrores- ¿Y Zaruldar? ¿Estaba entre ellos?

Pensaba si acaso la ira y la vergüenza, y también mi propio rechazo, no habrían propiciado en mi hermano el estallido de la locura, si acaso Zaruldar no habría sido el origen del ky'rial, dirigiéndolo luego instintivamente contra su enemigo. Los afectados por la locura asesina de nuestra raza son tenidos tradicionalmente por irresponsables de sus actos, pero dadas las circunstancias incluso podía temerse en esta ocasión un desafío mortal de la casa de Zheratt. Y cuando un Damuz lucha, lo hace hasta la muerte.

-¡No sé! -respondió mi interlocutor- Nadie ha visto más que mordedores. Yo pensé que podría estar aquí, contigo.

No le respondí que aquella casa había dejado de ser la de Zaruldar. Por el contrario, le hice jurar silencio sobre el incidente del restaurante, pues cabía aún la esperanza de que no llegara a oídos de los parientes del asesinado. Y después de todo aquella tragedia tal vez no tuviera nada que ver con Zaruldar, pese a mis temores.

De todas formas, luego de que el Kardess abandonara la mansión, tomé algunas medidas, encargando a sirvientes de confianza la tarea de encontrar a mi hermano e invitarle a volver a casa. Mucho era el peligro como para mantener un rencor del que ahora ya me arrepentía.

Aquel día y el siguiente no recibí ninguna novedad de mi hermano. El Carnaval seguía clamando su alegría desde el atardecer, indiferente a mi preocupación; no me animé a sumergirme de nuevo en él, pues sus cantos y sus músicas me llenaban ahora de oscuros presagios.

Y los tales presentimientos hubieron de confirmarse de forma trágica en el atardecer del tercer día, cuando un tremendo golpear de puertas, unido al griterío de mis sirvientes, me indicó que gentes extrañas habían invadido la mansión de Katrame. Como había estado temiendo aquello desde que supe del asesinato de Thikán Zheratt, me apresuré a atrancar la puerta de mi aposento personal, echando mano de una pequeña desintegradora que me aseguraba la superioridad contra enemigos no armados de la misma forma. Pensé, no obstante, que aquel momento muy bien pudiera ser el último de mi vida.

Pasos duros y resonantes se aproximaron a la puerta, y luego llegó una voz con acento autoritario:

-Alipherath Katrame, abre en nombre del Dominante.

Descubrí que estaba temblando. ¿El Dominante? ¿Acaso sería aquello una trampa, un truco? Pero me arriesgué a desatrancar la puerta y abrirla.

Quienes estaban al otro lado penetraron, y no eran Damuz de pelo claro sino masivos y poderosos Uarnass de la Guardia del Dominante, llevando a su frente un galoneado decurión.

Me di cuenta de que aún tenía en la mano la pequeña desintegradora y me apresuré a dejarla sobre una mesa; no se bromea con los Uarnass.

-Alipherath Katrame -habló de nuevo el decurión-. Debes acompañarnos.

-Soy miembro de la Noble Katrame -protesté con toda la dignidad de que pude hacer gala-. Hijo de Zakteh, de pura Raza Dorada, y estoy en mi casa.

El decurión hizo un pequeño saludo.

-Alipherath Katrame -me nombró por tercera vez- El Dominante requiere tu presencia, y lo hace por escrito.

Me alargó el documento en cuestión, y pude ver el sello del Dominante. Debía obedecer al mandato, que no era el de un par en dignidad, sino el impersonal del Estado.

Una inquietante sorpresa me aguardaba en la calle. Había allí más Uarnass de la Guardia del Dominante, formando un cinturón protector. Pero también se habían congregado Damuz. Muchos Damuz, y todos ellos de la casa de Zheratt. Su actitud no era nada tranquilizadora, y me alegré de la presencia de los Uarnass.

-Esta casa y todo lo que contiene queda bajo la custodia del Dominio -dijo el decurión, en voz lo suficientemente alta como para que todos la oyeran.

Me acordé entonces de adelantarme a mis guardianes, para dar a entender que era el invitado del Dominante y no su prisionero. Mi estirpe era la dorada de Zakteh, y aquellos soldados eran teóricamente subordinados míos.

Los Damuz no dijeron palabra. Continuaron agrupados, en actitud de espera, y sus ojos me siguieron cuando subí al vehículo volador junto con mi escolta. En el instante siguiente partíamos en dirección al Palacio.

Maungyar el Sabio me recibió en un despacho particular, e hizo seña de que nos dejaran solos. Su talante era grave, y correspondió un tanto secamente a mi saludo ritual.

-Alipherath Katrame -dijo-. Han ocurrido graves incidentes que atañen a tu casa. Thikán Zheratt, hijo de Damuz, ha muerto asesinado.

-Tengo entendido que ha muerto en el curso de un ky’rial -empecé, pero el Dominante me impuso silencio con un gesto de su mano.

Me callé. Maungyar el Sabio me observó por un instante, sin pronunciar palabra. Sentí el olor de la tristeza, mezclado con algo de compasión, y quizá amistad...

-No ha sido como dices -habló finalmente-. Los médicos han examinado los dos cadáveres que quedaron en la casa, muertos por Thikán Zheratt. Ninguno presentaba los síntomas del ky'rial.

Mi pelaje se erizó paulatinamente, a medida que iba comprendiendo el alcance de aquella enormidad.

-Fingieron el ky’rial -acabó de sacarme de dudas el Dominante.

Boqueé y bufé de forma incontenible. ¡Fingir el ky'rial! La sola idea de aquello bastaba para hacer vacilar la razón.

-De haberse tratado de un verdadero ky'rial, hubiese sido poco probable que ni siquiera un gran guerrero como Thikán Zheratt consiguiera matar a dos de ellos -continuó Maungyar el Sabio-. Eso fue lo que infundió sospechas y llevó a un examen médico exhaustivo de los mordedores muertos. El resto ha sido un simple asunto policíaco...

No pude contenerme y rompí el protocolo, interrumpiendo al Dominante en su disertación.

-Mi hermano...

Maungyar el Sabio asintió lentamente.

-Zaruldar Katrame fue localizado, y llamado a declarar. Pero se negó a ello, recluyéndose en una casa fortificada de las afueras de Naolán. Es su privilegio de noble Zakteh, pero también los Damuz conocen las Reglas. Movilizaron a sus guerreros y se prepararon para lanzar una Justa...

Sentí cómo mi corazón se detenía por un instante. Luego alcé la cabeza.

-Zaruldar es mi hermano -dije-. Si ha de estallar una justa, mi lugar está junto a él. Pido tu permiso para retirarme.

Pero el Dominante me retuvo con un gesto. Sentí el olor de la piedad, de la lástima, emanando de toda su figura.

-El Dominio no puede permitirse una guerra civil, una lucha de Damuz contra Zakteh. Las Reglas reconocen la última autoridad del Dominante. Envié la Guardia del Dominio contra Zaruldar Katrame...

-¡Los Uarnass! -no pude impedir el grito.

De nuevo asintió el Dominante.

-Tu hermano ha muerto -dijo.

Un velo rojo cubrió mi vista. Mis garras surgieron de sus alveolos y mi cabeza se alzó. Lancé el terrible alarido fúnebre, prolongado hasta agotar el aliento, el grito familiar de muerte, alto, muy alto, hasta hacer estremecer el palacio entero. Maungyar el Sabio se alzó de su asiento, y no fue ya Dominante de Chirg, sino par de mi casa, igual mío en nobleza. Como a tal me dirigí a él en el ritual de muerte referido a mi hermano.

-¡ERA CARNE DE MI CARNE!
-SU CARNE SE HA UNIDO A LA ESENCIA -respondió ritualmente Maungyar.
-¡ERA SANGRE DE MI SANGRE!
-SU SANGRE SE HA UNIDO A LA ESENCIA.

Continué maquinalmente el rito, con la mente vacía, luchando por apartar la devastadora idea de lo ocurrido. Pronuncié las frases debidas, y Maungyar las respondió. Luego humillé la cabeza, mientras Zaruldar se alejaba de mi espíritu, unido a la Esencia final que a todos nos gobierna y con la que todos acabaremos por unirnos un día. Durante un tiempo que no pude medir, permanecí en silencio, y Maungyar respetó aquel silencio. Luego alcé los ojos hacia su rostro, en muda pregunta.

Maungyar sentóse de nuevo, y volvió a ser el Dominante. Como tal se dirigió a mí, suave pero firme.

-La culpa de Zaruldar Katrame no es la tuya -dijo-. Pero la ira de los Damuz no se ha aplacado, y no puedo avivarla otorgándote ahora el cargo que te prometí.

Bajé de nuevo la mirada. Aquello era evidente.

-Pero mi confianza sigue inalterable, Alipherath Katrame -continuó el Dominante. Te destino a una misión importante fuera del Dominio Chirg. Desaparecerás de la vista Y del rencor de los Damuz durante un período de tiempo. Regresarás luego, con el mérito de tu misión cumplida, y los ánimos estarán aplacados hasta el punto de que podré sentarte a mi mesa sin dificultad ni malas consecuencias para el Dominio.

Humillé la cabeza ante él.

-Te lo agradezco, Dominante2.

Y ciertamente así era, puesto que nada mejor podría haberme ofrecido.

-Hay noticias alarmantes del brazo local de la galaxia -dijo Maungyar el Sabio-. Los comerciantes lahri nos han comunicado que una raza agresiva se está expandiendo por un amplio espacio situado en la dirección al centro galáctico, pero relativamente cerca del Dominio. Puede significar un peligro para nosotros.

-¿Una guerra? -mi pelaje se erizó de nuevo.

[2] La indiferencia súbita del autor del relato hacia la muerte de su hermano, después de las anteriores explosiones de dolor podría chocar a los desconocedores de la psicología chirg. Entre los seres de dicha raza, el rito mencionado purga en cierto modo el dolor y la ira causada por la pérdida. Por otra parte se observa que el autor no culpa a Maungyar de la muerte de su hermano, al haber actuado aquél como Dominante, es decir como potencia impersonal regidora del Estado, y no como individuo particular (P.G.)

-No podemos saberlo aún -pude oler la preocupación del Dominante-. Se trata de una raza joven y violenta, procedente de un planeta que ellos llaman Irosén. Sus miembros, que se denominan irmen o algo similar, al decir de los comerciantes, parece ser que descienden de una especie de simios.

-¿Simios? -no pude menos que preguntar.

-¿Te extraña?

Asentí.

-Nuestro ascendiente fue un carnívoro fuerte y astuto -dije-. Los lahri descienden del insecto hábil y paciente, y los seres de Mersh del reptil frío y sabio. Pero de un simio no puede esperarse otra cosa que sandeces.

La voz de Maungyar el Sabio se hizo fría.

-No juzgues tan fácilmente a las razas del espacio -advirtió- Esos descendientes de simios, según nos han comunicado los lahri, han destruido ya varios estados de otras razas que pudiéramos creer más inteligentes y avanzadas. Una de ellas la de los kaar, unos artrópodos gigantes cuyo poderío era asombroso, aunque sus costumbres no dejaran de ser detestables. Son una potencia guerrera y su filosofía parece implicar la destrucción de toda aquella nación espacial que no pertenezca a su raza.

-Eso es muy grave -opiné.

-Puede llegar a serIo. Y de evitarlo te encargarás tú, Alipherath Katrame -la voz del Dominante se hizo ronca y solemne-. Llevarás una embajada a esos irmen, y procurarás establecer relaciones amistosas con ellos. Les comunicarás que nuestras intenciones son de pacífica convivencia, pero que si el caso llega no nos asusta la guerra, y que estamos preparados para hacerla. Te has mostrado muy hábil en Centia, y quiero que des muestra de igual habilidad frente a esa raza.

-Te sirvo y te amo, Dominante -me incliné.

-Se te proporcionarán los detalles de tu misión en la década que hoy empieza -terminó Maungyar el Sabio-. Entretanto vivirás en el recinto del Palacio. No deseo que tu vista encienda la cólera de ningún Damuz.

Y fue de tal manera como me vi implicado en una importante misión de alcance galáctico, la cual habría de arrastrarme a un cúmulo de situaciones y aventuras como nunca hubiera podido soñar.

Capítulo II - De la constitución de la embajada y su viaje entre las estrellas

Como ya el Dominante me había anunciado, me fue ofrecido alojamiento digno de mi rango y casa dentro de la ciudadela. Hice traer de la mansión familiar todo aquello que me era necesario, y luego ordené el cierre de la misma. Ninguna noticia me llegó de actividad Damuz en mi contra ni en la de mis familiares residentes en otros planetas; después de todo la Raza Clara no está compuesta por bárbaros, aunque quizá la vista de mi persona hubiera podido despertar su furia. Por tanto procuré olvidar los últimos tristes acontecimientos y concentrarme en la preparación de la misión diplomática en la que podría prestar un noble servicio al Dominio y a mi raza, o quizás incluso dar mi vida por ellos, lavando así la falta cometida por mi hermano.

La expedición iba a estar compuesta por una gran nave de pasaje, en la que yo mismo viajaría, y una escolta de tres destructores3 armados. El mando supremo estaría, desde luego, en mis manos, pero en el aspecto naval la expedición dependería de un oficial militar, que navegaría en el destructor insignia. Conocí pronto a este jefe, un mordedor de aspecto

[3] A beneficio del lector humano, el traductor emplea una denominación familiar para estos navíos. La traducción literal del término chirg empleado por el autor sería "Dardos de Guerra" (P.G.)

eficiente llamado Larzhett Krah, que me causó gratísima impresión. Muy pronto me enteré de que yo sería el único noble de la expedición, quizá por designio de Maungyar el Sabio para evitar roces y querellas, puede que más probables luego de lo ocurrido con mi hermano. De todos modos la situación me gustó, pues así mi autoridad no sería contestada en ningún caso, lo que me evitaría muchos problemas.

Durante el período de preparación hube de tener varias audiencias con el Dominante, pero nunca más a solas, y las principales instrucciones sobre mi misión me vinieron más bien del Actuante de Asuntos Exteriores y de sus auxiliares. También, como jefe efectivo de la flota, hube de tomar conocimiento de todos los detalles de la preparación de la misma, aprovisionamiento, armamento, y demás aprestos, aunque mi labor, como lego que soy en materia náutica, fue simplemente la de aprobar con mi firma lo realizado.

Y finalmente, una apacible tarde zarpó la flota y dejé atrás la bella Naolán con sus parques y jardines, sus blancos edificios y sus altivas torres, que tanto había llegado a añorar desde Centia, y que ahora se alejaban de nuevo de mi vida. Nos internamos en el negro espacio y comenzó la rutina a bordo, con su sucesión de falsos días y noches, siguiendo el ritmo de nuestro planeta natal.

Los viajes cósmicos no eran, desde luego, desconocidos para mí, pero en esta ocasión las circunstancias eran mejores que en ninguna otra anterior, en lo a que mi persona se refiere. Como embajador extraordinario y plenipotenciario del Dominio, y único noble a bordo, tenía derecho al mejor alojamiento que la gran nave Tenzán era capaz de proporcionar, así como a alimentos sofisticados, bebidas suaves y toda clase de perfumes que pudieran agradar mis sentidos. Pero no podía menos que pensar en lo que la expedición podría depararme, y en el trato que me sería dado por parte de aquella raza salvaje a cuyo encuentro iba. Podría encontrar al término de mi camino un éxito clamoroso que me devolviera el favor del Dominio, o quizá una muerte atroz. Y esta segunda perspectiva me atormentaba, pues valiente no soy, bien que en último extremo mi vida, como la de todo chirg, pertenece al Dominio, y a él debe ser ofrecida en caso de necesidad.

Iban conmigo en la nave un centenar de mordedores, entre astronautas y personal directamente relacionado con la embajada (otros tantos ocupaban los navíos de guerra) Tuve ocasión de conocerles a todos y de apreciar sus cualidades en las largas jornadas de vuelo, mientras recorríamos los espacios del Dominio en la dirección general al centro de la galaxia. Dimos el primer salto hiperespacial al duodécimo día de viaje, reapareciendo a la altura de Kaurogg, una de las postreras estrellas cuyos planetas están habitados por las gentes de nuestra etnia.

Establecimos contacto por radio con Kaurogg II, el principal de dichos mundos, y se nos anunció la llegada de una nave comercial lahri cuya tripulación podría darnos datos adicionales sobre la raza hacia cuyo imperio nos dirigíamos. Así pues ordené que la Tenzán se pusiera en órbita del planeta en cuestión, y que se concertara una entrevista con el capitán de la nao comerciante.

Vino éste personalmente a nuestro bordo, y pude recibirle en un salón anejo a mis alojamientos, y que había sido dispuesto para la entrevista. Afortunadamente los lahri, cómo es sabido, respiran el mismo aire que nosotros, pero dispuse que descendiera algo la temperatura para hacerla más agradable para el visitante, aunque a mí me produjera alguna ligera incomodidad, ya que juzgué oportuno mostrarme lo más cortés que pudiera con aquel navegante de las estrellas que quizá me proporcionara valiosa información sobre lo que me interesaba.

Penetró el capitán comerciante en el salón, y me fue presentado por un funcionario chirg que había pasado del planeta a su nave, y de ésta a la mía. No pude captar el nombre del visitante, compuesto de sílabas chirriantes y casi impronunciable para nuestra lengua, pero le saludé con toda amabilidad y buena intención, y acto seguido pasamos a asuntos de interés. El lahri, corno todos los comerciantes estelares de su raza que visitan el Dominio, era capaz de

hablar correctamente nuestra lengua, por lo que no necesité intérprete alguno para la conversación.

Según me dio a entender, su raza estaba francamente alarmada por la expansión violenta de los irmen, hasta el punto de haberles esquivado hasta el momento, cuando su inclinación ha sido siempre de establecer relaciones de comercio con todos los mundos y razas del universo, y esta táctica evasiva no dejaba de tener importancia, puesto que los lahri, aunque fundamentalmente pacíficos, saben ser combatientes eficaces y feroces en caso de necesidad, y su raza es poderosa y técnicamente muy avanzada.

-Durante los últimos siglos los irmen han estado colonizando los planetas habitables para su raza en tomo a las estrellas vecinas a la de su mundo madre -me explicó el capitán comerciante-. Más recientemente aglutinaron su dominio en una entidad política llamada Confederación. Cuando tuvimos conocimiento de su existencia, estaban enzarzados en una serie de guerras contra seres ajenos a su especie. Hemos tenido noticias del virtual exterminio de varias de esas razas por las flotas de combate de los irmen. Nuestras informaciones indican que la filosofía irmen postula que todas las restantes especies deben someterse a la suya o ser destruidas.

Sentí que mi pelaje se erizaba. Aquella confirmación de lo que el Dominante me había dicho ya antes me causaba inquietud y temor. ¿Qué posibilidades de éxito podría tener una embajada diplomática ante una raza de tan bárbara psicología? Pensé si acaso no marchábamos hacia el suicidio, si aquellos simios no nos apresarían para matarnos, o si acaso no optarían por reducimos a la esclavitud. Pero de todas formas alguien debía ir a intentar parlamentar con ellos, a fin de disuadirles, si fuera posible, de sus planes agresivos o, de no ser así, confirmar su hostilidad y tomar luego las medidas pertinentes.

-¿Tienes idea de las coordenadas espaciales de su planeta capital?

-Le pregunté al comerciante.

El lahri clavó en mí sus ojos facetados. Me sentía nervioso ante aquel ser del que emanaba un invariable olor a quitina, como si no tuviera emoción ninguna, corno si estuviera hablando con un autómata.

-¿Irosén? -dijo- Tan sólo una idea aproximada. Ya sabes que nuestro conocimiento de esos seres es imperfecto. Confidencialmente te diré que hemos enviado un par de exploradores al interior de lo que debe ser su espacio, pero ninguno ha vuelto.

Bien, la revelación no era nada animadora. Pero por otra parte, no debería extrañarme de que una raza guerrera como la de los irmen ocultara las coordenadas de su mundo central, ni tampoco de que no fueran demasiado clementes con los espías. Desee que no se les ocurriera tomarme a mí corno tal.

-Necesito un lugar donde contactar con ellos -expresé a las claras-. Algún planeta que los irmen dominen, pero que no tenga demasiada importancia. Quiero establecer allí el primer contacto, y luego pedirles que me lleven ante su gobierno.

El olor a quitina permaneció invariable, pero un sexto sentido me dijo que el capitán comerciante me contemplaba con extrañeza, quizá tomando por locura mí insistencia en ponerme voluntariamente en manos de aquella raza sanguinaria.

-Sus fuerzas están ahora moviéndose por el antiguo espacio de los kaar, a quienes prácticamente han aniquilado. Eran unos seres de estirpe algo parecida a la nuestra, con quienes en el pasado tuvimos algunas relaciones. Puedo darte la situación de la zona; allí encontrarás a los irmen.

¿En pleno campo de batalla? Por un momento me ericé, pero luego reconocí que la idea no era mala. En el caso en que nuestra flota invadiera el espacio de los irmen, lo que ellos llamaban la Confederación, posible era que nos dispararan sin previo aviso. En cambio en las fronteras era más fácil entablar un contacto pacífico.

-¿Cómo podríamos entendemos con ellos? -pregunté.

El lahri pareció vacilar un instante.

-No creo que ni tu idioma ni el mío sirvan para mucho -opinó-. Sin embargo sé que conocen la lengua kaar. Puedo instruirte en ella...

Ahora si que apenas pude evitar un bufido. Perfecto, encontrarse con los agresivos irmen en un campo de batalla... y pretender entrar en contacto con ellos hablándoles en el lenguaje de la raza enemiga. Pero comprendí que no había otra solución; peor aún sería acercamos a una nave o planeta potencialmente hostil en silencio o hablando en un lenguaje desconocido para ellos. Después de todo, si la guerra estaba casi terminada, los vencedores atenderían un posible mensaje de rendición por parte de los supervivientes del bando contrario.

-Tendrás mí agradecimiento si nos proporcionas unos cuantos carretes de esa lengua -dije al lahri-. Creo que nos podremos arreglar.

-Así os lo deseo -respondió el insecto-. Aunque temo que las esperanzas de arreglo pacífico no sean muchas. Quizá nuestras dos razas tengan que aliarse en el futuro para hacer frente a la amenaza de Irosén...

Asentí, mientras una extraña sensación se apoderaba de mí. Ahora, de repente, comprendí la verdadera importancia de mí misión. En mí mano estaba evitar una formidable guerra de amplitud galáctica, con millones de víctimas... quizá con la exterminación de varias razas, incluida la mía. Ante ello quedaba muy pequeño el crimen de mí hermano, pese a su naturaleza horrenda. Ciertamente si llegaba a triunfar, incluso los más empedernidos Damuz olvidarían la ofensa de la casa Katrame en contra de su estirpe.

Si llegaba a triunfar...

Poco había ya que pudiese tratar con el capitán comerciante. Le agradecí su ayuda y le acompañé hasta la compuerta donde aguardaba la falúa que le había traído. Y el olor de quitina desapareció de mís sentidos ante el flujo de mí propio aroma de excitación. Y también de temor.

Abandonamos la órbita de Kaurogg II en la siguiente jornada. Pude ver la estrella rojiza alejarse hasta quedar hundida en las profundidades del espacio, y pensé en la bella Naolán, y en el Dominante que confiaba en mí4.

Capítulo III - De como fui capturado por aquellos a quienes buscaba

Era el tercer día desde la salida de nuestro último salto hiperespacial cuando la señal de alarma me llevó de nuevo al puente. Y esta vez no resultó un error, y de ello pudo darme razón la excitación que vi y olí entre los oficiales.

-Ecos en los sensores -me dio la novedad el capitán Griltah-. Parecen corresponder a tres naves de gran tamaño.

-¿Lo que estamos buscando? -pregunté, un poco absurdamente, puesto que mal podría saberlo mi interlocutor.

De cualquier forma, la posibilidad de que la hora de la verdad hubiera llegado tensaba todos los nervios de mi cuerpo.

El capitán lanzó un leve gruñido dubitativo.

-Quizá sean naves kaar...

Pusiéronse en marcha los planes que para aquel momento habíamos trazado. La Tenzán desaceleró hasta quedar inmóvil en el espacio, flanqueada por dos de los destructores. El tercero, navío insignia de la flotilla, se adelantó al encuentro de los que llegaban.

Se iluminó una de las pantallas de comunicación y en ella apareció el rostro de Larzhett Krah.

[4] Sigue a ésto un largo relato acerca de la rutina de vuelo de la flota, con incesantes reiteraciones sobre las actividades a bordo y el estado de ánimo del autor. En las primeras traducciones del Manuscrito se ha omitido esta parte, y no parece haber razón para incluirla en la presente (P.G.)

-Nos aproximamos a ellos -anunció- Son tres naves de gran tonelaje. Están decelerando... se despliegan. Comienzo a enviar el mensaje.

En aquel momento sentí no haberme aplicado a estudiar el lenguaje kaar en los carretes que los comerciantes lahri nos habían proporcionado. Cierto que mi intención era actuar por medio de intérpretes en un principio y luego aprender por mí mismo la lengua de los irmen, pero por lo pronto me sentí en cierto modo ajeno e indefenso ante lo que iba a suceder.

El mensaje chirriante surgió en el altavoz. No hacía falta en realidad que nadie me lo tradujera, pues conocía de memoria su enunciado:

Venimos como amigos. Somos una embajada diplomática enviada a vosotros.
No pertenecemos a la raza kaar...

Y ello repetido una y otra vez. Hasta que de pronto, por el mismo altavoz, llegó la respuesta en la misma lengua.

-Nos preguntan quienes somos -tradujo junto a mí uno de los intérpretes.

El aliento se me escapó de la boca en un brusco silbido. ¡Ah, al menos habíamos entablado conversación... con quién fuera!

-Larzhett Krah les dice que representamos al Dominio Chirg... les pregunta si son irmen... -continuó el intérprete.

El altavoz dejó escapar un raro sonido, parecido a una risotada.

¿Reían así los depredadores de Irosén? ¿Y qué podía significar aquella risa?

-Son irmen -siguió traduciendo el intérprete al continuar el altavoz su chirriante parlamento-. Les complace que su fama haya llegado hasta nosotros. Piden que se les envíe una imagen.

-¿Estás a suficiente distancia, Larzhett? -pregunté.

El oficial naval asintió.

-Envíales entonces tu imagen -dispuse-. Y pideles que correspondan con la suya. En cuanto lo hagan, envíamela por el segundo canal.

Mientras hablaba, dirigí la mirada a la pantalla correspondiente, ansioso por ver a qué se parecían aquellos descendientes de simios que aterrorizaban la galaxia.

-Reciben la imagen de Larzhett Krah -dijo el intérprete, transmitiendo la voz de los extranjeros. Nos mandan ahora un... ¡ah!

Gritó, Y todos gritamos con él. Pues la pantalla del segundo canal continuaba vacía, pero en la otra el rostro de Larzhett Krah se había fundido en una cegadora llamarada.

-¡Le han destruido! -aulló Griltah- ¡Han destruido la nave!

-¡Atención! -la voz llegó tensa por otro altavoz-. ¡Habla el lugarteniente Silo Naharr! Tomo el mando en la emergencia. Repito, tomo el mando en la emergencia.

Todos estábamos en pie, con los ojos desorbitados. Los olores de excitación, miedo y rabia se mezclaban en un husmo asfixiante. Pero la voz de Silo Naharr, que nos llegaba desde otro de los destructores, sonaba calma y eficiente.

-Capitán Griltah, escapa con tu nave. Procura alcanzar el próximo punto de congruencia y salta al hiperespacio. Nos dirigimos hacia el enemigo para cubrir tu retirada.

¡Así era, pues! Hacia el enemigo... de tal forma se habían roto todas las perspectivas de paz y negociación, por un acto brutal de violencia injustificada.

Ante el estado de emergencia, la milicia había evidentemente tomado el mando, y yo no tenía autoridad efectiva. Pero, dentro de la confusión que dominaba mi espíritu, aún me hizo hablar una absurda esperanza.

-No... quizás haya sido un error... quizás hayan temido una trampa y eso lo explique....

El intérprete se volvió hacia mí, con los ojos centelleantes.

-Su último mensaje fue: «Os mandamos un regalo...» y luego la palabra kaar para designar ofensivamente a los seres privados de inteligencia.

¡Os mandamos un regalo, animales! Y eso después de ver la imagen del desdichado Larzhett Krah, que se había aproximado a ellos con un mensaje de amistad. Sentí que mis garras salían de sus alvéolos, y la ira se apoderó de mí. ¡Raza de asesinos! Ciertamente su fama denotaba su naturaleza.

A través del altavoz, el lugarteniente Silo Naharr relataba el desarrollo del combate con voz tranquila, como si la acción fuera ajena a él.

-Abrimos fuego... un blanco seguro... pero no, al parecer están protegidos por un campo de fuerza muy poderoso. Disparamos con la artillería pesada... no, no podemos dañarles.

Bajo mis pies, la Tenzán trepidaba al acelerar hacia el lejano punto de congruencia desde donde podríamos saltar al hiperespacio.

-Nos seguimos acercando -continuó Silo Naharr-. Disparamos ahora con todas las piezas, pero su campo sigue siendo invulnerable. Sus naves no se mueven ni disparan...

-¡Están jugando con ellos! -aulló uno de los oficiales, junto a la consola.

Y en aquel mismo instante el juego terminó. El oficial de sensores dio un brinco junto a sus aparatos.

-¡Una de nuestras naves ha sido destruida! -gritó- Justo como la insignia... ha desaparecido en una llamarada.

Así pues, los irmen se estaban divirtiendo. Dejaban actuar a nuestros destructores, para ellos inofensivos, para luego aplastarlos de un manotazo. Y si continuaban inmóviles en el espacio, sin duda era porque tenían la seguridad de alcanzar nuestra propia Tenzán en un santiamén, en cuanto se cansaran de la diversión... mucho antes de que pudiéramos llegar al lugar de congruencia.

-El destructor número tres se ha desintegrado -continuó narrando Silo Naharr, tan impávido como si no estuviera a un paso de la muerte-. Utilizan un arma radiante contra la que nuestros propios campos de protección resultan inoperantes. Continuo atacando... lanzo cuatro nirr5.

-¡Destruido! -gritó en aquel mismo instante el oficial de sensores.

¡El destructor ha estallado... ha desaparecido del espacio!

Me dejé caer en un sillón, cerrando los ojos. Así pues, también Silo Naharr... Y los siguientes íbamos a ser nosotros.

-Las naves enemigas empiezan a acelerar -informó el oficial, con voz tensa-. Parece que... ¡no!

El súbito grito me hizo abrir de nuevo los ojos. El oficial se había abalanzado literalmente sobre los aparatos.

-¡Explosiones en las naves enemigas! -gritó-. Dos... tres... cuatro...

¡Destruidas!

Un joven mordedor lanzó un alarido que retumbó en el puente. Sin saber cómo, me vi junto a los sensores, aún a sabiendas de que no podría leer sus mediciones.

-Dos naves enemigas han desaparecido -continuó informando el oficial, procurando ahora dominar su excitación-. Hay fragmentos derivando en el espacio... han saltado en pedazos... La tercera nave ha quedado a la deriva, con la aceleración cortada en seco.

-¡Los nirr...! -gritó otro oficial- ¡Los nirr...!

Así pues aquellos torpedos dirigidos habían sido demasiado para los orgullosos irmen6... ¡Bien les estaba! Después de todo su tecnología no era tan superior a la nuestra. Quizá ni siquiera habían podido detectar los malignos proyectiles envueltos en espacio

[5] La palabra *nirr,* denominación de los famosos "torpedos fantasma" chirg, corresponde originariamente a una pequeña serpiente muy venenosa de Saiph III. Conceptualmente, las dichas armas podrían denominarse en nuestro idioma "víboras". (P.G.)

[6] Evidentemente el autor se refiere aquí, y en toda la obra, a los vocablos ánglicos *earthmen* (terrestres) y *Earth of Sun* (Tierra de Sol), bastante usados en la época dentro de la lengua franca del espacio (P.G.)

replegado, que tal era lo poco que yo sabía sobre ellos. De una forma u otra, el veneno del nirr había resultado fatal para los seres de Irosén.

Apenas si me di cuenta de que el capitán Griltah se acercaba a mí, hasta que oí sus palabras.

-Parece ser que su única nave superviviente está inutilizada. ¿Te parece que recojamos sus náufragos?

-¿Recoger los náufragos irmen? ¿Acercamos a ellos, cuando aún podían tener armas suficientes para destruimos?

-Podemos enviar un par de falúas -propuso el capitán-. Perdona la presunción, pero si apresamos algunos de ellos podríamos enteramos de muchas cosas de interés...

¡Efectivamente! Si consiguiéramos hacer prisioneros a algunos de aquellos desagradables irmen, nos enteraríamos de su fuerza, de sus posibilidades... incluso de las coordenadas de su planeta natal. Todo ello muy conveniente, puesto que en aquellos momentos no dudaba yo de que la guerra con semejantes bárbaros habría de ser inevitable. Y debo decir que la vieja sangre dorada bullía en mis venas, y que me llenaba de alegría la idea de que el cruel juego de los salvajes hubiera terminado en desastre para ellos.

-Bien, podríamos acercamos con una falúa y exigir les que se rindan si no quieren ser destruidos -el capitán rió con ferocidad-. Les pediremos que se pongan trajes espaciales y que pasen a la falúa para traerles luego aquí... en varios viajes, si los supervivientes son muchos...

No era mal plan, pensé. Desde luego que carecíamos de armamento ofensivo digno de tal nombre, pero eso ellos no podían saberlo.

Mas no llegué a tomar ninguna decisión, puesto que en aquel mismo instante se dejó oír de nuevo, excitada, la voz del oficial a cargo de los sensores de proximidad..

-¡Naves rápidas se acercan a nosotros desde la dirección general del navío inmovilizado!

-¿Pueden ser falúas de salvamento? -preguntó el capitán.

-No lo creo. Son demasiado veloces. Yo diría que se trata de aparatos de guerra.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. ¡Aparatos de guerra! Aquello quería decir que la victoria que pensábamos no era tal, y que nos hallábamos de nuevo en peligro de muerte.

-Alerta máxima -ordenó Griltah, procurando dar un tono neutro a su voz-. Listos para abandonar la nave.

Al instante un par de mordedores se dirigió a mí. Sabía yo que como embajador y único noble a bordo, mi seguridad era prioritaria, de modo que les seguí en dirección a las escotillas de babor. El aire olía a miedo, y yo era consciente de que gran parte de aquel temor procedía de mí, por más que intentara dominarlo. A mis oídos llegaron órdenes que no llegué a comprender, y sentí intensificarse el trepidar de las máquinas, como si la nave pretendiera futilmente escapar de los aparatos enemigos que caían sobre ella.

Comprendí que el capitán Griltah suponía su fin muy próximo cuando los mordedores me llevaron a una cápsula blindada de supervivencia, junto a la primera de las compuertas; ni siquiera iba a haber tiempo para botar las falúas. Rápida y eficientemente fui introducido en la cápsula, mientras se me indicaba que me sentara en el asiento acolchado.

Y en aquel mismo instante la muerte que nos amenazaba se hizo presente. Terribles estampidos hirieron mis oídos, y las paredes de la nave parecieron arrugarse a nuestro alrededor.

-¡Explosiones nucleares! -gritó un altavoz. Y esa fue la última voz chirg que pude oír en mucho tiempo.

Pues los mordedores cerraron de golpe la puerta, y casi simultáneamente la aceleración se apoderó de mis músculos y de mis nervios. Cerré fuertemente los ojos, luchando contra la náusea, y cuando los abrí de nuevo, en la ventanilla frontal de la cápsula no se veía otra cosa que cielo negro y puntos de luz.

¡No! Pude ver algo más. Pude ver algo que se deshacía, que se disgregaba en pedazos, y éstos en otros más pequeños, en medio de luces fantasmagóricas, de cuyo brillo cegador me libraba, en parte, el filtro de la propia ventana.

Era la Tenzán que se desintegraba en el espacio, víctima del fuego enemigo. Junto con todos aquellos que habían sido mis compañeros de travesía.

Noté una sensación de ahogo, y mis ojos se cubrieron de lágrimas. Me hallaba solo en el espacio, a incontables años de luz de cualquier presencia amiga. Podía perecer allí, en la soledad, sin que nadie volviera a tener noticias de mí.

La emoción debió hacerme caer en trance depresivo, pues quedé allí, sentado en el sillón, sin moverme siquiera, ignoro por cuanto tiempo. Y quizás hubiera permanecido en tal situación hasta que el aire hubiera dejado de ser reciclado y la muerte se hubiera apoderado de mí, allí entre las estrellas.

Pero no fue ese mi destino. Recuerdo que noté confusamente unas sacudidas, y ello me trajo a la consciencia, como un nadador submarino que es impulsado de pronto a la superficie del mar, encontrándose de forma casi imprevista bajo los fuegos del sol. Tragué saliva una y otra vez, y mis ojos se fijaron nuevamente en la ventanilla frontal.

Había alguien al otro lado.

La figura vestía, desde luego, un traje espacial, pero desde el primer momento pude darme cuenta de que no pertenecía a la raza chirg, ni a ninguna otra que yo conociera. A través del vidrio o plástico de su yelmo pude vislumbrar vagamente un rostro blanco y cadavérico, y unos horribles ojos redondos que me dieron escalofríos.

Los irmen habían abordado la cápsula. Yo ya no moriría de asfixia en el espacio, aunque quizá mi suerte fuera peor, pensé confusamente en aquellos momentos.

Aquella aparición de pesadilla permaneció por un instante en total inmovilidad, contemplándome a mí como yo la contemplaba a ella, puede que con el mismo asombro y puede que con la misma aversión. Luego se dejó flotar en el vacío hasta salir de mi campo de visión. Mi mente era un caos, y furiosamente traté de pensar en lo que debía hacer. Sí, después de todo aquello era precisamente lo especificado en mi misión, establecer el contacto entre las dos razas. Pero había un preludio de doscientos chirgui muertos, y no podía saber cuantos por parte irmen.

Sentí un par de sacudidas, y luego la aceleración golpeó de nuevo mi cuerpo. No podía notar el menor cambio en lo que veía por la ventanilla, puesto que los jalones estelares se hallaban demasiado lejanos, pero mis músculos y mis nervios me decían que la cápsula estaba siendo remolcada. Y suponía hacia donde.

La nave que me impulsaba aceleró y luego deceleró de nuevo. Nada pude ver del exterior, pero finalmente toda tensión cesó, y comprendí que habíamos llegado a nuestro destino.

Hubo todavía otra sacudida y a continuación las estrellas desaparecieron de la ventanilla. Alguien había introducido la cápsula en una compuerta, sin duda perteneciente a la nave averiada. Tal pensé y tal comprobé en el minuto siguiente, puesto que una luz artificial penetró en mi habitáculo y pude ver paredes de metal frente a él.

De nuevo un rostro de pesadilla apareció en la ventana. Ahora el irmen no llevaba escafandra, y sentí una ola de espanto y repugnancia apoderarse de mí. Su faz era desnuda como la de un insecto, pero sin la suave dureza de la quitina. Semejaba una horrible caricatura de chirg, sin pelo, salvo una capa sobre el cráneo, con los ojos terroríficos que ya conocía, un hocico extraño y diminuto y bajo él una boca que semejaba una herida mal cicatrizada. A ambos lados del cráneo podían verse lo que debían ser orejas, arrugadas y casi redondas, en una posición tan lateral y baja que me produjeron una rara sensación cómica. En tiempos sucesivos, evidentemente, he tenido oportunidad de estudiar detenidamente a los miembros de aquella raza mientras convivía con ellos, pero nunca se me borrará de la memoria aquella primera impresión de repugnancia y, a continuación, la sensación que me inspiraron aquellas ridículas orejas, y que llegó a aminorar en algo el temor que los extranjeros me inspiraban. Un

ser con aquellas orejas no podía ser tomado en serio, pensé incongruentemente en aquella ocasión.

Con lo que, desde luego, me equivocaba por completo.

El ser no se limitó en aquella ocasión a mirarme. Alzó un brazo semejante a una rama seca, y me hizo señas inequívocas de que abandonara la cápsula.

¿Salir? ¿Verme en plena nave de los extraños, tras de la sangrienta batalla sostenida con ellos? ¡Pero si ni siquiera estaba seguro de poder respirar su aire!

Mas no parecía haber otra alternativa. De desearlo podrían destruir la cápsula conmigo dentro, y tampoco les costaría nada descerrajar la puerta y penetrar en el interior. Bueno, después de todo aquella era mi misión.

Me levanté del asiento antiaceleración, sin poder evitar el temblor de mis manos ni el erizamiento de mi pelo. Me acerqué a la compuerta de la cápsula Y, tras varios intentos, conseguí abrirla.

El aire era respirable para los de mi especie, pero al principio creí que no, tal fue la avalancha de olores salvajes, la mayor parte de ellos desagradables, que me inundó al momento. Olía a excitación, a odio, a aversión... pero sobre todo a suciedad. Apenas si pude evitar el impulso de echarme atrás y cerrar nuevamente la puerta. Pero no lo hice, y creo que de todas formas no me lo hubieran permitido.

Los irmen estaban allí, en grupos compactos, ansiosos sin duda de poder contemplar por vez primera un miembro de la raza chirg. Sus efluvios mezclados llegaban a dar náuseas, hasta el punto que apenas si podía mantenerme en pie, y además gritaban como poseídos, en su extraño y duro lenguaje.

Yo, por descontado, lo ignoraba entonces, y me hicieron pensar en una manada de primates enjaulados en un parque exozoológico.

Percibí de pronto una tufarada de olor acre que debía corresponder al nuestro de hostilidad y, casi al instante alguien me golpeó. Un pesado puño me alcanzó en un lado de la cabeza, y el estallido del golpe casi me sume en la inconsciencia. Alcé instintivamente los brazos para protegerme el rostro, y noté casi en el acto un terrible dolor en la base de la oreja izquierda. Grité, pero mi voz quedó ahogada por la furiosa algarabía de los irmen.

Por un instante creí llegada la hora de mi fin, pero pronto mis agresores fueron alejados enérgicamente. Un grupo de irmen formó cerco en tomo a mi persona, y fui introducido por ellos en el interior de la nave, al otro lado de la compuerta interior.

Era una gran nave, mayor que la Tenzán, y a todas luces había sido diseñada para la guerra. Una especie de crucero de combate, pero equipado para largas estancias en el espacio, lejos de sus mundos base. Casi una nave de nómadas, tal como entonces creí captar, y luego comprobé que no me equivocaba mucho.

Sin duda los nirr... habían causado graves daños al navío. Pude oír el ruido de los sopletes automáticos, y con nuestro grupo se cruzaron un par de equipos de reparaciones, perfectamente identificables como tales. Me estremecí al pensar que aquellos bárbaros pudieran culparme quizá de los daños sufridos y vengarlos en mi cuerpo de la forma que podía esperarse de una raza tan villana como la suya.

De momento no me volvieron a golpear. Me llevaron, en cambio, a una espaciosa sala donde me esperaba otro grupo de irmen, éstos dotados de vestiduras que me parecieron más lujosas que las de quienes me acompañaban. Pensé que serían los oficiales o mandos del buque, aunque no parecía haber demasiada uniformidad en el grupo. Uno de ellos me pareció que sería el capitán de la nave.

Se acercó a mí y me contempló con curiosidad. Yo me arriesgué a devolverle la mirada. Olía a hostilidad, como todos los demás, pero no dio muestra activa de ella. Me habló en un idioma que debía ser el suyo natal y, como no pude entenderle, me dirigió otra parrafada en lo que reconocí como la lengua de los kaar. Maldíjeme yo entonces por no haberla aprendido cuando pude hacerlo, puesto que ahora no contaba con intérprete alguno, y mi ignorancia tal vez me costara la vida.

-Vengo en son de paz -argumenté con voz suave- Dirijo una embajada que mi raza envía a la vuestra.

Por descontado que no me comprenderían, pues hablaba en chirg, pero pensé que el hecho de dirigirme a ellos en un lenguaje articulado pudiera hacerles adivinar mis buenas intenciones.

Habló el capitán con otro irman que estaba a su lado, y en quién creí oler una hostilidad hacia mi superior a la de sus compañeros. Otros de los oficiales expusieron luego también sus opiniones, y finalmente el capitán dio una orden.

La habitación a la que me condujeron resultaba pobre como alojamiento, aunque quizá rica para ser celda. Existían algunos rústicos muebles, entre ellos lo que apenas si reconocí entonces como una cama, larga, estrecha y dura. Aparatos sanitarios se agolpaban en un pequeño cubículo adjunto. Quedé encerrado, y mi primera sensación fue de alivio, pues al menos de momento parecía obvio que los irmen no iban a enviarme a la Esencia.

Unos cuantos ciclos más tarde se abrió la puerta y penetró un irman, provisto de un maletín. Lo situó sobre la mesa y me hizo seña de que me aproximara, lo que hice no sin reticencia, aunque la hostilidad de aquel ser era relativamente poco pronunciada.

Eché una ojeada a los cuadernos y libros de imágenes que salieron del maletín, y comprendí que aquel irman se disponía a enseñarme su idioma, y quizás a aprender el mío.

Quizá, después de todo, me fuera posible desempeñar mi función de embajador ante la raza que me había capturado.

Capítulo IV - De los hombres de Tierra de Sol

Hablaré sobre los terrestres, humanos o irmen, pues de éstas y otras muchas maneras se denominan a sí mismos.

Ya he descrito algunas de sus características físicas más notables, o por lo menos que a mí me causaron más impresión. Son más altos que nosotros, y están casi completamente desprovistos de pelo, que tan sólo les crece en lo alto de la cabeza, bajo la unión de sus flacos brazos con el cuerpo, y también en tomo a los órganos sagrados. Igualmente les brota en tomo al rostro y bajo la nariz, pero muchos de ellos suelen afeitarlo de estos últimos lugares, en tanto que otros déjanlo crecer a su aire, o lo arreglan de la forma que les parece más estética. Son, desde luego, mamíferos como nosotros, pero descendientes de simios como los chirg lo somos de felinos. Físicamente siempre me parecieron monos sin pelo ni cola.

He escrito ya algo sobre sus rostros, que al principio me causaron tanto miedo y repugnancia, bien que luego llegaría a acostumbrarme a ellos. Lo que nunca pude dejar de notar fue su olor áspero y desagradable, cuya gama de variantes emocionales recuerda en mucho a la nuestra. Sin embargo ellos mismos no perciben nada de ello, puesto que su sentido del olfato es muy rudimentario y apagado, hasta el punto de que no pueden captar sino aromas o hedores muy fuertes. Entre sí no se huelen, ni perciben de esa forma sus emociones.

Y tal vez ello sea una compensación de la naturaleza, pues nunca conocí raza más emocional, capaz de llegar a las más violentas cóleras por motivos fútiles. Pierden a menudo el control de sí mismos, y aún parece que se complacen en ello y lo tienen por signo del poder y superioridad de su raza.

¿Qué más diré de ellos y de las diferencias físicas de su raza con la chirg? Después de tratarles por un tiempo me enteré de que también su sentido del oído es menos sofisticado que el nuestro, aunque en vista, gusto y tacto somos más o menos iguales. Por término medio tienen más fuerza física que nosotros, quizá como compensación por la falta de garras efectivas; sus uñas son rudimentarias y no retráctiles.

Sus movimientos habituales son espasmódicos y desgarbados, y duermen del mismo modo que lo hacemos nosotros, aunque resultan más lentos en el despertar, permaneciendo a veces entontecidos durante algún tiempo tras ser arrancados al sueño.

También me sorprendieron, y esto ha de ser dicho, sus costumbres en relación con los órganos y actividades sagradas. Sus hembras están en celo continuo desde el momento de su pubertad, y los machos parecen estarlo también, si consideramos la importancia que el fenómeno tiene en sus vidas y en su forma de pensar.

Hablan continuamente del dicho fenómeno, y construyen juegos orales de humor en tomo a la mención de la actividad sagrada y numerosísimas aberraciones de la tal, que en ellos parecen ser muy frecuentes. Igualmente establecen curiosas correlaciones entre sus capacidades en tal sentido y otras cualidades tales como la bravura, don de mando e incluso estado social.

Pero lo que más choca en ellos, y a mí me sorprendió grandemente al poder hablar y entender su idioma, es la tendencia a la mención de órganos y acciones sagradas dentro de su conversación habitual, pero totalmente ajenas al contexto de la misma. No se trata de que mantengan, como también hacen, conversaciones largas y detalladas acerca de la actividad sagrada, sino que, hablando sobre otros temas, interrumpen de pronto la frase para nombrar un órgano sagrado de cualquier sexo, o una forma de algún verbo relativo a tal acción, tras de lo cual continúan la frase como si nada hubieran dicho entremedias. Toman también las dichas palabras como exclamación de placer, de dolor o de fastidio, de forma grandemente curiosa además de repulsiva. Y para acabar con el tema, igualmente utilizan de dicha forma vocablos referentes a la actividad excretoria, y aunque a todo ello algunos lo denominan «malhablar», no por ello dejan de hacerla, y aún de tenerlo por meritorio y por muestra de dignidad, valentía y otras cualidades que ellos admiran.

Su lengua es muy rica, y con ella podrían crearse, y de hecho ellos lo hacen, grandes obras literarias y poéticas. Para cada concepto existen muchos sinónimos y derivados, y los verbos son de una magna complejidad. De ello puede ser causa el hecho de que en el origen de su raza hablaban sus diversas comunidades una infinidad de idiomas distintos, los cuales fueron aglutinándose en una jerga compuesta propia para entenderse todos ellos, y de allí su diversidad de vocablos para un mismo objeto o concepto.

Por ejemplo, emplean ellos numerosas denominaciones para indicar su propia raza. El nombre de irmen que nos dieron a su respecto los lahri no es sino una de dichas denominaciones, estando compuesto por los términos ir, que indica su planeta de origen, y men (en singular man), individuo o individuos aislados. De parecida forma el nombre completo de su mundo, Irosén incluye el ya citado vocablo de Ir, relativo al planeta y Sén, la estrella en tomo a la que el dicho mundo orbita. Pero en la nave en la que fui prisionero no se usaban mucho tales términos, prefiriendo llamar al mundo Tierra, y a sus nativos u originarios, terrestres, terrícolas o terráqueos. Al conjunto de su raza llámanla también Humanidad, y humanos a los pertenecientes a ella.

Añadiré que los terrestres no son buenos lingüistas y que mi profesor asombrábase de lo fácilmente que yo aprendía su idioma, hasta el punto de sospechar al principio que yo lo conocía ya de antes y le estaba engañando. Pronto salió, no obstante, de su error, y creo que gané con aquella habilidad alguna estimación por su parte. En cuanto a aprender él la lengua chirg, pronto renunció a ello, tanto por parecerle muy difícil como por no estimar de mucha importancia su conocimiento, y en ello debió influir el desprecio que tanto sus compañeros como él mismo sentían por toda raza ajena a la suya.

Hablaré ahora sobre la historia de los terrestres, tal como poco a poco la fui conociendo. Pasaron ellos, tal como nosotros, por las diversas fases de la evolución planetaria, llegando a conocer la energía del núcleo atómico antes de que las comunidades independientes de su mundo se hubieran unificado, de lo que resultó el evidente peligro de guerra nuclear autogenocida, y más con el carácter de los individuos de dicha raza, siempre inclinados a la pelea y a la sinrazón. Quizá fuera la conquista del espacio lo que, al encauzar su energía y agresividad hacia otros objetivos, les salvó del holocausto y logró la unificación política de su estirpe. Colonizaron los terrestres diversos mundos de estrellas cercanas y sometieron a

algunas razas ajenas a la suya. Por lo que medio entendí de mi profesor, y luego comprobé, parece ser que buena parte de los Individuos de raza terrestre carecen de los instintos xenófobos propios de aquellos que conocí en la nave, o quizá los tuvieran más atenuados, puesto que los mencionados alienígenas no fueron siempre maltratados, y aún en ocasiones se les ayudó en la elevación de su nivel tecnológico, concediéndoseles luego la entera independencia. Hubo, claro está, conflictos y aún guerras, además de una infinidad de incidentes aislados entre miembros de la raza humana y de las restantes etnias inteligentes de la zona de influencia de la primera. Pero finalmente se estableció una unión entre los diversos planetas poblados por los terrestres y otros habitados por otras razas, entidad política que tomó el nombre de Confederación.

Cuando mi profesor de idiomas pronunció dicha palabra por vez primera, recordé que los lahri la habían mencionado al referirse a los terrestres o irmen, y hablé de mi misión diplomática, rogando al profesor que transmitiera a sus superiores mi petición de ser llevado ante las autoridades de dicha Confederación. Pero el hombre estalló en cólera y desprecio, gritándome una frase en la que expresaba el absurdo de que él mezclaba la Confederación con sus propios excrementos (una de las expresiones ilógicas arriba mencionadas, y a las que luego casi llegué a acostumbrarme, aunque en aquel momento me dejara estupefacto)

Me informó luego mi profesor, algo más calmado, que la Confederación había caído, víctima de su cobardía al admitir en su seno razas no terrestres, lo que a su parecer constituía traición a la idea de la Humanidad como estirpe superior. Aquellos a quienes calificó de «verdaderos hombres» habíanse secesionado del poder político de la propia Tierra, creando comunidades casi nómadas y emprendiendo guerra sin cuartel contra los estados estelares no humanos que limitaban con la antigua Confederación, y a las que aquel bárbaro calificó como compuestos por animales inmundos y dañinos. Habían ya casi aniquilado algunas de dichas infortunadas etnias, Incluida la de los kaar, en cuyo antiguo espacio nos hallábamos, y se proponían en un futuro próximo crear un Imperio de tipo oligárquico y racista, poniendo su capital en la lejana Tierra de Sol, tanto si quienes habían quedado en dicho mundo querían como si no. Dio a entender que en la Tierra, y quizá también en algunos mundos adyacentes aún se mantenía la idea de la igualdad de las razas inteligentes, pero para dicha idea y para quienes la mantenían expresó su desprecio más profundo. Entre otras incongruencias dijo que el hecho de mantener tal ideología conllevaba la incapacidad para efectuar las actividades sagradas y la falta de los órganos apropiados para tal función. Finalmente me miró de forma dura, apestando hostilidad, y me comunicó que también la raza chirg a la que yo pertenecía debería someterse al futuro Imperio, como estirpe de súbditos de los terrestres, pues de lo contrario sería destruida.

Sentí mi corazón dar un vuelco, y todos mis pelos se erizaron, pero no me arriesgué a responderle, pues me pareció muy excitado y temí que incluso llegara a golpearme. Pero luego, con la versatilidad de su raza, el profesor se calmó, reduciéndose su olor hostil casi a la nada, y a continuación volvimos a la lección del día, que habría de ser una de las últimas antes de la entrevista que iba a tener con el capitán de la nave.

Por cierto que ya había yo empezado a aprender algunos de los nombres de los terrestres de la nave, siendo Alboino el de mi excitable profesor, y Sigmund el del capitán. Al parecer los de las Compañías Francas gustaban de bautizarse con nombres que antes que ellos llevaron algunos héroes y caudillos reales o imaginarios de su pasado histórico y literario, en general de épocas en las que aún su raza no había salido al espacio.

Capítulo V - De la entrevista con el capitán

-Mantente en silencio y en actitud respetuosa -me advirtió Alboino-. No hables sino cuando se te pregunte. En el Estado Mayor hay personas que no comparten mi paciencia hacia los alienígenas.

No pude hacer sino asentir a la manera terrestre. Alboino y dos guardias armados me condujeron por largos y metálicos pasillos hasta llegar a la sala que debía hacer las veces de puesto de mando o cuartel general. Allí me esperaban ya.

Pude reconocer a varios de los oficiales con quienes me encontré el primer día, Y también al capitán, un humano de alta estatura aún para su especie, con pelo rojizo en lo alto de la cabeza y en tomo a toda su cara. Todas las miradas estaban fijas en mí, y el olor de la hostilidad me golpeó como un arma física. Tuve que esforzarme para que mi pelambre no se erizara.

-Así pues, éste es el gato -dijo un humano de pelo amarillo, sentado junto al capitán, Y cuyo efluvio hostil era bastante más pronunciado que el de la media existente en aquella inquietante congregación.

Yo sabía que la palabra empleada designaba a un pequeño mamífero del planeta natal de los humanos, y que se decía de un modo despectivo. No repliqué nada, ni reaccioné ante la ofensa.

-¿Sabe hablar nuestro idioma? -preguntó a su vez el capitán. Su voz era ronca y pausada.

-Lo habla y lo comprende -respondió Alboino, con cierto orgullo-. Ha sido muy buen alumno.

-Avanza, alienígena -ordenó el capitán-. Dinos tu nombre y de dónde procedes.

Di un paso adelante, consciente de los sentimientos poco amistosos de la concurrencia.

-Soy Alipherath Katrame, de la Noble Katrame -me presenté. El lenguaje humano era raspante en mís labios, lengua y garganta-. Soy hijo de Zakteh, la Vieja Raza Dorada. Procedo del Dominio Chirg, y vengo en embajada pacífica dirigida a vuestra raza.

-Bien -aprobó el capitán-. Ahora quiero saber cuales son las coordenadas de tu mundo natal, o de la capital de ese dominio del que procedes, en caso de incluir éste más de un planeta.

Clavé mís ojos en los del capitán.

-Ignoro esos datos -dije sin mentir-. Soy un diplomático, no un astronauta. Mi misión es...

-Silencio -cortó bruscamente el capitán, aún sin levantar la voz. Obedecí.

-¿Qué opinas, Alaric? -preguntó el capitán.

El hombre del pelo amarillo volvió el rostro hacia su superior. -Está mintiendo -dijo.

-Eso lo veremos luego -decidió el capitán-. Bien, alienígena, dinos cual es tu misión.

-Se trata de una misión de paz -insistí-. El Dominio Chirg desea establecer buenas relaciones con todas las razas del universo. Queremos ser amigos del pueblo de Tierra de Sol.

-¡Buenos amigos! -estalló el del pelo amarillo-. Casi destruyen por completo la Compañía. Sigmund ¿cuantos guerreros salimos de Kortia hace seis meses? Dos mil quinientos. ¿Y cuantos quedamos hoy vivos? ¡Menos de cuatrocientos!

-De los míos, tan sólo yo quedo con vida -no pude evitar decir. Los ojos helados del capitán me taladraron.

-No hables a menos que se te pregunte, alienígena -dijo-. Es la última vez que te lo advierto.

Luego su mirada pasó a la del hombre del pelo amarillo.

-Parece que no te das cuenta de la situación, Alaric -su voz seguía siendo igual de fría-. La Compañía ha combatido estos últimos meses contra las arañas de Adivisia. Hemos destruido docenas de sus naves, hemos arrasado sus planetas... y sin sufrir prácticamente ninguna baja.

-Lo sé -replicó secamente el llamado Alaric.

-Y de pronto entramos en combate con una pequeña fuerza astronaval, perteneciente a unos alienígenas diferentes. En pocos minutos perdemos dos de nuestras naves, y la tercera queda averiada. Esa raza chirg es un peligro terrible para la Humanidad. Debemos concentrar todas las fuerzas de las Compañías contra ella, y debemos hacerlo cuanto antes.

Sentí que mi corazón se paralizaba. Aquello era la definitiva declaración de guerra.

-¿Pero por qué? -dije inconteniblemente-. Nuestras razas pueden ser amigas, nuestro mensaje...

-Golpea -ordenó el capitán, sin alzar la voz.

Noté un tremendo estallido en la cabeza. Por un instante mis sentidos se nublaron, y luego me encontré tirado en el suelo. Comprendí que uno de mis guardianes había estrellado la culata de su arma contra mi cráneo.

-Sigue golpeando -dijo el capitán.

El guardia avanzó un paso y estampó su bota herrada en mi cuerpo. Me retorcí en el suelo, preso de terribles dolores. Con la fría frecuencia de un metrónomo, el humano continuó dándome patada tras patada.

-Basta -cortó al fin el capitán.

Los golpes cesaron, y quedé encogido sobre mí mismo, hecho una miserable bola de carne doliente.

Diversos olores llegaron a mí. Prevalecía aún la hostilidad, pero ahora se mezclaba con la diversión. Me sorprendió hallar un cierto aroma de compasión en Alboino, mi profesor de idiomas.

-¿Puedes volver a tu asiento, alienígena? -me preguntó el capitán.

Asentí a la manera terrestre, sin arriesgarme a pronunciar más palabras. No creía tener ningún hueso roto, aunque la sangre corría por la parte trasera de mi cabeza, allá donde la culata golpeara. Me acomodé difícilmente en el asiento humano, sintiendo al hacerlo más de un ramalazo de dolor.

-Escúchame ahora, alienígena -se dirigió a mí el capitán Sigmund-. Te advertí una vez, y yo nunca lo hago dos. En una asamblea de humanos, los alienígenas guardan silencio a menos que sean preguntados o que se les ordene hablar.

Te instruiré ahora en las leyes de la vida y de la muerte, alienígena. Escucha bien, y procura comprender. Desde la creación del universo la única ley ha sido la del más fuerte. El más fuerte ordena. El más fuerte predomina. El más fuerte gobierna -hizo una pausa- el humano es el más fuerte.

No dije nada, desde luego, ni me moví.

-La amistad entre distintas razas es inestable -continuó el capitán-. No hay a la postre sino dominador y dominado, y el humano es el dominador. Nunca lo olvides.

Chirg podrá ser más poderoso que Adivisia. Podrá combatimos más eficazmente, podrá causarnos bajas, pero nunca podrá derrotar a la Humanidad, ni siquiera detenerla. Su presencia en el espacio es un desafío para nosotros. Reuniremos las Compañías Francas y marcharemos contra él. Será destruido o se someterá.

Me mordí furiosamente la lengua. Aquello, me repetí una vez más, era la guerra. Pensé en la flota militar del Dominio. ¿Qué probabilidades tendría frente a aquellos bárbaros humanos? ¿Cuantas Compañías Francas habría, y que número de naves tendría cada una de ellas?

¡Ah, si de algún modo pudiera avisar a los míos!

-¿Qué sugieres, Alaric? -se dirigió el capitán a su subordinado. Los labios del hombre del pelo amarillo se curvaron siniestramente.

-Saquemos al gato todo lo que sepa acerca de su nación -dijo-. Y luego que muera en homenaje a nuestros camaradas caídos. Y que su muerte no sea fácil.

De nuevo me invadió el pánico. ¡Hablaban de mí! ¡Hablaban de matarme y de torturarme! Me pareció de pronto estar en el centro de una terrible pesadilla, de la que sabía que no lograría despertar.

-No estoy de acuerdo -respondió Sigmund-. Sí, interrogaremos al gato, pero no le mataremos después. Quizá nos sea necesario cuando entremos en contado con su raza.

-¡El gato ha matado a más de dos mil seres humanos!

-El gato no ha matado a nadie -repuso el capitán-. Ha sido una batalla leal. Somos guerreros, y como tales morimos. Los de la flota chirg han combatido con honor, y con honor han perecido. No encuentro culpa en ellos.

-¡Disiento, Sigmund! -estalló Alaric-. El honor es patrimonio de los humanos. Ningún alieno puede reclamar poseer honor.

-Tal vez -replicó el capitán, me pareció que pensativo-. Pero mi decisión está tomada. Que sea interrogado el alienígena.

-Cómo quieras -aceptó Alaric.

Pero la mirada que me dirigió no fue nada amena, y el olor de hostilidad se hizo más fuerte en él, si cabe. Aquel hombre quería mi muerte.

-Lleváoslo -ordenó el capitán-. Los resultados del interrogatorio me serán pasados en cuanto estén listos.

Y fui escoltado fuera de la sala, y llevado al lugar donde habrían de interrogarme.

Había pensado en instrumentos de tortura, pero no fue tan malo. Simplemente me acogieron unos humanos vestidos de blanco que me condujeron hasta una gran máquina. Incluso tuvieron el detalle de cerrar mi hemorragia con una pomada especial antes de aplicar los electrodos a diversos lugares de mi cabeza; luego los humanos empezaron a preguntar. Algunas cuestiones anodinas al principio, quizá para calibrar los instrumentos. Y luego lo fundamental: la posición en el espacio del Dominio Chirg, el poderío de sus fuerzas militares, sus naves, sus armas...

De todo ello yo sabía muy poco, prácticamente nada. Tan sólo que el Dominio se encontraba en un extremo de la galaxia, cómo la región donde ahora me encontraba. No tenía idea de la distancia que nuestra flotilla había recorrido, ni hacia dónde la había hecho, sólo que había navegado en la dirección general hacia el lejanísimo centro de la galaxia. Podía enumerar algunos planetas cercanos al Dominio, pero sabía que serían desconocidos también para mis aprehensores. En cuanto a los temas militares, podía hablar por encima de los temibles nirr... que casi nos dieron la victoria. Y de como se envolvían en espacio plegado, fuera el que fuera el significado de ésto, hasta resultar indetectables e imparables, pero no tenía idea de los detalles técnico. Podía nombrar otras armas, podía hablar de los formidables Uarnass de la Guardia del Dominio, pero ello no sería de mucho provecho para los terrestres... De todas formas no me quedaba otro remedio que contar lo que sabía, pues de otro modo me lo habrían arrancado por medio de la tortura, y toda mentira quedaba excluida debido a aquel aparato que se me había aplicado.

Cuando todo terminó, Alboino me condujo de nuevo a la parte de la nave donde él y yo nos alojábamos. Mi profesor de idiomas seguía emitiendo un aroma de compasión hacia mí.

-Te lo advertí, Alipherath -dijo-. No puedes decir que no te lo advertí. Nunca debiste hablar en una asamblea humana sin que se te diera permiso previo para ello.

-La culpa fue mía -admití. Y luego intenté aprovechar el momentáneo buen talante de Alboino para intentar enterarme de algo -¿Qué harán ahora conmigo?

El humano hizo el gesto de alzar ligeramente los hombros.

-Ya has oído al capitán. Vendrás con nosotros hasta que encontremos el hogar de tu raza. Entonces puede que se te ordene intentar convencer a los tuyos para que se sometan.

-No lo harán -afirmé.

-Pues entonces serán atacados y vencidos -respondió él, sin ninguna emoción en la voz-. No creas que van a a tener ninguna oportunidad frente a las Cien Compañías.

El corazón me dio un brinco en el pecho.

-¿Cien Compañías? -pregunté.

-Ciento catorce, exactamente -dijo Alboino-. Quizá ciento quince, si Rutgier ha conseguido formar la suya mientras nosotros estábamos en campaña.

¿Ciento catorce? ¿Ciento quince? Aquello, si se suponían tres naves de guerra por Compañía, significaba una flota muy peligrosa. Yo ignoraba, felizmente por lo que al interrogatorio se refiere, el número de navíos militares que el Dominio podía alinear, pero...

Alboino pareció leer mis pensamientos.

-¿Quieres saber cuantas naves de combate tienen las Compañías? -sonrió levemente-. No creo que haya ningún mal en que lo sepas, puesto que no podrás salir de aquí hasta que el capitán lo disponga, y por otra parte no es ningún secreto. Pues sí, nuestra Compañía Franca era una de las más modestas, y ahora, gracias a los tuyos, lo es aún más. Pero no vayas a creer que todas son así. La Compañía del Kiphdar, una de las primeras en formarse, dispone de más de un centenar de naves. Ella sola derrotó sin ninguna ayuda a los esteloides de Arhahaut Norte y devastó sus planetas, consiguiendo un botín monstruoso...

Sentí que la cabeza me daba vueltas. Aquellos bárbaros podían tener varios miles de naves, una flota sin duda mayor que la del Dominio y los insectoides lahri juntos. Tal armada, lanzada por sorpresa contra nuestros planetas...

Y de pronto se me impuso la devastadora realidad de que tan sólo aquella nave conocía la existencia del Dominio. Si de algún modo yo lograra sabotearla, destruirla antes de que divulgara tal conocimiento entre los suyos... ¡Ah! ¿Pero que había de poder yo, pobre de mí, prisionero e indefenso? Pensé en el suicidio y sentí terror. Pero me juré a mí mismo, no obstante, que si la ocasión se presentaba, no vacilaría en llevarme conmigo a la Esencia todo aquello que pudiera amenazar a mi raza.

¿Tendría el valor de hacerlo?

-Dentro de un par de meses las Compañías empezarán a llegar a Walhalla, para el Gran Encuentro -continuaba hablando volublemente Alboino, sin parar mientes en mi angustia-. Allí las encontraremos y de allí saldremos en busca de tus planetas, Alipherath. Quizá tengamos que cribar todo este sector de la Galaxia, pero sabemos que estáis cerca, y no tardaremos en encontraros -de nuevo irradió algo parecido a la simpatía-. Escucha, creo que deberás ser elocuente con los tuyos. Convénceles de que se sometan sin lucha, y será mejor para todos. Después de todo no es tan malo el estatuto de raza sometida a la Humanidad.

Pensé en el Dominante, en los orgullosos Damuz, en los Kardess, en mis propios compañeros de estirpe, los Zakteh de la Vieja Raza Dorada... en cómo sería recibida una proposición tal pero creí mejor mentir.

-Quizá se sometan -dije, pues eso era lo que Alboino deseaba oír-. Quizá pueda evitarse la guerra.

Pero estaba seguro de que no sería así.

Capítulo VI - Del viaje a bordo del Azagaya

En los días que siguieron pude enterarme de muchas cosas. La Compañía Franca que había combatido con nuestra flota y que ahora me mantenía prisionero era la del Jaguar, correspondiendo este nombre a un animal feroz de Irosén, que había sido elegido como símbolo (un animal que, por cierto, y según me contó Alboino, debía tener un remoto parentesco o semejanza con la raza chirg, al ser felino, bien que irracional) La nave en la que me hallaba llevaba el nombre de Azagaya, y las destruidas los de Venablo y Jabalina, todos ellos correspondientes a armas arrojadizas del pasado humano. Toda la escuadrilla había estado realizando el corso contra los kaar en los últimos tiempos, destruyendo sus naves, bombardeando sus planetas y despojándoles de grandes cantidades de botín. En un momento de sus actividades, para su desgracia y la nuestra, habían topado con nuestra flota.

El Azagaya había quedado en muy malas condiciones después del combate, y sus tripulantes pugnaban por repararla provisionalmente con los medios de a bordo. Dijérase lo que se dijera de la barbarie de los terrestres, nadie podría negar que se trataba de una raza habilidosa y propietaria de una alta técnica, tanto es así que las reparaciones adelantaban a ojos vistas, y muy pronto la nave podría surcar de nuevo los espacios. De todas formas, me dijo Alboino, antes de poner proa definitivamente hacia Walhalla, mundo que debía ser lugar

habitual de reunión para aquellas gentes, habría de pasar por un astillero para que se la reparara a fondo.

En lo referente a la guerra que las Compañías Francas llevaban a cabo simultáneamente contra tres naciones de distintas razas, parecía a punto de acabar. Las últimas noticias eran que la más poderosa de ellas, la de los esteloides, había sido totalmente destruida, y la tal raza exterminada. En poco mejor situación se hallaban las arañas inteligentes llamadas kaar y los vegetales animados del imperio conocido por los terrestres con el nombre de Dark. Sus flotas de guerra habían sido deshechas, sus planetas devastados y todas sus obras destruidas con saña. Al parecer los de las Compañías cruzaban una y otra vez por los espacios de tales infortunadas razas, destruyéndolo todo a su paso. Entretanto no descuidaban el atacar a cualquier nave que se cruzara en su camino, asolar y saquear mundos de otras razas e incluso efectuar incursiones contra planetas habitados por la misma estirpe humana, aunque en éstos prescindían del genocidio, matando tan sólo a aquellos que osaban oponerse a sus rapiñas.

Alboino se refería a tales mundos como guaridas de gentes miedosas y degradadas (en realidad siempre mezclaba incongruentemente con tales términos los de carencias y desviaciones de las funciones sagradas), aunque expresaba la esperanza de que algún día, bajo el liderazgo de las Compañías Francas, se hicieran dignas de su naturaleza humana y secundaran a aquellas en la conquista y devastación de la Galaxia. Según me expresó, una vez llegado el cercano día en que los tres estados enemigos fueran totalmente aniquilados, las Compañías tomarían el control, era de esperar que sin violencia, de Tierra de Sol y de todos los astros humanos para formar um glorioso imperio que se lanzaría en el acto hacia el total dominio universal.

Transcurrió el tiempo mientras se me instruía en tales cuestiones y perfeccionaba mi dominio del lenguaje terrestre en su versión adoptada por las Compañías. Y un día la nave entera vibró, y supe que nos habíamos puesto en movimiento y que el plan contra Abgroï estaba en marcha. Y poco después noté el primer salto por el hiperespacio, que me pareció brusco y desagradable comparado con los que efectuaban las naves de mi pueblo, ya fuera por la propia rudeza de los terrestres, ya por no estar todavía suficientemente reparados sus aparatos de campo extradimensional.

Pensaba yo que nos dirigíamos al espacio humano, rumbo a aquel astillero estelar del que Alboino me hablara, pero tal no resultó ser el caso. Mi mismo mentor me lo comunicó un día, cuando ya pensaba que deberíamos estar entrando en la esfera espacial de la extinta Confederación.

-El capitán requiere tu presencia, Alipherath -me anunció.

Sentí un repeluzno en lo más hondo de mi ser.

-¿Más interrogatorios? -no pude por menos que preguntar. -No, simplemente quiere que seas testigo de lo que va a suceder pareció dudar. -Bien, vamos a atacar un planeta de las arañas.

La sorpresa me hizo erguirme en mi asiento.

-¿De los kaar? -pregunté, incrédulo-. Yo creía que ya habíamos abandonado su espacio.

-Pues no. Tus amigos nos hicieron mucho daño en la batalla, y perdimos parte del botín que llevábamos en la nave. Vamos a resarcimos a costa de las arañas. Pocos son los planetas que les quedan enteros, y por eso hemos estado revoloteando tanto tiempo por su espacio.

-¿Y el capitán me quiere como testigo?

-Exactamente. Quiere que veas por ti mismo lo que una sola nave de las Compañías puede hacer, aunque esté averiada como la nuestra.

El puente de mando donde antes yo había estado aparecía ahora completamente cambiado. Lucían numerosas lámparas en paneles antes ocultos, y una de las paredes estaba metamorfoseada en pantalla de visión. El capitán Sigmund y sus oficiales dirigían desde aquella pieza la marcha de la nave.

-Capitán, el alienígena Alipherath Katrame está aquí -anunció Alboino.

Sigmund se volvió y me dirigió una mirada inexpresiva. El olor de sus sentimientos era asimismo neutro.

-Que se instale cerca de la pantalla -ordenó-. Quiero que asista al ataque.

El planeta objetivo era visible en la pantalla como una esfera vagamente luminosa. Se advertía la capa atmosférica y las nubes que ocultaban parte de la superficie.

-Naves saliendo del planeta -advirtió uno de los oficiales, sentado ante el cuadro de instrumentos.

-¿Se dirigen hacia nosotros? -quiso saber el capitán.

El oficial manipuló en los instrumentos de detección, sin duda ajustándolos.

-Cinco naves medianas vienen a nuestro encuentro -respondió al fin-. Algo más allá hay una formación de doce navíos mayores en ruta hacia su nadir.

-Bien, sin duda los peces gordos intentan escapar -sonrió el capitán de forma casi imperceptible-. Alaric, toma el mando.

Mi particular amigo del pelo amarillo me dirigió una sonrisa agresiva y un saludo con la mano antes de acomodarse en el sillón del pupitre de mandos. Su aroma indicaba burla y una insana alegría.

El capitán se volvió hacia mí.

-Las arañas nos han detectado -empezó a informarme-. Sus dirigentes y demás privilegiados deben estar huyendo en las naves grandes, buscando entrar en el hiperespacio. Una escuadrilla de guerra intenta interceptamos.

Alaric daba órdenes incesantemente, pero a través de un laringófono, por lo que yo no podía oírle. Pero el capitán me informaba de lo que iba ocurriendo, de forma fría y desapasionada, cómo si él mismo fuera un simple espectador de la batalla que su nave iba a emprender.

-Hemos alzado los campos protectores, y los desintegradores están dispuestos. Tenemos hora y media hasta que entremos en contacto. Tomaremos entretanto algún refrigerio.

Procuré tragar saliva. Todo aquello me parecía irreal.

-¿Puedo... puedo hablar? -tartamudeé.

-No estamos en ninguna asamblea -concedió el capitán-. En realidad quiero hablar contigo, Alipherath Katrame -y de pronto, para mi sorpresa, su olor se hizo casi amistoso-. Me gustaría que comprendieras lo que vas a ver, y que sacaras las consecuencias pertinentes.

-Así espero hacerlo -dije-. Si se me permite preguntar ¿qué piensas sacar de este ataque?

-Las arañas tienen un sistema monetario basado en el platino -respondió el capitán-. También poseen piedras preciosas raras guardadas en sus nidos comunitarios. Eso y las sedas que tejen con el mismo hilo producido por sus cuerpos... No faltará el botin.

-¿Y no te ofrecerían libremente ese mismo botín si les prometes respetar sus vidas? -me atreví a sugerir.

-Estamos en guerra con ellas -contrapuso el capitán-. Nuestra misión es destruirlas.

Un tripulante trajo algunas bebidas. El ambiente era más bien de fiesta que de combate. A mí no se me ocurría que decir ni que preguntar. ¿Habría presidido un ambiente similar el ataque a las naves de nuestra flota? Al menos, pensé no sin un cierto placer, en aquel caso la fiesta no había sido del todo agradable para los humanos.

-Aquí están sus naves -dijo de pronto el capitán.

Bajo la gran pantalla donde se veía el oscuro espacio estelar y el planeta, que crecía por momentos, se encendió un cuadro luminoso en el que pude ver un brillante punto dorado a cuyo encuentro iban otros cinco de color verde.

El capitán consultó su cronómetro.

-Van más rápido de lo que creía -dijo con indiferencia-. Dentro de unos minutos empezará el enfrentamiento.

Alaric se volvió de pronto desde su puesto.

-Las arañas nos hablan, Sigmund -dijo.

-¿Qué quieren?

-Negociar -y el hombre del pelo amarillo se echó a reír de una forma que a mí me pareció altamente desagradable-. ¿Les contesto?

-Obra a tu arbitrio -dijo Sigmund-. Tú estás al mando.

El hombre del pelo amarillo volvió a hablar por su laringófono, mientras sus manos accionaban en los instrumentos. El capitán, por su parte, se colocó un auricular en la oreja derecha.

-Alaric les habla -dijo-. Es decir, habla al traductor, que transmite a las arañas lo que él dice. Les pregunta si podemos entrar en contacto con sus dirigentes.

-¿Vais a negociar? -pregunté.

El capitán negó.

-Les vamos a destruir -dijo-. Pero Alaric tiene un peculiar sentido del humor.

En la pantalla menor, los cinco puntos verdes seguían aproximándose al dorado. Pero de pronto tan sólo hubo tres puntos verdes.

-Nuestros desintegradores han destruido dos de ellos -comentó el capitán.

Así pues, en mitad de las fingidas negociaciones... Sentí asco y odio. Pensé que aquella raza asesina no tenía derecho a existir. Un peculiar sentido del humor, había dicho el capitán...

Las tres naves kaar supervivientes se desplegaron al instante. Sus velocidades debían ser impresionantes, pero en la escala a que estaba la pantalla parecían muy lentas.

-Nos disparan -dijo el capitán-. Energía nuclear dirigida. Nada que pueda perforar nuestro campo de protección.

Pude advertir unos leves relámpagos en la pantalla grande. El campo protector resistía, como había resistido a las armas menores de nuestras naves... hasta que éstas emplearon los nirr... ¿Tendrían las arañas algo parecido a los nirr...? Por un instante llegué a desear que asífuera, tal era mi aversión hacia los humanos, pero luego pensé que yo también estaba a bordo de la nave, y me mordisqueé los labios. Bueno, si la sorpresa llegaba, el Dominio volvería al anonimato... a costa de mi vida.

Pero no parecía que la sorpresa fuera a llegar.

-Otros dos destruidos -anunció Sigmund-. El último se nos cruza en vuelta encontrada... sigue disparando...

El solitario punto verde se cruzó con el dorado. Luego empezó a dar media vuelta, como si intentara atacarnos por popa.

El capitán dejó escapar un suspiro.

-Es brava esa nave -comentó-. No pretende alejarse, sino mantener el combate. Bien, de todas formas la hubiéramos destruido antes de que pudiera salir del alcance de nuestra artillería... Ah, liquidada también.

Alaric se volvió con una sonrisa triunfante.

-La escuadrilla enemiga ha sido destruida -anunció-. ¿Damos caza a esos otros que huyen, o nos dirigimos al planeta?

-El planeta no se nos va a escapar -replicó sencillamente Sigmund.

De modo que nos lanzamos tras los infelices que pretendían huir.

Fueron horas de espera y tensión, al menos para mí. Unos tripulantes sirvieron de comer, pero me fue imposible probar bocado. Alaric se dio cuenta de ello y se alegró grandemente, en tanto que el capitán ni siquiera pareció advertirlo.

La segunda batalla, si es que podía llamarse así, me produjo aún más desagrado. Las naves kaar se dispersaron, pensando que quizás alguna de ellas sobreviviría así, pero Alaric, que seguía ostentando el mando, hizo salir a los cazas ligeros dotados de cañones atómicos, los mismos que decidieron la lucha contra nuestra flotilla. Las naves mercantes, panzudas e indefensas, comenzaron a estallar en el espacio.

Perseguía la Azagaya a un grupo de tres, que aceleraban desesperadamente intentando llegar a un punto de entrada hiperespacial y así escapar a nosotros. Pude ver una serie de destellos en la pantalla grande.

-Alaric les dispara con atomizadores -me informó Sigmund-. Finge que están fuera de nuestro alcance. Quiere darles esperanzas antes de destruirlas con los desintegradores pesados.

-¡Es un asesinato! -estallé, de forma incontenible.

Pero el capitán Sigmund no se enfadó.

-Es la guerra -se limitó a responder. Sin embargo, creí percibir en su aroma un indicio de repulsa.

Pensé en las arañas, en los kaar, sin duda llenos de pánico en la medida que seres de su especie pueden sentirlo, aguardando los últimos minutos, con la esperanza de poder entrar en el hiperespacio antes de ser destruidos... en la ignorancia de que ya estaban al alcance de los desintegradores humanos, y que eran objeto de un juego despiadado. Aquellas eran ya las únicas naves que subsistían de la flotilla fugitiva, pues los pilotos de los cazas no se habían mostrado tan remisos o quizá tan sádicos como Alaric.

El oficial del pelo amarillo esperó a que las naves kaar llegaran a una pequeña distancia del punto de congruencia hiperespacial, y entonces destruyó la que iba en cabeza, como para demostrar a las otras dos que siempre habían estado a tiro, y que no les quedaba ninguna esperanza. Los otros dos mercantes se separaron a toda prisa, en una maniobra desesperada. Alaric dejó pasar unos minutos y después pulverizó uno de ellos.

Tuve que hacerlo, tuve que poner en práctica la idea que en el último instante me había venido a la mente.

-Capitán Sigmund -dije-. Si destruís todas las naves, ninguna podrá llevar a otros planetas la noticia de su derrota frente a la Humanidad.

Sigmund se volvió hacia mí, Y olí en él la extrañeza, y luego algo que podría ser comprensión.

-¡Alaric! -ordenó-. Deja que la última nave escape. Quiero que lleve a su raza la noticia de lo que les hemos hecho.

El hombre del pelo amarillo se volvió bruscamente, Y percibí el tufo de su cólera. Mas su rostro no mostró emoción ninguna, sólo la más hierática de las impasibilidades.

-Tu mandas -dijo-. Damos media vuelta.

Y así lo hizo la nave, en tanto que el último mercante kaar, desconcertado, viraba de nuevo para dirigirse al punto de congruencia, seguramente sin comprender en absoluto lo ocurrido.

Unos artrópodos, unas arañas inteligentes me debían la vida, sin haberme conocido nunca ni saber de mi existencia, y sin que, con toda posibilidad, nuestros destinos volvieran a cruzarse. Pero sentí algo de contento, aún en medio de la intensa depresión en que aquel bárbaro combate o ejecución me había sumido.

-Puedes volver a tus aposentos, Alipherath Katrame -dijo Sigmund-. Se te avisará cuando lleguemos al planeta de las arañas. Quiero que veas también lo que ocurrirá allí.

De manera que unos momentos más tarde me encontré de nuevo en la pieza que tan familiar se había vuelto para mí en los últimos días. Me tendí en el duro catre que era mi lecho, e intenté desesperadamente descansar, olvidar lo que había presenciado, tener al menos algunas horas de reposo hasta que se me volviera a llamar para mostrarme algún otro horror. Cerré los ojos y me acurruqué, lleno de terror y disgusto. Y sin duda debía estar muy cansado, puesto que al poco tiempo me dormí, aunque mi sueño estuvo cargado de pesadillas, de manchas luminosas que giraban y se perseguían en la oscuridad, significando cada una de ellas una multitud de vidas que iban a ser aniquiladas sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo...

Me despertó Alboino, sacudiéndome ligeramente. Su voz sonaba alegre.

-¡Levántate, Alipherath! Estamos a punto de descender al planeta. Salté materialmente del catre, con los ojos aún llenos de pesadillas.

-El... el planeta -dije-. ¿Va a descender la nave?

-No -me respondió-. La Azagaya quedará en órbita estacionaria, protegiéndonos con su campo. Usaremos la lanzadera mayor.

Procuré despejarme. ¿Así pues habíamos llegado? ¿Cuantas horas había dormido?

-¿Se han rendido los kaar? -pregunté.

Alboino rió de nuevo.

-¿Rendirse? No han tenido esa oportunidad. Hemos lanzado bombas de neutrones en todas las ciudades de esta parte del continente, y hemos silenciado las pocas baterías de defensa que tenían. Nada del otro mundo, proyectores antiguos y cohetes...

-¿Bombas de neutrones? -le interrumpí, deseando que lo que pensaba no fuese cierto.

Pero Alboino asintió.

-El arma perfecta. Las arañas están muertas, pero sus pertenencias han quedado intactas. ¡Ah, nuestro capitán es un lince, un verdadero lince! ¿Sabes que este planeta no es conocido por nadie sino por nuestra Compañía? Las arañas debían sentirse seguras, pensando que su mundo era desconocido...

La cabeza me daba vueltas. Así pues... eso era. Bombas de neutrones, una devastadora explosión de radiaciones que mataba toda la materia viviente, pero que no causaba daños en los objetos ni dejaba luego radiactividad residual. El arma perfecta del ladrón, del saqueador... siempre que, además, fuera también asesino.

En la compuerta de la lanzadera nos aguardaba el propio capitán Sigmund.

-Sois los últimos -dijo simplemente-. Zarpamos.

Y así lo hicimos. La gran nave Azagaya quedó arriba y atrás, y el vasto planeta de los kaar se hinchó en las pantallas de proa. Aquél era el mundo donde aquellas arañas se habían creído seguras, pensando que las Compañías Francas desconocían su existencia. Hasta que la Azagaya fue detectada por sus instrumentos.

-Dos naves de caza nos han precedido -me explicó Sigmund, como siempre empeñado en enterarme de todo-. No hay rastro de robots de combate, ni tampoco de minas atómicas. La Azagaya mantiene un campo de fuerza sobre la ciudad.

-¿La ciudad?

La ciudad. Cuando descendimos en la plaza principal, el único movimiento en ella era el de los terrestres que habían llegado de avanzada y que nos esperaban. La ciudad de los kaar parecía dormir bajo el sol. Pero en realidad no dormía. Estaba muerta.

Mientras los humanos se dedicaban al saqueo con la experiencia del profesional, buscando todo lo que les pudiera ser valioso, se me permitió pasear por las calles, incluso entrar en los edificios. No, nadie podía temer que me escapara, que me arriesgara a quedar abandonado en aquel mundo de desolación.

-Ten cuidado -me dijo Alboino-. Nadie sabe lo que puede encontrarse en esas madrigueras. Podrías caer en alguna trampa.

Pero no había trampas. No había sino muerte.

Los edificios de los kaar eran extraños para mi experiencia, como era de esperar. En su interior había cosas incomprensibles, que podían corresponder a muebles. Y también telas de araña, extendidas aquí y allá, con algún ignorado propósito, pues no creí que las utilizaran para cazar dentro de sus viviendas.

Y estaban los cadáveres.

Por primera vez pude ver a las arañas inteligentes, y no las encontré muy diferentes, salvo en su mayor tamaño, de aquellas a las que todos estamos acostumbrados a ver. Eran peludas, de ojos rojos, y sus patas terminaban en órganos prensiles y manipuladores. Yacían inmóviles, fulminadas por la radiación neutrónica, sorprendidas en diversas tareas, en su mayoría incomprensibles para mí. En un edificio, en otro, en otro... en las calles, en toda la ciudad. Olía a muerte.

Sentí un súbito mareo y pensé que iba a desmayarme, a quedar allí inmóvil para siempre entre los aniquilados arácnidos. Había habitado allí una raza de seres inteligentes, habían desarrollado su vida cotidiana, sufrido las penas y gozado de los placeres propios de cualquier

estirpe pensante. Y habían sido destruidos de un solo golpe, para que los humanos tuvieran ocasión de saquear, de llenar sus arcas.

Y en un momento creí ver la ciudad de Naolán, intacta, brillante bajo el sol, consteladas sus calles con los cadáveres de los Zakteh, de los Kardess, de los Damuz... manchas doradas, negras, blancas...

La gran Naolán muerta bajo el sol. El Palacio del Dominante, poblado tan sólo por cadáveres, mientras los merodeadores humanos huroneaban acá y allá, buscando los tesoros de la capital chirg, de la capital de mi pueblo...

No sé cuanto tiempo permanecí quieto, apoyado en una especie de columna truncada que había junto al umbral de la puerta de uno de los edificios. Finalmente me llamaron.

-¡Eh, alienígena! -era un miembro de la tripulación de la lanzadera, al que yo no conocía-. ¡Nos vamos! Aligera, si no quieres quedarte aquí y que las arañas te encuentren cuando vuelvan. Y acabó con una desagradable risotada.

Por lo visto el saqueo de la ciudad se había consumado. No habían tenido tiempo de recorrerla toda, pero sin duda sabían donde buscar. La navecilla iba cargada de cajas metálicas, en las que debía ir guardado el botín.

-Ya lo has visto -me dijo el capitán Sigmund, en tono seco-. No conviene tenernos por enemigos.

-No -respondí-. No conviene.

-Me alegro de que lo reconozcas. -Sigmund se acercó a mí, acomodándose en el asiento que hacía pareja con el mío, en la carlinga de la lanzadera. Noté que su olor no era hostil.

-No quiero la destrucción de los vuestros -dijo-. Me gustaría que los seres de tu raza quedaran anexionados a nuestro futuro imperio, al Imperio de la Humanidad. Podéis darnos mucho, y también recibiréis de nosotros.

-¿Anexionados? -me oí decir a mí mismo-. ¿Cómo esclavos? ¿Cómo animales?

-Como alienígenas -me replicó el capitán-. Ocupando el lugar que os corresponde en el universo. Escucha, Alipherath Katrame, yo no soy un exaltado ni un exterminador. Hago la guerra a los enemigos de la Humanidad Y los destruyo como tales. Pero sé que los alienígenas inteligentes no son animales. Sé que se puede colaborar con ellos, que tienen un lugar en el cosmos, como la Humanidad tiene el suyo. Pero no se pueden permitir estados separados, imperios independientes enfrentados los unos contra los otros. Sería una guerra, y después otra, y luego otra más, hasta la destrucción de la Galaxia entera. La Humanidad es fuerte, Alipherath Katrame, y esa fuerza le ha sido dada para lograr la unidad de la Galaxia, para regir las razas del cosmos. ¿Es que no comprendes que eso sería beneficioso para todos?

Me volví hacia él. Su actitud amistosa casi me irritaba más que la hostilidad de su subordinado Alaric. Pues creía sinceramente en lo que decía y, lo que es más, intentaba convencerme a mí.

-¿Y es la humanidad de la Tierra la raza que debe predominar en el universo? -le pregunté-. He visto la destrucción de una ciudad llena de seres pensantes, sin que se les diera una oportunidad para capitular, para someterse a ese cruel imperio vuestro. Se ha perseguido a naves fugitivas, que ningún daño podían causar, y se las ha aniquilado por gusto, por ansia de sembrar el terror. ¿Son esos los hechos de los dominadores de la Galaxia? ¿Es ese el beneficio que la Galaxia puede obtener de ellos?

El capitán me miró, y olí en él la incredulidad y el desconcierto.

Luego, de pronto, se echó a reír.

-¡Alipherath Katrame, cuanto te falta por aprender! -exclamó-. ¿Te ha inspirado lástima esas arañas? ¿Te ha dolido su muerte?

Se echó hacia atrás, y sus ojos recuperaron la dureza.

-Eran vecinos nuestros, en los tiempos de la corrupta y débil Confederación. Ellos y otros pueblos, los esteloides, las plantas pensantes de Dark... Se les reconocían derechos entonces, eran nuestros hermanos del espacio, no se les podía ofender... y ellos caían sobre nuestras colonias aisladas, sobre los mundos humanos sin defensa.

¿Sabes cómo se reproducen esas arañas, Alipherath Katrame? Negué, con el gesto de cabeza propio de los humanos.

-Capturan mamíferos de sangre caliente -explicó el capitán-. ¡Capturan humanos! E introducen en los cuerpos de esos cautivos sus endiabladas larvas. ¡Ah, Alipherath Katrame! ¡Son devorados vivos, desde el interior, poco a poco! ¡Días, semanas de tortura, Alipherath Katrame!

No supe qué decir. Los ojos del capitán Sigmund relumbraban, y olí su odio, aunque esta vez no fuera dirigido hacia mí.

-¿Te gustaría probarlo? -rió con furia-. ¿Quieres que te dejemos ahí, en el mundo que hemos saqueado, para que las arañas te encuentren y se venguen en ti? Y ni siquiera sería venganza, puedes creerlo. Lo harían porque forma parte de su naturaleza, porque no son capaces de ver en ti ni en mí otra cosa que incubadoras vivas para su progenie.

También tu raza es de mamíferos, Alipherath Katrame. De no ser por nosotros, quizá esas arañas por las que sientes tanta pena hubieran caído sobre vuestros planetas para haceros sufrir su versión de la hermandad espacial. ¿Y qué sabes sobre las plantas inteligentes de Dark y sobre los esteloides? Caían también sobre nuestros mundos, ellos también. Las plantas pensantes se llevaban a los nuestros para que sirvieran de esclavos en sus sembrados, en sus viveros, donde su raza se origina, en un calor de horno donde los humanos perecían como moscas. ¿Y los esteloides, Alipherath Katrame? Nos encerraban en corrales, como si los humanos fuéramos cabezas de ganado, y se nutrían con nuestra sangre. La sangre de los hombres, de las mujeres y de los niños...

El olor del odio se intensificaba. A duras penas podía ahora identificar aquel hombre como el capitán frío e impasible que antes conociera, ahora su rostro semejaba el de un Damuz en cólera.

-Y la Confederación no actuaba -continuó-. Era más fuerte, su tecnología era superior, pero no actuaba. Hablaba de contemporización, de coexistencia, de paz. Ante cada colonia atacada, una protesta formal, ante cada nave abordada, una nota diplomática. ¡Hasta que acabamos con ella! Los verdaderos humanos, los aventureros, los luchadores. Nos lanzamos al cosmos en nuestras naves de guerra, nos reímos de sus leyes de eunucos. Utilizamos nuestra fuerza y nuestra tecnología superior para barrer a quienes nos atormentaban, mientras que la Confederación moría y se dispersaba. Creamos nuestro feudo, reclutamos nuestras flotas... Las escuadras regulares desertaron y se unieron a los nuestros...

-Destruisteis vuestra propia Confederación.

-Hoy cada mundo es independiente, campa por sus respetos -Y la risa de Sigmund fue esta vez burlona y despectiva-. ¿Qué importa? Todos nos temen, y cuando llegue el momento les uniremos de nuevo en el seno del gran imperio humano universal, con los valores eternos de nuestra raza por bandera. Cómo los que rigieron una vez en la propia Confederación, antes de ser dominada por los eunucos y por sus débiles doctrinas. Y ese imperio será eterno.

Procuré dominar el sentido de irrealidad que me invadía.

-Capitán Sigmund -dije suavemente-. No es ese el camino. Pactad alianza con nosotros. Unámonos todos como iguales. Si hay razas malignas en el espacio, dominémoslas. Podemos integrarlas sin destruirlas. Nosotros, los chirgui, tenemos técnicas avanzadas en biología. Podemos lograr medios orgánicos en los que las larvas de los kaar obtengan su alimento sin daño para nadie. Podemos enviar robots o androides que cuiden las plantaciones de Dark, podemos alimentar a los esteloides con fluidos apropiados... ¡Todas las razas del universo pueden vivir juntas y cooperar!

-¡No pueden! -exclamó Sigmund-. La historia lo dice. La vida es lucha, es competición... ¿Crear facilidades para nuestros enemigos, dices? ¡Claro que podríamos hacerlo! Pero han ofendido a la Humanidad, nos han convertido en incubadoras vivas, en esclavos, en ganado. Y por eso les destruiremos.

Meneé la cabeza. Extrañamente casi sentí simpatía por aquel hombre, perdido en su fanatismo.

-Vuestra raza humana es igual a las de vuestros enemigos -dije-. Asolais el cosmos, caéis sobre todo aquello que es diferente a vosotros para aniquilado o ponerlo a vuestro servicio. Os presentamos un mensaje de paz y disparasteis contra nosotros sin previo aviso, destruyendo nuestras naves. Cualquier día hallaréis en vuestro camino una raza poderosa que os juzgará como vosotros habéis juzgado a los kaar, y de igual modo os tratará.

-Nunca -negó él-. La Humanidad prevalecerá. Dios nos ha creado a su imagen y semejanza, para regir su creación. Nunca hallaremos en el universo una raza que sea superior a la nuestra.

Dios... algo me había explicado Alboino sobre aquella noción de los humanos. Pensé en los viejos mitos de mi propio pueblo.

-Aunque así no sea -insistí-. La noticia de vuestra existencia no tardará en expandirse por la galaxia. Las razas pensantes sabrán de un pueblo que mata, destruye y somete a todos los demás. Se unirán ante el peligro común, por su propia supervivencia, y os destruirán.

-Nunca -repitió Sigmund, y sonrió con seguridad en sí mismo-. La Humanidad prevalecerá.

Y no quedó nada más que decir. Llegábamos a la Azagaya y, tras unos minutos de acoplamiento, las compuertas se abrieron y salimos de la lanzadera.

Alaric nos aguardaba. Me dirigió una mueca de burla, pero tan sólo habló a su capitán.

-¿Buen botín? -preguntó.

-Mucho. Nos quedan siete ciudades que espumar, pero creo que yo no volveré a bajar. Si quieres puedes hacerlo tú.

-¿Y después? -su ceño se frunció-. ¿Bombardearemos el resto del planeta?

-De ningún modo -el capitán sonrió con dureza-. Este sistema tan sólo es conocido por nuestra Compañía. Dejemos que las arañas curen sus heridas y prosperen de nuevo. Dentro de un par de años podremos volver a cosechar.

Capítulo VII - De lo que me ocurrió en el planeta Thalestris

Abandonamos el mundo de los kaar una vez que las bodegas del Azagaya estuvieron repletas de botín. Y ahora sí que nos dirigimos al espacio humano, al volumen sideral donde antes floreciera la Confederación, y en el que ahora orbitaban unas miriadas de planetas independientes. Por un momento pensé que nos dirigiríamos a la propia Tierra de Sol o Irosén, donde se me había dicho que existían grandes astilleros astro navales, pero tal no era la intención del capitán Sigmund, y fue Alboino, aquél de los humanos a quién mas podía considerar como amigo, quién me anunció cuando aterrizaríamos y dónde.

-Mañana tomaremos Tierra en Thalestris -dijo-. Un mundo comercial cerca de Régulus, donde podremos reparar la nave a cambio de una pequeña parte del botín.

Evidentemente aquellos nombres eran desconocidos para mí, por lo que no hice el menor comentario.

-Puede que lleguemos a tiempo al Gran Encuentro de Walhalla -continuó Alboino-. Allí daremos la alarma, Alipherath, para que todas las Compañías se pongan en marcha... para buscar a los tuyos.

Me ericé súbitamente. Pero el olor de mi antiguo maestro de idiomas no era hostil. Se limitaba a exponer un hecho.

-Quizá las reparaciones nos lleven más tiempo, y en ese caso enviaremos un mensaje. Bueno, piensa que, ocurra lo que ocurra, muy pronto estarás de nuevo en tu hogar.

Si es que queda hogar, pensé tristemente. Alboino parecía creer que los chirgui se rendirían nada más ver lo imponente de la armada que se les vendría encima, pero yo sabía que lucharían, y que lucharían con dureza. Las Compañías nos catalogarían entonces como raza enemiga, y yo había tenido ocasión de ver como solían tratar a las razas enemigas.

Pensé en mi casa familiar, en Naolán. ¿Sería posible que alguna vez regresara a ella, que sobreviviera a la aventura en que me encontraba, y que mi raza sobreviviera igualmente?

-Será una lucha dura -dije de pronto a Alboino.

-Quizás -asintió dubitativamente-. Pero finalmente perderéis.

¿Para qué, entonces, derramar sangre inútilmente? Mejor perder desde el primer momento y ahorrarse todos los combates, todas las destrucciones. Debes pensar en ello, puesto que serás nuestro embajador.

-Pensaré en ello -prometí, no sin pesadumbre-. Pensaré, desde luego.

Y al día siguiente aterrizamos en Thalestris. Desde el primer momento se me prohibió abandonar la nave, que quedó aparcada directamente en los astilleros. De tal forma que sólo pude ver, en las pantallas, la perspectiva de un astropuerto gigante, tal como antes no contemplara nunca, con vertiginosas torres metálicas, enormes hangares y almacenes, e interminables pistas metálicas.

Técnicos y robots invadieron la Azagaya, iniciando las operaciones necesarias para reparar todos los daños. El estrépito era ensordecedor, y de no estar mi apartamento felizmente insonorizado, creo que me hubiera vuelto loco. En los primeros días me ilusioné con la posibilidad de entrar en contacto con los técnicos thalestrianos, pero pronto comprobé que se les había prohibido hablar conmigo. Y ninguno de ellos desafió la tal prohibición; sencillamente cumplían con su trabajo y no sentían la menor curiosidad por los prisioneros de las Compañías Francas. Sin embargo, ya que se me permitía andar libremente por todo el interior de la nave, tomé buena nota de todas las actividades de los dichos técnicos, por si acaso pudiera servirme de algo tal conocimiento.

Supongo que Alboino, como en general toda la tripulación, dispondría de buena cantidad de horas libres para pasar en tierra, al parecer dedicado a la obsesiva busca de hembras de que siempre hablaba, y que parecía ser endémica en la raza de los humanos. Le veía muy de tarde en tarde, y me falló por ello el solaz de nuestras conversaciones cotidianas, que venían a paliar en cierto modo la monotonía de mi cautiverio. En cuanto al capitán Sigmund, tampoco él pasaba mucho tiempo a bordo, y de todas formas no hubiera podido conversar con él a menos de ser llamado. El resto de la gente no demostraba demasiada simpatía hacia mí, bien que la forzada convivencia de los últimos tiempos hubiera apagado en mucho la inicial hostilidad.

La constante preocupación que sentía por la futura suerte de mi pueblo no evitaba que me sintiera aburrido y que deseara el fin de aquellas reparaciones. En realidad ni siquiera sabía si iríamos a aquel planeta Walhalla (nombre de una especie de paraíso tras la muerte en el que creían los humanos) donde las temibles Compañías Francas tenían reunión.

Pero el quinto día después del aterrizaje, Alboino entró en mi aposento muy excitado.

-¡Alipherath! -me llamó- ¡Tengo noticias para ti! Buenas o malas, depende de cómo las tomes...

-¿Qué noticias?

-Os hemos descubierto.

Lo entendí desde el primer momento, y el corazón estuvo a punto de detenérseme. Eran malas, eran malas noticias.

-¿Las Compañías han descubierto el Dominio? -pregunté, deseando todavía haberle interpretado mal.

-No las Compañías -repuso-. Un comerciante de Thalestris, un tal Cyrus Dreiser, muy conocido por estos andurriales, acaba de llegar en su nave, de vuelta de un largo viaje lejos del espacio humano. El capitán ha hablado con él, y no cabe duda de que ha encontrado un planeta de vuestro Dominio.

-¿Cuál? -le interrumpí, excitado.

Me miró fijamente, y capté en él el olor del enojo. Pese a la confianza que habíamos llegado a tener, no le agradaba ser interrumpido en sus palabras por un alienígena.

-¿Y qué (aquí intercaló el nombre del órgano sagrado de sus hembras) importa eso? Un nombre en vuestro idioma, difícil de retener para un humano. Ellos lo bautizaron como «el mundo de los gatos» y no se preocuparon mucho de él, pues sólo lo abordaron para hacer aguada. Pero la raza que allí encontraron era inconfundiblemente la tuya, hasta se llamaban a sí mismos «chirgui».

Resoplé con desaliento. Así pues, la suerte estaba echada. Un mundo del Dominio había sido descubierto por los humanos, y las Compañías tenían sus coordenadas. El principio del fin.

-¿Y cuando... cuando salimos hacia allá? -pregunté débilmente.

-Pronto. Hemos enviado un mensaje a Walhalla en una nave correo. Junto con un oficial, Gelimer, para que explique el caso en el Gran Consejo. Confío en que dentro de unos días la flota conjunta esté aquí, para que nos unamos a ella y partamos hacia tu Dominio.

Parecía no darse cuenta de la angustia que sus palabras me causaban. Él tan sólo pensaba en la grandiosidad de aquella reunión de naves, de la formidable escuadra que zarparía hacia los mundos de Chirg para conquistarlos.

-¡Nunca hasta ahora se había siquiera pensado en reunir tantas naves de guerra, Alipherath! -me dijo, entusiasmado-. En los primeros tiempos, cuando la Confederación se rompió y las Compañías se reunieron para planear el reparto de objetivos en los imperios enemigos, no había tantos buques como hay ahora. ¡Ah, será una campaña nunca vista... y yo formaré parte de ella!

-Puede que no vengan -quise aferrarme a la última esperanza-. Puede que las Compañías no juzguen conveniente poner en marcha todas sus flotas para atacar a una nación alejada de sus fronteras y que nada les ha hecho.

Me miró, y su aroma indicó algo de lástima.

-Vendrán, Alipherath, vendrán -dijo-. Hemos combatido contra otras razas del espacio, siempre con ventaja. Pero ahora nos hemos topado con los tuyos, y una escuadrilla de aproximadamente el mismo número de naves que la nuestra casi nos ha vencido. ¡Os atacamos por sorpresa, Alipherath, pero reaccionasteis y casi nos vencisteis... casi aniquilasteis una Compañía Franca!

»Vendrán, no lo dudes. Y además creo que les gustará hacerlo.

Y fue en aquel mismo instante cuando tomé la decisión. No, no podía permanecer pasivo ante aquello. El día anterior la raza chirg estaba salvo de aquellos bárbaros humanos, perdidos sus mundos entre un millón de estrellas, y yo mismo me hallaba separado de los míos por aquella misma barrera. Pero tras la revelación de aquel comerciante humano, mi raza se hallaba al alcance de las Compañías... mas yo también podía llegar a ella.

El plan surgió ante mí allí mismo, mientras Alboino hablaba todavía de la formidable armada que se pondría en movimiento hacia el Dominio. Tan sólo quedaban los detalles, pero el plan estaba allí.

Tenía que llegar a Abgroï antes que los terrestres. Tenía que avisar al Dominante de lo que se avecinaba, darle completa nota de cuanto sabía, de las tácticas de las naves humanas, de como sus campos de fuerza eran casi invulnerables... salvo en lo que respecta a los nirr... El que yo lograra o no mis propósitos podía significar la diferencia entre unos planetas sorprendidos por una brutal arremetida, indefensos ante ella, o bien una escuadra de guerra desplegada en el espacio, con una barrera de mortíferos torpedos-fantasma contra la que se harían pedazos las naves agresoras.

¡Sí, podíamos vencer! Pero tenía que darme prisa. Debía alcanzara como fuera el planeta del Dominio descubierto por Dreiser y, desde allí, lograr que lanzaran una cápsula subespacial directa a Naolán, al palacio del Dominante, procurando luego yo ir también personalmente. Haría falta tiempo para que se concentrara la flota, para que se dispusieran todas las defensas.

Cuando finalmente Alboino me dejó solo, inicié los preparativos para aquella misma noche, cuando la nave durmiera, los técnicos y obreros de los astilleros se encontraran

ausentes y las guardias estuvieran reducidas al mínimo. No en vano había estado curioseando todo cuando me rodeaba, y ahora sabía todo lo que me podía interesar.

En primer lugar, aunque nuestras naves de guerra habían impresionado a los humanos, a mí se me consideraba inofensivo, algo asícomo un animal doméstico al que se puede hostigar e incluso golpear, pero que jamás se atreverá a devolver el golpe. No se esperaba que hiciera nada en contra de mis aprehensores, y por tanto mi acción les tomaría por sorpresa.

Contaba yo también con la monstruosa arrogancia de los humanos, al menos con la de los que tripulaban la Azagaya. No se les había ocurrido que nadie, y mucho menos un alienígena, pudiera ofenderles o despojarles de lo que antes ellos despojaran a otros. Y yo necesitaba dinero, si lo que me habían contado de los planetas humanos era cierto. Necesitaba dinero y lo conseguiría.

Inicié las operaciones un par de horas después de encenderse las luces azules que indicaban la noche de la nave, coincidente ahora con la planetaria. Me hallaba muy excitado, y también sentí temor. Pero no vacilé en absoluto.

Alboino no se hallaba a bordo, y no me costó nada pasar de mi aposento al suyo, que se encontraba abierto. No había centinela ni guardián a la vista, tal era la confianza que aquellos humanos tenían en su sola fama. Penetré en la habitación, forcé el armario con una improvisada palanqueta, y requisé la pistola aguja y el paralizador que sabía estaban allí. Por un instante me permití una cierta compasión hacia el dueño de aquellas armas, que sin duda pagaría por mi fuga, pero fue tan sólo por un instante. El Dominio estaba sobre todo.

Salí al pasillo y me deslicé lo más silenciosamente que pude hacia el lugar que me interesaba. Aquellos ruidosos y torpes humanos habíanse admirado algunas veces de la agilidad de los de nuestra raza, por mí representados. «La marcha silenciosa de un gato», decían a este respecto, aún tomándome como semejante a aquel pequeño felino terrestre con el que me comparaban. Marché pues, como un gato, y agradecí que el olfato de los humanos estuviera tan embotado, pues me parecía que el aroma de mi excitación debía llegar a los más apartados rincones de la nave.

¡Allí! La puerta estaba cerrada, pero no había tampoco centinela alguno, pese a que en el otro lado de la puerta se encontraba un fabuloso tesoro, el botín arrebatado a las arañas inteligentes del planeta saqueado. ¡No temían que nadie osara ni siquiera pensar, ni siquiera imaginar el robo de nada que perteneciera a las Compañías Francas! Pues bien; robar lo robado, obra de hombre honrado7.

Una pistola aguja es más una herramienta que un arma. Con su ayuda logré desmagnetizar los cierres y abrir la puerta. Me hallaba en la cámara del tesoro, y en el acto pasé a disminuirlo. De acuerdo con lo que Alboino me había contado, elegí aquello que guardaba mayor relación valor-peso, una gran bolsa de joyas, una sola de las cuales constituía de por sí una verdadera riqueza. Procuré que la rapiña quedara lo más disimulada posible, y cuando me marché, dejé la puerta tal como la había encontrado.

Último punto: abandonar la nave. Y podía pensarse que ello no sería demasiado fácil, puesto que en la compuerta de salida sí que había guardianes. Pero yo había vigilado la labor de los técnicos que reparaban el buque, y esta vigilancia no había sido en vano.

La explosión del nirr había abierto un tremendo boquete cerca de popa, pulverizando las planchas del blindaje exterior y derribando los mamparos estancos hasta el mismo corazón de la Azagaya. Toda aquella sección había sido, desde luego, aislada del resto de la nave, pero al llegar a Thalestris y comenzar las reparaciones, los mamparos laterales habían sido retirados para dejar paso a los técnicos con sus equipos pesados. Habían éstos vuelto luego a colocar las planchas exteriores, pero sustituyendo una de ellas por un montaje provisional que incluía un túnel por el que penetraban en la nave los cables de energía de sus grandes soldadores. Yo

[7] Desde luego se trata de una transposición artificialmente rimada por el traductor, de un proverbio chirg. Su equivalencia sería el español "Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón"(P.G.)

sabía dónde estaba ese túnel, y también que podría deslizarme por él, bien que estrechando mi figura al máximo.

Y como lo digo lo hice. Hube de desmontar la tapadera utilizando la inapreciable pistola aguja, pero una vez más procuré dejarlo todo tal como lo encontrara, una vez introducido en el estrecho tubo. De tal modo fue como dejé la Azagaya sin conocimiento de su tripulación.

El inmenso recinto del astillero se hallaba desierto. ¿Algún guardián? Sabía que mi visión nocturna era superior a la de los humanos, y por tanto tenía ventaja sobre ellos en las tinieblas. Me deslicé como una sombra a lo largo del muro macizo, en busca de una puerta.

Y fue entonces cuando sentí los gritos. Unos sonidos erizantes, los aullidos de alguna clase de animal, que se aproximaban rápidamente. Un extraño olor llegó hasta mí, un aroma hacia el que sentí una irrefrenable hostilidad, pese a no haberlo percibido nunca antes.

¡Allí estaba! El animal no era excesivamente grande, pero corría hacia mí con evidente confianza en su poder de lucha, como si estuviera seguro de abatirme a la primera embestida. ¿Colmillos venenosos? La idea me hizo estremecer mientras alzaba el paralizador. Apreté el gatillo en el momento en que la bestia se me echaba encima, y la vi rodar por tierra, acallado en seco su griterío.

De nuevo el gran recinto quedó en silencio, mientras yo me aplastaba contra la pared, contemplando a mi víctima. Un carnívoro sin duda, un animal carnicero. ¿Dejado allí para que sirviera de guardián irracional? No me cabía duda, puesto que era absurdo pensar que un animal salvaje hubiera podido introducirse en un astropuerto activo.

Bueno, pues esperaba que su vigilancia no estuviera completada por la de un guardián humano o por la de un sistema automático. El animal recuperaría el conocimiento dentro de una hora, y evidentemente no podría contar a nadie lo que le había ocurrido. Pero si me veía obligado a usar el paralizador contra un humano...

Aguardé en la oscuridad, sin poder dominar el temblor de mi cuerpo. Ni un sonido, ni un olor... Apreté los dientes y me puse en movimiento.

No me costó demasiado salir al aire libre. Había una puerta abierta, y después de traspasarla no tuve sino saltar un pequeño muro para verme en una sucia calleja de casas bajas y rechonchas, en ninguna de las cuales se veía rastro de luz. Olía a suciedad, a basura, y aquellos innobles efluvios casi lograron marearme. Me tambaleé a lo largo de la calleja, tan intenso era el hedor.

Finalmente las casas se terminaron, y me encontré en un gran espacio despejado. A mi derecha, lejos, pude atisbar las luces del astropuerto, sin rastro ahora de despegues ni aterrizajes. Aquella falta de tráfico en unas instalaciones portuarias tan importantes me hizo pensar si acaso aquel mundo no estaría decayendo a partir de un pasado mucho más próspero, y ello quizá de resultas a la caída de la Confederación.

Bueno, cualquier modo no podía permanecer allí demasiado tiempo. Miré a un lado y a otro, buscando la ciudad a la que el astropuerto pertenecía. Sabía de su existencia, puesto que Alboino me había hablado de ella.

Vi unas lucecitas movibles en la oscuridad. Una autopista para vehículos de superficie, sin duda. Pensé que debía unir la ciudad con el puerto espacial, y me puse en camino hacia ella.

Corría un airecillo frío, y la atmósfera me parecía espesa Y pesada. No es que tuviera ninguna dificultad en respirar pero sin duda algún gas extraño para mí formaba parte de ella, o tal vez la proporción de sus componentes no era la misma que la de Abgroï. Apresuré el paso, procurando concentrar mis pensamientos en lo que debería hacer aquella noche y el día siguiente. De momento el objetivo inmediato era la autopista.

No me arriesgué a pisar el asfalto, pese a que el tráfico de superficie parecía escaso en la noche. No quería que nadie me viera. Avancé paralelamente a la vía, procurando mantenerme en la oscuridad, fuera del alcance visual de cualquier vehículo que acertara a pasar por allí. Pero entonces vi el cartel, Y no pude menos que acercarme a investigar.

Pugné por descifrar los signos humanos grabados en aquella sucia y descascarillada plancha unida a Tierra por un poste metálico. Con alguna dificultad, pues el idioma en que la leyenda estaba no era exactamente igual al aprendido en la nave, pude leerla.

BIENVENIDO a GORDONVILLE 22 Km.

GordonviIle... Sí, el nombre me era familiar, Alboino había mencionado aquella palabra. Sí, Gordonville, la ciudad que estaba buscando. Debía recorrer veintidós kilómetros, aproximadamente doce mil sha en medio de la noche...

y de pronto ocurrió lo que desde mi sauna de la nave había tratado de evitar. Una irrefrenable oleada de angustia me nubló el cerebro y tensó cada nervio de mi cuerpo. Me vi de pronto en un planeta desconocido y enemigo, bajo miriadas de estrellas ajenas... irremisiblemente aislado y solo en las tinieblas. Me encogí sobre mí mismo, en irreprimible demanda de la posición fetal, del seno materno8.

Combatí la angustia con todas mis fuerzas, luchando contra la devastadora tentación de regresar a la Azagaya, donde por lo menos tenía conocidos, prefiriendo la cautividad al aislamiento. En aquel instante todos los planes hechos me parecieron absurdos e irrealizables. Me veía incluso incapaz de marchar en la noche para alcanzar la ciudad, fuera lo que fuera que me esperara allí. No podía, ni moverme.

Y entonces sucedió. Clara y restallante, una voz humana me llegó de muy cerca.

-¡Eh!

Una sacudida espasmódica crispó mi cuerpo, de la cabeza a la cola. Me volví como un relámpago, cara a quién así me llamaba.

Un vehículo de superficie se había detenido a poca distancia de mí, sin que hubiera podido oírle en medio del ataque que me había atenazado. Por la ventanilla asomaba el rostro de un humano.

-¿Vas a la ciudad? -me preguntó.

¿Un humano amistoso? No capté en su olor la menor animosidad.

-Sí -me forcé a responder. El susto parecía haber acabado con el momentáneo ataque depresivo -Me dirijo a Gordonville.

Me miró con ojo crítico. Sus labios se distendieron en el equivalente humano a la sonrisa.

-Diez créditos por el viaje, amigo -dijo-. No encontrarás otro taxi a estas horas.

¿Taxi? Aquella palabra no figuraba en mi vocabulario. Pero el humano había dicho...

-¿Diez créditos? -pregunté.

El humano acrecentó su mueca.

-Lo tomas o lo dejas -graznó-. Tengo el taxímetro estropeado, lo siento en el alma...

El olor indicaba burla, aunque yo no podía discernir la causa ni el significado de la palabra taxímetro. Pero, de todos modos, no disponía de ningún crédito de los que me exigía.

-No tengo moneda de... de aquí -vacilé.

La sonrisa del otro se apagó.

-¿TIenes alguna divisa? -quiso saber-. Puedo hacerte un buen cambio.

Metí la mano en una de las bolsas de mi cinturón y extraje la primera de las joyas que había dejado previsoramente aparte.

-Tengo ésto -dije, acercándome al vehículo.

El conductor examinó curiosamente lo que le mostraba. De pronto sus ojos se desorbitaron, y con un restallido nombró el consabido órgano sagrado de las hembras humanas.

-¡Guarda eso! -gritó luego- ¿Es que quieres que te frían? ¡Un diamante adivisiano!

[8] Se trata de una nueva manifestación de la psicología chirg, el trance depresivo que puede asaltar a un miembro de tal raza cuando se encuentra aislado de toda otra presencia y sometido a cualquier emoción intensa. En xenomedicina se lo conoce hoy con el nombre de Síndrome de Luhar (P.G.)

Me miró fijamente y pareció dudar. Luego abrió la puerta trasera del vehículo.

-Está bien, sube -invitó-.Te llevo a la ciudad.

Aquel humano no me inspiraba ninguna confianza, si es que alguno de su raza pudiera hacerlo. Pero sabía que no iba a ser capaz de ir andando a Gordonvillle sin que la angustia me inutilizara más tarde o más temprano. Por otra parte mi plan incluía establecer contacto con humanos una vez llegado a la ciudad. ¿Por qué no intentado con aquel conductor? Siempre tendría, ocultos en la bolsa mayor de mi cinto, el paralizador y la pistola aguja, y sabía que mis reflejos eran superiores a los de cualquier irman.

Subí, pues, al vehículo, y éste se puso en marcha carretera adelante. -Bien, permíteme que me presente -dijo solemnemente el humano-. Palmiro Schwartz, a tu servicio.

Pensé ocultarle mi nombre, pero al momento comprendí la inutilidad de hacerlo.

Si denunciaba mi presencia, bastaba con una somera descripción para que Sigmund comprendiera en el acto de quién se trataba.

-Alipherath Katrame -dije-. De raza chirg.

El humano movió ampliamente la cabeza, como asintiendo a mis palabras.

-Forastero recién llegado -mientras él hablaba comprobé que su olor era más o menos amistoso, y me tranquilicé un tanto-. Bien, has tenido suerte en dar conmigo. Otro te hubiera denunciado a la policía o quizá te hubiera metido un palmo de navaja en el cuerpo para quitarte esa cosita que llevas en la bolsa.

Meneó de nuevo la cabeza.

-Mira, el tráfico de diamantes adivisianos está prohibido. Verboten, ¿comprendes? Tan sólo los Francos pueden cambiarlos, y en establecimientos oficiales de gobierno.

Hizo una pausa que yo no rompí.

-Bueno, pero se da el caso de que yo conozco alguien que te puede cambiar esa cosa en dinero contante... en créditos... ¡Ah, por cierto! ¿Tienes más?

-Media docena -dije.

Mentía, pues tenía bastantes más, pero de momento no me interesaba que aquel Palmiro lo supiese.

-Pues te darán veinte de los grandes por cada uno. ¡Veinte de los grandes! ¿Te das cuenta? ¡Vas a ser un chirg rico!

Asentí, aunque no tenía mucha idea de lo que la cifra significaba. Por la forma en que el conductor hablaba, debía ser mucho. Ya había yo deducido por Alboino que aquellas piedras eran muy cotizadas en los planetas humanos; justamente por eso las había cogido.

-Ahora bien, quiero que me prometas una cosa -continuó el voluble conductor-. Ni una palabra a nadie ¿eh? Ni mencionar mi nombre, ni mi aspecto, ni mi taxi, en caso de que... en fin, de que te echen mano. Yo te hago un favor a ti, y tú no me traicionas ¿eh?

Le aseguré que no le denunciaría, aunque tenía alguna duda respecto a ello en el caso de que me sometieran de nuevo al detector de mentiras, con amenaza de tortura si faltaba a la verdad. Pero luché contra el pesimismo con todas mis fuerzas. No, nunca volvería a caer en manos de las Compañías Francas.

Me di cuenta de que la oscuridad no era ya tan densa en tomo a la carretera por la que el vehículo se deslizaba. Estaba amaneciendo.

Llegamos a la ciudad cuando ya las estrellas habían desaparecido del cielo. Era una urbe fea y gris, amazacotada, muy lejos de la gracia de NaoIán y las demás poblaciones de mi propia raza. Recorrimos calles desiertas, y finalmente Palmiro detuvo el vehículo ante una de las muchas puertas cerradas que se abrían en las fachadas uniformes.

Ambos bajamos a Tierra. Me estremecí bajo el frío aire de la madrugada, mientras el conductor se acercaba a un lado de la puerta y oprimía insistentemente uno de los botones que allí había, bajo una hilera de minúsculas pantallas. Tuvo que insistir largo rato hasta que una cara humana apareció en la pantalla contigua al avisador.

-¿Eres tú? -estalló una voz lejana y débil- ¡Maldita sea tu estampa!

¿Sabes que hora es?

-La hora de hacer un buen negocio -replicó el conductor -impertérrito-. Sí, la hora de hacer un magnífico negocio.

El de la pantalla produjo una serie de poco amenos gruñidos.

-Está bien -convino al fin-. Te abro.

Palmiro empujó la puerta y me indicó que pasara tras él. Nos encontramos en un vestíbulo estrecho y maloliente, iluminado por una tenue luz amarilla. Le seguí hasta un ascensor, el cual nos condujo al tercer piso del edificio.

Una de las puertas situadas ante el ascensor estaba ya abierta, y el humano de la pantalla se asomaba a ella. Era pequeño de estatura y me pareció de media edad, aunque no estoy muy seguro de poder juzgar en ello a los de su raza.

-¡Eh! -gritó-. ¿Qué es eso?

Se refería evidentemente a mi persona.

-Eso es Alipherath Katrame, de raza chirg -me presentó Palmiro, sin inmutarse-. Si te parece, vamos adentro.

El dueño de la casa olía a desconfianza, pero nos franqueó el paso. Nos encontramos en un salón recibidor bastante bien amueblado.

Palmiro miró a un lado y a otro, mientras su amigo cerraba la puerta.

-Alipherath -me dijo-. Haznos el honor de esperamos aquí mientras preparamos la operación.

Los dos desaparecieron de mi vista por una puerta interior que luego cerraron. Evidentemente tenían una pobre idea de mi capacidad auditiva, puesto que iniciaron la conversación tan cerca de la puerta que yo pude oír perfectamente lo que decían.

-¡Pero tú estás loco! -estalló el dueño de la casa, tras ser enterado del caso-. ¡Diamantes adivisianos! Ese gato se los ha robado a los Francos, tan cierto como que la noche sigue al día. Le cogerán, le harán hablar y luego caerán sobre nosotros. Ya sabes cómo...

-¡Para el carro! -cortó Palmiro-. Ese gato, como tú dices, no nos conoce. Le he dado uno de mis alias, no mi nombre verdadero, y estoy seguro de que no tiene ni puñetera idea de tu dirección, ni sabría volver a ella una vez que se aleje. Para mí que busca escabullirse; pues bien, que se escabulla. Me vas a dar por cada diamante veinticinco de los grandes. Veinte para él y cinco para mí.

-¡Es muy caro! -protestó el otro-. Ya sabes los riesgos que corro para dar salida a esa mercancía. En todo caso te daría...

-Veinticinco de los grandes -repitió Palmiro, o cómo quiera que se llamara en realidad-. Esas piedras no tienen huellas dactilares, que yo sepa, ni se diferencian en nada de las que habitualmente colocas en el mercado. Tal como tienes las cosas organizadas, no corres ningún riesgo, y sé que cobrarás cuarenta o quizá cincuenta por cada una. Si no te interesa, ya sabes que no me faltarán otros a quién acudir.

El humano comprador pareció meditar.

-Escucha -dijo al fin-. Hay una solución mejor para los dos. Puedo darte quince mil por piedra... todo para ti. El gato puede desaparecer, con lo que nadie nos acusaría...

Me ericé al instante, al oír como aquel forajido proponía nada menos que mi muerte. Rápidamente llevé la mano a la pistola aguja y medité matarles a los dos... aunque yo nunca antes había matado a nadie y la idea no me gustaba.

Pero ya respondía el tal Palmiro.

-Ni pensarlo siquiera -replicó con firmeza-. Primero: si se descubre el cuerpo, entonces sí que los Francos empezarán a buscar a quién haya heredado las joyas. Y segundo y definitivo: yo no soy un asesino.

-¡Pero si no es más que un alieno!

-Pues cómo si es el rey de bastos. Veinticinco de los grandes por cada diamante, si es que los quieres.

De nuevo una pausa, mientras yo retiraba la mano del arma, agradeciendo mentalmente a Palrniro su básica honradez.

-Bien, tú ganas -gruñó al fin el otro humano-. Soy comprador9.

Salieron al vestíbulo donde yo me encontraba, y la sonrisa del humano que había propuesto mi asesinato me pareció la cosa más hipócrita que hubiera yo visto durante toda mi existencia. Pero me hice el disimulado, pues no me interesaba que supieran que les había oído.

-Seis diamantes, dijiste -Palmiro extendió la mano, en tanto que el otro abría una caja metálica que traía consigo-. Ciento veinte mil créditos para ti, y una comisión de treinta mil para tu eficiente representante e intermediario. Eso incluye la cuenta del taxi hasta aquí, y también hasta donde quieras que te deje.

El comprador extendió a Palmiro un rollo de billetes y luego tomó las seis piedras, guardándolas en la caja. Mi eficiente representante e intermediario, tras separar su parte, me entregó el resto del dinero.

-Eres un chirg rico, como te prometí -dijo solemnemente-. Bien ¿nos vamos?

Contemplé por un momento los créditos, mientras salíamos del apartamento. Papel moneda, como el que nosotros mismos usamos, bien que bastante más fino e historiado en su impresión, quizá por miedo a los falsificadores.

-Guárdate eso antes de que salgamos a la calle -me aconsejó Palmiro mientras bajábamos en el ascensor-. En tu planeta no sé, pero aquí es peligroso que le vean a uno con tanta pasta. Bueno ¿tienes decidido dónde quieres que te lleve?

Lo que le había oído decir arriba me inducía a confiar en él, al menos más que en cualquier otro humano al que pudiera encontrar. Así pues, cuando estuvimos de nuevo acomodados en su vehículo, le hablé como a amigo.

-¿Quieres ganar más créditos? -le pregunté-. ¿Te arriesgas a seguirme ayudando?

-Depende. ¿De qué se trata?

Le confesé lo que él ya sospechaba.

-Estoy huyendo de las Compañías Francas. Quiero regresar a mi planeta natal. ¿Es posible?

-Con dinero todo es posible -replicó, sin comprometerse.

-Tengo algunos diamantes más -le confié-. Quiero saber si puedo viajar en astronave hasta mi planeta, sin que nadie me denuncie.

-Es posible -Palmiro sonrió ampliamente-. Un comerciante estelar te daría plaza en su nave, si la paga es buena. ¿Dónde está tu planeta natal?

-No conozco las coordenadas en vuestros sistemas. Pero sé que un comerciante llamado Cyrus Dreiser lo ha descubierto en uno de sus viajes. Pensaba dirigirme a él para conseguir las coordenadas y quizá lograr que su misma nave me llevara hasta allí.

Palmiro pareció considerar todos los pros y los contras de la cuestión.

-Bien, sé donde está la oficina comercial de Dreiser -dijo al fin-. Pero de cualquier forma si ha hecho escala en tu mundo sus coordenadas deben estar en el Anuario del Comercio Estelar, es obligatorio. En cuanto a llevarte allí...

Se volvió hacia mí, con expresión seria.

-Piensa que los Francos pueden seguirte hasta tu mismo planeta.

Puedes atraer la desgracia sobre los tuyos. ¿Qué piensas de ello?

Alcé la cabeza ante su mirada. Bien, confiaría en él también para esto.

-Las Compañías Francas piensan dirigirse contra mi planeta -dije-. Pretendo avisar a los míos de su llegada. Mi raza es fuerte, y logrará resistir a su asalto, siempre que éste no le llegue por sorpresa.

---

[9] Este pintoresco diálogo entre pillos viene escrito integralmente en el Manuscrito Katrame, no obstante contener algunas expresiones que debieron ser extrañas al autor. Conviene recordar que la memoria de un chirg es muy superior al de un humano, y el primero es capaz de recordar textualmente palabras oídas con mucha anterioridad (P. G.)

Ya estaba dicho. Quizá Palmiro se negara a ayudar a unos alienígenas contra miembros de su propia raza, y aquél fuera el fin de su colaboración.

Pero su reacción fue una amplia sonrisa, y no pude detectar falsedad ni disimulo alguno en su olor.

-¡Bravo, Alipherath! -exclamó-. Me gustas, de veras que sí. Y daría cualquier cosa por que los Francos se encontraran la horma de su zapato en algún lugar del espacio. Te voy a ayudar, Sí señor.

Habíamos estado hablando en el interior del vehículo detenido aún frente al domicilio de quién me comprara los diamantes. Ahora Palmiro puso en marcha el taxi.

-Lo primero es encontrar donde puedas permanecer oculto y seguro mientras yo preparo tu viaje -dijo animadamente-. Y creo que ya tengo el sitio apropiado.

Capítulo VIII - De como abandoné Thalestris y de mi nuevo viaje por el espacio

Palmiro me llevó por las calles de la ciudad, que ya comenzaban a animarse con la llegada del día. Había bastante tráfico de tierra, pero poco aéreo en comparación con una ciudad chirg. Los edificios eran en su mayor parte pesados y sin gracia, con hileras ininterrumpidas de puertas a lo largo de grandes trechos, y ventanas también alineadas en los pisos altos, sin decoración ni adorno. Pero cruzamos brevemente por una plaza en el centro de la cual existía un pequeño parque, y en cuyo perímetro los edificios eran algo más agradables de ver, algunos de ellos incluso con columnatas en el frontal. Me pregunté si algunos humanos o una minoría entre ellos, poseerían un cierto sentido artístico digno de tal nombre. ¿Sería su mundo central, Irosén, semejante a lo que yo conocía de Thalestris?

El vehículo se detuvo ante un edificio semejante a los ya vistos, aunque sólo de dos pisos de altura. Descendió primeramente Palmiro, y luego me hizo seña de que le imitara, apresurándome lo más que pudiera.

-No quiero que te vean demasiado por aquí -explicó-. Recuerda que pronto empezarán a buscarte.

La puerta por donde entramos estaba abierta. Mi guía me hizo subir unas escaleras y luego llamó a una segunda puerta. Al abrirse ésta, me encontré por primera vez ante una hembra humana.

Ciertamente había vislumbrado a algunas mientras recorríamos las calles de Gordonville, pero a distancia y sin poder precisar los detalles. Ahora, en cambio, podía examinar una de cerca, y lo que vi no me pareció demasiado atractivo.

Desde luego sus miembros eran más esbeltos y gráciles que los de los machos humanos, y su rostro más delicado. Pero la desnudez de su piel, al compararla yo instintivamente con las damas chirgui, me produjo una invencible impresión repulsiva, como si estuviera viendo una hembra despellejada. Las líneas de su tronco, con las abultadas mamas en la parte delantera del torso y el trasero excesivamente desarrollado y sin rastro de cola, me parecieron bastas y groseras. Habíame acostumbrado ya a las grotescas orejas de los machos humanos, pero el verlas ahora en una hembra me resultaba muy desagradable. Llevábalas aquella adornadas con dos pequeñas joyas, no sé si pegadas o clavadas, y aparecían veladas casi por completo por la larga cabellera amarilla que brotaba de su cráneo y caía sobre sus hombros, pero aún así me repelieron.

-Miriam -dijo Palmiro, mientras yo contemplaba a su interlocutora-, este amigo se queda aquí. Tú te ocupas de él. Le están buscando...

La tal Miriam se puso a chillar, y no tardé en sacar la conclusión de que quizá le era yo tan desagradable a ella como ella a mí.

-¿Le estás buscando, dices? -gritó en tono agudo-. ¿Y dónde quieres que lo meta? ¿Es que también voy a tener...? -y mencionó la posibilidad de efectuar la función sagrada

conmigo, con una crudeza que se me revolvieron las entrañas y estuve a punto de dar media vuelta y huir de allí como pudiera.

-¡A callar! -cortó mi amigo-. Alipherath Katrame es buena persona, y nos va a proporcionar mucho dinero a ti y a mí. ¡Más del que te puedes figurar! Prepárale un escondrijo en el cuartito del fondo ¡Y procura que nadie sepa que está aquí!

Ella cerró la boca, me miró, miró de nuevo a Palmiro, y finalmente nos franqueó el paso. Entramos en un saloncito amueblado con más gusto y elegancia de lo que hasta entonces había conocido entre los humanos, y adornado con cortinas y almohadones de colores alegres.

-Amigo Alipherath, ésta es Miriam -presentó Palmiro-. Buena chica. Ella se ocupará de ti mientras yo resuelvo tu asunto. Haz todo lo que ella te diga.

-Sí -dijo ella, me pareció que en un tono algo menos enfadado-. Supongo que será un alienígena civilizado... ¡Pero ni siquiera sé lo que come! ¿Cómo voy a...?

Palmiro le pasó una mano por el hombro.

-Él mismo te lo dirá. Vamos, muñeca, sabes que no tengo a nadie más para confiarle un asunto así. No me defraudes ¿eh? y al tiempo que decía ésto, unió fugazmente su boca con la de la hembra y golpeó su trasero con la mano abierta, produciendo un estrepitoso chasquido.

-¡Me voy! -gritó luego-. Volveré más bien tarde, al anochecer.

Tras de lo cual, la hembra humana del pelo amarillo, tinte capilar que me recordaba desagradablemente al oficial Alaric, quedó a solas conmigo.

-Bueno -dijo ella con acento cansado-. Vamos, sígueme. ¿Cómo dijo él que te llamabas?

Me fijé en que no mencionaba el nombre de su amigo, y tomé buena nota de ello.

-Palmiro te dio mi nombre -respondí con intención- que es el de Alipherath Katrame.

-¿Palmiro, eh? -dijo la hembra-, y capté un cierto olor a diversión.

Espero que todo ésto termine bien. Sígueme, Alipherath.

Me condujo por un estrecho pasillo alfombrado que nacía en el salón, dejando atrás varias puertas laterales hasta una que se veía al fondo. Al abrirla pude ver una pequeña habitación con una cama, una mesa, y algunos otros muebles.

-Aquí te quedarás -me indicó-. Puedes utilizar el cuarto de baño que hay en la primera puerta del pasillo, a la izquierda. Pero cuando haya algún extraño en la casa, ya me ocuparé yo de encerrarte con llave. Nadie debe verte. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -asentí.

-¿Quieres comer algo? ¿Qué cosas puedes comer?

Le hice un inventario de mis gustos gastronómicos, según había aprendido a nominar a bordo de la Azagaya.

-Pero, de momento, preferiría dormir un poco -añadí.

Ella suspiró.

-Yo también. He tenido una noche muy ajetreada. Bien, ya te llamaré cuando la comida esté lista, pero será tarde. ¡Felices sueños!

Y me dejó solo. Tenía y sueño de verdad, y me apresuré a ocupar la cama, bastante más cómoda que la que se me proporcionara en la Azagaya.

Me hallaba en un planeta extraño, muy lejano a los míos y no carente de amenazas. Pero por primera vez en mucho tiempo estaba libre, y tenía en perspectiva viajar hacia el Dominio. Una suave satisfacción se apoderó de mí, y no tardé en quedar dormido.

Ignoro cuantas horas duró mi sueño, tan sólo puedo decir que me sacó de él una serie de golpes en la puerta. Era Miriam.

-¡Alipherath! -llamó desde fuera-. ¿Estás visible?

Me intrigó la pregunta, hasta que la intuición me indicó su significado. Había dormido con las calzas que llevaba al ser capturado, y que ya estaban de sobra arrugadas y sucias. Me ajusté el cinturón con las bolsas, que había previamente colocado bajo el colchón, y luego me puse la túnica.

-Pasa -invité, después de ajustarme la dicha prenda.

Pero no lo hizo, sino que abrió la puerta y me invitó a salir.

-Te he frito un par de filetes -dijo-. Pescado no tengo, pero después de comer saldré a comprarlo, antes de que llegue... oo... Palmiro. Ese sinvergüenza seguro que se invita a sí mismo a cenar.

-Bueno, si tienes que comprar provisiones... -metí la mano en la bolsa y le alargué un billete de mil créditos.

Dio un chillido.

-¡Oye! ¿Es que quieres que compre toda la pescadería? -me miró luego con algo de respeto-. Chico, eres un gran tipo. Y generoso, en este mundo de miseria. ¿Son como tú todos los de tu raza?

Su olor era ahora de simpatía. Sonreí, aunque quizá mi sonrisa poco significara para un humano.

-La chirg es una gran raza -dije simplemente.

Ella suspiró con cansancio.

-Todas las razas son grandes y buenas, en boca de sus miembros. ¡Ah, Alipherath, si supieras a los tipos que he tenido que aguantar...! Algunos de ellos unos completos cerdos, pero todos se tienen por miembros de razas grandes, nobles y sabias... Bueno, con eso no creas que quiero decir que la tuya no lo sea. ¡Bien, la comida está servida!

La hembra comenzaba a caerme bien, he de confesarlo. Nos sentamos Y comimos, sin dejar de conversar. Le hablé de mi raza y de mi ciudad, y ella me contó cosas sobre sí misma.

Pude más o menos entender (no sólo de aquella, sino también de posteriores conversaciones), que Miriam era una puta, término que corresponde a las hembras humanas que ejercen actividades sagradas mediante pago, como las pupilas de nuestras Casas de Celo. No obstante, ella vivía sola y ejercía su negocio en aquella misma casa en que nos hallábamos. Tenía cierta relación con el llamado Palmiro, algo diferente a lo que los humanos llaman matrimonio, institución sobre la que había oído hablar en la nave. Palmiro, según me dijo, era su chulo, otro curioso término que implicaba los términos de amor, protección e interés. Miriam se sentía sentimentalmente atraída por el humano, bien que le prodigara los peores epítetos cuando hablaba de él, supongo que por costumbre. Palmiro parecía corresponder a dicho afecto, y además se asociaba a ella como protector contra posibles sevicias por parte de los clientes u otras personas. Llevábase parte del dinero que la hembra ganaba.

Esta curiosa relación humana no implicaba recelo ninguno respecto a las actividades sagradas de cada uno de ellos con otros copartícipes, si bien cuesta trabajo imaginar a uno de los nuestros unido a una hembra de las Casas de Celo que no hubiera abandonado previamente la dicha profesión. Pero para entonces yo ya había renunciado a escandalizarme por nada que pudieran hacer los humanos. De hecho Miriam me propuso algún tiempo después, diré en su honor que con relativo tacto, tener relación sagrada con ella, y yo me limité a negarme, procurando no ofenderla. La cosa no me cogió tan de sopetón como cuando se lo gritó con enfado a Palmiro, nada más conocerme (el enfado era, más que nada, porque vinimos a despertarla en el primer sueño), y al final quedamos tan amigos.

Pero creo que estoy adelantando acontecimientos en mi relato. Después de nuestra primera comida en común, salió Miriam a hacer compras. Previamente, tras preguntarme si sabía leer el idioma humano, me entregó toda una colección de pequeños libros para que me entretuviera con ellos, recomendándome también que no se me ocurriera abrir la puerta a nadie en su ausencia, por mucho que llamaran. Me introduje en mi cuarto y exploré el contenido del primer librito (novela, lo había llamado ella) Pude perfeccionar mis conocimientos del dialecto thalestriano, algo diferente a la jerga que hablaban en la Azagaya, pero fue muy poco lo que pude entender sobre el tema de la obra, y lo poco que pude me resultó altamente repulsivo. La violencia sin freno y las actividades sagradas parecían componer el noventa por ciento del argumento.

Regresó Miriam y me saludó, pasando luego a repartir las muchas compras que había hecho por diversos lugares de la vivienda. Comida, cintas musicales, adornos, e incluso un vestido para ella (se lo puso, me preguntó si la encontraba atractiva, y yo educadamente le contesté que si) También había comprado ropa de macho humano, que dijo me estaba destinada.

-Eso que llevas está sucio y asqueroso, Alipherath -dictaminó-. Te he comprado ropa de tu talla, Y tengo buena mano para la costura, de modo que no me va a costar mucho adaptártela.

Y a ello se puso. Evidentemente tenía ojo para las compras, puesto que las ropas se adaptaban más o menos a mi cuerpo. Las túnicas Y camisas me sentaban aceptablemente, si bien tuvo ella que trabajar algo. Pero en lo que respecta a los pantalones, Miriam se rió como una loca al encontrarse con el problema de mi cola, y hubo de coser y descoser de firme para, fijándose sobre todo en mis arrugadas calzas chirg, lograr una solución pasable si no buena. Durante todo el proceso me negué a permanecer desnudo ante ella, por más que me dijera que ya sabía de sobra como estaban construidos no sólo los machos terrestres, sino también buena parte de los alienígenas de la galaxia explorada por los humanos. Finalmente me encontré provisto de un regular guardarropa, aunque no me sentía del todo normal con las nuevas prendas.

Apenas hubimos terminado la labor de sastrería, Palmiro se hizo presente.

-¡Hola, muchachos! -nos saludó con jovialidad-. Traigo buenas noticias. ¿Tienes cena para mí, querida?

-De sobra -sonrió ella-. Alipherath ha sido muy generoso, y hoy nos invita él. De veras que me alegra que esté con nosotros.

Pasamos a la mesa y efectivamente Palmiro se asombró ante la cantidad y calidad de las viandas. Nos sentamos y empezamos a consumirlas, sin olvidar regarlas con una bebida alcohólica que a mí me pareció fuerte pero agradable. Por unos instantes pensé encontrarme entre amigos de mi propia raza, y tan sólo eché en falta la presencia de pomos de perfume sobre la mesa.

-Pues bien, Alipherath -me relató Palmiro-. He estado en la oficina comercial de Dreiser. No he tenido ninguna dificultad en lograr las coordenadas espaciales del planeta en cuestión, y por lo que me enterado se trata efectivamente de un mundo habitado por tu raza, amigo.

-Espero que no habrás demostrado demasiado interés -dijo Miriam.

-¿Es que parezco tonto, dulzura? -rió él de buena gana-. He mostrado interés por todos los planetas visitados por Dreiser en su último viaje. Especialmente por los deshabitados. Les he hecho creer que unos amigos míos querían instalarse en un mundo desierto y tranquilo...

¡Bueno! De una forma u otra, aquí están las coordenadas -me tendió un sobre-. Luego te pasaré la cuenta.

-¿Y para encontrar una nave que me lleve allí?

Palmiro meneó la cabeza.

-No te conviene fletar una nave, aunque tuvieras pasta para hacerlo. Hace falta demasiada documentación y garambainas, pero mira, un comerciante llamado Yonekawa zarpa la semana que viene para la zona de Polaris. Podrá llevarte clandestinamente en la nave y desviarse de la ruta para dejarte en el planeta en cuestión.

-¿Y no se irá de la lengua? -preguntó la hembra.

-No, si le engrasamos bien. Los comerciantes independientes no ven con muy buenos ojos a los Francos, que les han hecho más de una faena en el espacio. ¿Cuantos diamantes te quedan?

Vacié mi bolsa sobre la mesa. Miriam se atragantó con el bocado que estaba comiendo, y el propio Palmiro hizo un ruido raro semejante a un hipo.

-¡Demonios coronados! -gritó, y añadió un par de términos de peor educación-. ¿Todo eso le has quitado a los Francos? Se deben estar acordando de todos tus antepasados. Pues sí, habrá para pagar todo y para que nos quede una buena comisión ¿eh?

Pero Miriam me riñó por lo que había hecho.

-¡No debes ser tan confiado, Alipherath! -me dijo-. Echar ahí, encima de la mesa, toda esa fortuna. ¿Y si en vez de topar con nosotros hubieras dado con verdaderos maleantes? Te hubieran cortado el cuello en menos tiempo de lo que tardo yo en decido, y se habrían quedado con todos los diamantes?

-¡Bah! -cortó Palmiro, riendo-. Alipherath es un gato sabio. Nos ha olido y sabe que somos personas decentes.

Y no comprendía lo cerca que estaba de la verdad.

Pues bien, Palmiro se marchó otra vez, prometiendo volver al día siguiente con buenas noticias. Miriam me condujo entonces a mi cuartillo, y me aconsejó cerrar por dentro, aunque no habló más de encerrarme ella misma con llave.

-No abras, ni mucho menos salgas al pasillo -me advirtió-. Mañana será otro día.

Eché la llave, y oí como ella salía del piso. Más tarde comprendí los motivos de mi encierro cuando volvió a llegar en compañía de un macho humano.

Así pues, Miriam iniciaba su habitual labor nocturna. Quizás unos oídos humanos no hubieran captado nada de ésta, pero para mí los sonidos de la actividad sagrada en la habitación de la hembra me hacían ser testigo cómo si estuviera allí dentro con los participantes. Sentí al principio un poco de repeluzno al recordar que no había percibido en la puta el olor característico del celo chirg, pero después pensé que las hembras de aquella raza debían estar en celo perpetuo, y finalmente decidí que, fuera como fuese, aquello no era asunto mío. Pensé con añoranza en las hembras del lejano Dominio y me adormilé un poco. Pero me despabilé instantáneamente al notar que alguien intentaba abrir la puerta de mi cuarto.

¿Las Compañías Francas? pensé en un estallido de pánico, mientras buscaba frenéticamente la pistola aguja. Pero casi al instante oí la voz enfadada de Miriam.

-¡La puerta de al Iado, te he dicho!

El cliente lanzó un reniego y trasladó su atención al cuarto de baño.

Suspiré con alivio y me propuse desinteresarme de lo que ocurriera en las inmediaciones y procurar dormir. Cosa que logré poco después de la salida del tercer cliente.

Pasaron así varios días, que hubieran sido aburridos de no haber sido por la excitación que progresivamente iba creciendo en mí. Sabía que la Azagaya estaba siendo reparada a marchas forzadas, y suponía que la gran flota de las Compañías quizá hubiera ya salido al espacio desde su lejano punto de reunión en Walhalla. Cada día que pasaba reducía mi margen de tiempo para, una vez llegado al Dominio, hacer saber las noticias a Abgroï y lograr que se reunieran nuestras propias flotas de guerra.

Cada vez me encontraba más nervioso, y Miriam apenas si tenía éxito en sus intentos de tranquilizarme. Me contaba cosas de la vida cotidiana en los planetas humanos Y yo, a mi vez, le hablaba del Dominio Chirg y de las costumbres de mi raza.

El cuarto día apareció Palmiro con otro humano. Se trataba de un macho bajito, con la tez extrañamente pálida y algo amarillenta, y los ojos casi tan rasgados como los de un chirg.

-Yonekawa Aichiro, maestro comerciante -presentó-. Éste es Alipherath Katrame, de quién te he hablado.

Recordé que, según me contara en cierta ocasión Alboino, los humanos estaban divididos en varias subrazas, tal como los Zakteh, Damuz y demás en nuestro caso, bien que no se diferenciaran tanto entre sí (aunque me habló de una subraza de piel enteramente negra hacia la que no parecía sentir demasiada simpatía). Aquel Yonekawa debía pertenecer a una de ellas.

El comerciante me miró con expresión seria.

-¿Sabes que los Francos te están buscando por todas partes? -me preguntó.

Asentí con el gesto humano.

-Lo supongo -dije sencillamente.

-Bueno, pues al diablo con los Francos -sonrió él-. Creo que tienes diamantes adivisianos, cinco de ellos, y te llevaré hasta Andrómeda.

-Tan sólo a mi planeta -corregí-. Palmiro te habrá dado las coordenadas.

-Desde luego -respondió el nombrado-. Si viajas al norte galáctico tan sólo te costará hacer un desvío. En realidad cinco diamantes es un precio exagerado...

-Es mi precio -dijo fríamente Yonekawa-. No olvides el factor ríesgo.

-Cinco diamantes -me apresuré a conceder-. ¿Cuándo salimos?

-Dentro de tres días. Exactamente en la fecha que teníamos prevista, con lo que no inspiraremos sospechas. Me ocupo de llevarte a bordo, de tu manutención y de dejarte en la superficie de ese planeta. ¿Hace?

-Hace -repliqué.

La idea de otros tres días de espera no me gustaba demasiado, y pregunté a Palmiro si sabía algo nuevo de la Azagaya y de la flota de las Compañías.

-La Azagaya tiene todavía para una semana de reparaciones -me informó-. Y de esa flota no sé nada. De todas formas, en el caso de que venga de Walhalla, tardará todavía más tiempo en llegar aquí.

-No debes preocuparte -intervino Yonekawa-. Tenemos suficiente ventaja. Y ellos no sospechan que intentas salir del planeta-. Hizo una especie de giño a Palmiro -¿Eh?

-Tengo amigos -sonrió el otro-. A los Francos les han llegado rumores de tu presencia en los bosques de Almagasta, a más de cien kilómetros de aquí. Deben creer que, como buen gato montés, te has refugiado en la selva.

-Así pues, todo está previsto -el comerciante extendió la mano-. Los diamantes, si no te importa.

-Mejor te los dará cuando esté a bordo -dijo Palmiro, siempre desconfiado.

El humano de los ojos rasgados se volvió hacia él, Y percibí en su olor una súbita cólera.

-¡Juro por mi honor que llevaré a este alienígena al planeta del que hemos hablado! -estalló-. ¿No os basta?

Palmiro se mordió los labios, impresionado.

-Puestas las cosas así, nos basta -dijo.

Por mi parte, me limité a contar los diamantes y entregárselos a Yonekawa.

-De acuerdo entonces -se apaciguó éste-. Ya tendréis noticias mías. Y de esa manera hube de pasar otros tres días oculto en el piso de Miriam, sin más entretenimiento que mis conversaciones con ella y también aquellas estrafalarias novelas de las que, a falta de cosa mejor, conseguí un cierto perfeccionamiento del idioma escrito humano.

Hasta que finalmente llegó el gran día, o debería decir mejor la gran noche, puesto que Palmiro se presentó al anochecer.

-Vamos, hay prisa -dijo-. El japonés está esperando en su nave.

Antes de que pudiera mencionar el asunto, eché mano a la bolsa de los diamantes.

-¿Ya no queda por hacer ningún pago extraordinario? -pregunté.

Palmiro negó.

-Bueno, entonces conservaré un diamante para hacerme un anillo que me sirva de recuerdo de esta aventura -dije-. El resto os los dejo a vosotros.

Los rostros de Miriam y Palmiro se retorcieron en la expresión humana de asombro, emoción que me fue confirmada por sus olores.

-¿Todos? -preguntó Miriam-. ¿Pero sabes lo que estás diciendo, Alipherath?

-¿Y de qué me servirían en el Dominio? En vuestras manos serán más útiles.

-¡Maldita sea, Alipherath! -exclamó Palmiro-. ¡Eres el más grande, sí señor!

Miriam se echó sobre mí e insistió en darme lo que los humanos llaman un beso, el contacto bucal que antes mencioné. Accedí, y con menos aversión que la que se podrá creer, pues ella me era ya muy simpática.

-¡Te recordaré siempre, Alipherath... amor mío! -y creáseme que lloraba al decirlo.

-¡Te recordaremos! -corrigió PaImiro-. Con esa pasta podemos salir de esta cochambre de planeta, dulzura... y hasta llegar a la vieja Tierra de Sol, donde la sopa llueve del cielo, y a los perros los atan con longaniza.

Pero había sonado ya la hora de partir, de modo que abandoné para siempre aquel piso que durante tanto tiempo había sido mi hogar. Miriam salió a la calle para despedirme, y agitó la mano cuando el vehículo de PaImiro se puso en marcha. La mancha amarilla de su larga cabellera fue lo último que pude ver de la puta al alejarse el vehículo a toda marcha rumbo al astropuerto.

Llegamos sin novedad allí, y el vehículo se introdujo en un vasto hangar, desierto a aquella hora.

-Vamos, Alipherath -urgió PaImiro-. No conviene que nadie te vea por aquí.

Dos humanos de la subraza de Yonekawa salieron a nuestro encuentro.

-Llegáis justo a tiempo -dijo uno de ellos.

Nos condujeron hasta un rincón, donde pude ver un montón de grandes cajas de plástico, con la inscripción Ryujo Maro grabada en sus costados.

-Adentro -indicó lacónicamente uno de los humanos, mostrándome una de ellas.

Retrocedí instintivamente un paso.

-Tranquilo -se apresuró a decir PaImiro-. No puedes subir a la nave por tu pie, compréndelo.

Me dio una fuerte palmada en la espalda, con una risita.

-Aquí nos separamos, buen amigo -dijo-. Si algún día se te ocurre pasar por Tierra de Sol no hace falta que me busques. ¡Yo te encontraré!

Y eso fue todo. Penetré en la caja, fue cerrada ésta, dejándome en la oscuridad, Y unos minutos más tarde noté el movimiento al ser cargado el recipiente en un vehículo que luego se puso en marcha. Me acurruqué como pude, temiendo alguna sacudida brusca, y medité sobre lo que me había ocurrido y sobre el futuro que me aguardaba.

Y debo confesar que de pronto sentí un acceso de melancolía al pensar que había visitado un planeta extraño sin haber visto de él sino poco más que las paredes de un pequeño piso. ¿Qué flora, que fauna, que montañas y ríos, que mares e islas podría haber contemplado en otras circunstancias? Pero pronto me consolé con la idea de que acababa de iniciar el camino de vuelta a mi hogar.

La Ryujo Maru era una nave mucho más pequeña que el Azagaya, y su tripulación me pareció excesivamente fría, bien que todos se mostraran corteses conmigo. Los tripulantes eran en su totalidad japoneses, pertenecientes a la misma variante racial que su capitán. Me alojaron cómodamente en un pequeño camarote, me alimentaron bien y, siempre que me encontraba con alguno de ellos, el tal me saludaba con una sonrisa humana Y una leve reverencia, que yo procuraba imitar. Pero no se mostraban muy propicios a mantener conversaciones conmigo; más aún, casi siempre hablaban entre ellos en su dialecto regional, con lo cual me aburrí bastante en las largas jornadas del viaje. Llegué incluso a añorar las pésimas novelas de Miriam, y en una ocasión solicité de Yonekawa algún libro para entretener mis ocios, pero resultó que casi todas las obras existentes a bordo eran de naturaleza técnica, y el poco que restaba se hallaba escrito en la para mí incomprensible escritura local de los japoneses. Así pues, debí resignarme a pasar los días entregado a la meditación, planeando una y otra vez lo que haría nada más llegar al Dominio.

En realidad creo que los comerciantes de la Ryujo Maru me tenían poco menos que como un fardo a transportar de un planeta a otro. Nadie me prohibía deambular por la nave, pero la comida me era servida en mi camarote, y no fui invitado nunca al comedor de los

humanos. Bueno, al menos pude apreciar en ellos una absoluta falta de hostilidad, aunque también de simpatía. Sus olores emocionales denotaban hacia mí tan sólo la más completa indiferencia.

Finalmente un día, o quizá debería decir uno de los períodos de iluminación de la nave, fui requerido a la presencia del capitán Yonekawa Aichiro en el puente de mando.

-Bien, Alipherath Katrame -me dijo-. Estamos llegando a tu planeta.

Automáticamente eché una mirada a la gran pantalla visara, pero no pude ver sino el acostumbrado polvo de estrellas.

-El sol central está a estribor -me explicó Yonekawa-. Hemos salido hace una hora del último salto, y caemos en espiral hacia la estrella. Tardaremos todavía un par de días en llegar a tu planeta.

-¿Crees que estamos al alcance de los comunicadores? -pregunté. El japonés hizo una mueca.

-Sí, creo que podemos hacer una llamada a los tuyos -concedió.

Me he comprometido a depositarte en el planeta, pero si puedes transbordar a una nave de tu gente, menos tiempo que perderemos. Además de que no me gustaría que me tomaran por enemigo... ¿Estás preparado para radiar?

-Desde luego.

Se levantó y me condujo él mismo hasta el puesto de radio espacial. El operador de guardia se alzó a su vista, y le saludó con la clásica leve reverencia.

-Intenta establecer comunicación con el cuarto planeta -ordenó el capitán.

El técnico se volvió a sentar y trasteó un rato en sus instrumentos.

Luego se volvió hacia su superior.

-No capto ninguna emisión, Yonekawa-san -dijo-. El éter parece estar vacío.

El capitán se volvió a su vez hacia mí.

-¿No emplean los tuyos la radio espacial? -preguntó, intrigado-. ¿O es que usan alguna frecuencia clave?

No pude responderle, yo no era técnico en radio. Que yo supiera, nuestros emisores empleaban frecuencias convencionales, y con ellas habíamos entrado en contacto con la Azagaya y su flotilla sin ninguna complicación. De todas formas ignoraba totalmente en que parte del Dominio me encontraba, y cuales eran las circunstancias locales.

-Bueno, prepara una emisión en gama total -ordenó finalmente el capitán a su técnico-. De un modo u otro, creo que la captarán.

El operadora dispuso los instrumentos y luego me tendió un micro. Yo tomé aliento, acerqué el artefacto a mi boca e inicié la llamada.

-Dominio Chirg -dije, procurando silabear bien las palabras-. Llamando al Dominio Chirg. Habla Alipherath Katrame, de la Noble Katrame. Me dirijo al planeta a bordo de una nave amiga. Por favor, contestad en la misma frecuencia.

Se me hacía extraño emplear de nuevo mi propia lengua natal. Hice una pausa y repetí luego el mensaje, sin obtener ninguna respuesta.

El capitán Yonekawa hizo un gesto interrogativo en dirección al técnico, que respondió con un humano encogimiento de hombros.

-No capto nada -dijo-. El éter sigue vacío.

-¿Es éste el planeta? -no pude evitar el preguntar.

Yonekawa frunció el ceño.

-Éste es el planeta cuyas coordenadas me dio tu amigo -replicó El mundo al que estoy comprometido a llevarte. Si ha habido algún error, la culpa no es mía.

El miedo me hizo erizar todos los pelos de mi cuerpo. ¿Y si, en efecto, hubiese un error? ¿Y si iba a ser abandonado en un planeta desierto, puede que incluso inhabitable? Me pesó de pronto haberme separado tan alegremente de todos los diamantes adivisianos, pues ahora ¿cómo podría pagar a Yonekawa pasaje para un nuevo mundo? ¿Ya donde podría dirigirme?

El capitán pareció adivinar mis pensamientos.

-Te conduciremos a la superficie de ese planeta, Alipherath Katrame -dijo con firmeza-. Si no es el que esperabas... -hizo una pausa, y su olor indicó una cierta duda-...en fin, en ese caso ya hablaremos. Señaló a la emisora.

-¿Un intento más? -solicité.

-Puedes grabar la llamada, y la seguiremos emitiendo automáticamente hasta que entremos en la órbita de ese mundo -dijo Yonekawa-. Después...

Pero fue interrumpido por el técnico.

-¡Yonekawa-san! -exclamó éste-. ¡Creo que contestan!

Salté materialmente hacia los instrumentos, pero el operador de radio me echó a un lado con un gruñido, al tiempo que conectaba el altavoz.

-Alipherath Katrame -pude oír una voz brotando del aparato Alipherath Katrame.

El acento era extraño, pero la voz pronunciaba indudablemente mi nombre. Tomé el micro y respondí al ignorado interlocutor.

-Habla Alipherath Katrame, de la Noble Katrame, embajador especial del Dominante. Regreso a bordo de una nave amiga, con informaciones de alto interés...

Pero la voz anónima me interrumpió y, para mi horror, lo hizo en lenguaje humano.

-¡Deja de maullar, Alipherath! No estás hablando con ningún condenado gato, sino con un humano. Más claramente, con tu querido amigo Alaric, a bordo de la Azagaya. Yo diría que te has caído con todo el equipo.

Capítulo IX - De mi segundo cautiverio y de mi descenso a un nuevo mundo

Tan fuerte fue la impresión, que estuve en un tris de caer redondo al suelo. Mis oídos zumbaban horriblemente, y fue a duras penas como logré captar una nueva voz, pudiendo ahora reconocer de quién procedía.

-Atención, Ryujo Maru. Les habla el capitán Sigmund de la nave de guerra Azagaya, perteneciente a la Compañía Franca del Jaguar. Dispónganse para ser abordados. Todo intento de resistencia o fuga traerá consigo su inmediata destrucción.

Los dos japoneses charlotearon rápidamente en su idioma local. Capté en ellos la alarma y la consternación. Pero luego el capitán Yonekawa me quitó el micro, que yo todavía mantenía estúpidamente en la mano.

-Habla el capitán comerciante Yonekawa Aichiro -dijo-. Acepto su abordaje, capitán Sigmund. Doy orden de detener las máquinas. Dispongo la compuerta de estribor.

No hubo respuesta. Yonekawa dejó el miero, Y sus rasgados ojos se fijaron en mí con mirada carente de expresión.

-Vamos al puente de mando, Alipherath Katrame -me dijo-. Recibiremos allí a los Francos.

Caminé a su lado, con el espíritu completamente vacio, incapaz de pronunciar una sola palabra. A una indicación del capitán me acomodé mal que bien en una silla del puente, y contemplé la agitación de oficiales y tripulantes, que hablaban en su jerga particular, sin parecer hacerme demasiado caso.

Y luego pude comprender que la gran Azagaya se había acoplado con la nave de Yonekawa, pues el golpe resonó en todos los rincones de la segunda. Unos minutos de espera, y luego Alaric en persona irrumpió en el puente de mando, seguido por una docena de humanos armados. Los japoneses retrocedieron ante ellos, hasta colocarse de espaldas a la mampara del fondo.

Los ojos de Alaric se fijaron en mí. Su hedor de odio triunfante era tan intenso que llegaba a ofenderme físicamente.

-Gato -chirrió-. Estúpido gato, has ido demasiado lejos. Te has escapado ¿eh? Has robado pertenencias de la Compañía ¿eh? Vas a venir ahora con tu amigo Alaric al Azagaya,

y creo que dentro de muy poco vas a lamentar el día en que tu gata madre te puso en el mundo.

Era su momento de triunfo. Se introdujo los pulgares en el cinto de su pantalón y pasó la mirada de mí al capitán Yonekawa. Su sonrisa se acentuó aún más.

-Y tú, comerciante, te la has cargado también -continuó-. Sabías que este alieno había huido de nuestra nave. Apuesto a que te ha pagado el pasaje en diamantes robados a las Compañías Francas. ¿Sabes lo que significa eso, amarillo? ¿Sabes lo que va a suponer para ti y para tu nave?

Lanzó una carcajada estridente.

-Japonesito, si yo estuviera en tu pellejo, me hacía el harakiri.

-Seppu-ku- corrigió Yonekawa.

Sentí de pronto un chispazo de interés al advertir que su voz era tan indiferente como siempre, sin parecer sentir la amenaza del bárbaro Alaric. Y vi a éste fruncir el ceño, mientras que un nuevo olor alarmado nacía en él.

-Pues sí -continuó el comerciante-. Pienso que sería una buena idea cometer seppu-ku. Una muy buena idea.

Dio un paso, y su mano se posó en un conmutador rojo sobre el tablero de mandos, que yo antes no había visto.

-¡Quieto! -gritó Alaric, y las armas de sus hombres se alzaron.

-Quieto si lo deseas, Alaric de las Compañías Francas -la voz del capitán comerciante era ahora seca y acerada-. Desde que tu nave apareció ante nosotros, las pilas de los convertidores han sido excitadas al máximo. Si suelto ahora este conmutador, en dos segundos harán explosión, y todo quedará reducido a gas y radiación en un radio de diez kilómetros. Mi nave y la tuya.

Sentí un terrible nudo en la garganta cuando el significado de aquellas palabras se me hizo evidente. Un estallido de luz y luego... la nada. De nuevo noté que todo mi pelo se erizaba.

Pero también capté en aquel mismo instante otra cosa. El olor procedente de Alaric cambió bruscamente, y pude percibir el miedo en su expresión máxima. El olor gritaba casi audiblemente: «¡Es una trampa! ¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!». Comprendí entonces que aquel individuo, más que bárbaro y asesino era cobarde. Un cobarde abyecto, capaz sólo de aniquilar seres indefensos apretando un botón, o de torturar prisioneros entregados a él, pero a quién la idea de la propia muerte resultaba inaguantable, tanto como la de emprender una lucha contra alguien dotado de armas iguales. No me considero yo, desde luego, lo que se entiende por un héroe, pero sin embargo nunca pienso haber llegado, aún en el último violento período de mi vida, a sentir un pánico como el que el olor de aquel humano indicaba. Los otros combatientes de las Compañías francas presentes en el puente de mando se habían sentido, desde luego, impresionados por la situación, pero de ningún modo a la manera de su jefe.

-Ten cuidado -logró finalmente articular Alaric-. No tomes una decisión precipitada. Hablemos.

-Hablemos pues -sonrió Yonekawa, sin apartar la mano del conmutador rojo.

-Vas a causar tu propia destrucción, así como la de tu nave y tus hombres. ¿Harías eso por un simple alieno?

-Haría eso por mi palabra y mi honor -replicó el comerciante-. He comprometido ese honor en la promesa de llevar a Alipherath Katrame desde Thalestris al planeta ante el cual estamos ahora. Voy a hacerla o voy a morir.

-Es posible negociar -casi suplicó Alaric, sin despegar los ojos de la mano de Yonekawa y del fatídico conmutador.

El japonés le miró con desprecio.

-Negociaré, pero no contigo -cortó-. Hablaré con tu capitán, como corresponde.

Uno de los técnicos de la Ryujo Maru se acercó a la pantalla de corta distancia, sobre el panel, sin hacer el menor caso del grupo armado que había irrumpido en la nave.

-Comunicación con el capitán Sigmund, del Azagaya -anunció, tras manipular en los controles.

El rostro de Sigmund apareció en la pantalla.

-¿Y bien, Alaric?

Yonekawa no dijo nada, dejando al oficial de las Compañías dar el parte de la situación, lo que hizo de manera atropellada. Una vez que hubo terminado, los ojos del capitán del Azagaya se dirigieron hacia el comerciante. Nada varió en su expresión, y aunque naturalmente yo no podía captar su olor, hubiera jurado que el temor se hallaba casi ausente de sus emociones.

-Bien, confieso que he cometido un error al abarloar mi nave a la tuya, capitán Yonekawa -dijo-. ¿Cuales son tus condiciones?

-Soy un ciudadano libre, y no debo lealtad a las Compañías Francas -el japonés casi silabeaba al hablar-. Se me ha pagado por llevar al alienígena Alipherath Katrame hasta el planeta que ahora tenemos más cercano. Se me dice que ha escapado de tu nave, y que ha robado valores de tu propiedad, pero eso ni me consta ni me importa. Déjame llevar a cabo la misión en que me he comprometido, o de lo contrario haré volar las dos naves.

Sigmund pareció meditar.

-El alienígena volverá con nosotros -dijo finalmente-. Es también una cuestión de honor para las Compañías Francas. Una vez que haya sido transbordado, se te dejará marchar libremente, sin reclamar lo que te haya sido pagado por el pasaje. Tienes mi palabra.

-No -replicó sencillamente Yonekawa.

Sigmund hizo un último esfuerzo.

-Capitán Yonekawa, ceder a la amenaza que me haces significaría perder mi honor de guerrero. Si no transiges, ambos deberemos morir.

-Muramos pues -decidió el otro, y en un destello creí ver a su mano moverse.

-¡Un momento! -gritó Sigmund.

La mano se detuvo.

-Hay una solución -continuó el capitán del Azagaya-. Has hecho ese convenio con el alienígena Alipherath Katrame, y él puede liberarte si lo desea.

Sus ojos se fijaron en mí, desde el cuadrado de la pantalla. -Alipherath Katrame -dijo Sigmund con solemnidad-. Te juro por mi honor que no serás castigado por tus actos. Regresa a la Azagaya y serás de nuevo mi prisionero. Pero sigo pensando en utilizarte para negociar con tu raza, de manera que yo mismo te llevaré a la superficie de tu planeta, tal como deseabas, pero bajo mi control y mi autoridad.

Hizo una pausa, que nadie rompió.

-Tu propósito era avisar a los tuyos de nuestras intenciones -continuó luego-. Bien, pues podrás hacerlo. La flota de las Compañías Francas ha zarpado ya de Walhalla y viene hacia aquí. Los efectos de tu aviso serán irrelevantes. Esa es mi proposición. Acéptala o muere junto con todos nosotros.

Por un instante vacilé, incapaz de tomar ninguna decisión. Pude advertir cómo el pánico de Alaric se transformaba en ansiedad. Deseaba con todas tus fuerzas que yo aceptara, y poder librarse así de la muerte. Pensé que él seguramente me habría dejado ir al planeta o hacer lo que me viniera en gana, con tal de escapar a la trampa en la que se veía metido. Incluso creo que se habría arrodillado ante mí para rogarme que le salvara la vida.

En cuanto a mí mismo... ¿Estaba dominado por el mismo terror? No, desde luego; me esforcé en convencerme a mí mismo. Temía a la muerte, claro está, pero la hubiera admitido por el bien de los míos. Si, como había ocurrido en los días pasados, todo el conocimiento sobre el Dominio Chirg hubiese estado en el Azagaya, con gusto hubiera perecido por borrarlo. Pero hoy en día la flota de las Compañías Francas tenía también conocimiento de la existencia de mi pueblo, y de la localización de aquel planeta. Estaba en marcha, y yo tenía

oportunidad de avisar de su llegada; tal vez dicho aviso no fuera tan irrelevante como el capitán Sigmund creía.

-Aceptado -dije.

Y en el acto una oleada de alivio me llegó de todos los extremos de la sala. Procedía de los combatientes del Azagaya, y también de los comerciantes japoneses, incluido Yonekawa. Pero, sobre todo, procedía de Alaric. No pensé, sin embargo, que en el futuro me guardara el menor agradecimiento. Bueno, desde luego yo no había hecho lo que había hecho para salvar su mezquino pellejo.

-Tengo tu promesa de dejarme marchar libremente -insistió, no obstante, el capitán japonés.

-La tienes -replicó Sigmund-. Bueno, Alipherath, recoge tu equipaje y acompaña a mis hombres hasta el Azagaya.

Hice lo que me decía, y me despedí de los japoneses que de tal forma habían defendido mi vida, poniendo la suya en peligro. Luego me dirigí a Alaric y le manifesté que estaba dispuesto. El oficial volvía a irradiar hostilidad hacia mí, magnificada por el miedo que por mi causa había pasado.

-Vamos, gato -dijo fríamente-. Ya hablaremos largo y tendido cuando estemos en la nave.

Recorrí por última vez los pasillos metálicos de la Ryujo Maru y pasé al tubo que la conectaba con la Azagaya. Instantes después me encontraba a bordo de ésta última, como si nada hubiera pasado. Alaric, sin dignarse decirme ninguna otra osa, me condujo al puente de mando.

-¡Saludos, Alipherath Katrame! -me recibió Sigmund, que se hallaba rodeado de toda su oficialidad-. De nuevo nos encontramos.

Su olor no era malevolente, aunque el resto de la oficialidad mostraba una hostilidad mayor.

-Saludos, capitán Sigmund -respondí a su acogida.

La atención del capitán se apartó de mí para fijarse en las pantallas y los instrumentos de control. La luminosa pantalla menor que yo ya conocía se encendió bajo la grande, y en ella aparecieron dos puntos, uno dorado y otro verde que se alejaba del primero.

-¡Allá va ese maldito japonés! -exclamó Alaric-. Convirtámoslo en polvo cósmico, para que sepa lo que cuesta enfrentarse con una Compañía Franca.

-Tiene mi palabra, Alaric -replicó Sigmund, y su tono era el de no admitir discusión ninguna sobre el particular.

El olor de hostilidad se avivó en Alaric, pero ahora no dirigido por completo hacia mí.

Todos contemplamos como el punto verde seguía su ruta hasta abandonar la pantalla. Luego los ojos de Alaric me buscaron de nuevo.

-Bueno, Sigmund, el japonés se ha escapado, pero queda por resolver el caso del gato. Un alieno prisionero que ha huido de la nave y se ha llevado valores pertenecientes a la Compañía, que por cierto no hemos recuperado. Se ha burlado de nosotros y no nos ha causado sino sinsabores. Si no se le da ahora mismo su merecido, se reirá a gusto de nosotros y todas las Compañías harán lo mismo cuando se enteren del caso. Pido que se le deje en mis manos.

-Alaric, tú estabas en la nave de Yonekawa cuando yo hablé con él y con el alienígena -algo así como la exasperación empezaba anotarse en la voz y el efluvio del capitán-. Oíste mis palabras. El alienígena tiene mi juramento de que no será castigado por lo que ha hecho.

-¡Puede! -rugió Alaric-. Pero los alienos no tienen ningún derecho. Si me ocupo de él no será en castigo por lo que haya hecho, sino por simple placer.

-Es que no te vas a ocupar de él -cortó Sigmund-. Soy el capitán de esta nave y de esta Compañía Franca, y me compete la interpretación y el cuidado del honor común. ¿Pones en duda mi autoridad, Alaric?

Tragué saliva. Aquello era una invitación a lanzar un desafío formal. Pero Alaric reaccionó como yo esperaba que lo hiciera.

-Acato tu autoridad -se sometió-. Pero, como oficial que soy, expreso mi protesta.

-Tomo nota de ella -repuso Sigmund en tono indiferente-. Bien, ahora hablo contigo, Alipherath Katrame.

Alcé los ojos para sostener su mirada.

-Vas a servir de intérprete y mediador entre nosotros y la gente de tu raza -dijo-. ¿Tengo tu palabra de honor de que no intentarás escapar de nuevo? De otra forma la negociación no se podrá emprender, y tan sólo quedará el camino de la guerra.

-¡Protesto una vez más! -estalló Alaric, congestionado y en el colmo de la ira-. Capitán Sigmund, estás profanando el concepto de honor que sólo los humanos poseemos. No se puede pedir la palabra de honor a un animal, que no entiende de esas nociones. El solo hecho de... y de pronto la ira se apoderó de mí, y encontré valor para interrumpirle.

-¡Soy Alipherath Katrame, de la Noble Katrame, hijo de la Vieja Raza Dorada de Zakteh -grité allí, delante de todos-. ¡Mi honor es tan valioso como el de cualquier humano, y mi palabra es inquebrantable!

-¿Pero le oís? -chilló Alaric-. ¡Le corta la palabra a un humano! ¡Se burla de la Humanidad y de su honor! ¡Golpeadle, guardias! ¡Golpeadle!

-¡No le golpeéis! -rebatió Sigmund, en voz aún más alta.

Durante un segundo la escena pareció congelada, con todos sus participantes inmóviles, aún denotando las más diversas emociones.

-¡Alaric, estoy empezando a hartarme! -ahora Sigmund irradiaba aversión y desprecio hacia su subordinado-. El alienígena ha hablado respondiendo a una pregunta mía, y no es él quién te corta la palabra, sino tú el que me interrumpes a mí con tus gritos. Te repito que soy el capitán, y quién toma las decisiones. Si alguien da la orden de golpear a quién sea, ese seré yo, y no tú. ¡Que sea la última vez, la última vez que se te ocurra dar una orden semejante estando yo presente! Y en lo que se refiere al honor del alienígena ¿pones en duda su palabra? Bien, de acuerdo ¡pues yo respondo por él! ¿Te basta? ¿O es que vas a poner en duda mi palabra?

Vi desorbitarse los ojos del oficial del pelo amarillo, y de nuevo sentí el efluvio de su miedo, ahora ante su superior. Apartó la mirada y guardó silencio.

-¡Repito, Alipherath Katrame! -la voz de Sigmund todavía continuaba siendo violenta-. ¿Tengo tu palabra de honor, tal como tú la concibes?

-La tienes -concedí.

-Está bien. Haced pasar a Alboino. Que se haga cargo de nuevo del alienígena.

Mi antiguo profesor de idiomas y casi amigo entró en el puente y me hizo seña de que le siguiera. Cargué con mi escaso equipaje y no tardé en hallarme de nuevo en el viejo camarote de donde había escapado me parecía que tanto tiempo atrás.

Alboino irradiaba mal genio, en cierto modo dirigido hacia mí.

-¿Sabes que tu fuga me ha causado un disgusto serio? -gruñó-. Te llevaste mi armamento, y me han sancionado. Estoy arrestado y perderé buena parte del botín que me corresponde, además de ser el objeto de mil bromas de mal gusto. ¿Gracioso, eh?

Mencionó atropelladamente toda una serie de palabras relacionadas con actividades y órganos sagrados de los de su raza. Aquello, lejos de repelerme, me produjo, he de confesarlo, un cierto buen humor, pues había llegado a simpatizar con aquél humano, incluida su forma de hablar.

-Eso puede arreglarse -le dije.

-No veo cómo.

Hurgué en mi equipaje y saqué de él las dos armas que en su día requisara del camarote de Alboino.

-Aquí las tienes -ofrecí.

El humano frunció los labios con expresión dubitativa.

-Pero... bueno, ésto no arregla gran cosa. Para que se me perdonara mi falta debería arrebatártelas.

-Bien, arrebátamelas.

Alboino extendió la mano hacia las armas, todavía no muy seguro de sí mismo.

-Si quieres, yo mismo firmaré un documento en el que haga constar que me las has arrebatado -le dije.

Lanzó un gruñido Y finalmente cogió las armas, contemplándolas luego como queriendo asegurarse de que no habían sufrido daño alguno.

-Escucha -insistí-. El oficial Alaric no me ha registrado. Yo tenía esas armas en mi poder, quién sabe con qué propósitos. Pero en cuando he pasado a tu responsabilidad, tú has cumplido con tu obligación haciéndome un completo registro y arrebatándome las armas. Tu deber es redactar un parte al efecto.

Alboino sonrió de pronto.

-¡Claro que sí! -exclamó-. Daré parte, claro que daré parte. Pero creo que la cosa no le gustará a Alaric.

Ya lo suponía yo antes de que me lo dijera, pero tampoco me importaba demasiado. En poco podía aumentar tal incidente el odio vesánico que el oficial me profesaba, mucho más después del rapapolvo que por mi causa había recibido del capitán Sigmund delante de toda la oficialidad de la nave. Y después de todo la falta de no registrar mi equipaje le correspondía a él, quizá embarullado por el miedo que le atenazara a bordo del la Ryujo Maro.

-¿Sabes? -sonrió más abiertamente Alboino-. En el fondo creo que eres un buen muchacho, aunque seas alienígena. ¡Diablo, no puedo reprocharte que te escaparas! Todo prisionero debe intentar la fuga, eso es lo primero que se te enseña en las Compañías Francas.

Decidí aprovechar su buen talante para intentar lograr alguna información.

-Y, a propósito -ciertamente había aprendido no poca cantidad de modismos humanos en los últimos tiempos-. ¿Cómo supisteis que estaba yo a bordo de la Ryujo Maru?

Alboino se encogió de hombros.

-No fue difícil. Desde un primer momento supuso el capitán que pretenderías llegar al planeta de los gatos. La primera nave comerciante que salía en la dirección de Polaris era la de los japoneses, de manera que se montó una discreta vigilancia. Pero nadie te vio entrar en ella, de modo que, si sabes lo que quiero decir, quedamos un poco perplejos.

Entonces el capitán decidió que lo mejor sería partir hacia el sistema en cuestión y esperar tranquilamente a que llegaras en la nave que fuera.

Aceleramos las reparaciones al máximo y zarpamos. Hubo suerte y te cogimos antes de que entrases en contacto con los demás de tu raza.

-¿Sí? -fingí cierta admiración por la inteligencia de Sigmund pero el capitán me dijo que de todas formas entraríamos en contacto con los chirgui, y que yo sería embajador e intérprete.

Los ojos de Alboino se iluminaron, y su olor denotó alegría y exaltación.

-No me extraña -dijo-. ¿Sabes? La flota de las Compañías viene ya hacia aquí. ¡Miles y miles de navíos, con cien estandartes distintos! No creo que tengáis ya tiempo para preparar una defensa apropiada... Bueno, en realidad no creo que hubierais podido preparar esa defensa ni aún cuando se os diera el tiempo que quisierais. ¡Las Compañías son invencibles!...

No quise interrumpir su exaltación bélica y dejé que terminara su retahíla de autoalabanzas. Tan sólo cuando se detuvo para tomar aliento me arriesgué a hablar.

-Todo eso está muy bien -convine-, pero entonces ¿por qué no esperar a que llegue esa flota antes de avisar a mi raza? ¿Para qué perder el efecto de la sorpresa?

-Con la potencia de las Compañías concentrada en una sola flota es indiferente que se ataque con sorpresa o no -volvió a su tema Alboino-. Pero si la flota llega al planeta, será el viejo Genseric, el presidente del Consejo de Capitanes, quién lleve a cabo la labor y se apunte el éxito. Nuestro capitán no quiere que nadie le saque las castañas del fuego. Ya tuvimos

bastante con perder dos de nuestras tres naves en la batalla con las vuestras. Si ahora logra resolver la situación por sí mismo mediante el sometimiento de los vuestros, aunque sea poniendo sobre la mesa el peso de la flota, su honor quedará acrecentado. Eso es lo que busca.

-¿Y si los míos destruyen la nave? ¿Y si nos destruyen a todos antes de que llegue la flota?

Alboino se encogió de hombros una vez más, y en su olor no pude captar el menor rastro de miedo.

-Somos guerreros, y como tales morimos -dijo en tono fatalista-. La gran flota nos vengaría.

Empecé a sentir de nuevo una cierta esperanza, no para mí, sino para mi pueblo. Al parecer los humanos no tenían todavía una clara idea del poder del Dominio. No quebrantaría yo, desde luego, la promesa de no huir del cautiverio, pero si lograra avisar a los dirigentes de aquél mundo, y que ellos enviaran una cápsula mensajera a Naolán... quizá nuestras propias escuadras pudieran concentrarse y, ya que no aquel desdichado planeta, se lograra salvar el resto del Dominio.

Aunque el poderío de la flota enemiga, tan ponderado por Alboino, me inspiraba un gran miedo.

Así pues pasé a ocupar mi antigua prisión. Comí y dormí una vez todavía. Al poco tiempo de despertar, Alboino vino para decirme que se me esperaba en el puente de mando.

No parecía muy contento mi antiguo profesor de idiomas, y me tomó como confidente mientras recorríamos los pasillos.

-Han completado la tripulación en Thalestris -gruñó-. Una banda de muertos de hambre y, robabolsillos, nada que se parezca a los viejos compañeros que perdimos en la batalla contra los tuyos -hizo brotar con voz sorda unas cuantas de aquellas palabras que con tanta frecuencia empleaba-. Pero se comportan como si fueran veteranos de las Compañías. ¡Hay que ver cómo hablan y cómo presumen! Pasará tiempo antes de que lleguen a ser unos guerreros aceptables. ¡Maldita sea! Y Alaric parece que les mima, a esa pandilla de ganapanes.

-¿Muchos? -pregunté inocentemente.

-¡Demasiados para mi gusto! -replicó al instante-. ¡Más de seiscientos! Alaric ha insistido en completar el millar, Y ahora esos robagallinas son casi el doble que los guerreros que quedábamos. ¡Hasta han elegido un contramaestre entre ellos!

Quizá fuera yo excesivamente desconfiado, y más tras mis recientes aventuras, pero un nuevo temor comenzó a abrirse paso en mi mente. El de que Alaric pretendiera apoyarse en aquellos nuevos reclutas, elegidos al parecer entre lo peor del hampa thalestriana, para imponerse al capitán Sigmund, y si el oficial del pelo amarillo llegaba a hacerse de alguna manera con el mando, demasiado bien sabía yo cual sería una de las primeras medidas de gobierno que tomaría.

Pero ya estábamos en el puente de mando, y Alboino se adelantó para anunciar mi llegada. Toda la oficialidad estaba allí, contemplando las pantallas visoras.

Un gran planeta ocupaba toda la pantalla mayor. Un mundo en el que pude reconocer formaciones de nubes, casquetes polares, mares azules e incluso zonas oscuras que podrían corresponder a grandes bosques o selvas. Pude advertir líneas de litoral, cabos, golfos y penínsulas, pero aquella configuración no me resultó familiar.

-Ahí lo tienes, Alipherath Katrame -Sigmund me indicó la pantalla-. ¿Sabes qué planeta es? ¿Lo reconoces?

-No -respondí simplemente, y era verdad.

El capitán suspiró con cierto desaliento.

-Aquí hay algo raro -dijo-. No hemos detectado rastro de naves en todo el sistema. Del planeta no nos llega ninguna emisión de neutrinos, o sea que no existe en él energía nuclear. Se diría un mundo completamente primitivo.

Hizo una pausa, y tomé ésta como una muda pregunta.

-¿Está deshabitado el planeta? -cuestioné.

-¡Claro que no! -respingó el capitán-. Ya lo sabíamos por Dreiser, y ahora lo hemos comprobado. ¡Pero está... vacío! Nuestras sondas han descubierto una pequeña comunidad rodeada de campos de cultivo, a la orilla de un río, pero de momento nada más.

¿Nada más? Aquello no cuadraba en absoluto con lo que yo conocía del Dominio. Ciertamente no estaba familiarizado con las geografías de todos los mundos habitados por mi raza, pero aquel planeta vacío, con sólo una ciudad o pueblo en su superficie... aquello me parecía irreal; los chirgui no colonizamos el espacio de esa forma. Pensé si acaso Dreiser no se habría equivocado, y si la raza habitante de aquel mundo no sería después de todo ajena a la mía, aunque quizá parecida físicamente.

-Bien, el alieno no sabe nada, como de costumbre -dijo un oficial alto, de pelo negro punteado por zonas grises-. ¡Bajemos y nos enteraremos!

-Mejor que no tengan naves en el sistema -indicó otro-. Si son poca gente y están concentrados en una sola población, no nos será difícil controlarlos.

El capitán Sigmund asintió, aunque percibí en él el olor de la duda.

Quizá temía una trampa.

-Está bien, descendamos -asintió-. Alaric, quedas al mando de la nave, nosotros emplearemos la lanzadera grande. ¡Vidkun, Heimdell!

Vosotros vendréis conmigo, elegid a los guerreros. Y que la mitad de ellos sean de los nuevos, conviene que se vayan moviendo.

Los dos oficiales nombrados se pusieron en pie y abandonaron el puente, mientras Sigmund daba las últimas instrucciones a su segundo.

-Intercepta y destruye toda nave no humana que se acerque o que intente salir del planeta. Si llegara mientras estamos abajo cualquier comerciante humano, deténlo en el espacio, y si se niega, destrúyelo. Me mantendré en contacto contigo.

-De acuerdo, Sigmund -pero si el capitán hubiera sido de mi raza, habría podido captar por el olor la hostilidad oculta de su segundo, y no se hubiera sentido demasiado tranquilo.

Cuando abandoné el puente detrás de Sigmund, ya el comando de desembarco estaba formado en el pasillo. Nos pusimos en camino y penetramos en la compuerta de la lanzadera, a cuyos mandos se puso uno de los oficiales. Yo podía notar el aroma de la excitación en todos los que se lanzaban a la aventura, en especial los novatos. Y no podía por menos que sentirme yo mismo excitado, preguntándome si lograría mis propósitos de dar la alerta a mi pueblo.

Suponiendo que realmente pertenecieran al mismo aquellos seres hacia cuyo hogar nos dirigíamos.

Capítulo X - Del extraño planeta Gherrod

Entrarás en contacto con las autoridades de este mundo -me instruyó Sigmund-. Les dirás como está la situación, ni más ni menos. Ciertamente no puedo controlar lo que hables, pero confío en tu buen sentido. De una forma u otra, les pedirás las coordenadas espaciales de vuestro planeta capital, alguien tiene que saberlas aquí. Pretendo ir a continuación hasta allá, tras dejar una cápsula mensajera para la flota ¿entiendes? Todavía podemos llegar a una conclusión pacífica, si los tuyos se someten.

Asentí, imitando el gesto humano.

-No te hagas el héroe suicida -aconsejó el capitán, sin hostilidad-. Aunque todos muriéramos, la Azagaya continuaría en el espacio, y no creo que quién tomara entonces el mando fuera más benévolo que yo hacia los tuyos -se refería a Alaric, desde luego, y no pude sino estar de acuerdo con él-. Piensa que aunque la misma Azagaya fuera destruida de alguna manera, la flota sabe ya todo lo que necesita. Interrogaría a fondo a los nativos y les sacaría todo lo que le interesara conocer.

-Está bien -dije.

-Y tampoco debes pensar en engañarme. Serás sometido al detector de mentiras después de las negociaciones, y no vacilaría en castigarte duramente si intentaras llevar un doble juego. ¡Ah, ahí llegamos!

Ambos desviamos la vista hacia la pantalla de proa. El paisaje del nuevo mundo se deslizaba bajo nosotros, y en el horizonte pude advertir el brillo de una corriente líquida. Instantes después cruzamos sobre una pequeña aglomeración de edificios. Pude ver los campos de cultivo en tomo a la población.

-Todos en alerta de combate -ordenó Sigmund-. Descendamos. Los humanos aprestaron sus armas, en tanto que el oficial piloto hacía que la lanzadera describiese un círculo en torno a los edificios antes de descender cerca de ellos. La nave tomó tierra en las proximidades de un campo sembrado, cuyas espigas ondeaban perezosamente al viento.

-Verificación de la atmósfera -ordenó Sigmund.

El oficial piloto consultó un cuadrante del salpicadero. -Comprobada como respirable -recitó-. Ninguna amenaza para la Humanidad.

Aquella debía ser una frase ritual; el capitán se limitó a asentir, sin pedir nuevas aclaraciones.

-Rutina de desembarco -dijo-. Vidkun queda a bordo con diez guerreros, el resto desciende conmigo. ¡Alipherath, a mi lado!

Abrióse la compuerta y descendimos, primero el capitán, y yo a continuación. Percibí los aromas del nuevo mundo, que me parecieron agradables. La gravedad era similar a la de Thalestris, y encontré la atmósfera incluso mejor, con un cierto efecto vivificante. Respiré hondamente, mientras los humanos se desplegaban con las armas preparadas.

De momento no advertimos ninguna reacción nativa. Varios edificios aislados quedaban a nuestra vista, quizá granjas o casas de campo, cuyo estilo me pareció familiar. Pero ningún ser animado se hizo presente.

-Parece que nuestra llegada no les interesa -gruñó Sigmund-.

-¡Para mí que están muertos de miedo! -intervino el oficial Heimdell-. Supongo que tendremos que ir a sacarles de sus agujeros.

Esperamos unos minutos, durante los cuales la situación no varió. Pero cuando ya Sigmund se disponía a dar la orden de avance, pude captar un movimiento en el limite del campo cultivado.

-Capitán Sigmund -llamé-. Creo que alguien viene.

Era un grupo de cinco nativos, y en cuanto pude verlos claramente, sentí una oleada de emoción que asaltaba todo mi organismo. Pues no cabía la menor duda de que se trataba de gentes de mi propia raza, de chirgui. Alcé el rostro, y el olor familiar de mi pueblo me inundó, como dándome la bienvenida al hogar.

Eran cinco machos, tres de ellos Nirnmress cenicientos, y los otros dos Zakteh de mi propia estirpe. ¡Que hermosos me parecieron tras tanto tiempo de tratar con terrícolas torpes y pelados! Por un momento noté que me tambaleaba, y debí esforzarme por dominar mis emocio nes e iniciar la tarea que debía cumplir.

-No apuntéis las armas ni hagáis ningún gesto amenazador -murmuró Sigmund a sus hombres-. Pero manteneros alerta.

Uno de los Nimmress se adelantó hacia nosotros.

-Amigos humanos -dijo en lengua terrestre, con horrible acento-. Os damos... bienvenida al planeta Gherrod...

Pero casi en el acto su nariz se frunció y sus ojos se dirigieron hacia mí.

-¡Chirg! -exclamó, y luego en nuestra propia lengua-. ¿Quién eres? ¿Vienes acaso de Abgroï?

Sigmund me dio un ligero toque en la espalda, como impulsándome a avanzar hacia los míos.

-Vamos, habla con ellos -indicó.

Se me hacía verdaderamente raro volver a mi propio y querido idioma. Carraspeé, y finalmente logré hablar.

-Estos seres humanos me han capturado -dije-. Quieren conocer las coordenadas de Abgroï para atacarlo y someter todo el Dominio a la autoridad de su raza. ¿Tenéis alguna forma de comunicaros con Naolán y dar el aviso? Una nave humana está en órbita, con orden de destruir cualquier vehículo espacial que intente abandonar el planeta, pero no me parece que pueda interceptar una cápsula hiperespacial de comunicaciones; en realidad creo que ni siquiera conocen esa tecnología...

Pero cesé en mi rápida verborrea al advertir el olor de asombro e incredulidad de mis interlocutores.

-Pero... pero... -dijo el portavoz Nirnmress-. Nosotros no tenemos contacto con Abgroï, desde hace cientos de años. La nave en la que nuestros antepasados llegaron aquí se averió de forma irremediable en el aterrizaje. Ni siquiera conocemos las coordenadas de los mundos del Dominio...

Sentí que el corazón se me helaba al comprender el significado de aquella palabras, y tanto debió ser mi azoramiento que Sigmund lo notó y me interrogó al instante.

-¿Qué ocurre? ¿Qué te han dicho?

Me volví hacia él, y procuré mostrarme convincente.

-No saben nada sobre el Dominio Chirg -dije-. Se trata de una legión perdida10.

El capitán se me quedó mirando con sospecha.

-Digo la verdad -me apresuré a añadir-. Partieron de Abgroï hace cientos de años, y su nave se estrelló aquí. Los descendientes de los primeros habitantes han perdido todo recuerdo de la localización del Dominio.

Me creyó, porque la ira se reflejó en su rostro y en su olor.

-¡Maldita sea! -exclamó-. ¡Estamos otra vez como al principio!

-Capitán, con tu permiso -le interrumpió uno de los guerreros veteranos-. No podemos estar seguros de que el gato no mienta, y en el caso de que no sea así, quizá sean los indígenas los que lo hacen.

-Existe el detector de mentiras -replicó Sigmund-. Se lo aplicaremos a Alipherath Katrarne y, si es necesario, también a los indígenas.

Pero creo que las cosas son así. Hemos tenido mala suerte.

-No del todo -intervino el oficial Heimdell-. En alguna parte tienen que tener archivos, documentos... quizá en la nave en que vinieron, o en sus restos.

-¿Después de varios siglos? -preguntó Sigmund-. Bueno, lo intentaremos...

Se volvió hacia mí.

-No cantes victoria, Alipherath Katrame -advirtió-. Sí, estamos como al principio, pero no peor. La flota de las Compañías Francas viene hacia aquí, y cuando llegue iniciaremos la exploración del espacio en busca de tu raza. Entretanto...

Fijó una mirada pensativa en el grupo de habitantes del planeta.

-Quizá tengas razón, Heimdell -murmuró-. Investigaremos a esta gente. Puede que hallemos alguna pista. Y después de todo no vamos a tener nada mejor que hacer en las próximas semanas.

-Tenemos a Khardurán -dijo el oficial-. Es mejor que cualquier detector de mentiras, y nos servirá para investigar a estos gatos.

Sentí un leve repeluzno de desconfianza. ¿Khardurán? Aquella era la primera vez que oía tal nombre.

[10] Alipherath Katrame dice aquí "legión perdida" en lengua humana, y no "colonia perdida" como hubiera podido esperarse. Puede que la noción le llegara de alguna anterior conversación con Alboino (P.G.)

-Conozco a Khardurán, pero también conozco sus limitaciones -replicó el capitán-. Sí, desde luego que le emplearemos, pero no espero demasiado de él.

Los indígenas habían permanecido silenciosos, atentos a aquella conversación para ellos incomprensible, o quizá meditando sobre mís revelaciones. Pero al callar el capitán, el portavoz Nimmress se animó a dirigirse de nuevo a mí.

-¿Son estos humanos enemigos del Dominio? ¿Son enemigos de nuestro pueblo?

-Creen que su raza es superior a todas las demás que pueblan el cosmos -le confié-. Pretenden que los miembros de otras, incluidos los chirgui, se les deben someter o de lo contrario ser destruidos.

La delegación se agitó nerviosamente, y pude percibir el olor de la preocupación, aunque no el del miedo.

-Nos envía el Cuidador -dijo el Nimmress, vacilante-. El que dirige la ciudad. Nuestra misión era la de invitar a los humanos recién llegados a ser recibidos allí.

-Pero ahora...

-De todas formas irán allá -le repliqué. Y luego transmití la invitación al capitán.

-Encantado, encantado -aceptó éste, aunque me pareció que con la mente en otro lugar.

Paseó la mirada por las inmediaciones.

-Sí, allí abajo puede aterrizar la Azagaya -murmuró como para sí, y después activó su comunicador de muñeca- ¡Vidkun! Vamos a ir a la ciudad. Llama a Alaric, y que descienda la Azagaya aquí mismo, en ese llano más allá de la lanzadera. Esperad mi regreso, de todas formas me mantendré en contacto contigo por radio. Si nos ocurre algo, que Alaric obre según su criterio.

-Entendido, capitán -respondió la voz del oficial por el comunicaciones.

-Heimdell, elige a cinco hombres -ordenó el capitán, ahora a su segundo subordinado-. El resto quedará junto a la lanzadera bajo el mando de Vidkun.

Traduje la aceptación a los de mi raza, y muy poco tiempo después la comitiva se puso en marcha, por el camino en que ellos habían venido.

-¡A pie! -refunfuñó Heimdell, descontento-. Ya podían haber enviado un vehículo.

-Son agricultores -repuso el capitán-. Una pequeña comunidad de agricultores, a lo que veo. ¡Alipherath! ¿Cómo se explica que uno de ellos chapurree en idioma terrestre?

-Los comerciantes de Dreiser debieron enseñarle algunas palabras de saludo -opiné-. No creo que ninguno de ellos pueda entender lo que hablamos.

-Pues habla tú con ellos, entérate de las características de su comunidad y de su planeta... ¿cómo dijeron que se llamaba?

-Gherrod, me pareció entender...

El Nimress manifestó igualmente su curiosidad.

-¿Vienes realmente del Dominio? -preguntó-. ¿Cómo es la ciudad de Naolán? Para nosotros ha pasado a ser leyenda...

Le describí como pude la grandiosidad y belleza de nuestra capital, y pasé luego a hablar de los mundos chirg y del poderío de nuestro Dominio, que ahora se veía amenazado.

-¿Os gustaría regresar a la patria de vuestros antepasados? -pregunté al final, pensando que la respuesta sería entusiásticamente afirmativa.

Pero, para mi sorpresa, el Nimmress hizo un gesto de negación.

-Éste es nuestro mundo, y no conocemos otra patria -dijo-. Y además tenemos deberes que cumplir aquí.

-¿Deberes?

-Hacia el dios.

Estuve a punto de detenerme en seco, tal fue mi extrañeza. Desde hace siglos, los chirgui hemos abandonado la idea de la existencia de seres divinos, creyendo tan sólo en la misteriosa Esencia primigenia de la que procedemos, a la que retornaremos, y sobre la cuál nada sabemos. Durante los últimos tiempos había oído a los humanos manejar el concepto de la divinidad, pero se me hacía muy raro escucharlo ahora de la boca de un representante de mi

propia raza. Recordé entonces que hacía mucho tiempo había existido el culto a una deidad llamada Chirga, antecesora legendaria de nuestra etnia, de modo que pregunté al Nimmress:

-¿Quieres decir la diosa Chirga?

Pero él negó.

-El dios no es macho ni hembra, pero participa de ambas esencias, y de ahí su naturaleza y su poder. El dios habita entre nosotros, y es así cómo le adoramos y servimos.

-¿Pero le veis? -no pude por menos que inquirir-. ¿Veis al dios?

-En muy raras ocasiones -y percibí el olor del miedo-. Y es mejor que esas ocasiones no sucedan en la vida de uno.

Un dios invisible e impalpable que se aparece de vez en cuando, pero nunca a nadie que uno conozca personalmente... Procuré que la diversión no surgiera en mi olor, a fin de no ofender a nuestros anfitriones. Para mayor seguridad, intenté pasar a otro tema.

-¿Cuantos sois en este planeta? ¿Hay nobles entre vosotros?

-Somos alrededor de tres millares -respondió el Nimmress- Y no podemos decir que haya nobles entre los nuestros. Todos somos iguales ante el dios al que servimos.

¡De nuevo el dios! Me pregunté si aquella pequeña comunidad aislada no habría degenerado en una teocracia.

-Bueno -interrumpió entonces uno de los Zakteh-. Quizá puede decirse que los Sacerdotes son nuestra nobleza. Quizá te entiendas mejor con ellos que con nosotros, que tan sólo somos gente común.

-Me entiendo bien con todos los de nuestra raza -me apresuré a decir.

No tenía intención de mostrarme altivo con aquellos hermanos chirgui, fueran nobles o simples mordedores. Y entonces medité que los antepasados de aquellas gentes debían haber abandonado el Dominio en tiempos en que se daba a la nobleza una importancia mucho mayor que la que yo conocía.

-De todas formas los Sacerdotes no tardarán en entrar en contacto contigo -dijo el Nimmress-. Así lo hicieron con los anteriores humanos que llegaron a nuestro mundo.

Una casta nobiliaria de teócratas... el desagrado que aquella noción me producía debió trascender a mi olor, puesto que el Zakteh que antes me hablara pareció adivinar lo que estaba pensando.

-Creo que se te hace duro asumir la idea de que el dios exista ¿No es así, Alipherath Katrame? Pues bien, ten la seguridad de que es asi. El dios al que servimos no es ninguna ficción, ninguna fantasía, ninguna invención nuestra. Pertenece a la realidad, quizá sea el ser más real de todo el universo.

-Yo aún diré más -intervino el otro Zakteh, hasta el momento mudo-. Dices que el Dominio es hoy más poderoso que nunca. Pues bien, si Abgroï quizá tenga razones para temer a los humanos que vienen contigo, nosotros no les tenemos ningún miedo. Sabemos que, en caso de necesidad, el dios nos defenderá contra ellos.

¡Patética fe! Pensé en las bombas de neutrones, en los desintegradores pesados, en todo el formidable armamento de la Azagaya. Sería mejor que el capitán Sigmund ignorara aquella insultante confianza por parte de los chirgui del planeta. Y sería mejor todavía que Alaric la ignorara también.

Habíamos dejado ya atrás los campos cultivados y marchábamos por un camino de tierra bordeado por pequeños edificios. Rostros chirg se asomaban a las ventanas de algunos de ellos, pero nadie salió a curiosear ni a saludar. Aquellas debían ser granjas, y en sus estructuras reconocí la arquitectura de mi pueblo, bien que modificada por los siglos de aislamiento. Al final del camino, no muy lejos, comenzaba la ciudad propiamente dicha, en realidad poco más que un pueblo. Me recordó las poblaciones rurales que pude visitar durante mi estancia en Centia, aunque aquellas gozaban de todos los adelantos técnicos que aquí parecían faltar.

Penetramos en la primera calle y me extrañó la falta de interés de los pobladores hacia nosotros. No salía nadie de las casas, ni se reunía ninguna multitud en nuestro entorno. Una

nave estelar había llegado al planeta después de cientos de años de aislamiento, pero nadie parecía sentir curiosidad sobre ello. Como si aquello sucediera todos los días.

¿Habría ocurrido lo mismo con la anterior visita, la del comerciante humano Dreiser? Al parecer los mercaderes no se habían casi interesado por los nativos del planeta, para ellos una simple comunidad primitiva sin nada que ofrecer para sus negocios.

-¿Los Sacerdotes habitan entre vosotros? -pregunté al Nimmress que marchaba a mi lado.

-No corrientemente -replicó-. Su morada habitual es el Templo, desde luego. En las montañas -hizo un vago gesto-. Sin embargo creo que alguno de ellos llegará para conoceros. Es un acontecimiento apasionante.

Sí, pero nadie parecía apasionarse demasiado. Miré las casas al pasar, y advertí que no estaban deshabitadas. Algunos rostros se asomaban aquí también a las ventanas, dirigiéndonos furtivas ojeadas. ¿Reinaría en aquel planeta una disciplina tan grande como para impedir a la gente salir a la calle para contemplar a unos extranjeros? ¿Cómo habría evolucionado la cultura chirg en aquel mundo, tras siglos de aislamiento?

Pero ya llegábamos a una plazuela, en la que se alzaba un edificio mayor que el resto. No me extrañó cuando nuestros guías nos llevaron a él.

-Pasad, amigos -invitó el Zakteh que primero me hablara-. El Cuidador os espera.

El tal Cuidador resultó ser un Damuz de claro pelaje. Nos aguardaba en una amplia sala, preparada para un festín de recepción. Por primera vez en mucho tiempo pude oler pomos de perfume, y aquello me llenó de nostalgia.

-¡Un chirg! -exclamó el Cuidador al serIe yo presentado-. ¿Vienes de la noble Naolán... del Dominio?

-Vengo como prisionero -le advertí al instante-. Los seres que me rodean son humanos, y desean encontrar el Dominio para apoderarse de él. Creen que vosotros conocéis las coordenadas de Abgroï, e intentarán hacer que se las proporcionéis. En cuanto a mí mismo, procedo de Abgroï, pero tampoco conozco su situación en el espacio.

Pude oler la estupefacción en mí interlocutor, pero no el míedo.

Quizá también confiaba en la problemática protección de su dios.

-Conocemos ya a los humanos -me dijo-. Una de sus naves nos visitó hace poco tiempo. Pero no nos parecieron agresivos.

-Éstos de ahora son diferentes -aseguré-. Se llaman a sí mismos Compañías Francas, y creen que todas las restantes razas del universo deben estar bajo su dominio.

Para mí sorpresa, el Cuidador sonrió al modo de nuestra raza.

-Una curiosa creencia -y su olor irradiaba diversión, al mismo tiempo que una total confianza.

No perdí más tiempo, y le presenté a los humanos, antes de que ellos desconfiaran de nuestra conversación.

-Bien, amigos -el Cuidador me invitó a que tradujera sus palabras-. Sois bienvenidos al mundo Gherrod. ¿Queréis compartir mí mesa?

Así pues nos sentamos todos ante la mesa. Pude advertir que ahora eran los humanos quienes no se sentían demasiado cómodos en los muebles chirg, como antes me había sucedido a mí con los suyos.

Pero se adaptaron a ellos sin protesta.

-¿Nos va a invitar a comer? -preguntó el capitán-. ¿Seguro que su comida será apropiada para nosotros?

-Así lo supongo -repliqué-. Los metabolismos de nuestras razas son muy parecidos.

-¿Y qué te han estado contando?

Le relaté la información que había recopilado. Cuando me referí al dios del mundo Gherrod, vi que el rostro del capitán se contraía, y sorprendí una mirada de inteligencia dirigida a Heimdell. El olor de ambos humanos me indicó desconfianza.

-Entérate de algo más acerca de ese dios -me ordenó Sigmund. Pero ya iba a empezar el refrigerio. El Cuidador, según nuestra costumbre, ya casi olvidada por mí, nos presentó por sus nombres a todos los chirgui sentados en tomo a la mesa. Cinco en total, entre los que tan sólo se encontraba, del grupo que nos trajo allí, el Zakteh que hablara conmigo. Repliqué presentando a los humanos y a mí mismo, como si antes no lo hubiera ya hecho. Todo aquello me devolvía al seno de mí raza, de la que por tanto tiempo me había sentido apartado.

Y después fue la comida en sí. ¡Por la Esencia que casi había llegado a olvidar las comidas civilizadas! Nos fueron servidos bizcochos vegetales, unos pescados de sabor exótico y rollos de carne frita. Paladeé los bocados, probé un licor semejante a los del Dominio y aspiré las fragancias de los pomos perfumados. Sentí que el optimísmo crecía en mí mente, aunque no había demasiado motivo para sentido.

Los humanos comieron frugalmente, probando cada plato con algo de desconfianza, aunque la descortesía podía perdonárseles dadas las circunstancias.

-Pregúntales acerca del dios -insistió Sigmund.

Lo hice así, y el Cuidador nos favoreció de nuevo con una sonrisa.

-El dios habita en este mundo en particular, que por ello es bendito -aquellos términos sonaban extraños en boca de un chirg, pero más o menos fui capaz de comprenderlos-. Nos protege, y nosotros le adoramos.

-¿De qué manera le adoráis? -pregunté, a instancias de Sigmund.

-Obedecemos a los Sacerdotes y, llegado el caso, nos entregamos con confianza a los Intercesores -fue la respuesta-. Escuchad: Zharkhatt puede recitaros las Instrucciones, como acólito que es.

Uno de los comensales, un ceniciento Nimmress que me pareció bastante joven, se puso en pie en el otro extremo de la mesa. Observé a los demás chirgui, pero como no hicieron ademán de imitarle, me mantuve yo mismo sentado.

-Primera Instrucción: Adorarás de corazón al dios con todo tu entendimíento y todas tus fuerzas -comenzó a recitar el joven-. Segunda Instrucción: Obedecerás en todo a los Sacerdotes que representan al dios. Tercera instrucción: Te entregarás, cuando seas solicitado, a los Intercesores que son los primigenios del dios. Cuarta Instrucción: Respetarás en todo a tus compatriotas y no les causarás daño, que tal es la voluntad del dios.

Se detuvo y, sin una palabra más, volvió a sentarse. Aproveché para traducir lo dicho a los humanos.

-Nada nuevo -Heimdell se permitió una leve sonrisa al estilo de su raza-. Se parece mucho a los mandamientos de los cristianos.

-Te entregarás a los Intercesores... -dijo el capitán, y olí en él una cierta alarma.

De nuevo Heimdell y él cambiaron miradas de inteligencia.

Y en aquel mismo instante el comunicador del capitán dejó oír un zumbido. El Cuidador dirigió su atención al aparato.

-Dile que nos llaman desde nuestra nave -se apresuró a decir Sigmund-. Que no se preocupe ni tema nada.

Mientras traducía sus palabras al chirg, Sigmund habló rápidamente, al tiempo que se introducía en el oído un pequeño auricular.

-Bien, que nadie salga de la nave hasta que yo regrese -dijo luego, tras una pausa. Y luego a Heimdell:

-La Azagaya ha aterrizado.

-¿Regresamos? -quiso saber el oficial, que parecía intranquilo.

Pero antes de que Sigmund respondiera, de pronto todos los chirgui se pusieron en pie.

-Imitadles -dije a los humanos, antes siquiera de saber la causa de la actitud. Me levanté yo mismo y fue entonces cuando la vi.

Creo que di una boqueada, y en el acto pugné por dominar mis emociones. Puesto que quién acaba de entrar era una hembra Zakteh, gloriosamente dorada, y que me pareció la más hermosa de cuantas jamás hubiera conocido.

Apenas si había atisbado algunos rostros femeninos en las ventanas de la población, y ciertamente había pasado mucho tiempo sin ver hembras de mi raza, pero puedo asegurar que aquella Zakteh era hermosa, muy hermosa.

Tanto, que incluso los humanos lo notaron, bien que reaccionaran de forma un tanto desagradable. Uno de los guerreros emitió un silbido, aunque su olor fuera un tanto burlón.

-¿Una hembra de tu raza, eh? -me preguntó Heimdell-. ¡Vaya, como gata no está mal!

Apreté los dientes, disculpando sus palabras debido a la extranjería. Recordé entonces las peladas y desagradable hembras de Irosén, y pensé que quizá la Zakteh les pareciera a los humanos tan extraña como aquellas para mí. Pero no podía imaginar que la belleza de aquella criatura magnífica no impactara en cualquier ser pensante, humano o de otra raza.

-Iriath -presentó respetuosamente el Cuidador-. Sacerdotisa Primera del dios.

Y a continuación nos presentó a todos. Los chirgui hacían una ligera reverencia al ser nombrados, de modo que al sonar mi nombre les imité, y luego vi que los humanos hacían lo mismo.

Terminadas las presentaciones, el Cuidador cedió su sillón a la recién llegada. Tomó ella asiento, y todos hicimos otro tanto.

Los ojos de la Sacerdotisa se fijaron en los míos. habló, Y su voz era tan melodiosa como cabía esperar.

-Eres de mi propia estirpe, Alipherath Katrame -dijo-. ¿Perteneces a una casa noble de Naolán?

Erguí la cabeza.

-Pertenezco a la noble casa de Katrame, de pura Raza Dorada -me presenté. Y luego, rápidamente, puse en antecedentes a Iriath de la situación.

Sus ojos me parecían inmensos. Sentí su aroma perfumado, aún a la distancia a que se hallaba.

-Soy Sacerdotisa -replicó, como en respuesta a mi declaración de nobleza-. Estoy en contacto con el dios, y nada puedo temer. Alipherath Katrame, eres de raza chirg y noble cuna. Te pido que te unas a nosotros, que te ofrezcas al dios. Tragué saliva. Aquella hembra me había literalmente deslumbrado, y si hubiera caído en celo estoy seguro de que no hubiera podido resistirla. Pero sus palabras me parecían extrañas.

-No conozco a tu dios -dije con firmeza- No conozco sino la Esencia.

-El dios es la Esencia -replicó ella-. El dios gobierna la Esencia, Y es regidor del Universo. Tú no lo conoces, pero él te conoce a ti.

Hizo una pausa, que Sigmund aprovechó para dirigirse a mí.

-¿Qué haces? -sonrió-. ¿Estás ligando con ella? Vamos, traduce.

-Quiere que me una a su religión -le confié.

Pensé que quizá se reiría, pero no lo hizo. Al contrario, emitió preocupación.

-Dile que nuestros sentimientos son amistosos hacia ellos -ordenó-. Dile que... bueno, que nos interesamos por su dios, pero que ahora debemos retiramos, que nuestra nave nos reclama. Dile que volveremos a encontramos.

-No es muy cortés -advertí-. Ella acaba de llegar.

-¡Bueno, pues arréglalo a tu modo! -Sigmund comenzaba a enfurecerse-. Tú eres el diplomático. Dile que nos han llamado de nuestra nave y que debemos regresar a ella, aunque sintamos dejarles.

Me volví hacia la Sacerdotisa.

-El capitán de los humanos se excusa, pero dice que debemos regresar a la nave que nos trajo aquí. Yo soy prisionero suyo y estoy ligado a él por mi palabra. Debo acompañarle. El capitán dice que volveremos a vemos.

-Así lo espero yo también, Alipherath Katrame -repuso ella-. Deseo que te unas a nosotros en la adoración al dios.

Se puso en pie, y todos la imitamos.

-Cuidador, proporciona un guía a nuestros visitantes -ordenó Iriath.

Y de tal forma terminó nuestra visita al poblado. El Cuidador designó a uno de los chirgui presentes, un Zakteh que no había venido con nosotros en el viaje de ida, y momentos más tarde dejábamos atrás las casas, regresando al camino que ya conocíamos. Caía la tarde, y el sol de Gherrod estaba bastante bajo.

Heimdell me golpeó con su codo, mientras reía.

-Amigo Alipherath -dijo-. Te has quedado embobado. ¿Te gusta esa sacerdotisa o lo que sea, eh?

Asentí con el movimiento humano de cabeza, sin pensar en ninguna razón para mentir. El oficial rió de nuevo.

-¿La quieres para ti?

-¿Cómo?

Heimdell se dirigió al capitán.

-Alipherath se ha portado bien como intérprete -dijo-. ¿Que tal si le diéramos un premio?

Sigmund se volvió hacia mí.

-Si quieres esa hembra, la tendrás.

Y hablaba completamente en serio.

Apreté los dientes y pugné por disimular la aversión que la idea despertaba en mí.

-No deseo forzar la voluntad de ninguna hembra -repliqué.

-De acuerdo -asintió el capitán-. Pero recuerda que la tienes a tu disposición, si cambias de idea. Este planeta y cuantos lo pueblan están ahora bajo el dominio de las Compañías Francas.

Heimdell rió de nuevo, pero su risa me sonó de pronto a falsa. El olor del capitán y el suyo seguía denotando una preocupación de la que parecían carentes los restantes guerreros humanos del grupo.

Continuamos caminando algún rato en silencio y de pronto, al volver el recodo de la última granja, la gran nave Azagaya quedó a nuestra vista. Había aterrizado, en efecto, más allá de la lanzadera que nos llevara al planeta, Y que ahora junto a ella no parecía sino un simple juguete.

-Alipherath -se dirigió a mí el capitán-. Dile al guía que puede regresar ya.

Obedecí, y el Zakteh emprendió el camino de vuelta a su ciudad después de despedirse educadamente. Los dos humanos le siguieron con la vista hasta que desapareció.

-¿Crees que ese alienígena entendía nuestro idioma? -preguntó luego Sigmund-. Los de tu raza son muy hábiles para aprender lenguas nuevas.

-Creo que no, ya te lo dije -respondí, no sin cierta extrañeza-. Los comerciantes estuvieron aquí muy poco tiempo.

El capitán suspiró levemente.

-Bien, de todas formas prefiero tenerle lejos antes de arriesgarme a hablar con libertad -hizo un gesto a Heimdell- ¿Te diste cuenta tú también, no?

-Desde luego -replicó el oficial.

No me atreví a hacer ninguna pregunta, pero de todas formas el capitán pasó acto seguido a explicarme lo que le preocupaba.

-Alipherath, en este planeta hay algo extraño -dijo-. No sé como será el índice de crecimiento de vuestra especie, pero creo que la población debía ser muy superior, dados los siglos que han transcurrido desde que llegó la nave. Y todas esas referencias al dios...

Le dirigí una mirada interrogativa, invitándole a seguir hablando. Los guerreros humanos se agruparon en tomo a nosotros, exhalando el olor de la curiosidad.

-Recuerda esos extraños mandamientos -continuó el capitán-. Entregarse a los Intercesores, que son primigenios del dios. Eso puede significar...

Hizo una pausa, y Heimdell terminó por él.

-Sacrificios humanos.

Sentí como un trozo de hielo recorriendo mi espina dorsal, desde la nuca al nacimiento de la cola. ¿Sería posible que unos seres de mi raza hubiesen caído en tales aberraciones?

-Hubo en nuestra Tierra un pueblo llamado los aztecas -siguió el capitán-. Sacrificaban seres humanos a sus dioses, y las exigencias de los sacerdotes fueron creciendo y creciendo hasta el punto de que ese pueblo y los que le rodeaban estuvieron a punto de extinguirse. Creo, Alipherath, que una situación parecida se está dando aquí, entre esas gentes de tu propia raza.

-¿Entonces? -no pude menos que preguntar. El capitán se encogió de hombros.

-Entonces nada. En principio nada. Ese asunto no nos concierne, al menos de momento. Tan sólo nos acercamos a ellos en busca de información sobre tu Dominio. Puesto que no la tienen, les dejaremos tranquilos con sus sacerdotes y con su dios. Esperaremos simplemente a la flota y zarparemos junto con ella para cribar esta parte de la galaxia en busca de Abgroï y de tu Dominio.

Pero de nuevo creí percibir en él una brizna de inquietud, como si no me hubiera dicho todo lo que sabía, como si aquella información hubiera sido tan sólo una cortina de humo para explicar su actitud, ante mí y quizá también ante los mismos guerreros humanos. Cómo si hubiera algo que no deseara o no se atreviera a poner en nuestro conocimiento.

-Bien, vamos a la nave -terminó-. Mañana será otro día. Marchamos en dirección al Azagaya, mientras el sol caía lentamente hacia el horizonte.

El campo parecía desierto de toda vida indígena.

No podía imaginar lo que la noche que se aproximaba me había de traer.

Capítulo XI - De una noche de terror y sangre

De acuerdo con las órdenes del capitán, nadie había abandonado la nave, pero Alaric nos aguardaba al pie de la compuerta principal.

-En tierra sin novedad -dijo.

Sigmund hizo un gesto de aquiescencia.

-No nos hemos movido de la nave -continuó el oficial-. Pero hemos podido ver hacia el sur una especie de rebaños. Animales parecidos a vacas. Sería conveniente que requisáramos uno o dos de ellos...

-¿Para...? -inició la pregunta el capitán, pero luego pareció recordar algo-. Ah, sí. Comprendo.

-¿Envío una patrulla?

-Sí, y Alipherath irá con ella. No sé que moneda de cambio hay aquí, pero preferiría pagar de alguna forma la res. De momento no quiero atraerme la enemistad de los nativos.

Noté al momento la aversión de Alaric hacia la idea. Él hubiera sin duda preferido el robo puro y simple de los ganados. Pero no dijo una sola palabra.

-Puedo ir yo, con un par de muchachos -se ofreció Heimdell. Así pues, instantes después estábamos en marcha. Los rebaños no se hallaban muy lejanos, y no pude evitar una sensación de desagrado al pensar en lo que habría de decir a sus dueños. Mucho temía que el negocio desembocara, pese a la moderación del capitán, en una prueba de fuerza.

Pero me equivoqué en ello. Llegamos junto al primer grupo de reses cuando éstas estaban entrando en el patio de una granja. Un Damuz de media edad, quizá el dueño de la granja, salió a nuestro encuentro.

-Os saludo -dijo-. Vosotros debéis ser los llegados de las estrellas. Correspondí a la salutación.

-Nuestro capitán necesita uno de tus animales -dije luego-. Desea compensarte de la forma que desees y que esté al alcance de sus posibilidades.

Por un instante temí que se produjera el estallido de cólera que podría esperarse de un chirg de pelaje claro en tales circunstancias. Pero nada de ello ocurrió.

-Sois los huéspedes de nuestro mundo -dijo simplemente el ganadero-. Elige el animal que desees, y que no se hable de pago ni de compensación. Sirvo la voluntad del dios.

Así pues aquella desconocida deidad nos tenía por invitados. Agradecí al Damuz el favor, e indiqué a los humanos el éxito de mi gestión. Los guerreros se apoderaron en el acto de una de las reses, que resultó ser mansa y, tras despedirnos, emprendimos el regreso a la nave.

-Eres el diplomático perfecto, Alipherath -Heimdell me palmeó la espalda, de buen humor-. Si sigues así, te haremos miembro honorario de nuestra Compañía -luego su mirada se posó en el animal que marchaba junto a nosotros, llevado del ronzal por uno de los guerreros-. ¡Pobre bicho!

-¿Servirá para nuestra cena? -pregunté.

Heimdell me dirigió una curiosa mirada, y noté en su olor una cierta inquietud, como una aversión que no iba dirigida a mí.

-No exactamente -dijo, y se abstuvo de dar más explicaciones.

La res fue introducida sin dificultad por la compuerta y desapareció de mi vista, camino sin duda de las bodegas. No pude ver a ningún oficial en las cercanías de la entrada, pero Alboino salió a mi encuentro.

-¡Bienvenido, Alipherath! -me saludó de buen talante-. ¿Has encontrado algún pariente en la ciudad?

Olía claramente a alcohol, pero me alegré de su presencia, pues de entre todos lo humanos era el que más podía considerar como amigo. De modo que le puse en antecedentes de todo cuanto nos había ocurrido.

-¡Bueno! -rió él-. Entonces tu Dominio sigue sin haber sido descubierto. Nos esperan unos meses de vagabundeo -y calificó la situación general con una serie de adjetivos bien precisos, tales como siempre solía emplear cuando se encontraba de un ánimo parecido.

En torno nuestro iban y venían numerosos guerreros, y el olor del alcohol estaba más o menos presente en la mayoría de ellos.

-Vamos a celebrar el aterrizaje -indicó Alboino-. Tendremos una cena especial, pero ya antes han repartido raciones extra de pinard. Los novatos recibirán hoy oficialmente sus nombres de guerra, y todo el mundo estará contento.

Me consideró de arriba abajo, como si fuese la primera vez que me viera.

-Amigo Alipherath, me temo que tu presencia no sea bien acogida en la sala común. Pero espérame en tu alojamiento, y me comprometo a traerte una botella de algo fino para que lo celebres conmigo. Y me ocuparé de que tu cena sea también especial.

Se lo agradecí, y él tuvo la cortesía de acompañarme hasta mi camarote, dejándome allí con la promesa de volver pronto.

Si hubiera entonces permanecido quieto y tranquilo, me hubiera ahorrado una de mis peores experiencias. Pero estaba excitado con los últimos acontecimientos y me asomé a la puerta para intentar oír como se desarrollaba la fiesta.

Efectivamente pude percibir las voces de los guerreros, veteranos y novatos, y el comienzo de algunos cánticos, bien que no pude descifrar las palabras. Pero al cabo de poco tiempo empecé a oír algo más.

Cuando nos acercábamos al rebaño había tenido ocasión de percibir el mugido de aquellos animales, y ahora oí algo parecido, una voz que debía corresponder al que habíamos traído a bordo. Pero en aquel mugido había algo que llamó mi atención.

Sonaba al principio con un raro tono que atribuí al terror. Luego, cuando afiné el oído en su dirección, pude percibir claramente el grito de un animal martirizado, un trémolo agudo que me hizo estremecer.

He confesado ya repetidas veces que no soy excesivamente temerario, pero en aquella ocasión, sólo la Esencia sabe por qué, me sentí arrastrado al pasillo. Quería saber lo que estaba sucediendo, qué cruel rito estaba llevándose a cabo con aquel infortunado animal

dentro de la fiesta de las Compañías Francas. Avancé unos pasos por el pasillo desierto y procuré orientarme.

Lo primero que me extrañó fue que el grito irracional procediera de dirección opuesta a la de la algarabía de los guerreros. Parecía venir de un ramal del pasillo que Alboino me dijo un día que conducía a una bodega de carga, y que yo nunca había explorado.

Pero entonces lo hice. No sé por qué, pero lo hice.

El pasillo estaba desierto y los puntos de luz aparecían cada vez más espaciados en sus paredes. Me sentí inquieto y noté que el pelo empezaba a erizárseme. Pero la curiosidad11 me empujaba de forma invencible.

El corredor doblaba en ángulo recto, y el nuevo ramal carecía de luz. Pero al leve fulgor procedente de la esquina pude advertir una sombría puerta de metal al fondo. Y en aquel mismo momento el mugido de dolor llegó de nuevo hasta mí, terrible y desesperado, brotando precisamente de aquella puerta.

Llegué ante ella y tanteé unos momentos hasta encontrar una especie de picaporte. ¿Por qué no retrocedí entonces? Nada bueno podía haber al otro lado, y los clamores festivos de los guerreros hacía tiempo que se habían apagado en la distancia, justamente en dirección opuesta. Allí dentro no había fiesta ni jolgorio. Tan sólo un animal que gemía, sin duda sometido a algún tipo de tortura. ¿Pero por quién?

Y fue entonces cuando sentí la fascinación. El picaporte, apenas entrevisto en la oscuridad, me seducía de una forma que no pude definir. Tenía que abrir la puerta. Necesitaba penetrar en el ignorado espacio que había tras ella.

Y eso fue lo que hice.

El portón era ciertamente pesado, y debí emplear toda mi fuerza en tirar de él. Resoplé y gruñí, pero finalmente logré abrirlo, y al instante di un par de pasos en el interior.

La estancia estaba totalmente a oscuras. No podía ver nada, y tan sólo oír un fuerte resollar que debía proceder del animal herido. El resollar, la oscuridad... Y también el olor.

Quedé de pronto paralizado por el más terrible de los espantos. La seducción extraña se había convertido en pánico. Aquel olor que ahora me golpeaba no se parecía a nada que antes yo hubiera percibido. Era un olor de maldad pura, de horror absoluto, que no podía proceder de chirg ni humano. Un olor que me hizo pensar en los kangli y en todos los otros monstruos terroríficos de los cuentos infantiles. Un olor que paralizaba, que destruía...

Alcé la vista, y allá en la oscuridad, a desconcertante altura sobre donde debía estar el suelo, dos luminarias gemelas se encendieron. Dos ojos infernales que me contemplaban...

-Bienvenido... -susurró una voz ronca y profunda, en lenguaje humano.

Aquello colmó mi espanto. Quise gritar, correr... quise escapar de allí como fuera, pero me fue imposible. Me hallaba congelado, sujeto por las férreas ataduras del miedo o quizá por algo peor. La cosa me estaba mirando, y yo no podía distinguir sino sus ojos, muy grandes, muy separados, muy altos... luciendo en las tinieblas.

-Bienvenido... bienvenido... -repitió el horrible susurro.

Y las luminarias gemelas comenzaron a moverse, avanzando y descendiendo a la vez... hacia mí.

Fue entonces cuando percibí, a mis espaldas, el golpeteo de unos pasos apresurados y el olor de un humano. Un humano asustado, pero que podía dominar su miedo.

-¡No! -gritó una voz, y reconocí la de Alboino-. ¡No! ¡No es para ti! ¡Déjale!

-No es humano -oí de nuevo el ronco susurro-. No es uno de los vuestros. Ha venido a mí. Me pertenece.

---

[11] Alipherath Katrame emplea un término chirg intraducible, que aquí se transcribe como "curiosidad". Se trata de un sentimiento propio de su raza, que en determinadas ocasiones impredecibles se apodera, sin niguna causa ni explicación lógica, de sus miembros, impulsándoles a realizar acciones que podrían calificarse de temerarias sólo por adquirir determinado conocimiento o solucionar un enigma (P.G.)

-¡Es un aliado! -gritó Alboino tras de mí-. ¡No es tuyo!

Noté su mano engarfiarse en mi brazo, y el olor de su miedo se mezcló con el mío.

-¡Alipherathl -aulló-. ¡Vamos! ¡Aprisa!

Aquel contacto logró galvanizarme. Mis músculos se tensaron en una sacudida. Retrocedí, y aquel primer movimiento consiguió romper el encanto. Corrí hacia atrás, casi tropezando con mi propia cola, pero sin arriesgarme a perder de vista las dos órbitas luminosas. Crucé el umbral, y entonces vi cómo Alboino cerraba la puerta con un súbito esfuerzo. Entonces sí que volví la espalda Y corrí junto con el humano, no osando tomar aliento hasta doblar la esquina del corredor.

Alboino se detuvo allí y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

-¡Alipherath, maldita sea tu estampa! -estalló, y prodigó algunas de las palabras y expresiones más escogidas de su particular glosario-. ¿Cómo... cómo se te ha ocurrido? ¿Por qué... -y más vocabulario del mismo tipo-...has tenido que dejar el camarote y venir aquí?

-Eso... eso... -apenas si podía yo encontrar voz para responderle-. Lo oí desde mi camarote... lo oí... ¿Pero qué hay ahí dentro! ¿Que clase de... ser es ese?

Alboino me empujó pasillo adelante, como queriendo alejarse conmigo de los horribles sonidos que llegaban del recodo.

-Es Khardurán -dijo mientras caminábamos-. Un alieno, y de los peores. O quizá el diablo en persona. El capitán le ha embarcado porque es sensible a los pensamientos de todas las razas.

-¿Lee la mente? -pregunté con súbito asco.

-No exactamente. Puede captar sentimientos, emociones... detectar presencias, traducir en cierto modo un idioma desconocido...y también es capaz de influir en las mentes ajenas.

-Influir en las mentes -repetí-. Acaso... fue eso...

-Puede que eso te llevara hacia él -admitió Alboino-. Es un reptil, algo parecido a un dinosaurio antiguo, pero tiene inteligencia, y eso es lo más asqueroso. Le encanta devorar presas vivas... devorarlas lentamente...

De nuevo el terror me atenazó, y debí detenerme y apoyarme en la metálica pared del pasillo.

Alboino palpó la pared opuesta. Un panel de acero brotó del suelo y ascendió hasta cerrar por completo el corredor. El humano lo aseguró por medio de una palanca.

-Ya está -y ahora parecía más tranquilo-. Esta puerta estanca debía estar cerrada, pero alguien la dejó así tras llevar la res... ¡Ah, esa raza maldita debería ser destruida! ¡Tendríamos que machacarlos hasta el último!

Como para darle respuesta, oyóse de nuevo el atroz gemido de la res.

-¿Pero cómo habéis podido embarcar... eso... con vosotros? Alboino gruñó.

-Yo no lo hubiera hecho -manifestó-. ¡Yo no lo hubiera hecho, maldita sea! Pero el capitán quería tener un medio para interrogar a los de tu raza... ni siquiera sabíamos que te atraparíamos antes de llegar al planeta. Khardurán hizo juramento de no atacar a ningún ser humano mientras durara la misión. Nosotros le pagamos bien y nos comprometimos a darle, cuando nos fuera posible... en fin, la golosina que le gusta, seres vivos que devorar.

Habíamos llegado junto a nuestros camarotes. Alboino, con una risita sin alegría, abrió el mío e indicó una botella y una bandeja que había sobre la mesa, y que él debía haber traído de la fiesta.

-Pensaba obsequiarte con ésto -dijo-. Ahora...

Negué con la cabeza, en gesto humano. No me veía capaz de tomar ni un bocado ni un sorbo de licor.

-Bien, mételo en el refrigerador -y lo hizo el mismo-. No es decente dejar que una buena comida se estropee. Quizá mañana tengas ganas de desayunar. ¡Bien! Si quieres y puedes dormir, hazIo. Yo me voy con los míos. Daré la novedad al capitán, y quizá la fiesta consiga animarme. Se volvió para marcharse, pero yo le llamé.

-¿Qué ocurre?

-Alboino -afirmé la voz-. Me has salvado la vida, Y créeme que lo recordaré. Soy Alipherath Katrame, de Raza Dorada, y juro que nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Pareció por un momento sorprendido y confuso. Luego rió y me palmeó la espalda.

-Eres una buena persona, Alipherath, aunque seas alienígena -dijo de buen talante-. Beberemos mucho juntos en los días que vendrán, y ojalá que tu raza se alíe con los humanos del mismo modo que tú y yo somos ya amigos.

Y me dejó solo, mientras yo meditaba en sus palabras.

Quizá fueron ellas las que lograron tranquilizarme, quizás el recuerdo del impenetrable mamparo de acero que separaba mi camarote del cubil de la bestia. El caso es que me tendí en el lecho, sin despojarme de la ropa, y cerré los ojos, intentando huir de la pesadilla. Debí quedar dormido con la luz encendida, y no recuerdo si el sopor trajo consigo visión alguna, puesto que los sucesos de la noche no habían, ni con mucho, terminado para mí.

Debía estar profundamente sumido en el sueño cuando el grupo de humanos se acercó por el pasillo, puesto que al principio no les oí, a pesar de que su avance no tenía nada de silencioso. Cuando me alcé en la cama ya el primero de ellos se asomaba a la puerta del camarote.

Era un individuo a quién no conocía, uno de los reclutados en Thalestris. Su envergadura era amplia y su rostro brutal, dentro de lo que podía yo discernir de las facciones humanas. El multitudinario olor de burla y odio procedente del recién llegado y de sus compañeros me llegó casi ahogado en una insufrible tufarada de alcohol. Aquellos humanos estaban embriagados.

-¡Ah, de modo que estás aquí! -rió el humano, y se apartó para dejara entrar a media docena de congéneres. Más de ellos quedaban en el pasillo, riendo y alborotando.

Me levanté sin decir palabra. De nuevo el miedo se apoderó de mí. Los humanos atestaban la estrecha cabina. Codo con codo avanzaban hacia mí, con amplias sonrisas y ojos brillantes. Varios de ellos imitaban estúpidamente la voz del pequeño mamífero terrestre con el que me identificaban.

-Gatito malo -se me dirigió el cabecilla, con voz artificialmente atiplada-. Te escapaste en Thalestris para correr por los tejados ¿eh? Te escapaste para maullarle a la luna ¿eh?

Sus compañeros celebraron sus palabras con fuertes risotadas, mientras más y más caras se asomaban a la puerta...

-No tengas miedo, gatito -tranquilizó falsamente el humano-. No te vamos a matar, nada de eso. El capitán ha prohibido que te matemos, y además no tenemos intención de hacerlo ¿eh, muchachos?

-¿Quién nos cazaría los ratones? -rió otro, y de nuevo todos imitaron la voz del gato terrícola.

El miedo me atenazaba. Busqué desesperadamente una vía de escape, pero el grupo humano obstruía la puerta, y no había otra salida. El hedor del vino me mareaba.

-¿No sabes lo que se les hace a los gatitos que se escapan de sus casas? -preguntó el corpulento cabecilla-. Pues se les hace una cosa que les deja tranquilos, amables, afectuosos... Algo que les quita las ganas de irse a maullar por los tejados.

Les miré, sin comprender. Y de pronto el jefe y otro de la banda se abalanzaron sobre mí, sujetándome los brazos a la espalda.

-¡Cuidado con las uñas! -advirtió uno de los que quedaban enfrente mío.

Intenté debatirme, sin conseguir nada. Cada uno de aquellos dos humanos que me sujetaban era mucho más fuerte que yo, y además el miedo me había quitado toda energía.

-Vamos, preparadlo -ordenó el jefe.

Manos fuertes y rápidas me despojaron del pantalón. Dos hombres me agarraron cada cual por una pierna, separándolas.

-¡Gorhum. Gorhum. Gorhum...! -corearon los humanos.

El así llamado hizo su aparición, ufano y contento de sí mismo. Era era uno de los veteranos, de elevada estatura y cráneo completamente pelado. Avanzó hacia mí, y fue

entonces cuando vi, asomada a la puerta tras él, la cara de Alaric y percibí el olor de su triunfo.

Mas todo pensamiento al respecto fue fugaz, pues en el instante siguiente me fijé en el instrumento que Gorhum tenía en las manos, y la devastadora comprensión se hizo en mí.

¡Aquellos seres querían seccionarme los órganos sagrados!

La idea inconcebíble me golpeó de tal forma que mi mente quedó vacía por un segundo, blanca como una hoja de papel. Luego...

Percibí un sonido estridente, cada vez más y más alto, hasta ensordecerme. Y supe nebulosamente que aquel alarido terrorífico procedía de mi propia garganta.

En el instante siguiente entré en ky'rial.

Mucho se ha dicho y escrito acerca de tal estado, pero es imposible darse cuenta de lo que en realidad significa si no se ha experimentado personalmente, y de los que lo hacen, muchos son los que acaban en la muerte o en la locura. Puedo decir que sentí la formidable descarga glandular Y en el acto, sin que tuviera conocimiento consciente de movimiento alguno, los cuatro humanos que me sujetaban salieron despedidos contra las paredes. Uno de ellos se reventó el cráneo con el choque.

Debí notar como mis garras brotaban de sus alvéolos en toda su longitud, y también la famosa distorsión del tiempo combinada con la aceleración de reflejos y la tremenda fuerza de los músculos que me convertía en una máquina destructiva de inigualable eficacia. Pero en realidad no me di cuenta de nada de ello. Tan sólo de la rabia infinita que me dominaba, del invencible deseo de aniquilar a todos los que me rodeaban, a aquellos humanos a quienes veía inmóviles, paralizados en un ritmo de movimiento cien veces más lento que el mío. ¡Necesidad absoluta de destrozarlos, reducidos a pedazos, aniquilarlos...!

Aullé y caí sobre ellos. El primer zarpazo, de abajo arriba, alcanzó de lleno a Gorhum, el veterano. Vi sus entrañas saltar fuera del cuerpo abierto en canal y retorcerse lentamente en el aire como rojas serpientes. Pero yo estaba ya entre ellas mismas, antes siquiera de que cayeran al suelo en mitad de un chubasco de sangre que me empapó. Y golpeé, desgarré, mordí... sintiendo un placer infinito en destruir, en destrozar cuerpos, en hacer volar en todas direcciones fragmentos de ser humano.

Debieron gritar e intentar escapar, pero yo era un torbellino de muerte entre ellos, en el angosto camarote. Murieron todos los que estaban allí, y en el segundo siguiente me encontré en el pasillo, golpeando y desgarrando igualmente, sin interrumpir el grito espantable que debía escucharse en todo aquel sector de la nave.

Unos corrieron, otros intentaron esquivarme. Pero yo era para ellos una centella asesina, un diablo de movimientos tan rápidos que les debía resultar casi invisíble. Alcancé a los fugitivos, y la muerte les alcanzó igualmente. Alguien empuñó un arma, una pistola desintegradora, en un movimiento que a mí me pareció de desesperante lentitud. Lancé un zarpazo, con lo que arma y mano amputada surcaron el aire como un ave roja y goteante, yendo a tocar el suelo a gran distancia.

Vi entonces a Alaric, y el hedor de su abyecto miedo me insufló una brizna de conocimiento. El odio que me dominaba se concentró en el oficial de pelo amarillo, y salté hacia él. Pero en mitad de la embestida tropecé con los cuerpos de dos humanos enloquecidos, y mientras los deshacía, el oficial alcanzó el extremo del pasillo en su loca carrera. Cerró la puerta estanca justamente cuando yo llegaba, escapando a su destino por una décima de segundo. Me estrellé contra el sólido acero, y golpeé y arañé, torturado por la cólera impotente. Pero luego regresé hacia el camarote, atraído por el movimiento que había en el pasillo ante él. Tardé muy poco en poner definitivo fin a dicho movimiento.

Y luego... luego sacié mi hambre. Y ahora me horrorizo al recordar el sabor maravilloso que encontré en aquello que comía, en el placer indescriptible de la ingestión.

Timbres de alarma sonaron en todo el navío, campanas y sirenas que llegaban a mis oídos como un desafío. Grité y aullé en respuesta, deseando que mis enemigos llegaran de

nuevo a mí. Corrí de un lado a otro entre los restos de mis víctimas, furioso y demente como un genio en cólera.

Y luego llegó el efecto final, Y las fuerzas me abandonaron casi de golpe. La oscuridad cubrió mis ojos, y caí a plomo en mitad del arroyuelo escarlata que corría por el pasillo metálico.

Perdí el conocimiento.

Capítulo XII - Del juicio y de la fuga

Desperté lentamente, y tardé en darme cuenta de lo que había sucedido. El espanto y la incredulidad me asaltaron después. ¡Había pasado el ky'rial, y estaba vivo y en posesión de mi mente!

Vivo y cuerdo, pero no libre. Me habían atado estrechamente a la litera sobre la que me encontraba acostado, de forma que no pudiera prácticamente mover ni un músculo, tal era el miedo que debían tenerme. Ignoraban, desde luego, que el estallido del ky'rial me había dejado sin fuerzas, indefenso como una criatura hasta que mi metabolismo lograra recuperar la energía disipada. Claro, ellos no podían saberlo.

Alguien comenzó a hablarme, y a duras penas logré volver la cabeza para fijar la mirada en Alboino.

-¿Ya despierto? -preguntó, y en su olor no había aversión-. ¡Buena la has armado! Créeme que nunca nos habíamos topado con nada semejante.

-¿Qué van a hacerme? -tartajeé, mientras la inquietud se apoderaba de mí.

El humano se encogió de hombros.

-¡Yo que sé! Se te someterá a juicio, supongo. Estoy aquí simplemente para vigilarte -paseó la mirada de un lado a otro, y sus emociones se hicieron más amistosas-. ¡Ha sido una buena lucha, te lo digo yo! Y creo que has hecho bien... yo hubiera actuado igual si me hubieran querido cortar los... -y empleó un símil de forma-. ¡Ah, me hubiera gustado luchar a tu lado contra esos malditos robagallinas!

Me abstuve de decirle que si se hubiera hallado presente, sin duda le hubiera acometido y destruido como a los demás. El ky'rial ignora amistades y compañerismos.

-¿Puedo... puedo comer algo? -le dije en cambio. El hambre propia de la reacción me atormentaba interiormente.

-No me han dicho... -empezó Alboino, pero luego cambió de opinión-. ¡Pues bueno, al demonio! Te traeré algo de comer, te lo has merecido.

Desapareció momentáneamente para regresar con un par de tarteras. Tras alguna vacilación, me desató los brazos para que pudiera comer, tras de lo cual se quedó asombrado por mi apetito.

-Recupera, recupera fuerzas... -dijo, y sentí en él una cierta pena-. Quizá pronto las necesites. O quizás ésta sea la última...

Calló de pronto, pero pude captar que temía por mi vida. Mas, de momento, a mí tan sólo me importaba comer y comer, para satisfacer mi exhausto organismo. Alboino me trajo más comida, y luego más aún. Finalmente protestó.

-Bueno, ya está bien. Me van a llamar la atención como siga esquilmando la cocina, y si se enteran de para que quiero la comida, puede que lo pase mal. Descansa un rato y hablemos. ¿Qué es lo que verdaderamente pasó?

No tenía ningún motivo para callar, de modo que le hice un relato completo, hablándole del ky'rial y de sus efectos. Él asintió gravemente.

-Pues es un método de defensa muy interesante -dijo-. ¿Puedes hacer lo cuando quieras?

Negué, y le expliqué como aquel estado venía a los chirgui de forma completamente involuntaria e inesperada, aunque casi siempre en casos de fuerte excitación, y que era muy raro que uno de nosotros lo experimentara más de una vez en el curso de su vida.

-Lástima -comentó con sinceridad-. De todas formas parece que a ti esta vez te llegó muy oportunamente. ¿De modo que esa... esa locura no te puede volver ahora?

Le aseguré que no.

-Mejor es así. Se me ha ordenado mantenerte atado, pero creo que me fiaré de ti y te quitaré las ataduras para... por ejemplo, ir al baño. No me gustaría hacer de enfermero en ese aspecto, si es que me crees.

Le agradecí la cortesía, y más al pasar el tiempo sin que nadie, al parecer, se ocupara de nosotros. Matamos las horas hablando, y fui así como relaté a Alboino muchas cosas de nuestra vida cotidiana en el Dominio, mientras él me contaba anécdotas acerca de su propia raza y las Compañías Francas.

Finalmente un visor situado sobre una mesa al fondo del camarote que era mi lugar de cautiverio emitió una serie de zumbidos. Alboino accionó los mandos y pude escuchar la voz del capitán Sigmund.

-Puedes traerlo, Alboino -dijo.

-¿Atado?

El capitán pareció vacilar. Luego alzó la voz en mi beneficio. -¡Alipherath! ¿Puedes oírme?

-Te oigo, capitán -repliqué.

-¿Recuerdas tu juramento de no intentar escapar?

-Lo recuerdo.

-Bien. Desátale, Alboino.

Alboino me guiñó un ojo.

-El capitán se fía de ti, tal como yo lo hago -comentó-. Bien, vamos allá.

Una vez más toda la oficiaunad de la Azagaya se hallaba reunida en el puente de mando, y una vez más una general ola de hostilidad ofendió mi olfato al entrar yo. Nada más verme, Alaric lanzó una especie de graznido de alarma y protesta.

-¡Libre! ¡Desatado! ¿Pero es que no sabes de lo que es capaz...?

-No le tengo miedo alguno -cortó secamente Sigmund-. ¡Siéntate, Alipherath!

Obedecí, y muy a gusto, pues me sentía extremadamente débil, y las piernas apenas si me sostenían.

-Sometemos a juicio al alienígena Alipherath Katrame, de raza chirg -dijo con solemnidad el capitán-. ¿Quién le acusa?

-Yo le acuso -saltó en el acto el oficial de pelo amarillo.

-¿Quién le defiende?

Nadie respondió. Todos los oficiales irradiaban aversión.

-Si es necesario, yo hablaré por él -se contestó a sí mismo el capitán, con visible enfado -Alaric...

-¡Bueno! -restalló el nombrado-. Creo que las cosas hablan por sí mismas, y que ni siquiera se debería celebrar este juicio. Dieciocho humanos, miembros de las Compañías Francas, han sido asesinados por esa bestia. La medida se ha colmado -vi sus ojos fulgurar-. -Propongo que se lo entreguemos a Khardurán ahora mismo. Veremos de que le sirve esa inesperada habilidad combativa.

Algo helado recorrió mi espalda, mientras un terrible recuerdo me asaltaba. Pero me guardé bien de abrir la boca.

Pude escuchar vagamente algunos rumores de aprobación entre los oficiales sentados, pero Sigmund los acalló alzando súbitamente una mano.

-¡Alaric! -exclamó-. ¿Quién manda esta nave?

-Tú, desde luego. Pero no...

-¿He ordenado yo que castraran al alienígena?

Hubo un pesado silencio. Olfateé la rabia en el oficial de pelo amarillo.

-¡No hubo ninguna orden! -respondió-. Simplemente los muchachos bebieron un poco y quisieron divertirse. ¡Guerreros humanos... miembros de las Compañías Francas! ¿Es que vas a comparar un alieno con...?

-¿Estabas tú con ellos, Alaric?

El interrogado se mordió los labios. Pero en él la rabia acabó superando al temor.

-¡Sí! -desafió-. ¡Y la idea fue mía! ¿Ocurre algo con eso? Un alieno no tiene ningún derecho...

El capitán le miró con fijeza. El resto de los oficiales parecían hipnotizados por la escena.

-Sabías que yo había dado mi palabra de protegerle -silabeó lentamente el capitán-. ¡Sabías que había empeñado el honor de la nave, además del mío propio!

-De respetar su vida -y Alaric se permitió una risita-. ¡No era la vida lo que le íbamos a quitar! Sí, capitán Sigmund, yo estaba allí. Yo vi al alieno asesinar a nuestros camaradas, hacerles pedazos. ¡Yo reclamo su vida!

-¡Pues tómala! -y el tono del capitán era burlón-. ¡Tómala por ti mismo! Te daremos un cuchillo, y a él otro.

Sentí el súbito pánico en el olor de Alaric, mientras dirigía su mirada hacia mí. Pero por fortuna él no podía captar mi propio olor, del que el miedo tampoco estaba ausente. Y es que hubiera podido aceptar la propuesta, y ganar honra y prestigio entre los suyos matándome en desafío singular. En las condiciones en que me hallaba, con una mano en la espalda podría aniquilarme con toda facilidad.

Pero él era un humano, y no era capaz de captar la situación. En su recuerdo yo seguía siendo la máquina de exterminio capaz de hacer pedazos a una docena de los suyos. Me dirigió una temerosa mirada, y yo se la devolví al tiempo que abría la boca, mostrándole los dientes en una mueva de helada alegría, como si gozase con el pensamiento de poder tenerle entre mis zarpas. En el acto sentí su pánico, como si fuera a echar a correr allí mismo.

Pero los restantes oficiales humanos tampoco podían captar lo que ocurría, y así Alaric logro sobreponerse. Se volvió hacia el capitán, y él también supo aparentar fiereza.

-¡De acuerdo! -rugió materialmente-. Con un cuchillo... lucharé contra el alieno con un cuchillo, sí... ¡después de que tú hayas peleado en las mismas condiciones contra Khardurán!

Noté al instante el efecto sobre la concurrencia; aquel cobarde había conseguido impresionar a los oficiales.

-¿Es que los humanos debemos ser echados a las fieras para tu diversión, capitán Sigmund? -preguntó Alaric-. ¿Es que vamos ahora a luchar a puñetazos contra las arañas de Adivisia, o celebrar un torneo con los vegetales de Dark? ¡No! Peleamos con nuestros cerebros, con la superior civilización y técnica de la Humanidad. Si un alieno se nos opone no nos quitamos la túnica para luchar con él a brazo partido... ¡le liquidamos!

De nuevo hubo rumores de asentimiento.

-En resumen, Sigmund -ahora el oficial del pelo amarillo se sentía seguro y victorioso - he dicho que la medida estaba colmada y lo repito. Desde que ha aparecido este alieno, la Compañía del Jaguar ha ido de mal en peor. La flota bajo sus órdenes casi nos destroza, causando la muerte a cientos de los nuestros. Luego nos roba bonitamente nuestro botín y nos pone en ridículo. Le capturamos, pero tú te niegas a que le demos su merecido. Ahora, no contento con ésto, mata con sus propias zarpas a otros muchos humanos. ¡Y tú parece que le ríes las gracias capitán Sigmund! ¿Por qué? Yo diría, capitán Sigmund... -sonrió torvamente- ...diría que te estás comportando como un xenófilo.

Por la forma en que todos se sobresaltaron, comprendí que el insulto era grave. Sigmund se puso en pie, echando rayos por los ojos.

-¡No te vas a enfrentar en duelo con el alienígena, Alaric! -gritó-. ¡Lo vas a hacer conmigo, aquí y ahora!

Pero Alaric le contempló con una elaborada expresión de desprecio.

-No es tan fácil, Sigmund -dijo-. No te he acusado de forma personal, sino como oficial de la nave y de la Compañía Franca del Jaguar. Pido para ti la mota negra.

De nuevo respingaron los oficiales. Yo seguía sin entender de que se estaba hablando, pero tuve la intuición de que se avecinaban grandes acontecimientos, y no precisamente para mi bien.

El capitán Sigmund se mordió los labios. Sus ojos recorrieron la fila de oficiales sentados tras de su propio sillón. No encontró sino hostilidad.

-¡Está bien! -convino-. Queda suspendido el juicio hasta que quede claro quién tiene el mando de la Compañía y de la nave. Mañana por la mañana serán consultados los guerreros y la tripulación. ¿Alguien se opone a ello?

Recorrió de nuevo con la mirada la línea de oficiales. Algunos de ellos abatieron la cabeza, mientras que otros permanecían inmutables. Pero nadie habló.

-De acuerdo -y la voz del capitán era amarga, y aquella amargura estaba también presente en su olor-. Mañana, entonces; Alboino, llévate al alienígena.

Así pues salimos al pasillo. Alboino resollaba, muy inquieto.

-¿Que es la mota negra? -le pregunté.

-El diablo, eso es lo que es -meneó la cabeza con pesimismo-. Si un capitán de las Compañías Francas se muestra indigno, los oficiales pueden consultar a los guerreros sobre su destitución. ¡Maldita sea mi alma! Y con toda esa multitud de robagallinas, por medio... puede que...

-¿Alaric? -pregunté.

-Es muy posible -respondió en voz baja-. Es muy, pero que muy posible. Y si eso sucede... ¡Ay, Alipherath!

-¡Alipherath! -retumbó una voz, como un eco.

Nos volvimos. El capitán Sigmund avanzaba hacia nosotros.

-¿Qué ocurre, capitán? -preguntó Alboino.

Sigmund se detuvo a nuestro lado. Estábamos momentáneamente solos en el pasillo que conducía a mi antiguo camarote, donde sin duda Alboino había pensado conducirme.

-¡Venid los dos conmigo!

Le seguimos en dirección a la compuerta principal. Dos hombres montaban allí guardia.

-Abrid la compuerta -ordenó el capitán.

Obedecieron. La pasarela estaba tendida, y pude ver, no sin sorpresa, que en el exterior volvía a ser de noche. Los últimos acontecimientos me habían hecho perder la noción del tiempo, y mi desmayo había durado más de lo que suponía.

-¡Lárgate! -dijo entonces Sigmund. La sorpresa me hizo tambalearme.

-¿Cómo?

-¡Que te largues, maldita sea! -repitió el capitán-. Me hiciste juramento personal de no escapar, pero ahora te relevo de él. ¿Es que no lo entiendes? Puede que mañana Alaric sea el capitán de la Compañía, y lo primero que hará será ordenar que te hagan pedazos o que te entreguen a Khardurán. He jurado proteger tu vida, Y eso hago. Escóndete entre los tuyos o escapa a las montañas, pues puedes estar seguro de que él no se va a olvidar de ti.

Todo el pelo de mi cuerpo se erizó. Así pues, aquel humano... sencillamente me salvaba la vida. Mis ojos se posaron en él, y luego en Alboino. Éste último sonrió.

-¡Suerte, Alipherath! -deseó.

-¡Suerte! -repitió el capitán.

-¡Suerte también para vosotros! -repliqué, pues sabía que la iban a necesitar, tanto el uno como el otro.

Y corrí pasarela abajo. Una última mirada me permitió ver las siluetas de los dos humanos, a contraluz de la iluminada compuerta. Luego me sumergí en la oscuridad, corriendo todo lo que mis debilitadas fuerzas me permitían, dejando atrás el inmenso bulto que era la Azagaya... huyendo bajo las estrellas como antes lo hiciera en Thalestris.

Librodot

Corrí, como dije, al principio sin más objetivo que el poner la mayor distancia posible entre mi persona y el vengativo Alaric. Tal era mi único planteamiento, pero de forma instintiva tomé la dirección en que sabía se hallaba la población de los de mi raza. Cuando me detuve para tomar aliento, reconocí el comienzo del camino que discurría entre los campos cultivados, el mismo que habíamos seguido cuando fuimos al pueblo.

No parecía haber signo alguno de persecución. Alcé el rostro para contemplar las estrellas, preguntándome si alguna de ellas sería la que servía de sol a mi planeta natal. Luego, ya sin correr, inicié el camino a luz de los astros.

Tiemblo hoy al considerar lo que pudo haberme pasado, porque ningún aviso audible llegó a mí. Pero sin duda la Esencia no me quería aún en su seno, puesto que justamente, lo recuerdo a la perfección, en el momento en que pasaba a corta distancia de un casa de campo y me extrañaba de no ver en ella luz alguna, el viento se levantó.

Un leve viento que venía de la dirección de la nave humana. Un leve viento que me trajo el olor.

Por un instante mis sentidos se negaron a aceptar el mensaje que les llegaba. Pero luego el olor aumentó, se hizo inconfundible, y supe lo que el rencoroso Alaric había lanzado en mi persecución.

Esta vez no quedé en absoluto paralizado. Muy al contrario, mis piernas parecieron ponerse en movimiento por sí solas, y emprendí la más loca carrera de mi existencia, con todas mis células chillando silenciosamente de espanto. Mi mente giraba y se agitaba sin poder hilvanar pensamiento coherente alguno. Tan sólo me regía el instinto de escapar, pues me resultaba totalmente insoportable la idea de que aquello pudiera alcanzarme.

Debí errar el camino sin darme cuenta, pues de pronto me hallé junto a un bosquecillo cuya existencia no recordaba. Lo bordeé corriendo a todo correr. Y el olor me perseguía, me acosaba sin cesar. Aquello se desplazaba a gran velocidad, quizá superior a la que yo mismo desarrollaba. El olor me azotaba, me hostigaba sin darme respiro ni cuartel. El olor me pisaba los talones.

Jadeaba yo, incapaz de continuar con aquel ritmo de huída, débil como me hallaba todavía por la reacción. Mi garganta me enviaba una sensación de sabor a hierro. Mis músculos, aún galvanizados por el pánico, aún dopados por la adrenalina... mis músculos comenzaban a ceder. Corría, no obstante, corría con todas mis fuerzas, pero esas fuerzas no eran suficientes, y muy pronto debería dejar de correr.

Cesó de pronto el viento, y el olor dejó de llegarme. Pero yo sabía que la cosa que producía el olor no se había detenido y que para sus tentáculos mentales no había oscuridad ni escondrijo. Sabía que llegaba, y yo no podía continuar escapando.

Me detuve, respirando espasmódicamente, junto a un grupo de árboles. Me volví para enfrentarme a lo que me perseguía, aunque no podía ni pensar en resistirle. Esperé, temiendo la aparición de la silueta negra, de los ojos fosforescentes... Aguardé el impacto de la fascinación mental que ya una vez me había asaltado.

Nada se movía, nada avanzaba. Todavía no. Chirrié los dientes con desesperación. ¡Ah, si pudiera entrar otra vez en ky' rial... ofrecer una buena lucha a mi perseguidor! Pero no sentía sino susto, no sentía sino horror.

¿Pedir socorro? En el caso en que me oyeran ¿qué podrían hacer los chirgui de las cercanías, los granjeros y los campesinos, contra lo que me amenazaba? Recordé la confianza que ellos tenían en su dios. Si acaso ese dios realmente existiera...

Y mis pensamientos fueron cortados al alzarse de nuevo el viento.

El viento y el olor.

Mi pánico cedió paso a la extrañeza. El olor... era diferente. ¡El olor no se había acercado! Seguía lejano... y distinto. Ciertamente no podía interpretar las emociones de una cosa tan ajena a todo lo que conocía. Pero sin embargo creí detectar... ¿inquietud? ¿alarma? ¿miedo? Aspiré el aire afanosamente... y de pronto sentí el otro olor.

Algo flotaba en la atmósfera, algo tan ajeno como lo que me había perseguido... quizá incluso más. Cómo si otra bestia se hubiera unido a la caza... o quizá interceptado al cazador.

Y de pronto los olores se alejaron. El viento seguía soplando, pero los olores se debilitaron, y luego desaparecieron. Olfateé ansiosamente, pero no pude captar nada. La cosa que me perseguía se había ido. Y la otra presencia, fuera lo que fuera, también.

Permanecí inmóvil, de pie, temblando inconteniblemente de la cabeza a la cola. Tenía la absurda sensación de que al primer movimiento que hiciera los olores resurgirían, estallarían a mi alrededor, se lanzarían sobre mí. Esperé, Y no ocurrió nada.

Finalmente me animé a moverme. Debía retroceder hasta hallar nuevamente el camino de la población chirg. De ninguna forma me convenía quedarme junto al bosquecillo toda la noche, a riesgo de que algo me atacara. Ya había tenido suficiente suerte con lo ocurrido.

Caminé bajo las estrellas, y ninguna presencia amedrentadora se hizo presente. Pude captar el olor de diversas pequeñas criaturas del campo, corredoras o voladoras. Pero huían de mí, o se mostraban indiferentes. Ninguna hostilidad, ningún peligro...

Y finalmente, después de lo que me pareció una eternidad, los primeros edificios de la población chirg aparecieron ante mí, en forma de sombras sin el menor atisbo de luz.

Incluso creí oler a las gentes de mi raza.

Capítulo XIII - De lriath

Golpeé la primera puerta, y por largo tiempo nadie respondió.

Pero luego, cuando ya me disponía a probar fortuna en la siguiente, una luz iluminó una ventana, y percibí la bendición de una voz chirg.

-¿Quién es? ¿Quién se mueve en la noche?

-Soy Alipherath Katrarne -respondí-. El que llegó con los humanos de las estrellas. Necesito ayuda.

Hubo una pausa y a continuación la puerta se abrió. Una pareja Kardess se perfiló en el umbral.

-¿Has huido de la gran nave?

Asentí. Se me ocurrió de pronto que la población podía ser invadida de resultas a mi llegada, y tragué saliva.

-¿Has venido desde la gran nave... en medio de la oscuridad? -preguntó la hembra, y sentí la incredulidad y la inquietud en su aroma.

-He sido perseguido -confesé-. Quizá no debería buscar refugio entre vosotros. Los de la nave podrían...

-No podrán hacer nada -de nuevo aquel tono de suficiencia en la voz del varón-. Nuestro dios nos protege, extranjero.

-No es un extranjero -protestó la hembra-. Es uno de los nuestros.

El dios está igualmente sobre él.

Tuve la súbita tentación de alejarme, de salir de nuevo al campo oscuro y peligroso, de dejar a aquellas absurdas gentes y a su dios. Pero el macho Kardess tomó antes de ello su decisión.

-Ella está aquí -dijo-. Lo que deba ser hecho, ella lo decidirá. Te guiaré.

La hembra inició un atisbo de protesta, pero se dominó al instante.

-Sí -dijo simplemente-. Ella está aquí.

El Kardess salió de la casa.

-Sígueme.

Echó a andar antes de que yo pudiera decir nada. Así pues, me limité a seguirle. Ni una luz se veía en la calle por la que marchábamos, como si la población entera estuviese muerta o hubiera huido lejos del centro urbano. La única luminosidad que nos alumbraba era la de las estrellas.

Llegamos a la plaza que yo conocía, y entonces, por primera vez desde que emprendimos la marcha, mi guía me dirigió la palabra.

-Aguarda.

Quedé quieto en la oscuridad, mientras él se acercaba a la puerta de uno de los edificios. Algo dijo y algo se le contestó. Luego volvió a por mí.

-Sígueme.

La puerta estaba ya abierta cuando llegamos a ella, y una hembra Damuz me indicó que pasara. Antes de que pudiera decirle nada, el Kardess que me había llevado hasta allí desapareció en medio de la noche, de regreso a su domicilio.

Había luz en la casa. La Damuz de pelaje claro me condujo a unas escaleras, haciendo que las subiera delante de ella.

-¿Quién me espera? -pregunté.

-Ella -replicó, sin dar más detalles.

Comencé a erizarrne. Notaba con todos los sentidos que allí había algo equívoco, algo extraño. Por un momento me pareció que aquellas gentes de mi misma raza me eran más ajenas que los mismos humanos que me habían rodeado en la Azagaya. Durante la comida no me habían parecido tan enigmáticos, pero ahora, silenciosos, en aquella noche oscura, en aquella ciudad muerta...

Pero ya llegaba al piso superior, y una puerta se abría ante mí.

-Pasa, Alipherath Katrame -invitó una nueva voz.

Y yo conocía aquella voz, así como el olor que me asaltó y la hembra que había tras el sonido y el aroma. Era Iriath, la Sacerdotisa Primera del dios ignorado.

La habitación era una especie de despacho u oficina, con sillones y una mesa, pero yo no podía tener ojos para tales detalles. La dorada Iriath me parecía de nuevo la más hermosa hembra que jamás hubiera contemplado. Vestía una suave túnica blanca, y sus ojos brillaban como estrellas, mientras que su pelaje me parecía un campo de trigo maduro en las llanuras de Centia. La inquietud que antes sintiera me había abandonado completamente.

-Bien, siéntate -me dijo ella mientras lo hacía-, y luego a la hembra que me había guiado-. Puedes dejamos.

La Damuz se retiró, cerrando la puerta tras ella.

Me esforcé porque ni mi mirada ni mi olor denotaran lo que sentía. Quizá pudiera ofenderse, máxime siendo sacerdotisa de una religión acerca de la cual yo lo ignoraba todo.

-He huido de la nave -expliqué-. Fui relevado de mi juramento, y así pude dejar a los humanos. Quizá me persigan.

-¿Perseguirte? -Iriath alzó el rostro hacia mí, sonriendo como si la idea la divirtiese.

-De hecho ya lo hicieron -y relaté los acontecimientos que me sucedieron durante mi huída.

-Y su persecución fue rechazada -resumió ella cuando dejé de hablar-. Alipherath, créeme cuando te digo que aquí estás a salvo de todo lo que te pueda venir de la nave humana.

Pensé de nuevo en el armamento de la Azagaya, en los proyectiles nucleares y las bombas de neutrón, en los rayos láser y los cañones de energía... Pero ella parecía estar segura de lo que decía, y después de todo, algo había, en efecto, rechazado la persecución.

-Te pedí que te unieras a nosotros en la adoración al dios -continuó Iriath-. De una forma u otra, has venido. Únete a tu verdadero pueblo. Adora al dios.

Pero yo recordaba ahora la población oscura y vacía, y sentí que aquél no podía ser de ninguna forma mi pueblo.

-No conozco a tu dios -me defendí-. No puedo ponerme a su servicio, puesto que no le conozco.

-Le conocerás -replicó ella-. Yo soy Iriath, la Sacerdotisa Primera.

Hay otros cinco Sacerdotes, pero ellos no son sino poco más que simples acólitos, pues yo soy Iriath, Aquella Que Permanece. Yo te instruiré, Alipherath Katrame...

La miré, y su encanto se apoderó de mí. Hubiera aceptado cualquier instrucción que ella me diera, hubiera adorado cualquier dios que fuera el suyo, hubiera...

Y de pronto lo noté. Lo sentí en Iriath, y ella lo sintió en sí misma.

Era el inicio, pero ciertamente inconfundible.

Por primera vez ella pareció perder la confianza y la seguridad con las que me había hablado. Se erizó, y abrió desmesuradamente los ojos.

-No... no es posible... -vaciló-. Después de tanto tiempo...

Me fue imposible contestar, en tanto que el influjo del celo femenino me alcanzaba y hacía vibrar todos mis nervios. Ella me llamó sin palabras, y yo respondí en silencio. De una forma confusa supe que aquello era diferente a todo lo que antes me había ocurrido con hembras de mi especie, que la relación que se iba a iniciar no tendría nada de común. Adivinaba que para Iriath el hecho resultaba aún más inusitado, Y quise atribuido a la atracción que desde el primer momento sentípor ella, aunque no pude menos que recordar el espanto del ky'rial, y de que forma la muerte puede atraer irresistiblemente a la vida, y el odio a la afección sagrada12.

Pero pronto todo pensamiento se borró de mi mente. Oí mi nombre en sus labios, y ella oyó el suyo en los míos; luego el celo llegó a su clímax, y fui conducido a la habitación contigua al despacho, donde ambos podíamos llegar a ser uno solo.

No romperé el velo de lo sagrado para hablar de los momentos que siguieron, pero hay algo que debo decir. Pues en el momento de culminación, como si nuestra acción hubiera roto alguna barrera en el espíritu de Iriath, ella vibró de pronto, me arañó los brazos con sus uñas y comenzó a gritar, uniendo al aroma del celo un repentino olor de espanto.

-¡Alipherath! -y su tono era ahora de urgencia y no de caricia-. ¡Huye! ¡Vuelve a la nave humana, y salid todos de este planeta, antes de que sea demasiado tarde! El horror... el horror... habita en este mundo.

¡Huid todos antes de que os alcance y pueda utilizaros para expandirse por el universo!

Me eché hacia atrás, asustado.

-¿Qué dices? -pregunté-. ¿De qué estás hablando?

Pero el momento ya había pasado, y la barrera impalpable se cerró de nuevo en tomo a la hembra que yo amaba. Sus ojos se entrecerraron, y movió la cabeza a un lado y otro, como queriendo espantar un mal sueño.

-¿Qué he dicho? -murmuró-. ¿Qué he dicho?

Pero a continuación el quehacer sagrado nos arrolló de nuevo, y tan sólo sobrevivió en mí una ligera inquietud, algo relacionado con un peligro, un horror... pero que podía esperar.

Capítulo XIV - De la travesía de las montañas

Y fue así, finalmente, como quedamos dormidos uno en los brazos del otro.

Cuando desperté la mañana siguiente, me encontré solo. Los rayos del sol penetraban por una ventana, inundando la habitación. Pero me hallaba solo.

-Iriath... -llamé, sin alzar la voz.

Pero no recibí respuesta. Así pues me vestí y me asomé a la ventana, con la mente todavía confusa.

[12] Alipherath Katrame se refiere con ello a la idea de que los restos residuales de la descarga glandular que representa el ky'rial pudiera en determinadas condiciones provocar el celo en una hembra. Entre los chirgui el celo femenino no es periódico, sino que pude ocurrir en cualquier momento, de forma espontanea o influido por factores externos variables y no específicos. Si el lector desea mayor información sobre el tema, puede hallarla en la obra *La Actividad Glandular entre los Chirgui de Saiph,* de Cannon y Muss, donde dichos fenómenos se estudian en forma exhaustiva (P.G.)

Pude ver la plaza, ahora iluminada por el sol. Había chirgui en ella, y contemplé sus idas y venidas durante un rato. Todo parecía normal, y llegué a dudar del sentimiento opresor que me dominara la noche anterior, de la sensación de extrañeza y alienación. La escena hubiera podido ahora corresponder a un pueblo agrícola cualquiera del Dominio, aunque se echaran en falta los tractores y vehículos mecánicos. Técnicamente la civilización de Gherrod dejaba que desear, bien que quizá sus habitantes suplieran tales carencias con la presencia de su dios.

Pensé en la nave humana, que podría destruir todo aquel escenario con una ráfaga del menor de sus cañones. Y recordé a continuación la confianza absoluta de Iriath... excepto en aquel momento en que me gritó, pidiéndome que abandonara el planeta inmediatamente. ¿Para huir de qué? ¿Acaso de su dios?

Unos suaves golpes sonaron en la puerta, y pensé que quizá fuera ella. Pero se trataba de un macho Nimmress.

-Te saludo, Alipherath Katrame -dijo-. Si deseas desayunar, la mesa está dispuesta.

-¿Dónde está la Sacerdotisa Iriath? -pregunté.

Pensé que quizá no respondería, pero me equivoqué.

-Ha regresado al templo -dijo-. Volverá.

-¿Al templo?

-En las montañas.

Seguí al Nimmress escalera abajo, mientras meditaba. ¿Acaso los hechos de la noche pasada habían significado para Iriath una ofensa tal que debiera ser purgada mediante una penitencia? Cosas así ocurrían en varias religiones de otras razas, incluyendo la humana. ¿Por qué no se había despedido de mí?

-¿Cuál es tu nombre? -pregunté al Nimmress.

- Adhiabad.

-¿Desayunarás conmigo?

Creí notar una vacilación, pero ni la expresión ni el olor del otro me dieron clave de sus emociones.

-Desde luego, si así lo deseas.

Nos sentamos, pues, a la mesa, situada en una salita junto a la puerta principal. La misma hembra Damuz que me franqueara la entrada la noche anterior se preocupó de servimos y de disponer los pomos.

-¿Eres acólito del dios, Adhiabad? ¿O sirves a la Sacerdotisa? -pregunté, mientras comenzábamos a comer.

-Soy sirviente del dios -replicó él-. Todos somos sirvientes del dios.

Sentí una sensación de fastidio. La religión rebosaba materialmente en los cerebros de los gherrodianos. Bien, pues quizá me conviniera ser instruido en sus misterios.

Pero antes de que pudiera empezar a interrogar a Adhiabad, un nuevo Nimmress irrumpió en la salita.

-¿Alipherath Katrame? -se dirigió a mí.

-Soy yo.

-El Cuidador me envía. Quizá te interese saber que la nave humana ha zarpado. Se elevó en los cielos y desapareció. Pero dos humanos han quedado en Tierra.

Efectivamente me interesaba. Hasta el punto de que me alcé de mi asiento con brusquedad, casi volcando el plato que había ante mí. ¡La Azagaya en el espacio! Recordé la escena de la ciudad de las arañas inteligentes, alcanzada por el poder del neutrón. Bien podía ser...

-¿Donde están esos dos humanos? -pregunté.

-Cuando la nave se elevó, quedaron cerca del lugar que había ocupado. Pero puede ser que se hayan movido de él a estas horas.

Tomé mi decisión.

-Tengo que hablar con ellos -dije firmemente.

No se opusieron. En realidad parecían ser de cierta forma indiferentes a lo que yo hiciera o dejara de hacer. Su Sacerdotisa les había ordenado que fueran amables conmigo y que me mantuvieran como huésped, pero si yo decidía marcharme, no tenían encomendada la misión de detenerme. Ni siquiera me ofrecieron escolta o compañía.

Marché solitario por las calles de la ciudad. Algunos de los viandantes me dirigieron curiosas miradas, pero ninguno me interpeló. De modo que seguía solo cuando abandoné las últimas casas y enfilé el camino que ya conocía.

El sol apretaba de firme, y no tardé en quedar bañado en sudor. Pero no quería detenerme, por miedo a que aquellos humanos hubieran desaparecido al llegar yo. Por otra parte me interrogaba acerca de quienes podían ser ¿Por qué no habían partido con la nave? ¿Qué misión debían desempeñar en Gherrod, solos y separados del poder bélico de la Azagaya?

Cuando llegué a la vista del lugar donde había estado la gran nave, pude ver que los humanos seguían allí todavía, hablando animadamente entre sí. Había pensado tomar precauciones, ocultarme hasta averiguar algo sobre ellos, aunque no creía que me atacaran exponiéndose a las represalias de los demás chirgui. Sin embargo mis planes cambiaron en cuanto les avisté; simplemente corrí hacia ellos. Eran el capitán Sigmund y Alboino.

En el primer instante se alarmaron y aún echaron mano a sus armas personales, lo que me hizo detener mi carrera. Pero luego ellos también me reconocieron y llamaron, por lo que no tardé en estar a su lado.

-¡Alipherath! -el olor del capitán era amistoso, quizá más que nunca anteriormente, como si en mí hubiera encontrado a un amigo perdido-. ¿Qué ha sido de ti? ¿Has huido de la ciudad?

-¿Huir? -pregunté, perplejo-. ¿Es que hay algún peligro?

De nuevo pensé en las bombas de neutrones y en el maligno Alaric allá arriba.

Sigmund cambió una mirada significativa con Alboino antes de continuar hablando.

-Khardurán partió en tu persecución, por orden de Alaric, y desde luego sin mi consentimiento -dijo-. Pero regresó al poco tiempo, diciendo que había perdido tu pista.

-Raro -comentó escuetamente Alboino.

Esperaban sin duda alguna explicación, y se la ofrecí explicándoles lo sucedido en la primera parte de la noche, por lo menos lo poco que había logrado captar.

-Algo así me había imaginado -asintió Sigmund-. No contó nada de eso, Pero a todos nos pareció... en fin, por extraño que pueda parecer, que estaba asustado. ¿No tienes idea de qué fue la cosa que le salió al encuentro? ¿Un animal del planeta?

-No lo sé -respondí sinceramente. No podía transmitir a los humanos la sensación de rareza y ajenidad que el olor del segundo ser me había causado.

-Bien. Pues mira, a la mañana siguiente se tocó alarma. Los dos centinelas de la compuerta habían sido asesinados. Les habían privado de toda su sangre. ¿Te dice algo eso?

No pude hacer sino negar, mientras procuraba controlar el repeluzno que la noticia me había causado. Yo había corrido en medio de la noche, entre extrañas presencias invisibles... y dos humanos habían sido atrozmente asesinados por ellas.

De nuevo Sigmund pareció consultar mudamente con Alboino. -Alipherath Katrame es nuestro amigo -dijo éste-. Podemos tener confianza en él.

-De acuerdo -asintió el capitán-. Escucha, Alipherath, creo que estamos todos en peligro, incluyendo a los de tu raza que habitan este mundo.

Te hablé en cierta ocasión de los esteloides, unos enemigos de la Humanidad que se alimentan con la sangre de los mamíferos. Les atacamos y les destruimos en el espacio, Pero puede ser que algunos hayan escapado. Y su estado se hallaba cerca de aquí... relativamente, al menos. No dije nada, mientras consideraba sus palabras.

-Había un planeta llamado Lestra, también cercano al estado de los esteloides -siguió el capitán-. Un planeta poblado por humanoides. Tenían éstos también una santa religión, que les obligaba a ser dóciles hacia sus dioses y hacia los sacerdotes de esos dioses. Cuando nos

dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo, la raza lestriana estaba casi extinguida. Los sacerdotes eran esteloides disfrazados, y sus fieles les servían de alimento...

-¡Pero los sacerdotes de este mundo son chirgui! -no pude por menos de protestar, pues ciertamente tenía la evidencia de ello.

-Quizá -meneó la cabeza el capitán-. Quizá los sacerdotes sean chirgui, efectivamente. ¿Pero qué me dices de esos a quienes llaman los Intercesores... los primigenios del dios? “Te entregarás, si eres solicitado, a los Intercesores". Ya pensamos en los esteloides al escuchar eso... y ahora hemos reconocido su forma de alimentarse.

Sentí un escalofrío, y era que lo que Sigmund estaba diciendo tenía sentido. ¿Sería la radiante Iriath una traidora a su raza, capaz de entregar chirgui a unos monstruos estelares para que les devoraran o les bebieran la sangre? Y entonces recordé la extraña actitud de los habitantes de la ciudad, y como Iriath pareció haber roto por un instante una barrera mental para gritarme que huyera de aquel mundo... que huyéramos todos antes de que el horror se apoderase de nosotros. ¿Hipnotismo? ¿Fascinación? ¿Acaso todos los chirgui del planeta se encontraban dominados mentalmente?

-Alaric lo pensó también -dijo Sigmund-. Ah, pero no te hemos contado lo sucedido en la nave. A los oficiales no les gustó nada que te dejara escapar, y me separaron del mando en cuanto se enteraron de ello, aún sin aguardar el veredicto de la mota negra. Como capitán provisional eligieron a quién puedes suponerte. Fue entonces cuando hizo salir a Khardurán. Pero después de que éste regresara con las zarpas vacías, y sobre todo tras el asesinato de los centinelas, Alaric tomó otras decisiones. La primera salir al espacio, para que los posibles navíos de guerra esteloides no le cogieran en el suelo, e ir al encuentro de la flota de las Compañías. La segunda, dejarnos a Alboino y a mí abandonados en el planeta para que nos las entendiéramos con los esteloides.

-No le éramos nada simpáticos -intervino Allioino en tono sentenciador.

Paseé la mirada de un humano a otro, mientras sentía como el temor crecía dentro de mí.

-¿Y que más planes tenía Alaric? -pregunté-. ¿Lanzaría una bomba de neutrones sobre la ciudad?

Sigmund se mordió los labios.

-No lo creo -dijo-. Habló de alejarse a toda prisa Y aguardar en el cenit del sistema la llegada de la flota. Desde luego ese loco es capaz de todo, pero no, no lo creo. La ciudad es el único centro habitado del planeta, y si destruye a sus habitantes, quizá con ellos se perdieran informaciones importantes sobre vuestro Dominio. Y aunque quisiera hacerlo los oficiales no se lo permitirían. Saben que la flota está al llegar, y que el viejo Genseric no aprobaría eso, por las mismas razones. Y no conviene disgustar al viejo Genseric...

-De todas formas no creo que nos convenga ir a la ciudad -opinó Allioino-. Esos... -y empleó algunos rotundos calificativos-...esteloides nos podrían echar la pata encima.

Sigmund miró, preocupado, en dirección a la población.

-Nos internaremos en las montañas -decidió-. Tenemos raciones de campaña, y por allí debe haber algunas fuentes de agua. Podremos resistir hasta que llegue la flota.

-En algún lugar de esas montañas está el templo del dios -dije. Los dos humanos se miraron el uno al otro.

-¿Un templo? -preguntó Sigmund-. ¿Qué sabes de él?

Le conté todo lo que sabía, que no era mucho. El destituido capitán de la Azagaya pareció meditar por unos instantes.

-Alipherath -me dijo luego con solemnidad-. ¿Quieres colaborar con nosotros? Los esteloides son tan enemigos de los tuyos como de la Humanidad, Y si nos ayudas, cuando llegue la flota podré hacer valer ante el Consejo esa ayuda, en favor de tu raza.

-¿Qué quieres que haga?

-Antes de tomar tierra detectamos un gran edificio aislado en la cima de una montaña. Puede ser ese templo de que hablas... Y allí deben estar los esteloides. Quiero que te

transformes en espía y que investigues acerca de ellos. Al parecer tu presencia es tolerada aquí.

Trague saliva ante la proposición. Podía caer en manos de aquellos monstruos bebedores de sangre, pero también podría ser que prestara un gran servicio a mi pueblo. Y además en el templo estaba Iriath, quizá bajo dominio mental. ¿No podría liberarla? ¿No podría llevármela conmiga?

Me decidi.

-Os ayudaré -dije-. Espero que eso sirva para evitar la guerra contra el Dominio.

-Si presentamos un informe completo de la situación al Consejo, todos saldremos ganando con ello -replicó Sigmund-. Puedo recuperar el mando de mi Compañía, y tu raza puede ser considera aliada de la Humanidad. ¡Bien, emprendamos el camino!

Y así fue como nos internamos en las montañas.

Lo primero que me llamó la atención en ellas fue la ausencia de toda huella chirg. No había pastores ni leñadores... ni siquiera caminos. Una vez fuera de vista de la ciudad y las granjas que la rodeaban, bien pudiera haberse dicho que el planeta estaba desierto, que jamás ser inteligente alguno había tomado tierra allí.

Había muchos árboles y arbustos, cubriendo las laderas. Pero en lo que a fauna se refiere, apenas si vimos. Tan sólo algún pequeño roedor escabulléndose a nuestro paso por entre los roquedales, y unos pocos pájaros volando sobre las cumbres. Alboino dijo haber visto en la lejanía lo que le pareció ser una especie de cabra montés.

Antes de que se hiciera de noche encontramos un torrente, y los dos humanos llenaron sus cantimploras. Acampamos en las proximidades de aquella corriente, acomodándonos lo mejor que pudimos bajo unos árboles. Nadie habló de hacer un turno de guardia, de manera que yo tampoco lo mencioné. Sospeché que quizás aquellos guerreros sabían más de campañas astronavales que de expediciones en tierra firme, pero les dejé hacer, confiando en mi sentido de alarma, mucho más desarrollado que el de los humanos, para ahorramos cualquier sorpresa nocturna.

Pusímonos de nuevo en marcha por la mañana, Y al atardecer coronamos una cima. Fue entonces pudimos ver al fin el edificio que buscábamos, lejos todavía, en lo alto de una cumbre bastante más elevada que aquella que habíamos alcanzado. Lo veíamos como una masa gris que parecía colgada en la ladera, pero el capitán aseguró que en realidad se hallaba en una explanada. Se basaba en las fotografías sacadas desde la nave, y hube de darle fe, pues el sol poniente deslumbraba mis ojos y no podía advertir ningún detalle.

-Descenderemos al valle -decidió Sigmund-. Quizá hallemos agua allí abajo. Al amanecer iniciaremos el ascenso de esa sierra.

Pero las sombras nos alcanzaron sin que hallásemos ningún riachuelo o fuente. Para cenar hube de tragar una vez más aquellas insípidas raciones de emergencia que portaban ellos.

-Quizá pudiéramos cazar algo -dijo Alboino, no muy convencido, en tanto nos instalábamos para pasar una nueva noche al amparo de los árboles.

-Pues no veo que haya mucha vida animal por aquí -opuse yo, hablando más bien para mí mismo.

Y en aquel mismo momento, como respondiendo a mis palabras, la cosa ocurrió.

Fue primero un chillido plañidero, como un lamento, que nos llegó de las alturas, creciendo rápidamente en volumen.

-¡En el cielo! -clamó Sigmund mientras aprestaba su arma y clavaba los ojos en las estrellas.

Y en el momento siguiente la amenaza se materializó, cayendo sobre nosotros como un ave de rapiña. En el acto golpeó mi olfato el mismo olor que ya otra vez sintiera, el del ser desconocido que había interceptado y puesto en fuga a Khardurán, pero ahora no lejano, sino muy próximo encima de mí. Y con un sordo golpe, la cosa que producía el olor y el quejido tocó Tierra justo enfrente de donde yo estaba.

Librodot

Pude ver la imagen instantánea de un ser blanquecino, grueso, como abotargado, y percibí un rostro horrendo, unos ojos de fuego que se clavaron en los míos... y colmillos. Grité con todas mis fuerzas y salté hacia atrás, golpeándome dolorosamente contra un árbol y cayendo luego a tierra, donde rodé frenéticamente para alejarme como fuera de aquel ser caído de las alturas. Pude ver como el ente se movía como un rayo, pero no hacia mí. Luego percibí el estruendo de un desintegrador, y un terrible grito procedente de una garganta humana. Rodé y rodé por entre unos arbustos, y de pronto sentí como el olor se alejaba, en tanto que alguien gritaba ferozmente algo que no pude entender. El fantasmagórico chillido de la cosa hacía tiempo que se había apagado, pero no pude recordar exactamente cuando se cortó.

Logré ponerme en pie, tambaleándome. Miré a la izquierda y luego a la derecha. El capitán estaba a unos pasos de mí, empuñando su arma mientras gritaba a voz en cuello.

-¡Se ha llevado a Alboino! ¡Se lo ha llevado volando! ¿Qué era?

¿Qué era?

Me acerqué a él, y tal era el fulgor de sus ojos que llegué a temer que usara su arma contra mí. Extendí un brazo en un intento por tranquilizarle, y advertí que mi mano temblaba con violencia.

-¡Maldita sea! -aulló de nuevo Sigmund-. ¡Alboino! ¡Alboino!

Quise gritar yo también, pero me hallé sin voz. Y de pronto algo crujió entre las ramas de los árboles, a poca distancia de nosotros. Hubo luego un golpe sordo contra el suelo.

El capitán empuñó su arma y corrió hacia el lugar de donde el golpe había venido. Yo corrí tras él, pues me negaba a quedarme solo en aquel lugar maldito.

Hallamos el cuerpo de Alboino. Le habían arrojado desde las alturas y estaba muerto. Pálido, muy pálido. Le habían extraído toda la sangre del cuerpo, según me pareció.

-¡Alboino! -el capitán se arrodilló al lado del cadáver.

Sentí un avasallador sentimiento de pena, mezclado con el terror que aún me dominaba. Aquel humano había sido mi amigo, habíamos pasado muchas horas juntos, hablando como camaradas, y siempre me había favorecido. Es más, me había salvado la vida en una ocasión, y ahora, en un par de minutos, alguien le había destruido, le había borrado para siempre del mundo de los vivos.

El capitán Sigmund se levantó de pronto y fijó en mí sus ojos de loco. Hasta entonces siempre le había conocido sereno, aparte de su empecinamiento ideológico. Ahora, en cambio, parecía definitivamente fuera de sí.

-¡Eso no era un esteloide! -rugió-. ¡No era un esteloide! ¿Qué era eso, Alipherath? ¡Dime! ¿Qué era?

-Pude... pude olerlo, cuando Khardurán me perseguía -tartamudeé-. Pero no le vi, no sé lo que es. Un animal de este planeta...

-¡No era un animal! -gritó él, sin bajar el tono-. ¡Le disparé con el desintegrador, y le acerté de lleno! ¡Y no le pasó nada! ¡No le pasó nada! Un maldito demonio... un vampiro...

-¡Un Intercesor!

Se me quedó mirando de hito en hito, y guardó silencio. Por un instante la noche nos envolvió, quieta y callada.

-Eso... eso fue lo que bebió la sangre de los centinelas -habló él al fin, ahora en voz baja-. Alaric estaba equivocado, todos estábamos equivocados... no hay esteloides. Hay algo mucho peor.

No recuerdo si pensé contestar algo, puesto que de improviso la lengua se me paralizó en la boca. Pues un leve plañido me llegó del cielo, algo quejumbroso... que se acercaba. Aumentó su volumen, y el capitán lo oyó también.

-¡Vuelve! -gritó, empuñando de nuevo su desintegrador-. ¡Al bosque! ¡Al bosque!

Corrí con él, pensando también que quizá de ser espesos los árboles pudiéramos esquivar a aquel espanto volador. Pero ya empezaba a llegarme el temido olor. Sin saber

siquiera lo que hacía, me detuve y alcé los ojos al cielo, intentando perforar la oscuridad con la mirada para descubrir...

-¡Alipherath! -oí entonces, y la voz no era la del capitán.

No, era una voz que nunca olvidaría, y que aún hoy me veo impedido de borrar de mi mente.

-¡Iriath! -grité-. ¡Iriath! ¿Dónde estás?

-La sacerdotisa -replicó cerca de mí la voz de Sigmund-. ¡Está con el vampiro!

-¡No, no, no! -urgí, temiendo algo irreparable-. ¡Es nuestra amiga!

¡El monstruo se aleja!

Y era cierto. El olor del ser desconocido se diluía, desaparecía, mientras que el aroma de la hembra a quién amaba permanecía frente a nosotros.

-¡Iriath! -grité de nuevo, corriendo hacia ella.

Pude verla, en compañía de dos Sacerdotes menores. Llegué a su lado y la estreché, jadeando.

-Alipherath... Alipherath... -me dijo, y su voz estaba alterada por la emoción- ¿Cómo has...? No, no lo sabías. No podías saber lo que significa la noche en Gherrod... nadie te lo dijo.

-Ha matado a uno de los nuestros -respondí, sin darme cuenta de que me identificaba, al hablar así, con los humanos-. ¿Qué era?

-Después, después... -impaciente, me cerró la boca con sus finos dedos-. Ahora hay que salir de aquí. ¡Hay que salir de este bosque cuanto antes!

Noté llegar al capitán y, volviéndome hacia él, le traduje las palabras de Iriath.

-¡Un momento! -pidió él, hoscamente.

-Estamos en peligro...

-¡Un momento, he dicho!

Volvió rápidamente sobre sus pasos, y entonces comprendi. Le seguí, e Iriath me siguió a mí junto con los otros dos Sacerdotes, hasta el momento silenciosos.

El capitán se detuvo junto al cadáver de Alboino, de mi amigo humano. Dijo entre dientes algo que no logré entender.

-Somos guerreros -alzó luego la voz, como en un rito-. Y como tales morimos.

Y disparó el desintegrador contra los restos de Alboino. Hubo una brillante deflagración, y en el suelo quedó tan sólo una marca negra.

-¡Vamos!

Iriath tomó la delantera, guiándonos por entre los árboles, por un camino que parecía conocer perfectamente. Marchábamos sin correr, pero con rapidez, y de tal forma me aguijaba la idea de lo que había ocurrido, que no sentía el menor cansancio. Ante mí surgían árboles oscuros, que eran sustituidos por otros a medida que los dejábamos atrás. Los arbustos se me enredaban en las piernas, y pude sentir en alguna ocasión el pinchazo de las espinas. Pero no por ello ralentizaba el paso, sino que me mantenía tras la mancha dorada que era Iriath, minuto tras minuto, hora tras hora.

Finalmente salimos de bosque y empezamos a cruzar lo que parecía ser una llanura herbosa, con árboles aislados aquí y allá. Debíamos encontramos en el centro del valle, dirigiéndonos hacia las faldas de las montañas que lo bordeaban. Iriath y sus compañeros no aminoraban el paso, de modo que me abstuve de todo comentario y seguí su ritmo. El capitán avanzaba tras de mí, igualmente silencioso.

Finalmente, tras lo que me pareció una eternidad de camino, el cielo comenzó a clarear. Nos movíamos por un terreno pedregoso, y ya advertíamos el ascenso de nuestra ruta. Rocas de extrañas formas aparecieron frente a nosotros, y nuestra guía nos condujo por un sendero ente ellas. La cuesta se acentuaba, y finalmente comencé a sentir por fin cansancio y algo de torpeza.

lriath se detuvo cuando el sol empezaba a apuntar en el horizonte.

-El peligro ha pasado -anunció-. Podemos descansar unas horas. Me acerqué a ella mientras se sentaba al abrigo de una peña.

-¿Hablaremos ahora, Iriath? -pregunté.

-Cómo quieras. Quizá deberíamos intentar dormir el tiempo que podamos, pero comprendo lo que sientes.

Me acomodé a su lado. De reojo pude advertir como el capitán Sigmund se dejaba caer por tierra, sin acercarse a nosotros. Pensé que aquel humano no estaría muy acostumbrado a caminar, aunque el orgullo le hubiera impedido dar muestras externas de cansancio.

-¿Qué era el ser que nos atacó? -pregunté-. ¿Lo que vosotros llamáis un Intercesor?

Iriath asintió.

-Cazan de noche -dijo-. Salí a tu encuentro cuando me llegó la noticia de que habías partido con los humanos hacia las montañas. ¿Pensabais llegar al templo?

Confesé que sí, pues no veía razón para ocultarlo.

-Fue una locura -la voz de Iriath era un suave murmullo-. Pudisteis haber sido reclamados los tres, y nada hubierais podido hacer para impedirlo.

-¿Pero qué son? -interrogué-. Mi compañero dijo que el ser era inmune a sus disparos.

-Los Intercesores son invulnerables -asintió ella-. Son obra del dios ¿me entiendes? El dios les hizo con fragmentos y esencias de los chirgui, y también con parte de su propia fuerza. Ellos canalizan nuestra energía hacia él. La energía vital de mi pueblo.

-¡Les matan! ¡Se alimentan de su sangre!

-No es sólo eso. Todo chirg los alimenta desde que nace hasta que es reclamado. Los alimenta con la energía que es su fuerza vital, el simple hecho de vivir. Y los Intercesores, a su vez, alimentan al dios.

-¿Y los Sacerdotes? ¿Y tú, Iriath? En una ocasión me dijiste que me alejara del planeta y del horror que moraba en él.

Sentí el aroma de la repulsión, pero no hacia mí, sino a lo que había dicho en último lugar.

-No te dije nada de eso -rechazó-. No, nunca te pude decir nada parecido... nunca te pude hablar de horror... El dios rige este planeta y yo soy su Sacerdotisa Primera. Estoy en contacto con él, y por eso he logrado apartar al Intercesor de vosotros. Pero un grupo de ellos, ansiosos de sangre, no obedecerían mis órdenes, e incluso podrían atacarme. Por eso es necesario que lleguemos al templo antes de que anochezca de nuevo. Debemos dormir unas horas y recuperar fuerzas. Comprendí que tenía razón, y además la torpeza del sueño dominaba mis miembros y pesaba en mis párpados. Me tumbé en tierra, al amparo de la Peña, y ella hizo lo mismo, cerca de mí. Casi al instante quedé dormido.

Creo que lo que me despertó fue el sol, alto en el firmamento hasta el punto de no valerme ya el cobijo de la Peña frente a sus rayos. Alcé la cabeza, y vi que Iriath estaba ya en pie.

-Es hora de partir, Alipherath -dijo-. Despierta al humano.

Así lo hice. El capitán parecía más descansado, y me preguntó si había sacado algo en claro sobre nuestra situación. ¿Éramos prisioneros?

Le respondí que no lo creía en absoluto, y ciertamente la idea ni siquiera me había pasado por la mente.

Antes de iniciar la marcha, comimos rápida y frugalmente. Sigmund me ofreció parte de sus raciones, pero preferí compartir las provisiones de los de mi raza, que me resultaban más sabrosas. Y luego fue hora de caminar.

Ascendimos la montaña por un empinado sendero flanqueado de zarzales y matojos. El sol calentaba de firme, y muy pronto volví a encontrarme con el cansancio que me abandonara fugazmente tras el corto sueño matinal. Pero Iriath había dicho que deberíamos estar en el templo antes de que cayera la noche, y la razón que yo imaginaba para ello bastaba para que me sobrepusiera a la fatiga.

Pero de todas formas me hallaba agotado cuando alcanzamos la plataforma que en cierto modo era el umbral del templo. Se trataba de una pequeña extensión llana, pavimentada con algo parecido a losas de mármol, y de la que arrancaba una escalera del mismo material, ascendiendo por el flanco de la montaña.

Hicimos un alto y tuve ocasión de echar una ojeada por los alrededores. Nos hallábamos a gran altura sobre el valle, y el sol estaba ya muy bajo. Dentro de poco las sombras invadirían el bosque donde muriera Alboino, aunque a nosotros el sol nos alumbraría algunos minutos más.

-Estamos ya a salvo -me tranquilizó Iriath-. Pero haremos bien en subir hasta el templo. Tendremos que procuraros alojamiento.

-¿Qué vais a hacer con nosotros? -le pregunté entonces directamente.

Su rostro se tornó hierático.

-El dios lo sabe -replicó-. De momento seréis nuestros huéspedes. Luego sus facciones se dulcificaron.

-No tenéis nada que temer -añadió, y tuve la impresión de que las frases anteriores habían sido un mensaje, algo así como un rito, mientras que ahora había hablado por ella misma.

De manera que iniciamos el último tramo de nuestra ruta, ascendiendo los peldaños de piedra blanca. El camino resultaba ahora más descansado, pero la anterior fatiga agarrotaba mis músculos, y el número de escalones se me hacía infinito. El capitán Sigmund debía estar igualmente exhausto, pero no se quejaba ni lo daba a entender. En cuanto a Iriath y a los dos silenciosos Sacerdotes, parecían completamente frescos. Me pregunté si era la fe en su dios la que les daba tal fuerza y resistencia, y les envidié por ello. Me juré a mí mismo llegar hasta el final, y no desfallecer antes de que alcanzáramos todos la cima.

Lo conseguí. Sin que apenas me llegara señal preventiva de ello, de pronto los escalones se terminaron, y nos hallamos ante el templo, en la explanada en la que éste se alzaba.

Ya la luz casi había desaparecido, y el gran edificio apenas si se me apareció como una mole oscura. La explanada era vasta, como la culminación de una meseta alzada entre las sierras. Desde abajo nos había parecido que el edificio colgaba de la ladra de una montaña, pero ello se debía a una simple ilusión óptica. Nos hallábamos en la verdadera cima, y las cumbres más altas, ante nosotros, pertenecían a una nueva cordillera, arriscada y tenebrosa bajo los últimos fulgores del día que terminaba. Una brillante estrella lucía ya sobre la culminación de aquella elevada sierra, y el fresco viento nocturno alzábase en tomo nuestro, mitigando en algo nuestra fatiga.

Iriath nos dirigió hasta el extremo de la explanada opuesto al templo. Pude ver algunas edificaciones en cuyas ventanas temblaban puntos de luz. Nos acercamos y varios chirgui salieron a nuestro encuentro. Instantes después nos encontrábamos en un amplio vestíbulo.

-Discúlpame, Alipherath -me dijo Iriath-. Debo conferenciar con el resto de los Sacerdotes. Los acólitos os indicarán vuestros alojamientos y os atenderán en todo.

Y antes de que pudiera responder, desapareció de mi vista por una puerta lateral.

-¿Y ahora? -me interrogó el capitán.

-Nos darán alojamiento y comida -repliqué-. Somos huéspedes del templo.

-Pues quisiera primero una buena ducha, si no es demasiado pedir -el capitán entrecerró los ojos-. Y algo para cenar, y una cama confortable...

Hablé brevemente con el Damuz que parecía dirigir a los sirvientes, y pronto los deseos de Sigmund, que no dejaban de ser igualmente los míos, se vieron en curso de satisfacción. El edificio disponía de todas las comodidades que una civilización ganadera podía ofrecer y, ya que no ducha, al menos pudimos damos un buen baño. A mí me proporcionaron ropas nuevas y limpias, pero el capitán debió volver a ponerse las suyas, bien que le prometieran confeccionarle algunas vestiduras que se adaptaran a su anatomía humana. Recordé mis experiencias en Thalestris, y no pude reprimir una sonrisa.

Cenamos solos, servidos por un silencioso acólito, y los manjares fueron del gusto de ambos. Pero el capitán, al verse a salvo y descansado, volvió a sus iniciales preocupaciones.

-Alipherath -me preguntó mientras cenábamos-. ¿Crees tú que existe ese dios?

-Los chirgui del Dominio no creemos sino en la Esencia -respondí.

Sigmund suspiró, aliviado.

-Me alegro de ello -dijo-. Desde luego yo tampoco creo que haya aquí ningún dios. Escucha, me parece que la situación es muy parecida a la que creíamos al principio, aunque los esteloides no tengan nada que ver con ella. Cuando los antepasados de estas gentes llegaron al planeta, éste debía estar habitado por los otros, los vampiros. Una raza provista de grandes poderes, aunque sin civilización técnica visible. Convirtieron a los tuyos en esclavos, hipnotizándoles o no se cómo... Los crían como si fueran ganado y se alimentan con su sangre, con el pretexto de una religión embustera.

Asentí. La cosa parecía tener sentido.

-Alipherath, la flota de las Compañías puede salvar a tu gente. No toleraremos una situación así, tan parecida al trato que los esteloides infligían a los humanos en los tiempos de la Confederación. Exterminaremos a los vampiros, Alipherath, y tu raza quedará libre de esa maldición.

-¿Exterminar a los vampiros? -pregunté-. Puede que no sea tan fácil hacerlo como decirlo.

-Sé lo que quieres decir -respondió él con amargura-. La bestia que asesinó a Alboino encajó una ráfaga de desintegrador sin parecer sufrir ningún daño. Pero tenemos armas muy poderosas, podemos desencadenar energías incalculables. Les destrozaremos, Alipherath, no lo dudes. No pueden enfrentarse con todas las Compañías.

Aquellas palabras me hicieron recordar los entusiasmos del infortunado Alboino, y no pude evitar un gesto de tristeza.

-Pero debemos tener cuidado -continuó Sigmund sin advertirlo-. Tan sólo nosotros dos sabemos cual es la verdadera situación que existe en este planeta. Tenemos que sobrevivir para informar al Consejo, cuando la flota esté aquí. Parece que la sacerdotisa nos protege, o quizá es sólo a ti. De cualquier forma la cosa es buena. Debemos mantenemos vivos hasta que las naves lleguen. Nada de imprudencias.

De nuevo asentí. Estaba de acuerdo con Sigmund aunque, además de las suyas, yo tuviera otras razones. Pues amaba a Iriath, la Sacerdotisa Primera de aquella falsa religión, y haría cuando pudiera por salvarla de aquellos espantosos vampiros que, no podía menos que creerlo, dominaban el planeta. No me cabía ahora le menor duda de que aquél era el horror contra el que ella me había advertido en el minuto en que el control mental de los monstruos falló. La amenaza que habitaba en el planeta y que quizá deseaba apoderarse de alguna nave estelar para expandirse a otros astros del universo.

Sí, esperaría con ansia la flota humana, que antes tuviera como enemiga, la flota que había arrasado sistemas estelares enteros, pero que aquí tal vez representara la salvación.

Las habitaciones, ciertamente eran cómodas y aseadas. Quedó Sigmund en la suya, pero yo no permanecí mucho tiempo en la que me fue asignada, puesto que antes de que pudiera ni siquiera comprobar lo mullido del lecho, la puerta se abrió y el Damuz que parecía dirigir a los acólitos me saludó desde el umbral.

-Nipherath Katrame, la Sacerdotisa Primera reclama tu presencia. Le seguí por pasillos y escaleras, y llegamos así a una sección del edificio mucho más lujosa que la que acabábamos de dejar. Hermosos muebles tallados y estatuas de mármol adornaban los corredores, y el suelo estaba cubierto de alfombras bordadas artesanalmente.

Llegamos ante una puerta, y el Damuz llamó a ella. La puerta se abrió, y me fue indicado que entrara, en tanto que el acólito se hacía a un lado para dejarme pasar.

Iriath se hallaba allí. Mientras la puerta se cerraba a mis espaldas, percibí el agudo aroma de su celo.

Todo cansancio y fatiga desaparecieron al instante de mi cuerpo.

Capítulo XV - Del templo, y de mi estancia en él

Los siguientes tres días fueron apacibles y sin acontecimientos dignos de remarcar. A decir verdad, nuestra situación, como ya temiera Sigmund, tenía algo que ver con la cautividad. Se nos permitía abandonar el edificio y pasear por el extremo de la explanada que le correspondía, pero no nos dejaban acercarnos al templo propiamente dicho, en el otro extremo. Eso sí, se nos trataba bien, y nada teníamos que protestar de alojamiento y comida.

La intimidad sagrada que yo mantenía con Iriath no me daba ciertamente ocasión a informarme sobre nuestro futuro. Siempre que le hablaba sobre ello se limitaba a decir "el dios lo sabe", y en tales ocasiones una invisible barrera parecía alzarse entre nosotros, lo que me disgustaba en gran manera. A decir verdad, aún en los momentos sagrados un cierto velo semejaba interpuesto entre Iriath y yo, sin que se repitiera la primera experiencia, cuando el velo se rompió por un momento y sus ojos se encontraron con los míos, mientras sus labios me rogaban que dejara el planeta, amenazando con horrores y espantos. Ahora era siempre la Sacerdotisa Primera del dios, enamorada de mí como yo lo estaba de ella, pero siempre con un lazo que la unía a su divinidad o a quienes hubieran inventado aquella.

Creo que fue la segunda noche cuando no pude menos que sincerarme con ella.

-Ven conmigo -rogué-. Dentro de unos días, naves humanas llegarán a este planeta, y tendré la oportunidad de partir con ellas. Acompáñame al Dominio, a Naolán, donde podremos vivir juntos, alejados de todo esto. Alguien podrá sustituirte en el culto al dios.

Y entonces ella entrecerró los ojos y lanzó un hondo suspiro.

-Naolán... ¡Oh, Naolán! -susurró, yen su voz creí percibir una nostalgia racial, el recuerdo de nuestra bella capital mantenido a través de las generaciones por una rama extraviada de los chirgui.

Pero luego sus ojos se abrieron, y su aroma indicó tristeza y un cierto fatalismo.

-Me es imposible, Alipherath -me dijo-. Pertenezco al dios, más que nadie de mi pueblo. Mi vida es posesión suya.

Hizo una pausa, y su mano buscó la mía.

-Lejos de mi dios, yo moriría -concluyó.

De modo que decidí dejarlo así, aunque con ánimo de insistir en el momento en que las naves humanas llegaran. Pues estaba decidido a no renunciar a ella, aún si en último extremo debiera quedarme para vivir el resto de mis días en aquel planeta loco de dioses y vampiros.

Mis relaciones con el capitán Sigmund eran distantes. En las ocasiones en que nos encontrábamos pude captara en él un cierto alejamiento. No era aversión ni odio, pero me pareció que se avergonzaba de ser huésped gratuito de unos alienígenas, y quizá creía deber su vida a las relaciones sagradas que yo mantenía con Iriath, y ello le avergonzaba aún más. ¿Pero qué podía hacer o decir, si él mismo me había aconsejado la prudencia? Tan solamente esperar a que la soñada flota de las compañías llegara al planeta, pensando que entonces él volvería a ser el más fuerte.

No volvimos a tener visita ni noticias de aquellos amedrentadores vampiros que, al parecer, dominaban el planeta. Alejados del templo de un dios al que habían creado, ocultos en quién sabe que remoto rincón de aquel mundo desierto, toleraban nuestra presencia en el asilo que se nos había dado, habiéndonos tal vez incluido en algún maligno plan para el futuro.

Y de tal modo estaban las cosas cuando, al cuarto día, Iriath requirió la presencia de los dos, la mía y la de Sigmund. Una escolta de acólitos nos acompañó al lugar donde tenía su alojamiento, y nos recibió no en la habitación que me era tan familiar, sino en un salón de paredes tapizadas y amplios ventanales.

Era la Sacerdotisa Primera, no la hembra afectuosa. Vestía una túnica adornada con raros símbolos, y se tocaba con una especie de corona metálica, tal vez de oro. Me pareció más hermosa que nunca.

-Alipherath, y tú, capitán Sigmund de las Compañías Francas -nos acogió-. Es hora de que seáis presentados al dios.

-¿Al dios? -preguntó Sigmund, inquieto, cuando le hube traducido las palabras de Iriath -¿Qué nos va a hacer?

Ella olió su inquietud, puesto que, antes de que yo le transmitiera sus preguntas, sonrió a la manera de nuestra raza y pronunció palabras tranquilizadoras.

-Nada debéis temer -dijo-. Entraréis simplemente en el templo, y saldréis luego de él sanos y salvos. No veréis al dios, pero el dios sí os verá a vosotros, y os conocerá como nunca nadie podría hacerlo. ¿Estáis preparados?

Asentí por los dos.

-Seguidme entonces.

Salimos a la explanada, y al abandonar el edificio se nos unieron los cinco Sacerdotes que, junto con Iriath, componían el total de la jerarquía eclesiástica de Gherrod. La Sacerdotisa Primera inició la marcha hacia el templo. Por primera vez íbamos a contemplarlo de cerca, y hasta penetrar en su interior.

El gran edificio me fascinó mucho antes de que llegáramos a sus puertas. Alzábase a gran altura, poderoso y macizo, y sus paredes exteriores eran una amalgama de esculturas que las cubrían por completo, paciente labor, sin duda, de varias generaciones de devotos. Machos y hembras de nuestra raza en diversas actitudes, animales desconocidos, plantas, árboles y flores, extraños paisajes... El conjunto presentaba una increíble armonía, más extraordinaria si se pensaba que las diversas obras debían tener gran diferencia de fechas. Veíase allí la mano de una escuela continua de artistas, concebida precisamente para dar culminación a la obra, y quizá extinguida cuando ésta estuvo acabada. Pensé que aquellas esculturas hubieran encontrado fácil acogida en los más prestigiosos museos del Dominio.

-Una gran obra de arte -coincidió Sigmund con mis pensamientos-. La tuya es una raza estimable, Alipherath.

Recordé las maravillas de Naolán, y la añoranza se apoderó de mí. Me mordí los labios, y mordiéndolos seguía cuando penetramos en el templo por una inmensa puerta cuyos batientes dorados fueron abiertos para nosotros por un grupo de acólitos. Tanto éstos como los cinco Sacerdotes menores quedaron fuera del edificio; tan sólo Iriath y nosotros dos pudimos acceder al interior.

La primera de las naves era inmensa, y su altura igualaba la del edificio, culminando, allá en lo más elevado, con un inmenso rosetón de cristales teñidos de colores, que dejaba filtrar la luz del sol para iluminar la estancia. Una selva de columnas se alzaban ante nosotros, y cada una de ellas se hallaba grabada en toda su superficie con miniaturas de dragones y pájaros fantásticos.

Avanzaba Iriath por entre aquel increíble bosque petrificado, indiferente a las obras de arte que debían ser muy familiares para ella. Y nosotros la seguíamos al mismo paso, aunque paseando los ojos por aquellas maravillas que se nos ofrecían.

-Como en las viejas catedrales de la Tierra -murmuró Sigmund- la fuerza de la fe o del fanatismo. Generaciones de artistas dedicados a honrar a su dios.

Calló cuando nos encontramos de pronto ante una pared igualmente grabada, pero no con las efigies de seres vivientes, sino con símbolos geométricos, algunos de ellos similares a los que adomaban la túnica de la Sacerdotisa. Empujó ésta una pequeña puertecilla, y tras sus pasos entramos en lo que debía ser la cámara central del gran templo.

Aquí los muros eran de piedra lisa, curiosamente veteados, pero sin ningún otro ornamento. En el centro de la cámara abríase un ancho pozo circular, protegido por un brocal de piedra verde.

-El dios habita allá abajo -indicó Iriath en voz baja-. En las profundidades de la Tierra.

Me ericé levemente, pero no por ello dejé de avanzar para hundir la mirada en el pozo. Tan sólo vi tinieblas allá abajo, sin que pudiera hacerme idea de la profundidad que alcanzaba.

-Retroceded -ordenó la Sacerdotisa-. Retroceded unos pasos y permaneced inmóviles.

Obedecí, y el capitán hizo lo mismo. Iriath permaneció junto al pozo, inmóvil por un instante. Luego se acodó en el brocal y fijó su mirada en las profundidades, tal como yo hiciera antes. La escasa luz, que llegaba a través de una claraboya vidriada, allá en lo más alto, brillaba en su dorado pelaje.

Permanecimos quietos largo rato, esperando nosotros alguna manifestación de la ignorada deidad, mientras que Iriath parecía hallarse en trance. Los minutos se sucedían unos a otros, sin que la inmovilidad del escenario se quebrara.

Hasta que Iriath comenzó a vibrar. El gracioso cuerpo de la sacerdotisa tembló, como agitado por alguna fuerza oculta. Yo nada podía ver, oír ni oler, pero ante mí veía a la hembra tiritar violentamente, como poseída por alguna inimaginable entidad.

De pronto el rostro de Iriath se volvió hacia nosotros y sus pupilas fulguraron en un instantáneo destello.

-Las naves -dijo con voz ronca.

No respondimos; simplemente nos quedamos contemplándola.

-Las naves -repitió ella-. Se acercan. Las naves humanas están llegando a las proximidades de Gherrod. Pronto saldrán de la nada y se agruparán en tomo a nuestro sol.

Maquinalmente traduje sus palabras al idioma humano.

-¡La flota de las Compañías Francas! -exclamó Sigmund-. Salgamos de aquí -Iriath estaba ya junto a nosotros-. Grandes acontecimientos se avecinan. Salgamos.

La seguimos fuera de la cámara del pozo, y luego a través de la selva de pilares grabados, hacia la gran puerta.

Los Sacerdotes menores aguardaban pacientemente fuera del templo. Se arremolinaron en tomo a Iriath apenas ella apareció ante su vista. Diríase que sabían lo ocurrido junto al pozo.

-Convocad a los fieles -ordenó ella-. Quizás el dios se manifieste en los próximos días.

Percibí el olor de la excitación. Los Sacerdotes se pusieron en marcha, y nosotros tras ellos. Recorrimos en silencio la explanada, hasta llegar a nuestro alojamiento, pero los Sacerdotes no se detuvieron allí. Siguieron en dirección a la escalera que llevaba ladera abajo.

-Entrad -nos dijo Iriath-. Esperad en vuestras habitaciones. Tal vez os mande llamar de nuevo.

Penetró ella en el pasillo que llevaba a sus propios apartamentos, sin una palabra más. Nosotros nos encaminamos a la sala que hacía de comedor.

-¿Qué más dijo? -preguntaba el capitán, excitado- ¿Qué más dijo de las naves?

Le expliqué todo lo dicho por Iriath. Su excitación no hizo sino aumentar.

-Es nuestra flota -murmuró como para sí-. ¡No puede ser sino nuestra flota! Pero ¿cómo diablos ha podido saber ella que está llegando?

No respondí, pensando en las formidables naves de guerra humanas que convergían en el mundo en el que ahora me hallaba.

-Quizá... puede que esos monstruos vampiros tengan verdaderamente una civilización técnica -aventuró Sigmund-. Que hayan detectado nuestras naves en el espacio y se lo hayan comunicado a ella de alguna forma... Aunque...

Se volvió hacia mí, Y su mano me atenazó el antebrazo.

-Ella dijo... que las naves saldrían de la nada para agruparse en torno al sol. ¿Sabes lo que eso significa?

-¿Qué?

-¡Huiremos! Que nuestra flota ha sido detectada antes siquiera de salir del hiperespacio. ¡Y eso es imposible!

-A menos que haya verdaderamente un dios en el fondo del pozo -dije, sin saber bien por qué.

Sigmund se me quedó mirando, con el ceño fruncido.

-Los dioses no habitan en las profundidades de la tierra -murmuró-. Quizá los diablos. Quizá...

Se detuvo, pero su olor mostraba más inquietud que nunca. Igual me ocurría a mí; empezaba a preguntarme si realmente aquella extraña religión tendría una base real. Si en aquel pozo profundo... realmente habitaría algo.

Un sirviente entró en el comedor.

-¿Deseáis comer? -preguntó.

Su voz era tranquila, pero sus sentimientos ocultos estaban al alcance de mi olfato.

-¿No nos ha llamado la Sacerdotisa Primera? -pregunté-. ¿Dóndeestá ella ahora?

Vaciló un instante antes de responder.

-Ha regresado al templo -informó al fin-. Habla allí con el dios.

-¿Con el dios?

-Puede que se manifieste -la voz del sirviente era ahora temerosa-. Puede que surja otra vez ante nosotros.

-¿Otra vez? -pregunté-. ¿Cómo se ha manifestado antes? ¿Tú lo has visto?

-No -replicó-. No estaba yo en el mundo cuando sucedió la última vez, pero sé que trae consigo gloria y destrucción.

Gloria y destrucción. Noté como el temor de aquel chirg se me comunicaba, aunque no podía yo estar ya seguro de si creía o no en aquella divinidad. De que él creía no me cabía la menor duda.

-Bien, comeremos -dije, y el sirviente nos dejó para disponer las viandas.

No vimos a Iriath aquel día ni en los siguientes. Cualquier pregunta mía sobre el particular recibía siempre idéntica contestación. La Sacerdotisa Primera estaba en el templo, hablando con el dios.

Y las naves tampoco acababan de llegar. Sigmund se mostraba cada vez más inquieto ante su tardanza.

-Se deben estar reagrupando -decía una y otra vez-. Quizá hayan salido dispersas del hiperespacio. Tienen que estar reagrupándose.

Pero cada vez parecía estar menos convencido de ello.

-¿Y si realmente hubieran sido detectadas en el hiperespacio? -Le pregunté yo en una ocasión-. Si es así, quizá no hayan aparecido siquiera en este sistema solar.

-¡Nada ni nadie puede detectar una nave en el hiperespacio! -gruñía Sigmund. Pero su tono y su olor eran de duda.

-Puede que estén celebrando una junta de guerra -dijo al sexto día-. Puede que Genseric haya convocado a todos los capitanes en su nave insignia. El diablo sabe lo que Alaric le habrá dicho... ¡Ah, daría cualquier cosa por estar allí arriba!

-¿Pero aterrizarán?

-No te quepa la menor duda de eso -sonrió con lo que quería ser una absoluta seguridad-. No te quepa la menor duda. Vendrán.

En la tarde de aquel sexto día empezaron a llegar los chirgui. Ascendían por la gran escalera y erigían tiendas de campaña en la misma explanada, lejos del templo y de nuestro edificio. Ninguno de ellos se acercó a éste, tal como si supieran que no les estaba destinado.

Aquella noche, Iriath nos llamó a los dos.

-Las naves han llegado -anunció-. Y amenazan Gherrod. Traduje a Sigmund.

-Dile que me ofrezco a negociar -propuso al instante éste-. Si tienen algún medio de comunicación espacial, dile que me permita entrar en contacto con el Consejo o con Genseric. Todo puede arreglaras de forma pacífica.

Pero Iriath no tuvo en cuenta su ofrecimiento.

-No es necesario -me dijo tras de que se lo tradujera-. No es necesario comunicar ni negociar. El dios protege Gherrod.

El dios. Siempre el dios.

-Mañana los fieles estarán en torno al templo -continuó hablando la hembra-. El dios se manifestará.

-¿Cómo lo hará?

Olió ella mi inquietud Y mi temor. Sonrió.

-No debes temer nada, Alipherath -me tranquilizó con voz suave-. Tú perteneces a nuestra raza, y no eres enemigo de Gherrod. Tan sólo los enemigos de Gherrod deben temblar. Tan sólo aquellos que pretendan dañar a Gherrod.

-¿Y... él? -indiqué a Sigmund.

-Que no se muestre enemigo nuestro -replicó ella-. Que no se ponga al lado de quienes vienen a dañamos. En tal caso, la ira del dios no descargará sobre él. Adviértele.

Así lo hice. Sigmund se mordió los labios.

-Si la Humanidad entra en lucha con tu raza, Alipherath, siento decirte que estaré al lado de los mos -declaró.

-Es lógico -repliqué-. Pero creo que harías bien en observar, de momento, los acontecimientos. No sé si hay algo de verdad en esa idea del dios subterráneo, pero si la raza de los vampiros tiene alta temología, la cosa podría llegar a ser peligrosa.

-La Humanidad es invencible -cortó él. Y por un instante leí en sus ojos aquella vieja altivez que había llegado a conocer en él a bordo de la Azagaya.

-Bueno, puede que todas las dudas queden resueltas mañana puntualicé.

No podía entonces saber hasta que punto estaba en lo cierto.

Capítulo XVI - Del gran desastre

Fuimos despertados al amanecer, apenas los primeros rayos del sol cayeron sobre la gran explanada y el templo que la presidía. Iriath en persona nos condujo en dirección al gran monumento morada del dios.

Todos estaban allí, en mitad de la explanada. Aproximadamente tres millares de chirgui, el número que se me había dicho que era la población total de Gherrod. Había machos, hembras y criaturas.

-¿Están todos aquí? -pregunté a Iriath-. ¿No ha quedado nadie abajo... para cuidar los ganados...?

-Los ganados se cuidarán por sí solos -replicó ella-. El dios nos llama a todos.

Avanzamos hasta llegar relativamente cerca del templo. Los chirgui que habían llegado del llano formaron un apretado cuadro, casi codo con codo. Iriath nos condujo a Sigmund y a mí algo más cerca del edificio sacro, como huéspedes que debíamos ser del dios. Luego se alejó unos pasos, y fue rodeada por los Sacerdotes secundarios.

-¡Pueblo de Gherrod! -clamó, dirigiéndose a la masa de chirgui -. ¡Fieles del dios!

Y en aquel mismo instante, sucedió. Terribles silbidos y zumbidos estallaron en las alturas, y masas metálicas se desplomaron sobre la gran explanada, rodeándonos en perfecta maniobra.

-¡La flota! -exclamó Sigmund-. ¡Las Compañías Francas están llegando!

Hubo alguna confusión entre los chirgui, pero no hasta el extremo que se podía esperar. Aquella gente realmente debía creerse segura bajo el amparo de su dios.

-¡Mira! -gritó de nuevo Sigmund-. ¡Las lanzaderas, los vehículos individuales! ¡Son los de la Azagaya!

Alaric, pensé al instante. Alaric había regresado, quizá respaldado por la potencia de una formidable flota de guerra puesta en órbita de Gherrod. Alaric había llegado, y nos había atrapado a todos.

Las puertas de las naves se abrieron, y un centenar de hombres se desplegaron hábilmente, cercando a la masa de fieles y a nosotros mismos. Algunos de los recién llegados emplazaron armas pesadas, en tanto que el resto esgrimía desintegradores y proyectores láser portátiles. Eran uno contra treinta, pero podían barremos a todos en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Alipherath! -clamó una voz humana-. ¡Alipherath Katrame! Era el oficial Heimdell, que avanzaba a paso de carga hacia nuestro grupo, seguido por una docena de hombres armados.

-Diles que se estén quietos -gritó al llegar junto a nosotros-. Tenemos potencia de fuego suficiente para matarlos a todos, y tú lo sabes.

Lo sabía, efectivamente. Los cañones de las lanzaderas apuntaban al bloque de los chirgui, y el círculo de guerreros humanos dirigía también sus armas hacia ellos.

-Los humanos os ordenan que estéis quietos -dije-. De lo contrario dispararán sobre vosotros y os matarán a todos.

No hubo respuesta. Los chirgui permaneáan inmóviles mirando a su Sacerdotisa Primera. Iriath tampoco hacía gesto alguno, aguardando sin duda los próximos acontecimientos. Ni su expresión ni su olor denotaban miedo alguno.

Abrióse la puerta de la lanzadera mayor, y Alaric se hizo presente. Su aroma no podía llegar hasta mí, pero irradiaba visiblemente triunfo, alegría... y malignidad. Era su gran hora.

De pronto todo mi pelaje se erizó y me sentí paralizado por el terror. Pues Alaric no se acercaba solo. lras él, surgiendo a duras penas por la puerta, otra figura había hecho su aparición. Una figura que no era ni chirg ni humana.

Por primera vez pude ver directamente a Khardurán, la bestia devoradora. Su aspecto igualaba el horror de su aroma. Era grande, como tres humanos uno encima de otro, y su aspecto era de reptil dotado de miembros. Sus ojos brillaban como carbones encendidos, su hocico se entreabría para mostrar una miríada de dientes afilados... su tremenda cola protegida por placas óseas batía a un lado y a otro mientras se bamboleaba al avanzar. No llevaba prenda alguna de ropa, como si realmente fuera un animal de presa, aunque yo sabía que se trataba de un ser inteligente.

Alboino me había dicho que en la noche de los tiempos el planeta Irosén o Tierra había conocido monstruos semejantes a aquél, bien que sin raciocinio. Pero yo no podía asimilar aquella horripilante figura a nada que antes conociera; para mí se trataba simplemente del Horror en estado puro.

Alaric y el monstruo se acercaron, y su olor me llegó al fin. El viejo espanto de aquella noche en la nave me atenazó nuevamente al oler a Khardurán, pero lo que pude percibir procedente de Alaric era incluso peor. Comprobé que tan maligno era el humano como la bestia, y que nada bueno podía esperarse de ninguno de los dos.

-¡Ah! -graznó el nuevo capitán de la Azagaya-. Todos están aquí... todos atrapados como ratas. Los alienos y su buen amigo... el xenófilo Sigmund.

El nombrado no respondió, aunque pude oler su rabia.

-Nos volvemos a encontrar, Alipherath Katrame -se dirigió Alaric a continuación hacia mí-. Hace mucho tiempo que esperaba este momento, querido gato. Voy a acabar contigo de una vez para siempre, pero antes... pero antes me vas a servir como intérprete.

Señaló al inmenso reptil que tenía al lado, y éste abrió el hocico en una horrible parodia de sonrisa humana.

-Khardurán vigila su mente -anunció Alaric-. Harás lo que yo te ordene, y lo harás de buena gana. De lo contrario serás su merienda. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Su merienda!

Sí. Le entendí perfectamente. Pensé en el monstruo y en sus colmillos. Luego, de pronto, mis pensamientos se volvieron hacia Iriath y hacia el destino que también a ella le aguardaba. No pude evitar dirigir hacia ella una mirada de reojo.

Entonces Khardurán habló. El profundo vozarrón imperfectamente humano que brotó de sus fauces me sobresaltó, aunque ya sabía que era capaz de expresarse en el idioma de sus aliados. Pero aún más me asustó lo que dijo.

-Te importa ella, gato. Puedo comerla a ella también. Alaric se echó a reír.

-¡La hermosa gatita! -chirrió-. ¡Ah, que bella historia de amor!

Escúchame, Alipherath, gato del diablo. Khardurán devorará a tu hembra, la despedazará y se tragará los pedazos después de masticarlos ¿entiendes? Hará eso si yo se lo mando, y se lo mandaré si no me obedeces. Sé mi intérprete, y recuerda que Khardurán sabrá si me engañas.

Era cierto, Había olvidado que aquel demonio tenía ciertos poderes mentales. No podía propiamente leer mis pensamientos, pero sí mis emociones, y acababa de hacerlo. De ninguna manera podría engañarle.

-Seré tu intérprete -me ofrecí-, aunque sabía que eso tan sólo retardaría algo mi final.

-¡Bien! Di a ese grupo que se acerque a los demás gatos.

Traduje, y tanto Iriath como los Sacerdotes menores y el mismo Sigmund avanzaron hasta quedar junto al bloque de chirgui.

-¡Ven aquí, tú! -Alaric señaló al Sacerdote más cercano, el cual obedeció al gesto antes de que yo tradujera la orden.

-Quiero que me digas ahora mismo -Alaric exultaba de poder- dos cosas. Primera: dónde están los esteloides que os gobiernan. Segunda: las coordenadas exactas del Dominio de los gatos.

-No hay ningún esteloide en el planeta, Alaric -habló por primera vez Sigmund.

El humano del pelo amarillo se volvió como un animal feroz que ataca.

-¡Golpeadle! -aulló.

Una escuadra de guerreros rodeó a Sigmund. No intentó éste defenderse físicamente, pero su mirada detuvo a los que le llegaban de frente. Fue uno que quedó a sus espaldas quién le descargó un culatazo entre los hombros. Cayó al suelo el antiguo capitán de la Azagaya, y los otros le golpearon con fuerza, como quién castiga a un animal.

-¡Basta! -alzó la mano Alaric-. Sigmund, aquí no habla sin mi permiso ningún alieno ni ningún amigo de alienos. No olvides ésto.

Sigmund se puso en pie con algún trabajo. No dijo nada, pero si Alaric hubiera podido percibir lo que yo en su olor, mucho se hubiera inquietado. Quizá Khardurán captara sus emociones, pero no dijo nada al respecto.

-¿Y bien, Alipherath? -urgió Alaric.

Hablé brevemente al Sacerdote.

-No lo sabe -transmití luego su respuesta-. No sabe nada de ningún esteloide, y desconoce completamente las coordenadas del Dominio. Yo mismo puedo dar fe...

-¡Calla tú! -gritó Alaric. Y obedecí.

Volvióse luego Alaric hacia el Sacerdote, y de su mano armada brotó un destello. El Sacerdote cayó al suelo, con la pierna derecha calcinada. El criminal había empleado un láser, en vez de alguno de los temibles desintegradores de las Compañías Francas, pero su víctima jamás volvería a andar normalmente.

-Nadie juega conmigo -rió horriblemente Alaric-. ¡Nadie juega conmigo y vive para contado! ¡Khardurán!

Y entonces sucedió lo horrendo. Pues el enorme monstruo saltó hacia adelante, bajó las fauces y las cerró con seco ruido sobre el chirg caído en el suelo. Escuchóse un sonido de trituración, y Khardurán llevó a cabo la tarea de despedazar a mordiscos al infortunado Sacerdote y devorar luego los pedazos, calmosamente, sin apresurarse en modo alguno.

El espectáculo me puso enfermo, e incluso creí llegar a desmayarme. Pero en la misma culminación del espanto, hubo algo que me hizo reaccionar, poniendo el asombro por encima del pánico.

Pues una leve brisa soplaba en la explanada, llevando hacia mí el olor de los chirgui agrupados, y no percibí en él el menor rastro de miedo, ni de horror, ni de repugnancia. Los chirgui contemplaban el espectáculo con indiferencia. Aquellos hermanos míos de raza estaban familiarizados con la muerte, sabían desde su infancia que un día serían llamados por

los seres a los que llamaban Intercesores, y que éstos les beberían la sangre, y la vida con ella. El ser devorados por Khardurán no les inspiraba terror ninguno.

El mismo monstruo debió notar con su mente lo que yo con mi olfato, pues se volvió hacia su aliado, con las fauces aún manchadas de sangre.

-No me temen -dijo-. Ellos no me temen.

Volvióse luego hacia mí, y su ronca voz denotó ahora algo parecido a la complacencia.

-Él si me teme -manifestó-. ¿Lo como?

Alaric alzó la mano.

-¡Todavía lo necesito como intérprete! -dijo tajantemente. Luego su mirada se posó en Sigmund, y su olor denotó una cierta inquietud-. ¿Por qué? ¿Por qué no temen ser devorados?

El antiguo capitán hubiera podido permanecer en silencio, pero no lo hizo, y creo que fue para intentar favorecerme, y quizá también a los demás.

-¿Puedo hablar? -preguntó.

-¡Habla!

-No temen sino a su dios. La muerte les es indiferente. Yo hubiera podido contestar a tus preguntas, y ese alienígena no hubiera muerto en vano.

-¡Pues responde ahora! -gritó Alaric. Parecía encantado de la oportunidad de dominar a quién antes fuera su superior.

-No hay ningún esteloide en este planeta -dijo Sigmund-. Nunca los ha habido. Parece ser que existen unos indígenas con ciertos poderes, pero no creo que puedan amenazar a la flota de las Compañías... que supongo debe estar ya en el sistema.

-Ayer mismo comenzó a salir del hiperespacio.

Sentí un súbito escalofrío, y creo que Sigmund también. De forma que, efectivamente, la gran flota humana había sido detectada en el hiperespacio mismo, contra todo lo que la ciencia humana o chirg pudiera estipular.

-Harás bien en aguardar su llegada, entonces -aconsejó Sigmund-. Puede ser que a Genseric y al Consejo no les guste lo que estás haciendo. Necesitamos a esos alienígenas para interrogarlos con tiempo y en la debida forma. Puede que alguno de ellos sepa dónde está el Dominio Chirg...

Pero Alaric le interrumpió con jactancia.

-¡Genseric y el Consejo! No me hagas reir. Sigmund. La flota viene hacia acá, y las órdenes de Genseric son eliminar todo rastro de vida en este planeta.

-¡Tú les has hablado! -acusó Sigmund, pálido de ira.

-¡Pues claro que lo he hecho! Apenas la nave insignia de Genseric salió a espacio normal. Pero no creas que le influí en ningún sentido. Simplemente conté lo que sabía... y Genseric decidió. No quiere correr ningún riesgo con esteloides o con cualquier nativo desconocido. Exterminará a todos los gatos, y luego buscará el Dominio Chirg para hacer otro tanto allí.

-¿Y tú?

-He obtenido un plazo -sonrió Alaric-. Un plazo de horas. Si soy capaz de extraer información sobre el Dominio o sobre los esteloides antes de que la flota llegue al planeta, seré recompensado. Así pues, hice aterrizar al Azagaya junto a la ciudad, y la hallé desierta. Pero una lanzadera de reconocimiento vio dónde estaban todos los gatos... de modo que nos plantamos aquí. ¡Y esos alienos van a darme la información que quiero, si no de los esteloides, sí de ese Dominio de gatos del espacio!

-¿Y cómo harás? -había cierto tono de burla en la voz del antiguo capitán del Azagaya-. No te temen, ni temen a Khardurán. ¿No lo comprendes? Son fanáticos religiosos, y la muerte les trae sin cuidado.

-¡Su maldito dios! -rugió Alaric-. ¿Dónde creen que está esa criatura?

-En el templo -replicó Sigmund-. Creen que habita en un pozo que hay dentro del templo.

-¿Ah, sí? ¿En el templo?

Alaric habló silenciosamente en su laringófono. Y en el minuto siguiente, sus órdenes fueron cumplidas.

Ignoro que clase de arma fue empleada desde la gran lanzadera, pero tampoco ésta vez fue un desintegrador. Quizá un láser o un proyector de energía de algún tipo, seguramente combinado con un repulsor de campo. Pues el edificio del templo eruptó en un millón de fragmentos y una nube de polvo, sin que cascote alguno cayera cerca de donde nos hallábamos. La gran estructura dejó de existir de forma cataclísmica, ocultando el sol con un nubarrón de partículas terrosas, y todo aquellos restos fueron aventados en dirección opuesta a donde estábamos, alejándose como una nube de tempestad arrastrada por un fuerte viento. Llegó así el colosal torbellino al despeñadero que había al otro extremo de la explanada y cayó por él al abismo con rumor semejante al de un trueno.

Pensé en las maravillas de aquel edificio aniquilado, en las columnas grabadas al detalle, generación tras generación, por seres de mí propia raza, y una inmensa rabia se apoderó de mi hubiera querido saltar a las gargantas de aquellos simios estúpidos y destructores de Irosén, de aquella estirpe maldita que infestaba la galaxia y que no parecía saber otra cosa que asesinar y destruir. Deseé por un instante que los indígenas vampiros de Gherrod tuvieran poder suficiente para mandarlos a todos al más profundo de los infiernos. Pero comprendí ahora que sus armas eran demasiado poderosas, que nos podrían aniquilar a todos allí mismo, aunque la totalidad de los machos presentes entráramos simultáneamente en ky'rial y nos lanzásemos contra ellos. Y además estaba la gran flota asesina de las Compañías Francas, la maldición del espacio, que había arrasado sistemas enteros, exterminando razas y asolado planetas. Sentí como la desesperación sucedía en mí a la ira.

-¡Díselo! -gritó Alaric-. ¡Pregúntales que dónde está ahora su dios!

¡Pregúntaselo!

Obedecí, y mí voz me pareció procedente de un ser ajeno. Pregunté a los chirgui agrupados ante mí dónde estaba su dios, y ellos no me respondieron. Continuaban irradiando tan sólo indiferencia.

-¿Pero qué les pasa? -me volví entonces hacia Iriath, la Sacerdotisa Primera del desafiado dios-. ¿Les da igual todo? ¿Les da igual ver destruido su templo?

-El templo no es nada -replicó ella con dulzura, como si se dirigiera a un niño-. Tan sólo el dios es importante.

Una exclamación de Alaric llamó mí atención primeramente hacia él y luego hacia el lugar donde el templo se había alzado. Quedaban algunos muñones de columnas, algunos cimientos de muros... y en el centro, puesto al descubierto, el mellado brocal del pozo, el lugar donde yo mismo había estado, donde Iriath había entrado en trance.

-¡El pozo! -gritó el humano de cabello amarillo-. ¡El pozo del dios! Avanzó hacia la zona devastada, solo, con el olor de la locura, de la megalomanía. Penetró entre los escasos restos del edificio, llegó al brocal y se subió a él.

-¡Alipherath! -me gritó desde allí-. ¡Diles que desafío a su dios!

¡Diles que su dios no es nada a mí lado!

De nuevo traduje casi inconscientemente, y de nuevo fui acogido por la indiferencia general.

Recorrió Alaric el borde del pozo y luego, deliberadamente, como un animal, hizo aguas en el interior.

Respingué ante aquello. Los chirgui, los adoradores de aquella divinidad oculta, deberían sentirse indignados, enfurecidos. Pero continuaban sin reaccionar, como si aquellas acciones del simio humano fueran tan carentes de importancia como un grano de polvo arrastrado por el viento.

-¡Heimdell! -gritó de nuevo Alaric-. ¡Vamos a cerrar este asqueroso agujero, para que los gatos olviden para siempre a su estúpido dios! ¡Traed una carga térmica y echádla dentro!

Un grupo de humanos avanzó hasta donde su jefe estaba, portando un cilindro de metal. Si era lo que yo sospechaba, el estallido de aquel tubo cerraría efectivamente el pozo con un estallido de lava.

-¡Alipherath! -aulló de nuevo Alaric-. ¡Que miren! ¡Que miren! ¡Aquí se acaba el dios de los gatos!

Arrojaron la carga al interior del pozo y se retiraron a toda prisa. Evidentemente el explosivo térmico estaba dotado de una espoleta de tiempo, y tan sólo cuando los humanos regresaron a nuestro lado esperé ver el súbito surtidor de fuego que destruiría pasa siempre el pozo del dios.

Pero nada ocurrió.

El olor de la extrañeza y del temor me llegó fuerte y claro, procedente de Alaric.

-¿Qué...? -empezó, para callar luego.

Conocí su pensamiento como si lo hubiera expresado en palabras. Había desafiado a un dios inexistente y ahora... quizá el desafío comenzara a ser aceptado. La carga no había estallado.

-¡Otra carga! -gritó- ¡Echad otra carga, y revisad antes la espoleta! Heimdell y el grupo humano avanzaron por segunda vez hacia el pozo, con un segundo tubo de metal. Alaric no les acompañaba, y supe que de nuevo se veía atenazado por el miedo. Miedo a que la primera carga estallara cuando él estuviera junto al pozo. Y miedo a otras cosas en las que empezaba ahora a pensar.

La segunda carga fue arrojada. Y ningún estallido se produjo.

-¡Khardurán! -llamó Alaric, alterado- ¡Khardurán! ¿Qué demonios hay dentro de ese pozo?

El monstruoso reptil se balanceó torpemente sobre el trípode de sus patas y cola, mientras intentaba sondear las profundidades de la Tierra con su mente semitelepática.

-¡Hay dentro... hay dentro... algo...! -sentí de pronto en su olor espantable el equivalente del miedo-. ¡Viene...!

Con un formidable estampido la cabezota del monstruo reventó, esparciendo restos orgánicos en todas direcciones. El cuerpo gigante se tambaleó sobre el trípode que lo sostenía y cayó luego hacia un costado, golpeando sordamente en tierra.

-¡Khardurán! -gritó Alaric en el como del espanto.

Y sucedió. Escuché una nota musical que fue aumentando en volumen hasta transformarse en ensordecedora. Miré al pozo, Y vi la aureola que se formó de pronto sobre él... y sentí a mis espaldas el terror infinito de los chirgui, el pánico de aquellos que hasta el momento se habían mostrado tan indiferentes a todo. Oí gritos y chillidos discordantes, apenas sentidos frente al alarido apocalíptico que brotaba del pozo. Y luego...

Vi la columna de fuego que saltó hacia el cielo, y al verla grité y caí de espaldas. Rodé por tierra y creí estar a dos pasos de la muerte. No puedo describir lo que sentí entonces, pero supe sin lugar a dudas que mis ojos habían captado algo más, algo que saltaba desde el pozo al firmamento, pero que mi mente se negaba a aceptar, dejando en su lugar un espacio en blanco. La divinidad había estado ante mí, y su misma naturaleza vedaba la captación.

Me forcé a abrir los ojos, a mirar a mi alrededor. No pude ver a nadie en pie, todos, chirgui y humanos, se revolcaban por Tierra, derribados por el sonido y la visión... por aquello que ninguno podía recordar haber contemplado. Quizá una exposición más prolongada a la imagen inconcebible hubiera causado nuestra muerte.

-Iriath -balbuceé, y luego grité-. ¡Iriath! ¡Iriath!

Tenía algo que hacer, y dejé que mi mente vacilante se aferrara a ello. Me levanté de un brinco y corrí por entre los cuerpos que se retorcían, hacia el de la hembra a la que amaba. La cogí del brazo y la obligué a ponerse en pie.

-¡El dios! -me dijo-. Una vez más... el dios. Va a combatir las naves de los humanos... ¡Las va a destruir!

-¡Pero los humanos están aquí, entre nosotros! -la sacudí fuertemente, intentando hacer que reaccionara-. ¡Tenemos que escapar, que huir!

No sé si llegó a entenderme, pero lo cierto es que tiré de ella y me siguió. Quizá su mente estaba aún obnubilada por la visión, y por ello no opuso resistencia y se dejó llevar. Corrimos juntos hacia los alojamientos, y hacia las rocas que había tras ellos, donde la montaña volvía a ser salvaje. Yo sólo sabía que debía ocultarme da Alaric como fuese, y ocultarla también a ella. Aquello era lo único importante.

Hice que corriera hasta perder el aliento, pero logré llevarla más allá de los edificios donde habíamos comido y dormido, en terreno libre, hasta que yo mismo me detuve, jadeando, a cubierto de las vistas de la explanada por un laberinto de rocas y arbustos.

-¿Qué ha ocurrido? -pregunté entonces de forma entrecortada.

¿Era el dios?

-Él era -me respondió-. Una vez más ha salido de su santuario, sólo igual a sí mismo. Va a combatir a los humanos y es ciertamente invencible. En el espacio...

-¿Es capaz...? -la sola idea hacía que me atragantara-. ¿Es capaz de destruir toda la flota de las Compañías? ¿Qué clase de ser es ese?

-Es el dios -dijo ella simplemente.

No dije más, pues realmente no había más que decir. Durante algún tiempo permanecimos los dos en silencio.

Y ciertamente yo no tenía la menor idea sobre lo que podría hacer a continuación. Me sentía débil e impotente ante la batalla que se aproximaba en algún lugar del espacio, más allá del cielo azul que nos cubría. La flota humana venía a exterminamos, a matar a todos los chirgui del planeta. Si la victoria era suya, podría darme por muerto. En cuanto al dios, a aquel ser imposible que había habitado en las profundidades del subsuelo... su triunfo podía significar para mí algo incluso peor.

-Alaric... el oficial humano del pelo amarillo, está todavía allí, en la explanada -dije al fin-. Puede tomar venganza contra los tuyos.

-El dios volverá tras su victoria -replicó Iriath con voz monocorde-. Volverá y destruirá a los humanos.

Pero yo no quedé contento.

-Voy a ver lo que está sucediendo -decidí-. Espérame.

-Iré contigo.

Era inútil discutir. Me moví cautamente por entre las peñas, buscando un lugar desde el que pudiera ver lo que pasaba en la explanada sin ser visto desde allá. Iriath avanzó tras de mí, siguiendo mis pasos.

Finalmente pudimos ver lo que nos interesaba. Allá abajo los humanos parecían discutir animadamente. Pude distinguir la figura de Sigmund, pero Alaric no estaba a la vista. En cuanto a los chirgui, seguían formando un bloque, excepto los Sacerdotes, que se hallaban algo separados del resto. No parecía haber hostilidad ninguna entre ambas razas.

-Esperan también -resumí la situación-. Yo diría que están asustados...

-Debemos ir a reunimos con ellos -dijo Iriath-. Nuestro puesto está allí, hasta que el dios regrese.

-Ni hablar -repliqué-. Alaric debe estar pensando en nosotros, y no de forma agradable...

-¡Gato!

Aquella voz era inconfundible, e hizo que mi corazón se paralizara por un instante. Luego oí el ruido del disparo...

Grité al volverme, en el colmo del terror, llegué incluso a creer que había sido alcanzado, que iba a morir...

Pero me encontraba ileso. Alaric estaba allí, con su odiosa sonrisa humana, irradiando triunfo y rabia a la vez, con un proyector láser en la mano.

Había disparado sobre Iriath.

No puedo recordar cuales fueron mis emociones en aquel momento. Vi a la hembra a quién quería, tendida en el suelo, con el dorado pelaje maculado de sangre. Corrí hacia ella, quizá con miedo, quizá con odio, quizá con simple desesperación. Me postré junto a su cuerpo, buscando frenéticamente saber si aún conservaba vida, si su corazón palpitaba todavía...

Y Alaric reía. Reía horriblemente, con la alegría del odio satisfecho, de la venganza lograda. Porque sabía que me había herido mucho más profundamente que si hubiera dirigido el láser contra mí.

-¡Qué lástima! -chilló-. ¡Que lástima! ¡He acabado con tu amiga, y tú no has podido hacer nada por evitarlo!

Me volví hacia él y deseé con todas mis fuerzas el ky'rial. Pero este no llegó, tan sólo una inmensa tristeza...

-Tu suerte se ha terminado, gato -continuó el humano-. Me has causado muchas dificultades, pero todo ha terminado. Te voy abrasar, y luego pondré mi nave en el espacio. No tengo ganas de medirme con ese dios o lo que sea. Aguardaré en órbita hasta ver como van las cosas. Yo soy de los que siempre ganan, quiero que mueras pensando en eso... Mis ojos estaban clavados en los suyos, y el olor de su odio se mezclaba con el mío. Pero él tenía un arma y yo no.

-Este es tu fin, gato -chirrió al fin, alzando la mano armada.

Pero no llegó a disparar. Vi como su brazo se acortaba de pronto, de forma inconcebible, como desaparecían en el aire arma, mano y muñeca. Y oí el zumbido de la energía radiante.

El olor del odio triunfante cedió de pronto, barrido por la incomprensión y luego por el horror. Alaric quedó mirando su muñón cauterizado, como si no entendiera lo que le había ocurrido.

Era Sigmund, pude sentir su olor en el mismo momento en que hablaba.

-Es tu suerte la que se ha terminado, Alaric -dijo-. La Humanidad ha dejado de sentirse orgullosa de ti.

-Puerco xenófilo -susurró el otro. No debía sentir aún ningún dolor, pues su aroma era ahora de rabia-. Matas a los humanos para proteger a tus amigos alienos... debí haberte abrasado cuando podía hacerlo.

-Tú eres un bicho peor que cualquier alienígena -la mano de Sigmund se alzó armada con el desintegrador que había empleado Eres un cerdo cobarde y traidor. Te pude liquidar hace un instante, pero tengo interés en que sepas que soy yo, precisamente yo, quién acaba contigo.

Noté el destello de miedo infinito que brotó de Alaric al sentirse ante el fin, el olor miserable de su cobardía. Supe que habría suplicado, que se hubiera arrastrado por el suelo para pedir clemencia, para seguir viviendo, aún mutilado. Pero el disparo brotó, y Alaric dejó de ser, sin que nadie más que yo pudiera enterarse de su última abyección.

Relato detalladamente todo esto, pero en el momento en que ocurría apenas si me interesé por ello, aún siendo mi vida la que estaba en juego. Porque aquel humano que acababa de morir había destruido antes a Iriath, y su muerte no podía deshacer lo hecho. Mi odio no cesó al desaparecer quién lo encendiera.

Sigmund observó por unos instantes la ruina humeante que en tiempos fuera su segundo en el mando. Luego sus ojos se posaron en mí, y no pude descifrar sus emociones, el triunfo no era una de ellas.

-Ha matado a Iriath -dije.

Pero el humano negó.

-Vive todavía. Puede que no llegue a morir.

El corazón brincó en mi pecho cuando volví la atención al cuerpo de la hembra. Y era verdad, palpitaba, y en su aroma se leía el dolor. El rayo del láser había atravesado su cuerpo, abrasando todo un costado. La herida era tremenda, pero ella aún vivía.

-¿Podemos transportarla? -grité más que pregunté-. ¿Podemos llevarla a...?

Me interrumpí, sin saber cómo continuar. El capitán lo hizo por mí.

-A la Azagaya. Sí, me han ofrecido el mando de nuevo. Ese bicho ha causado mucho daño antes de desaparecer.

-Alipherath...

Era Iriath quién había hablado. Se había logrado incorporar y sus ojos eran brillantes al clavarlos en los míos.

Quise hablar, protestar, pero al instante noté algo que me dejó en silencio. Pues supe que por segunda vez desde que nos conocíamos, las barreras se habían roto, y que Iriath ya no pertenecía a su dios. Lo que antes consiguiera el quehacer sagrado, ahora lo había logrado el choque de la herida. La Sacerdotisa Primera era libre, y el serIo la espantaba, tal como antes sucediera.

-Podemos ponerla en hibernación -ofreció el capitán-. La Azagaya saldrá al espacio dentro de unas horas, y cuando la batalla acabe, la llevaremos a un planeta civilizado donde puedan curarla.

Cuando le traduje las palabras de Sigmund, Iriath logró reír a la manera de nuestro pueblo, aunque su risa terminara en un quejido.

-¿La batalla? -musitó-. Es la muerte lo que el humano me ofrece. El dios aniquilará todas las naves. El dios... si es que se le puede llamar así.

-¿Qué es? -no pude impedirme preguntar. Sabía que ahora ella me respondería.

-Ah, su naturaleza -hizo un gesto de dolor-. Procede de los comienzos del Universo, de los Antiguos...

Recordé entonces las viejas leyendas, las referencias a los seres fabulosos que se decía dominaron la galaxia en sus comienzos, antes que el humano o el chirg fueran siquiera una posibilidad de existencia.

-Ellos lo hicieron -siguió Iriath-. Se me ha dicho que unieron las esencias opuestas de... de macho y hembra, pero nunca pude entender que había detrás de esa noción. El caso es que lograron un ser de una potencia inmensa, y el ser quedó después de que sus creadores desaparecieran. Es el espanto supremo, que quizá los Antiguos hubieran podido dominar, pero que hoy resulta completamente invencible para las razas que pueblan el universo. Es quién se alimenta de nosotros, de nuestra sangre y de las fuerzas de nuestro espíritu, hasta que pasen los siglos y alcance su potencialidad máxima... y pueda entonces dominar todo el universo... quizá ser todo el universo.

-¿Qué dice? -gruño el capitán-. Vamos, no hay tiempo que perder.

Llamaré un bote ligero.

Le comuniqué lo que Iriath me había contado, pero aquello no pareció hacer mella en su decisión.

-Un monstruo galáctico como otros -bufó con desprecio-. Sea lo que sea, la flota tiene energía de sobra para acabar con él. Tengo que tomar parte en la batalla con mi nave.

-Ella está segura de que todos morirán -y yo me sentía igualmente cierto, tras haberla oído-. Lleva tu nave fuera del sistema, capitán Sigmund. Quizá no se fije en nosotros... quizá nos deje ir.

-Eso es lo que pretendía hacer esa inmundicia a la que he matado -replicó el capitán, furioso-. ¡Yo voy a luchar! No hay en la Galaxia raza ni ser que pueda prevalecer frente a la Humanidad. Pero si llegara a ser así, y fuéramos destruidos... somos guerreros y como tales morimos.

Hizo una pausa.

-Vamos, decidid -pidió luego.

Me dirigí a Iriath. Sabía que de quedar allí sin asistencia, perecería irremisiblemente. Pero se negó.

-Se queda -respondí al capitán-. Y yo me quedo con ella.

Pero antes de que Sigmund pudiera replicar, sentí la mano de Iriath en mi brazo.

-Llevarme a la explanada... ante lo que queda del templo -pidió.

-Hay algo que debe ser hecho, algo que sólo yo puedo hacer.

Transmití sus palabras al capitán, quién asintió, mientras disponía un comunicador de mano. Instantes después un bote aéreo descendía lentamente junto a nosotros.

Los humanos se estaban preparando para marcharse, en tanto que los chirgui les contemplaban con indiferencia y casi con lástima. Sabían, o creían saber.

-Haz que me lleven junto a mi pueblo, Alipherath -pidió la Sacerdotisa Primera. Su voz sonaba débil, pero sin ninguna vacilación Es importante... muy importante.

Ante mi ruego, Sigmund hizo que dos humanos ayudaran a Iriath a salir del bote. No hizo falta trasladar la muy lejos, pues la masa de gherrodianos avanzó al verla, dirigiéndose hacia nosotros. Los dos humanos la depositaron con cuidado en el suelo, y uno de ellos echó mano a su arma al ver llegar a los chirgui, pero éstos no manifestaron ninguna intención hostil. Simplemente rodearon a su Sacerdotisa yacente.

Sigmund se abrió paso entre ellos para enfrentarse conmigo. Su olor era ahora amistoso.

-Volveremos a buscaros tras la batalla -prometió-. Pero si la suerte nos es adversa... bien...

Extendió la mano a la manera de su raza.

-He aprendido a apreciarte, Alipherath Katrame -dijo-. Suerte para ti y para los tuyos.

Estreché su mano como él esperaba.

-Suerte para ti, capitán Sigmund del Jaguar -correspondí.

Dio él media vuelta y penetró en la lanzadera sin volver la vista atrás. Un instante después la nave despegaba, y tras ella las demás.

-¿Se han ido? -preguntó débilmente Iriath-. ¿Se han ido los humanos?

Me acuclillé a su lado.

-Se han ido -asentí-. Regresan a su nave, y muy pronto despegará ésta hacia las estrellas. Presentarán batalla a tu dios.

-Y serán destruidos -respondió ella-. El capitán es noble y valeroso. Hubiera podido salvarse de haber esquivado el combate -hablaba de Sigmund como si ya hubiese muerto-. Creyó... quiso salvarme la vida.

Eché una mirada de desesperanza a mí alrededor.

-¿No podéis hacer nada? -interrogué a los Sacerdotes y a todos los gherrodianos que se agolpaban en tomo a nosotros-. ¿No hay nadie que pueda hacer algo?

No se me respondió. El aroma de aquellos chirgui era de expectación, como si aguardasen algún acontecimiento trascendental.

-Ellos no pueden hacer nada por mí -murmuró Iriath-. Pero yo sí que puedo hacer algo por ellos...y por ti, Alipherath, a quién he amado... y por el universo entero.

-¿Por el universo entero?

Un sordo trueno cortó mis palabras. Desde el valle, desde su punto de aterrizaje junto a la única ciudad del planeta, la Azagaya se lanzaba al espacio. La vi ascender hacia el cielo azul, hacerse luego más y más pequeña y perderse al fin de vista.

-Debo permanecer viva -continuó Iriath-. ¡Debo permanecer viva hasta que la batalla se haya reñido! las flotas humanas amenazan también al universo... a nuestra raza. Deben ser destruidas, aniquiladas. Y después de eso...

-¿Después de eso, qué? -pregunté, intranquilo.

No respondió, y por un instante terrible creí que su vida se había apagado. Pero luego su cabeza se alzó, y logró sonreír.

-Aún tengo parte de la energía que procede del dios -dijo-. Puedo resistir, y hacer lo que debe ser hecho. Pues el dios... la criatura de los Primigenios... no debe extenderse fuera de este sistema solar. Su triunfo no debe impulsarle a invadir el universo...

La voz de Iriath era un susurro, pero comprendí que ello no se debía a la debilidad. No deseaba que los demás chirgui oyeran sus palabras; tan sólo hablaba para mí.

En nuestro entorno, los gherrodianos se habían sentado en el suelo. Aguardaban, y yo aguardé también junto a la hembra a la que amaba, aún sin saber el objeto de la espera.

Así permanecimos hasta que el sol se puso, y las primeras estrellas lucieron en el cielo. Alcé la mirada a ellas, sabiendo que allí iba a librarse la gran batalla. La poderosa y hasta entonces invencible flota de las Compañías Francas humanas, terror de la galaxia, se enfrentaría a un ser desconocido, cuya potencia se me había descrito como inimaginable.

-Estoy con él -murmuró de pronto Iriath-. Veo lo que él percibe.

Su mirada estaba también en el firmamento.

-Las naves humanas convergen hacia él -continuó, como en trance-. Le han detectado de alguna forma. El combate se inicia... comienzan a lanzar sus rayos de fuego, sus proyectiles...

Escudriñé el cielo cada vez más oscuro, pero no logré ver nada extraordinario. Y de pronto Iriath gritó, como si hubiera recobrado todas sus fuerzas.

-¡Ahora! ¡Ha golpeado, ha golpeado!

Me sobresalte y volví los ojos hacia la hembra. Su rostro estaba convulso, y pugnaba por incorporarse.

-¡Cientos, cientos de naves han estallado! -gritó de nuevo-. El poder del dios ha caído sobre ellas. ¡Estallan, estallan! ¡Los humanos mueren, y sus cenizas son dispersadas en el vacío! ¡Los humanos mueren! Todo el firmamento está en llamas. ¿No lo ves? ¿No lo ves?

Miré temerosamente al cielo, pero éste continuaba negro e impasible. Llegué a pensar que la herida había hecho enloquecer a Iriath... y de pronto me vino la idea de que la luz tardaría en llegar hasta mis ojos desde aquel remoto campo de batalla cósmico... ¿minutos? ¿horas?

-Las formaciones humanas se han dislocado -continuaba describiendo Iriath-. Algunos navíos intentan escapar. Otros se lanzan hacia donde el dios está... y el dios los aniquila. ¡Ah, la flota está deshecha!

Clavé la vista en el espacio, mientras Iriath seguía hablando de muerte y destrucción. Aguardé, aguardé...

Y de improviso... ¡sí! Algunos remotos puntitos blancos se encendieron entre las estrellas. Deflagraciones... el primer ataque de las Compañías Francas contra...

¡El firmamento estalló! Un formidable relámpago de fuego verde llenó los cielos de un confín al otro. No pude evitar un grito, mientras la terrible luz me rodeaba, proyectando en tierra mi sombra y las de los inmóviles gherrodianos. ¡La furia del dios! Comprendí que aquella energía, si energía podía llamársele, era mayor que todo lo que las razas galácticas habían conocido nunca... que la batalla no era batalla, sino el aplastamiento de unos simples insectos por una potencia fuera de toda comprensión, de todo límite...

¡Y aquello continuaba relampagueando, fulgiendo sin cesar, a medida que las últimas naves humanas desaparecían! Aparté mi vista del firmamento y me cubrí los ojos con las manos. Creo que gemí, aunque no me pude oír a mí mismo.

Finalmente la mano de Iriath atenazó mi brazo.

-Todo ha terminado -me dijo.

Aparté el brazo y abrí los ojos. El cielo era oscuro de nuevo.

-¿La flota? -pregunté, y ahora mi voz era más débil que la de Iriath.

-Destruida -replicó-. Aniquilada, reducida a la nada. Tan sólo unas pocas naves pequeñas... media docena quizá... han logrado escapar. Él las ha despreciado.

-¿Y la Azagaya? -pregunté-. ¿Y la nave del capitán Sigmund? ¿Destruida también?

Iriath abrió desmesuradamente los ojos.

-¡No! ¡No! -exclamó-. No llegó a tiempo a la batalla... no. ¡Pero ahora la veo! ¡Ataca! ¡Ataca!

Me ericé en un incontenible escalofrío. El capitán Sigmund había presenciado la aniquilación de la flota humana; había sido testigo del poder invencible del dios. ¡Pero atacaba! ¡Pero se lanzaba hacia la muerte, bajo la bandera del Jaguar, por el honor de las ya extintas Compañías Francas!

-¿Puedes salvarle? -me dirigí a Iriath-. ¿Puedes hacerlo?

Ella meneó la cabeza con ademán negativo.

-Estoy en contacto con el dios, pero sólo como espectadora y testigo. No puedo influir en... -de pronto gritó de nuevo-. ¡Han muerto! ¡Han muerto! La nave ha sido borrada del espacio. ¡Todos han muerto!

Somos guerreros y como tales morimos. Eso había dicho el capitán Sigmund, y ahora lo había llevado a la práctica.

Aguardé en silencio, con los ojos en las estrellas. Y finalmente un súbito estallido de color esmeralda hirió mi vista. Eso era Sigmund, mi amigo humano, el que había salvado mi vida, era menos que polvo, menos que ceniza. Los corredores, los camarotes, el puente de mando, todos los lugares donde por tanto tiempo había vivido... átomos en el espacio.

Fue la voz de Iriath la que me sacó de mis fúnebres pensamientos. La hembra había conseguido medio erguirse, apoyando ambas manos en el suelo, y se dirigía al conjunto de gherrodianos.

-¡La hora ha llegado! -gritó-. ¡La hora ha llegado!

En un solo movimiento, todos se pusieron en pie a nuestro alrededor.

-¡Corred, corred todos al acantilado! -continuó-. ¡Os lo ordeno en nombre del dios! ¡Corred hasta el borde del acantilado... y saltad!

Confieso que por un momento me negué a comprender el significado de aquellas palabras. Pero ellos no dudaron un momento. Apenas apagado el último eco de la voz de Iriath, pasaron a la acción. En masa, en multitud, todos corrieron hacia donde se había alzado el templo. Las hembras llevaban en brazos a sus hijos, los machos corrían junto a ellas. Corrieron y se alejaron, perdiéndose en la oscuridad.

-¡No! -grité, espantado-. ¡Iriath! ¿Por qué?

La masa de corredores se había perdido más allá de las escasas ruinas del templo. Creí ver una mancha negra que se movía, que se alejaba, que llegaba donde la explanada tenía su fin, donde la montaña estaba cortada a pico. Luego desapareció, aunque quizá fuera mi imaginación. No se oyó ningún grito, ningún alarido de muerte.

-Han desaparecido -comentó Iriath en tono tranquilo. Su olor denotaba una inmensa paz.

-Todo ha terminado para ellos.

-¿Pero por qué? -exclamé de nuevo-. ¡Era tu pueblo, Iriath!

Sus ojos luminosos, se clavaron en los míos.

-Eran los esclavos del dios, de la criatura de los tiempos arcaicos -me dijo-. Tarde o temprano serían llamados por los Intercesores. Yo les he liberado. Él está lejos, en el espacio, y yo estoy ahora libre de su poder. Les he liberado.

-¿Pero por qué? -pregunté una vez más.

Antes de que ella respondiese, un agudo plañido me llegó de las alturas. El recuerdo me erizó al instante, pero Iriath notó mi alarma y me tranquilizó con una leve risa sin alegría.

-Los Intercesores ya no pueden causamos ningún mal -dijo-. Para ellos también ha llegado el fin.

Un pesado cuerpo cayó cerca de nosotros. Era uno de aquellos horrendos vampiros voladores, que ahora se retorcía débilmente como una enorme larva. Su chillido disminuyó y se cortó de pronto, mientras él quedaba inmóvil. Sentí otros golpes similares contra el suelo, a mayor distancia.

-¿Qué les ocurre? -pregunté, impresionado.

-Nuestra esencia vital les alimentaba a distancia, aún antes de que la sangre chirg completara su dieta. Ya no hay más chirguis que nosotros dos, y no es bastante. Están muriendo.

Empecé a comprender.

-¿Entonces el dios...? -no quise terminar.

-El dios nos dominaba a todos, pero también necesitaba de nosotros. El pueblo gherrodiano ha desaparecido, y sus efluvios anímicos han dejado de alimentar a los Intercesores, y éstos al dios. El dios también desaparecerá... morirá.

Sentí un nuevo escalofrío.

-Era necesario -continuó ella-. En los últimos tiempos había aumentado sus capacidades; quizá estaba ya a punto de poder dejar este mundo, de partir al asalto del universo. Y la señal para hacerlo podría haber sido el ataque de esa flota humana. Pero el disparo de tu enemigo me arrancó de su poder en un momento en el que él no estaba cercano para poder aherrojarme de nuevo. Al ser dueña de mí misma, comprendí el horror que todo ello hubiera significado. Pude actuar a tiempo...

-¿A tiempo?

-Tuve que aguardar a que destruyera la flota humana. De no hacerlo así, se podría haber apoderado de los tripulantes, aunque puede que le hubiera costado mucho tiempo y mucho esfuerzo, al no existir Intercesores que le sirvieran de intermediarios. Pero de todas formas así actuó en un principio cuando la nave perdida del Dominio llegó al mundo donde vegetaba. De todos modos era un riesgo que no podía yo correr. Esperé a que destruyera la flota, a que les matara a todos. Tan sólo pudieron escapar algunas de las naves menores, de las que iban en el interior de los grandes navíos de guerra alcanzados sólo de refilón. Y aún éstas saltaron a la nada, y se pusieron así fuera de su alcance. Ahora ya no tiene seres pensantes en su esfera de influencia, para crear con ellos los Intercesores que le sirvan de ayuda para mantenerse vivo y rehacer su poder. Ahora morirá.

Contemplé de nuevo las estrellas, buscando en vano rastros de aquel ser inimaginable que perecía entre ellas. Pensé en el Dominio, en la Tierra y en el resto de la galaxia.

-¿Puede regresar? -pregunté-. ¿Debemos... debemos nosotros morir también para que no se apodere de nuestros cuerpos?

Ella negó con cansancio. Su rostro irradiaba una paz casi sobrenatural.

-No es necesario. Nada puede hacer con tan sólo dos seres pensantes. Los Intercesores están muriendo a causa de esa limitación. Quizás él regrese, quizá pueda volver para perecer en el mundo en que fue creado hace cientos de millones de años. No lo sé.

Puse la mirada en Iriath, y de súbito el amor a ella me azotó. Tomé su cabeza y la acuné contra mi cuerpo, olvidándome de dioses y de humanos.

-Quedaremos solos en el planeta, Iriath -dije-. Debes vivir, debes utilizar tus poderes o los del dios... debes utilizarlos para curarte, Iriath, para vivir junto a mí. Quizás algún día el planeta sea visitado por una nave, y podamos volver al Dominio, vivir allí entre los nuestros...

Pero ella rió quedamente.

-Yo no regresaré jamás al Dominio, Alipherath -murmuró-. Nunca volveré a ver las blancas torres de Naolán, los palacios y las columnatas de nuestra capital, las escalinatas de mármol y los jardines verdes en la primavera. Jamás regresaré al Dominio...

Algo helado me rozó la espalda.

-Pero... pero tú... -jadeé.

-Soy Iriath, La Que Permanece -y un fugaz orgullo vibró en su voz-. Las generaciones transcurrieron, y yo las contemplé nacer, crecer, y entregarse a los Intercesores, para mayor gloria y poder del dios que me había elegido como Sacerdotisa Primera. Pero yo no morí, ni fui vaciada de sangre, pues él me hizo su representante y prolongó mi vida...

-Tengo más de mil años, Alipherath.

Boqueé, mientras trataba de asimilar lo incomprensible.

-Nada puede salvarme ni curarme -continuó ella-. Al destruir al dios me he destruido a mí misma. El poder que me mantenía con vida está desapareciendo, y los siglos me llaman... ¡Ah, Alipherath, cómo me alegra haber conocido el amor contigo, después de tantos años y de tantos recuerdos!

-¡Ya mí también me alegra, Iriath! -mi voz brotó como por sí sola-. Has sido el gran amor de mi vida, el único...

Librodot

-Las leyes del universo han debido romperse y recomponerse para que pudiéramos conocer estos pocos días de felicidad, Alipherath -susurró ella en mi oído-. Y valía la pena... valía la pena...

Oprimí su mano y quise abrazarla, pero ella no me dejó.

-Vuelve a cara y déjame, Alipherath -rogó u ordenó-. El proceso comienza, y es poco agradable de contemplar. Los siglos me reclaman, Alipherath... ¡Ah! Vuelve la cara y no me mires, es mi último ruego... Pienso... pienso en ti... en ti...

Solté su mano y aparté el rostro, pues tal era el último deseo de aquella a quién amaba. Hubo un silencio y luego algo así como un leve suspiro. Después nada más.

Aguardé un instante antes de arriesgarme a mirar. Pero no quedaba sino un montón de polvo casi impalpable y un vestido vacío... Iriath se había ido para siempre.

No hice nada, ni grité ni lloré. Simplemente permanecí quieto, único superviviente sobre el planeta, contemplando el vestido y el polvo, sin ningún pensamiento en mi mente, como una planta, como un objeto inanimado.

Ignoro cuantas horas transcurrieron mientras yo estaba ajeno a todo, con el espíritu vacío. Luego, mucho más tarde, algunas briznas de pensamiento acudieron a mi mente, y me trajeron aquello que quería rechazar, la idea de lo que había perdido.

Y algo más.

Un leve sentimiento de ya no estaba solo, de que alguien o algo me contemplaba. Una presencia que al instante reconocí como inmensa y fuera de toda descripción. Una presencia que sólo podía corresponder a...

AAAL III PHEEERAAATH KAAATRAAAMEEE...

Lo oí, ignorando si con la mente o con los oídos. Supe quién estaba ante mí, quién había regresado de las estrellas, vencedor y vencido, quién había vuelto al planeta para perecer allí.

AAAAL III PHEEERAAATH KAAATRAAAMEEE...

Me puse lentamente en pie para dar cara a la divinidad agonizante. Sólo pude percibir una ligera fosforescencia que parecía incluir toda la explanada donde el templo había estado, y alzarse desde allí para perderse en el cielo nocturno. El dios estaba allí, me conocía y me llamaba por mi nombre.

-Han muerto -dije-. Todos han muerto. En este mundo nadie queda ya con vida sino yo ¿Quieres también mi vida? No me importa nada que me la quites ahora.

AAAL III PHEEERAAATH... AAALIIIPHEERAAATH KAAATRAAAMEEE... AAALIII PHEEERAATH...

-Tu Sacerdotisa Primera ha muerto -continué hablando-. La mantuviste con vida durante siglos, pero ahora se ha ido. Y tú también deberás desaparecer.

IIIRIIIAAATH...

Y aquel nombre, pronunciado o emitido por un ser inimaginable, me golpeó como una maza de fuego. Olvidé todo cuanto me había ocurrido, olvidé con quién me enfrentaba y, saltando en pie, lancé el alarido fúnebre de mi raza, despertando los ecos de las oscuras montañas. Luego, como un grito de combate, inicié el ritual, cara al planeta desierto, a las estrellas y a la divinidad.

-¡Era carne de mi carne!

Y pienso que la entidad divina penetró en mi mente y en mi espíritu Y se hermanó conmigo en tanto le llegaba el momento de la desaparición. Puesto que la respuesta me llegó terrible e inmensa, como si todo el planeta o todo el universo la recitara.

SUUU CAAARNEEE SEEE HAAA UUUNIIIDO AAA LAAA EEESEEENCIIIA.

-¡Era sangre de mi sangre!

SUUU SAAANGREEE SEEE HAAA UUUNIIIDO AAA LAAA EEESEEENCIIIAAA.

Y así hasta finalizar el ritual. Recuerdo que entonces no me extrañó en absoluto que la magnífica Iriath fuese honrada en su muerte por un dios, por una divinidad a la que había servido y la cual, a su vez, la había llevado casi a la inmortalidad.

Y cuando todo terminó, y las brumas del dolor retrocedieron algo en mi mente, me hallé enfrentado a la fosforescencia, a un fulgor que palpitaba, cada vez más débil.

Quise hablar, decir algo a la entidad, pero no pude ni siquiera imaginar bajo que nombre debía dirigirme a ella. Entonces, por última vez, el dios pronunció el mío.

AAAL III PHERAAATH... AAAL IIIPHERATH KAAATRAAAMEEE...

Y el fulgor se apagó, dejándome de nuevo solo en un mundo olvidado, único y solitario, tras la muerte de hombres, chirgui y dioses, en pie, junto a las ruinas de un templo y bajo el brillo de las estrellas.

Capítulo XVII - Del final

Poco más queda por decir, ya que lo más importante ya fue relatado. En el siguiente día, estando yo resignado a vivir el resto de mi existencia en aquel mundo olvidado, fui sorprendido por la llegada de una nave lahri. Aquellos insectos habían detectado y seguido hábilmente a la gran flota humana, pero el último salto hiperespacial de ésta les había sorprendido, hallando el planeta más por casualidad que por otra razón. Detectaron la ciudad y la encontraron desierta. Luego vieron los edificios que se mantenían intactos en la explanada del destruido templo. Y me encontraron a mí.

Por ello puedo verme ahora en Naolán, escribiendo las últimas palabras de mi relato, que es fundamentalmente de advertencia, pese a haber comunicado al lector noticias de mis aventuras y de mi nunca olvidado amor, hallado a través de los siglos y perdido a consecuencia de la revancha de éstos.

Pues sabed que entre las estrellas existió un terrible vestigio de los tiempos arcaicos, de los Precursores, que precedieron en el universo a las razas que hoy lo pueblan. Y que quizás en algún otro lugar de la galaxia anida otro dios u otro monstruo contra quién todo nuestro poderío militar puede resultar inútil, tal como lo fue el de las Compañías Francas ante el que yo conocí, y que tan sólo desapareció por el sacrificio de una hembra y la muerte de una raza semejante a la nuestra.

Y existe igualmente otra amenaza, ésta aún viviente. Los terrestres, irmen o humanos, poderosos y feroces, lanzados desde ha mucho a la conquista de las estrellas. Las Compañías Francas desaparecieron, barridas del cosmos por una potencia superior, pero quizá algún día resurjan de nuevo bajo el impulso del genio agresivo de los hijos de Irosén, y debemos estar preparados contra tal eventualidad.

Sin embargo yo sé que existen terrestres con los que un chirg puede establecer lazos de amistad, y que pueden cooperar con nosotros y con el resto de los pueblos del universo. Me

pregunto si la mayoría de los habitantes de Tierra de Sol pertenecen a la clase de los carniceros o a la de los seres civilizados. Pienso en Palmiro, en Miriam, en Yonekawa el japonés...

Creo que me agradaría visitar Tierra de Sol en algún momento del futuro, conocer a sus habitantes e intentar lograr su amistad para los de mi raza.

Epílogo

El Manuscrito Katrame acaba así, algo bruscamente. Quizás el autor escribiera luego alguna continuación, pero ésta no ha sido hallada por nosotros. De todas formas el documento permaneció en los archivos secretos del Dominante, y nunca fue dado a publicidad.

Sobre su veracidad o fantasía únicamente es posible hacer conjeturas. Sus datos acerca de las Compañías Francas y el planeta Thalestris son completamente exactos, y cualquier estudioso puede comprobar la veracidad de dichos capítulos.

Lo que viene después es lo que despierta la incredulidad, y también, desde luego, la inquietud. Pocos son los historiadores y arqueólogos que hoy en día toman en serio la teoría de los Grandes Antiguos, o de los Precursores, como eran conocidos entre los chirgui. La existencia del presunto dios habitante de un planeta perdido tiene muchas concomitancias con obras terroríficas de ficción comunes a muchas culturas, por lo que es difícil tomarla por real. Otro tanto ocurre con la noción romántica de la sacerdotisa misteriosa y virginal que mantiene un romance con el protagonista aventurero en el marco de una civilización perdida.

La teoría generalizada es que Alipherath Katrame se dejó llevar por la imaginación en esta segunda parte de su relato, pretendiendo quizá hacer méritos ante su soberano.

Y sin embargo nadie puede negar el hecho de que algo destruyó efectivamente a las Compañías Francas en su momento de máximo poderío. Existen documentos fidedignos de la gran expedición hacia el norte galáctico a que se refiere el autor, y en la que tomaron parte todas las naves de las Compañías, bien que se ignoren su objetivo y causa.

Sobre lo ocurrido en la dicha expedición, únicamente la Saga de Utmer parece referirse a ello, si bien de forma confusa y fragmentaria. Este documento fue compuesto en un planeta de exilio por una comunidad que se decía superviviente de las Compañías Francas, y aunque su estilo y forma es similar a las Sagas correspondientes a los tiempos de esplendor de las Compañías, falta en ella el elemento heroico y prepotente de las mismas.

«y relataré como se unieron todas las Compañías Francas, para llevar de nuevo sus estandartes contra los enemigos de la Humanidad.

»Bajo el fuerte Genseric llegaron las naves, invencibles hasta entonces, de las Cien Compañías, unidas en nunca vista flota.

»Acercáronse a donde nunca antes nadie lo osara, al mundo que es Fuente de Todo Mal, en lo más profundo del espacio.

»¡Ay de ellos! ¡Ay de las Compañías Francas que eran puño de la Humanidad! Pues alzaron la espada contra la Fuente de Todo Mal, y la espada fue quebrantada, y dispersos sus fragmentos por el cosmos.

»EI Gran Desastre destruyó las naves y abatió los estandartes. El Gran Desastre exterminó a los humanos, a los humanos valientes y orgullosos ante quienes el universo entero temblaba, y las razas alienígenas humillaban la cerviz. Pero fueron muertos y dispersados, ya que alzaron la espada contra la Fuente de Todo Mal.

»De las multitudes de guerreros sólo muy pocos fueron los que conservaron la vida, bajo los capitanes Giscard, y Broz y Utmer, pues el Gran Desastre tan sólo de soslayo golpeó sus naves, y algunos pudieron así escapar en botes y lanzaderas. Pero huyeron y se alejaron de los mundos humanos, por temor a llevar a ellos la semilla del Gran Desastre.

»Perdido para siempre su poder bélico, escaparon hacia mundos inexplorados, y en ellos se establecieron en unión de algunas mujeres que con ellos viajaban.

»Pero jamás el temor a la Fuente de Todo Mal desapareció de sus mentes, ni de las de las generaciones que les sucedieron. Ni desaparecerá en tanto que alguno de sus descendientes siga alentando entre los mundos del espacio».

Efectivamente existen demasiadas coincidencias entre esta Saga y el Manuscrito Katrame, cuyo autor desde luego nunca pudo conocerla. ¿Fue efectivamente Alipherath Katrame testigo de lo que la Saga llama el Gran Desastre, denominación que precisamente da título a uno de los capítulos de su propio relato? ¿Se debió la tal catástrofe a una guerra civil entre las Compañías, como es generalmente admitido? ¿O tuvo causas más inquietantes? De todas formas, si se creyera en la veracidad del Manuscrito, también habría que dar como desaparecida a la amenaza que describe.

Para terminar diré que Alipherath Katrame, figura de cuya realidad histórica no cabe ninguna duda, recuperó a su regreso a Naolán todas las prebendas de que había sido despojado, tomó posesión del cargo de Consejero Asesor del Dominante, y vivió hasta edad avanzada.

Jamás pudo cumplir su deseo de visitar Tierra de Sol.

Pahlevi Gontrán. Académico Imperial, Urbis, Vieja Tierra.

FIN